

ALGERNON
BLACKWOOD

EL VALLE PERDIDO

Lectulandia

Los relatos incluidos en este volumen constituyen un nuevo ejemplo del arte de Blackwood para hacer surgir de las profundidades del alma esa bruma inquietante hecha de ansiedades y presagios que difumina los perfiles de las cosas concretas y nos acerca un mundo oscuro, equívoco, y posiblemente real.

Lectulandia

Algernon Blackwood

El valle perdido

El ojo sin párpado - 31

ePub r1.0

orhi 06.04.15

Título original: *The Lost Valley*
Algernon Blackwood, 1990
Traducción: Francisco Torres Oliver
Cubierta: «Lúpulo», 1900-1910, fotografía de Eugène Atget

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL VALLE PERDIDO^[1]

I

MARK y Stephen, gemelos, eran un caso notable incluso dentro de su género: constituían no tanto un alma partida en dos como dos almas hechas con el mismo molde. Sus formas de ser eran casi idénticas: en gustos, en esperanzas, en temores, en deseos, en todo. Incluso les gustaba la misma clase de comida; llevaban la misma clase de sombreros, de corbatas, de trajes; y —lo que era el vínculo más fuerte de todos— por supuesto, les desagradaban las mismas cosas también. A la edad de treinta y cinco años, ninguno de los dos se había casado; porque, invariablemente, les gustaba la misma mujer; y cuando aparecía en su horizonte cierto tipo de chica, abordaban el problema con franqueza, concluían que era imposible separarse, le volvían la espalda a la vez y cambiaban de escenario antes de que dicha joven pudiese en peligro la paz en que vivían.

Porque el amor entre ambos era ilimitado —irresistible como una fuerza de la naturaleza, e indeciblemente tierno—, y su único terror era que un día llegaran a separarse.

Físicamente, incluso como gemelos, eran asombrosamente iguales. Hasta sus ojos eran idénticos: de ese gris verdoso del mar que a veces tira a azul y por la noche se puebla de sombras. Y las dos caras tenían el mismo tipo de nariz aguileña, labios severos y mandíbula pronunciada. Los dos poseían imaginación, una imaginación disparada, a la vez que una excelente voluntad controladora, sin la que tal don puede llegar a ser fuente de debilidad. Sus emociones eran intensas y vivas también. No de las que producen cosquilleo en la piel del corazón, sino de las que abren surco.

Los dos contaban con recursos propios, aunque habían estudiado Medicina movidos por un interés personal, especializándose Mark en enfermedades de los ojos y Stephen en las mentales y nerviosas; y ejercían de manera selectiva, incluso distinguida, en la misma casa de Wimpole Street, con sus nombres en sendas placas de bronce. Así: Dr. Mark Winters, Dr. Stephen Winters.

En el verano de 1900 salieron juntos al extranjero, como tenían por costumbre, a pasar los meses de julio y agosto. Solían explorar las cadenas de montañas, recopilando el folclore y la historia natural de cada región en pequeños volúmenes cuidadosamente ilustrados con fotografías de Stephen. Y este año en particular eligieron el Jura; es decir, el tramo que se extiende entre el Lac de Joux, Baulmes y Fleurier. Porque, evidentemente, no podían abarcar toda la cordillera en sólo unas vacaciones. Lo exploraban por partes, año tras año. Y elegían invariablemente como

centro de operaciones algún pueblecito tranquilo y apartado donde hubiera menos peligro de conocer gente simpática que pudiese irrumpir en la felicidad de su afecto profundo y fraterno..., de su afecto insondable y místico de gemelos.

—Porque en el extranjero —dijo Mark—, la gente tiene unas maneras insinuantes a las que a menudo es difícil resistirse. Desaparece la fría reserva inglesa. La relación se convierte en íntima amistad antes de que a uno le dé tiempo a sopesarla.

—Exactamente —añadió Stephen—. Los convencionalismos que nos protegen en nuestro país se vuelven tenues de repente, ¿verdad? Y uno se queda desarmado y expuesto al ataque... al ataque inesperado.

Alzaron los ojos y se echaron a reír; porque se leían el pensamiento el uno al otro como expertos en telepatía. Los dos estaban pensando en el temor de que una mujer acabase llevándose al uno... dejando solo al otro.

—Aunque a nuestra edad, uno es casi inmune —comentó Mark; y Stephen, sonriendo, coincidió filosóficamente:

—O *debería* serlo.

—Lo es —remachó Mark concluyente. Porque, de común acuerdo, Mark desempeñaba el *role* de hermano mayor. Su carácter era, si acaso, una pizca más práctico. Era ligeramente más crítico respecto a la vida, quizá; mientras que Stephen estaba más dispuesto a aceptar las cosas sin analizarlas, incluso sin reflexionar. Pero Stephen era más rico en ese patrimonio de sueños que proviene de una imaginación querida por sí misma.

II

Estaban muy cómodos en el chalet del campesino, del que ocupaban un cuarto de estar y dos dormitorios. Se hallaban en la linde del bosque que se extiende por las laderas de Chasseron, en el extremo de Les Rasses más alejado de Ste. Croix. Marie Petavel les servía los guisos sencillos que les gustaban; y se pasaban el día caminando, escalando y explorando: Mark recogía leyendas y folclore, Stephen realizaba estudios de historia natural, con pequeños mapas y perspectivas que dibujaba con verdadera habilidad. Pero esto era sólo una distribución del trabajo; porque cada uno estaba igualmente interesado en la ocupación del otro, y compartían sus resultados durante las largas tardes, cuando regresaban a tiempo de sus expediciones, fumando en la desvencijada galería de madera, comparando notas, perfilando capítulos, felices como dos niños. Ponían un entusiasmo infantil en todo lo que hacían, y disfrutaban tanto cuando se separaban como cuando estaban juntos. Después de efectuar su excursión cada uno por su cuenta, regresaban invariablemente con sorpresas que despertaban el interés —incluso el asombro— del otro.

De este modo, el mundo extranjero de los hoteles —carente de pintoresquismo

durante el día, ruidoso y acicalado por la noche— les ignoraba por completo. Y el ver —cuando pasaban por delante, atardecido— esos caravasares en pleno jolgorio les hacía apreciar aún más su apacible refugio en la vecindad del bosque. No llevaban traje de etiqueta en sus equipajes, ni siquiera *le smoking*.

—El ambiente de esos hoteles inmensos envenena francamente el de las montañas —sentenció Stephen—. Elimina toda sensación de «hechizo».

—Esa gente —confirmó Mark, con cierto desdén en los ojos— sería mucho más feliz en Trouville o en Dieppe, flirteando y demás.

Sintiéndose, pues, al resguardo de esos celos que subyacen terriblemente cerca de la superficie de todos los grandes afectos, de cuya posesión exclusiva depende la vida entera, los dos hermanos miraban con indiferencia los signos de este mundo alegre que les rodeaba. No había en toda la muchedumbre un solo individuo que pudiese introducir peligro alguno en sus vidas: ¡al menos, ninguna mujer que pudiese gustar a uno de los dos se encontraba *allí*!

Porque hay que subrayar esta idea, aunque sin exagerar. Ciertos episodios del pasado (protagonizados generalmente, además, por alguna mujer no inglesa; por ejemplo, la aventura de Budapest, o el incidente en Londres con la joven griega que fue la primera paciente de Mark y luego de Stephen), de los que escaparon sólo gracias a la fuerza de voluntad de ambos, habían demostrado que el peligro era real. Ninguno de los dos hacía referencia clara a dicho peligro; aunque sin duda tenían más o menos vívidamente presente, cada vez que llegaban a un nuevo lugar, la singular quimera de que un día llegaría una mujer, escogería a uno y dejaría solo al otro. Era instintivo, probablemente, como es instintivo en el ciervo el miedo al lobo. Lo curioso —aunque bastante natural— era que cada hermano tenía miedo por el otro y no por sí mismo. Si alguien hubiese dicho a Mark que un día se casaría, éste se habría encogido de hombros con una sonrisa, y habría replicado: «No, ¡pero mucho me temo que Stephen sí se case!». Y *viceversa*.

III

Y entonces, de un cielo despejado, cayó el rayo... sobre Stephen. Le cogió totalmente desprevenido, y le dejó tambaleante. Porque Stephen, aún más que su hermano, poseía ese don glorioso aunque funesto, común a los poetas y los niños, por el que con unos pocos detalles insignificantes el alma construye para sí todo un cielo donde habitar.

Fue a finales del primer mes, un mes de serena felicidad juntos. Desde su exploración de los Abruzzos, dos años antes, no habían disfrutado tanto. Y ni un alma había venido a turbar su intimidad. Estaban haciendo planes para trasladar su cuartel general unas millas más hacia el Val de Travers y el Creux du Van; y les faltaba sólo

fijar el día de la marcha, cuando Stephen, que volvía de pasar la tarde entregado a la fotografía, vio con súbito e inesperado desconcierto... un Rostro. Y la impresión fue literalmente como un golpe en pleno corazón.

Cómo puede ocurrirle una cosa así a un hombre fuerte, a un hombre de mente equilibrada, sano de espíritu y de nervios, y cambiar en un instante su serenidad en febril y apasionado deseo de posesión, es un misterio demasiado profundo para que lo puedan explicar la filosofía o la ciencia. Le invadió un súbito y tempestuoso deleite, un verdadero vértigo del alma, maravillosamente dulce a la vez que mortal. Aunque tales casos suelen ser rarísimos, es innegable que ocurren a veces.

Regresaba a casa, oscurecido ya, algo cansado. El sol se había ocultado tras el horizonte de Francia, a su espalda. Desde el otro lado del extenso campo que llegaba hasta las montañas distantes del valle del Ródano, la luz de la luna ascendía con alas de espectral resplandor y se adentraba en las hendiduras y pinares del Jura, en torno suyo. El aire fresco de la noche se movía susurrante; se veían parpadear luces a través de las aberturas entre los árboles, y todo olía como un jardín.

Debió de desviarse bastante de la dirección correcta —sendero no había ninguno—, porque en vez de dar con el camino de montaña que conducía derecho al chalet, desembocó de repente en un charco de luz eléctrica que rodeaba uno de los pequeños hoteles de madera, junto a la linde del bosque. Lo reconoció en seguida porque él y su hermano lo evitaban siempre deliberadamente. No parecía tan animado y concurrido como los grandes caravasares; de todos modos, estaba lleno de una clase de gente por la que ellos no sentían el menor interés. Stephen se había apartado lo menos media milla de su camino.

Cuando se tiene la mente vacía y el cuerpo cansado, parece que el sistema nervioso llega a un grado de sensibilidad a las impresiones imposible de alcanzar cuando una y otro se encuentran en pleno vigor. El rostro de esta joven, recortado en el cristal del mirador del hotel, se proyectó hacia él con un halo súbito e invasor, y tomó la más completa posesión imaginable de esa vacuidad transitoria de su espíritu. Antes de que pudiese pensar ni hacer nada, aceptarlo o rechazarlo, se había alojado para siempre en el centro mismo de su ser. Se detuvo, como ante un relámpago inesperado, contuvo el aliento... y se quedó mirando.

Un poco apartado de la multitud de gente «elegante» que había sentada bajo la luz eléctrica, este rostro de oscuro y melancólico esplendor se alzó, a poca distancia de sus ojos, suave y maravilloso, como si la belleza de la noche —del bosque, de las estrellas, de la luna saliendo— se hubiese derramado, concentrándose en la superficie de un simple semblante humano. Enmarcada en el cristal de una esquina de los grandes ventanales, escrutando de soslayo la oscuridad, la visión de esta joven, a menos de veinte pies de donde él se había detenido, le produjo una impresión del más convincente deleite que había experimentado nunca. Fue casi como si viese a alguien que acabara de caer de otro mundo en medio de toda esta gente de hotel. Y en cierto modo, de otro mundo era, sin lugar a duda; porque nada había en su rostro que

perteneciese a los países europeos que él conocía. Era de oriental. Y con esta visión, la magia de otros soles inundó su alma; se iluminó fugazmente la pompa de otros cielos, y se apagó. En rincones de su ser que hasta ahora habían permanecido a oscuras se encendieron antorchas.

La incongruencia de su entorno acentuaba el contraste con ventaja para ella; pero lo que al primer pronto la hacía tan extraordinariamente llamativa era la singular casualidad de que no la tocaba el haz de luz eléctrica. De hombros para abajo, estaba en sombra. Sólo al echarse hacia atrás, contra la ventana, con la cara y el cuello ligeramente vueltos, cayó sobre sus exquisitas facciones orientales el suave resplandor de la luna naciente. Y a los ojos de Stephen, fue hermosa como no lo había sido ninguna hasta ahora. Apartada de la vulgar multitud como se aparta una planta exótica de las yerbas que ahogan su desarrollo, su rostro pareció ir flotando hacia él por el sendero que trazaban los rayos sesgados de la luna. Y con él, fue literalmente ella. Una proyección emanada de la conciencia de él voló a su encuentro. La sensación de proximidad le cortó el aliento, con ese desmayo que lleva aparejado una dicha demasiado grande. La sintió en sus brazos, y sus labios se hundieron en los fragantes cabellos de ella. La sensación fue de intenso gozo y dolor, como en un éxtasis. Y quizá fue de naturaleza verdaderamente extática: porque, al parecer, él estaba *fuera de sí*.

Permaneció allí, clavado en el charco de luz lunar junto al límite del bosque, quizá un minuto entero, tal vez dos, antes de comprender lo que había sucedido. Luego recibió una segunda impresión, más avasalladora que la primera; porque vio que la joven no sólo le estaba mirando, sino que se levantaba como en un incipiente gesto de reconocimiento. Como si le conociese; con su cabecita graciosamente inclinada hacia delante, mientras sus dulces ojos sonreían claramente.

El anhelo impetuoso y definido que le invadió la sangre le enseñó en ese instante el secreto espiritual de que el dolor y el placer son esencialmente una misma fuerza. El intento de dominarse que hizo de manera instintiva fue barrido por completo. Algo centelleó en los ojos de ella que disolvió los cimientos mismos de su resolución. Stephen retrocedió tambaleante, se agarró al árbol más cercano para no caer y, al hacerlo, salió del charco de luz lunar, y desapareció de la vista, sumiéndose en las sombras de atrás.

Por increíble que pueda parecer en estos tiempos de exiguos idilios, este hombre de carácter firme y fuerte, que hasta aquí sólo había sabido de tales asaltos por referencias de otros, se apoyó ahora, vacilante, contra un tronco de pino, experimentando toda la dulce debilidad del flechazo irresistible.

—Dios mío, ¡por esto me dejaría morir de hambre! ¡Soportaría un siglo de tortura, a cambio de darle un instante de felicidad...!

Porque con su torpe, concentrada pasión, se le escaparon las palabras antes de saber lo que hacía y decía; pero una vez dichas, se dio cuenta de lo penosamente pobres que eran para expresar una décima parte de lo que era un río creciente en su

interior. Todas las palabras se le fueron: la respiración, que tan deprisa entraba y salía, no contenía ya ninguna.

Al retroceder hacia la sombra, la joven se había vuelto a sentar; aunque seguía mirando fijamente hacia el lugar que él acababa de dejar. Stephen, que había perdido toda capacidad de movimiento, se quedó mirando también. Entretanto, la imagen se estaba grabando con hierro al rojo en plásticas profundidades de su alma cuya existencia jamás había sospechado. Y otra vez, con la magia de este anhelo avasallador, pareció sacarla de entre la horda de huéspedes del hotel, hasta tenerla cerca de los ojos, cálida, perfumada, acariciante. Su rostro intensamente espléndido y delicado, amado ya más que ninguna otra cosa en la vida, se encendió al roce de sus labios. Stephen, ante el gozo, el asombro, el misterio de todo esto, sintió vértigo. Se disolvieron las fronteras de su ser... y luego se ensancharon para incluirla.

Por las palabras con que un enamorado se esfuerza en describir el rostro que adora adivinamos sólo una pequeña parte de su imagen: estos símbolos de vagos colores ocultan más belleza de la que revelan. Stephen no intentó analizar el inefable secreto de este rostro ovalado, oscuro, joven, que vio ladeado a la luz de la luna, con los párpados bajos sobre unos ojos almendrados, un cabello suave y brumoso, y envuelto todo por el misterio penetrante del amor. Lo aceptó, a la vez que se zambullía en un total abandono de sí mismo. Sólo se dio cuenta vagamente de que la naricilla, sin ser judía, se curvaba de manera especial hacia una barbilla cincelada delicadamente y con firmeza; de que sus labios expresaban la invitación de toda la feminidad de otra raza, una raza ajena a la suya: una raza oriental; y de que había en ese rostro algo no domado, casi salvaje, que corregía la exquisita ternura de sus ojos grandes, castaños, soñadores. La poderosa revolución del amor propagó su suave marea hacia todos los rincones de su ser.

Además, aceptó igualmente ese gesto de acogida, tan inesperado y espontáneo a la vez (¡tan natural, le parecía ahora!), la sonrisa de reconocimiento que tan deliciosa perplejidad le había causado. La joven había sentido lo que había sentido él; incluso se había delatado como él, con un movimiento súbito, incontrolado, de revelación y placer; y explicarlo con cualquier saber mundano y vulgar sería despojarlo de su entrañable pudor, veracidad y prodigio. Ella anhelaba conocerle, lo mismo que él anhelaba conocerla a ella.

Y todo esto en el corto espacio —según computan los hombres el tiempo— de dos minutos: incluso menos.

Jamás ha entendido Stephen cómo en ese instante fue capaz de frenar todo gesto precipitado e impulsivo. Sostuvo una lucha: breve, dolorosa, confusa. Pero acabó con una nota de alegría triunfal: el transporte de la felicidad futura...

Recuerda con gran esfuerzo que recobró el uso de los pies, y reemprendió el camino de regreso, saliendo otra vez a la luz de la luna. La joven de la ventana observó, con la cabeza vuelta, cómo se alejaba; estiró el cuello para seguir mirando, hasta que salió de su ángulo de visión; incluso agitó su mano pequeña y oscura.

«Voy a llegar tarde», fue el pensamiento que cruzó veloz por la mente de Stephen. Hacía frío; intenso hasta doler. «Mark se preguntará qué diablos me ha pasado...»

Porque, con rápida y terrible reacción, el significado de todo esto —las posibles consecuencias del Rostro— le inundó el corazón y se lo anegó como una riada de agua fría. Al calcular su amor fraternal, incluso su amor de gemelo, jamás había imaginado una cosa así: jamás había contado con la eventualidad de una fuerza capaz de hacer que todo en el mundo pareciese trivial...

De haber estado allí Mark, con su actitud más crítica ante la vida, habría podido analizarlo en seguida. Pero Mark no estaba allí. Y Stephen había... *visto*.

Esas cuerdas poderosas de la vida, como de un instrumento, sobre las que yace extendido el corazón del hombre, se habían puesto a temblar tremendamente. En su interior latían y se derramaban nuevas vibraciones. Algo se le desintegró dentro; y en su lugar nació algo maravilloso. El Rostro había establecido su dominio sobre las regiones secretas de su alma; a partir de ese momento, el proceso fue maquinal e inevitable.

IV

Entonces, espectral y fría, surgió la imagen de su hermano ante su visión interior. Le salió al paso, en el sendero, el amor profundo y fraterno de gemelo.

Caminaba tropezando con las raíces y las piedras, tratando de dominarse, aunque a duras penas lo conseguía. Se habían abierto ventanas en todos los rincones de su alma; a través de ellas veía un mundo nuevo, inmenso, de colores gloriosos. Detrás de él, en las sombras, mientras sus ojos miraban y su corazón cantaba, se alzó el único pensamiento que hasta aquí había regido su vida: su amor a Mark. Se había vuelto ya inequívocamente borroso.

Porque ambas pasiones eran reales y dominantes: la una generada a lo largo de treinta y cinco años de afecto y consolidada por mil asociaciones y sacrificios, la otra caída del cielo con sobrecogedora brusquedad. Y desde el primer instante comprendió que no podían subsistir las dos a la vez. Debía morir una para alimentar a la otra...

En la escalera notó la fragancia de un tabaco extraño y, para su sorpresa e inmenso alivio, al entrar en el chalet descubrió que, por primera vez, su hermano no estaba solo. Un hombre bajo y moreno hablaba en tono grave con él, de pie junto a la ventana: junto a la ventana donde evidentemente había estado Mark esperándole inquieto. Antes de presentarle al desconocido, Mark manifestó su alivio:

—Estaba empezando a temer que te hubiese ocurrido algo —dijo en voz baja, pero de manera que el otro le oyó. Y tras una pausa, durante la que escrutó con atención la cara de Stephen, añadió—: no te hemos esperado para cenar, como ves; pero la vieja Petavel te ha guardado la cena en la cocina para conservarla caliente y

dispuesta.

—Yo... esto... me he extraviado —dijo Stephen con presteza, desviando la mirada de Mark al desconocido, y preguntándose vagamente quién sería—. Me he confundido en la oscuridad...

Mark recordó su obligación, ahora que su inquietud había desaparecido, y se apresuró a presentárselo: era un profesor de una universidad rusa, interesado en el folclore y las leyendas, que había leído el libro sobre los Abruzzos y había averiguado por pura casualidad que eran vecinos aquí en el bosque. Se hospedaba en un pequeño hotel de Les Rasses, y se había atrevido a venir a presentarse. Stephen estaba demasiado ocupado intentando ocultar el conflicto de sus nuevas emociones para notar que Mark y el desconocido parecían tratarse con relativa familiaridad. Tenía tanto miedo de que le traicionasen las tribulaciones de su corazón que era incapaz de percibir nada sutil o desacostumbrado en los demás.

—El profesor Samarianz es de Tiflis —explicaba Mark—, y me ha estado contando cosas de lo más interesantes sobre las leyendas y el folclore del Cáucaso. Tenemos que ir un año, Stephen... El señor Samarianz ha prometido amablemente facilitarme cartas de presentación para personas que pueden sernos útiles... Me ha hablado, también, de una preciosa leyenda sobre un «Valle perdido» que existe por aquí, donde los espíritus de los que mueren por propia mano, y los que tienen una muerte violenta, encuentran una paz perpetua: o sea la paz que les niegan todas las religiones...

Mark siguió hablando durante unos minutos, mientras Stephen se despojaba de la mochila e intercambiaba unas palabras con el visitante, que hablaba un excelente inglés. No estaba seguro de lo que decía, pero confiaba hablar con suficiente sensatez y sosiego, a pesar de las pasiones que tan terriblemente combatían en su pecho. Notó, sin embargo, que el rostro de este hombre poseía un atractivo especial, aunque no lograba determinar dónde concretamente residía su secreto. Luego, pretextando hambre, entró en la cocina a cenar, enormemente aliviado de tener una ocasión para poner un poco de orden en sus pensamientos; y cuando volvió, veinte minutos después, descubrió que su hermano estaba solo. El profesor Samarianz se había ido. Aún duraba en la habitación el perfume de sus cigarrillos de extraño aroma.

Mark, tras escuchar a medias el resumen del día que hacía su hermano, comenzó a hablar atropelladamente de su nuevo interés: estaba entusiasmado con el Cáucaso y su folclore y con la feliz casualidad de que este desconocido se hubiese cruzado en su camino. La leyenda de un «Valle perdido» en el Jura era sumamente interesante, también, y manifestó su asombro de no haber topado hasta ahora con ningún indicio de dicha historia.

—Imagino —exclamó, tras una relación que duró media hora— que ha venido de uno de esos pequeños hoteles que hay en el límite del bosque... de ése bullicioso que siempre procuramos evitar. Nunca sabe uno dónde se esconde su suerte, ¿verdad? —añadió, con una carcajada.

—Tú, desde luego que no —replicó Stephen en voz baja, ahora totalmente dueño de sí; o al menos de su mirada y su voz.

Y, para su secreta satisfacción y placer, fue Mark quien facilitó la excusa para seguir en el chalet, en vez de trasladarse más abajo del valle como habían pensado. Además, habría sido absurdo y poco natural dejar de investigar una leyenda tan pintoresca como la del «Valle perdido».

—Estamos muy a gusto aquí —añadió Mark en voz baja—; ¿por qué no quedarnos un poco más?

—Desde luego, ¿por qué no? —contestó Stephen, confiando en que no se delatara la terrible tormenta interior que al punto se le desató otra vez ante tal perspectiva.

—No te apetece, ¿verdad, muchacho? —insinuó Mark, amable.

—Al contrario; me apetece, y *mucho* —fue la respuesta.

—Bien. Entonces nos quedaremos.

Pronunció estas palabras tras una pausa de segundos. Stephen, que estaba en el fondo de la habitación ordenando sus muestras junto a la lámpara, alzó los ojos vivamente. La cara de Mark, que estaba sentado en el antepecho de la ventana, en la oscuridad, apenas era visible. Sin duda fue algún matiz de su voz lo que transmitió al corazón de Stephen un súbito destello de advertencia.

Una sensación de frío le recorrió fugazmente, y desapareció. ¿Se había traicionado ya? ¿Era la sutil, casi telepática comunicación entre dos gemelos, desarrollada a tal extremo que podían transmitirse emociones con el mínimo de palabras o gestos, incluso sumidos en la sombra de sus respectivos silencios? Y otro pensamiento: ¿había algo distinto en Mark, también... algo que había cambiado en él? ¿O era meramente su propia pasión, voraz e incontenible, aunque severamente reprimida, que le alteraba el juicio y le volvía imaginativo?

¿Qué se alzaba oscuramente en la habitación... entre ellos?

Un dolor repentino y tremendo le quemó por dentro al comprender de manera incuestionable, y con intensa y cruel penetración, que uno de estos dos amores de su corazón debía morir inevitablemente para alimentar al otro, y que quizá tuviera que ser... el de Mark. Le llegó de golpe su significado completo. Y ante tal pensamiento, todo su amor profundo de treinta años se alzó en su interior como una riada, fluyendo a raudales por las bocas de la vida, tratando de arrollar y arrastrar los obstáculos que amenazaban con desviarlo. Detrás de los ojos le ardían lágrimas no derramadas. Y soportaba un grado de dolor concreto y físico.

Tras un momento de feroz autodomínio, dio media vuelta y cruzó la habitación: pero antes de haber recorrido la mitad de la distancia que le separaba de la ventana donde estaba su hermano fumando, el torrente de palabras —¿debían haber sido de confesión, de remordimiento, de renovado afecto?— le había abandonado, al extremo de olvidársele por completo. En su lugar le salieron frases vulgares y sin vida. Apenas les prestó atención, aunque las pronunciaron sus labios.

—Vamos, Mark, muchacho —dijo, consciente de que le temblaba la voz, y de que

otra cara se superponía imperiosa a la que miraba—; es hora de acostarse. Estoy rendido como tú.

—Tienes razón —replicó Mark, mirándole fijamente, al tiempo que se volvía hacia la lámpara—. Además, el aire de la noche está refrescando... y llevamos todo el rato sentados en la corriente.

Por primera vez en la vida no pudieron encontrarse los ojos de los dos hermanos. Ninguna de las dos miradas se dirigió al centro de la otra. Fue como si colgase un velo entre ambas y fuese necesario enfocarlas deliberadamente. Se miraron de frente como de costumbre, pero con esfuerzo... con momentánea dificultad. La habitación, también, como Mark había dicho, estaba fría; y la lámpara, ya sin aceite, empezaba a oler. La luz y el calor se estaban apagando a la vez. Era hora de acostarse.

Salieron juntos del brazo, los dos hermanos, y la larga sombra de los pinos, proyectada a través de la ventana por la luna ascendente, se extendió en el piso como unos brazos que se agitaban. Y el viento arrebató de las ramas negras del exterior un aluvión de suspiros y los esparció por el tejado y las paredes, mientras ellos se dirigían a sus dormitorios, a uno y otro lado del pequeño corredor.

V

Cuatro horas más tarde, cuando la luna estaba en lo alto y la habitación no contenía sino una densa sombra, se abrió la puerta suavemente y entró... Stephen. Estaba vestido. Cruzó el piso sigilosamente, abrió la ventana, y salió a la galería. Un minuto después había desaparecido en el bosque, más allá de la franja de huerto de detrás del chalet.

Eran las dos de la madrugada, y el sueño no había rozado siquiera sus ojos. Porque le ardía el corazón, le dolía y luchaba dentro de él; y sentía la necesidad de espacios abiertos y de las grandes fuerzas de la noche y las montañas. Jamás se había visto en una batalla así. Recordó lo que había dicho su hermano hacía años, riendo, medio en serio medio en broma: «... Si alguna vez uno de los dos sucumbe al amor, muchacho, le habrá llegado al otro la hora de... ¡irse!». Y los dos sabían cuál era el significado último de esa palabra.

Cruzó los claros del bosque, perfumados por la noche, hasta que llegó al lugar donde el Rostro de suave esplendor le había bendecido el alma con su luz misteriosa. Se sentó y, con la espalda apoyada en el mismo árbol que le había sostenido hacía unas horas, lanzó sus pensamientos a la batalla con toda la fuerza de su voluntad y su carácter detrás. Muy sosegadamente, y con todo el cuidado, precisión y firmeza mental que habría dedicado a un «caso» difícil en Wimpole Street, hizo frente a la situación y luchó contra ella. Las emociones, después de las cuatro horas que se había pasado en la cama dando vueltas sin dormir, se habían mitigado un poco. En un

sentido de la palabra, estaba sereno, era dueño de sí. Veía los hechos —con las enormes consecuencias que podían traer— desnudos. Y viéndose así, se daba cuenta de lo mucho que llevaba recorrido ya en ese dulce sendero que le conducía a la joven... y le alejaba de su hermano.

No conocía ningún detalle sobre ella; ni siquiera si era libre; sólo sabía que la amaba, y que su vida entera se consumía de deseo de ofrecerse en sacrificio a ese amor. Ésa era la pura realidad. El problema le atormentaba. ¿Podía hacer algo para contener la riada que seguía subiendo, para detener su terrible inundación? ¿Podía desviar su caudal, y ofrendarlo, con la joven y todo, en el altar de ese otro amor: el afecto de gemelo por su hermano, la misteriosa afinidad que hasta aquí había regido y dirigido todas las corrientes de su alma?

No cabía pensar en deshacer lo que ya estaba hecho. Aunque no volviese a ver nunca más ese rostro, ni oyese la voz de esos labios; aunque no llegase a conocer la magia del contacto, el perfume de los pensamientos íntimos, o la inefable beatitud de confesarle su ardiente mensaje y oír el murmullo del de ella... el amor había fraguado ya entre ellos. Era inextirpable. Stephen la había visto. La placa sensible había recibido su retrato indeleble.

Porque no era ésta una pasión surgida de la mera proximidad que da lugar a tantos matrimonios desajustados en el mundo. Era una unión profunda y mística ya consumada, psíquica en el sentido total, inevitable como el matrimonio del viento y el fuego. Casi oyó la risa de su propia alma al pensar en la revolución llevada a cabo en un instante del tiempo por el mensaje de una simple mirada. ¿Qué tenía que decir la ciencia, o su propia especialidad científica, sobre esta tempestad de fuerzas que le invadía y barría con sus hermosos terrores de viento y relámpagos las regiones más recónditas de su ser? ¿Qué tenía que decir o pensar de este torbellino que le sacudía, que le envolvía deliciosamente, que hacía ya muy dulce la idea de sacrificar a su hermano?

¡Nada, nada, nada...! Sólo podía echarse en sus brazos y descansar, con esa paz —más honda que ninguna otra cosa en la vida— que conoce el místico cuando se sabe rodeado por los brazos eternos, y que su unión con la fuerza más grande del mundo se ha consumado.

No obstante, Stephen luchó como un león. Su voluntad se alzó, oponiéndose a la invasión... Y al final, esa voluntad de hierro, adiestrada como la adiestran todos los hombres de temple frente a las dificultades de la vida, logró un resultado claro y concreto. Este resultado fue casi un *tour de forcé*, quizá, aunque pareció válido. Gracias a él, Stephen logró adoptar una postura que intuía imposible, pero en la que decidió, mediante un acto deliberado de casi increíble volición, permanecer asido. Decidió dominar su obsesión, y permanecer fiel a Mark...

El esplendor del cercano amanecer bañaba la lejana cadena del Jura, borrosa y azul, cuando se levantó por fin, cansado y frío, para regresar al chalet.

Se dio cuenta plenamente de lo que significaba la resolución a la que había

llegado. Y el saberlo le heló por dentro hasta una rigidez como la de la muerte. Era atroz el dolor de su corazón en lucha contra esa resolución. Había calculado, o así lo creía al menos, la importancia de su sacrificio. De hecho, su decisión era totalmente artificial, y su resolución estaba dictada por un código moral más que por esas fuerzas originales que rigen la vida y son las únicas que producen cambios permanentes. Stephen tenía madera de héroe; y dicho esto, hemos dicho todo cuanto el lenguaje puede decir.

De regreso en el fresco y pálido amanecer, mientras cruzaba los prados abiertos donde la bruma se levantaba y el rocío lo cubría todo como una lluvia, pensó de repente en ella muerta —o sea muerta como él había decidido que debía estar muerta— por él. E inmediatamente, como obedeciendo a una orden, se eclipsó toda la luz del paisaje y del mundo. Se le enfrió el alma, y se le ensombreció la dulzura de su vida. Porque era su antigua alma la que amaba, y negarlo era negar la vida misma. Había pronunciado sobre sí una sentencia de muerte por inanición: muerte lenta y prolongada acompañada de torturas de la más exquisita descripción. Y mientras caminaba por este sendero, creía de veras que su pequeña voluntad humana podía darle firmeza.

Se abrió paso por la yerba empapada con el júbilo de tan inmenso sacrificio cantando singularmente en su sangre. Llevaba en el corazón el esplendor del sol naciente en la montaña y toda la frescura vital del amanecer. Llegó al chalet casi antes de darse cuenta; y allí, de pie en la galería, esperándole, con su bata gris subida hasta las orejas para protegerse del aire penetrante, estaba... ¡Mark!

Y de algún modo, al verle, decayó y le desapareció todo ese falso júbilo. Se detuvo en seco, y le miró como podría haber mirado a su verdugo. Su visión le devolvió bruscamente, con el más intenso dolor, a la realidad.

—No podías dormir, como yo, ¿eh? —dijo Mark desde lejos, en voz no muy alta para no despertar a los campesinos que dormían en la planta baja.

—¿Has estado desvelado *tú* también? —replicó Stephen.

—Toda la noche. No he pegado ojo —luego Mark añadió, mientras su hermano subía por la escalera de madera hacia él—. Sabía que estabas despierto. Lo intuía. Y sabía también que... habías salido.

Un silencio cruzó entre los dos. Ambos habían hablado con sosiego, con naturalidad, sin manifestar sorpresa.

—Sí —dijo Stephen por fin—; lo que siente uno repercute siempre en el otro: el dolor, el ánimo... —calló de repente, dejando la frase sin terminar.

Se miraron a los ojos como en otro tiempo. Stephen experimentó un instante de frío terror en el que percibió que su hermano había adivinado la verdad. Entonces Mark le cogió del brazo y le llevó adentro de puntillas.

—Escucha, Stevie —dijo con suma ternura—; no hace falta que digas nada: sé que no eres feliz por algo; y por tanto, como es natural, tampoco yo lo soy —calló, como buscando las palabras. En circunstancias normales, Stephen habría captado su

pensamiento exacto; pero ahora el tumulto de emociones reprimidas enturbiaba su capacidad de adivinación. Sintió el brazo atrapado por una súbita tenaza. Se acercaron más el uno al otro. No habló ninguno de los dos. Luego Mark, muy bajo, atropelladamente, dijo (casi murmuró)—: *En realidad*, es culpa mía... ¡muchacho!

Stephen se volvió, asombrado, y se quedó mirándole. ¿Qué diablos quería decir su hermano? ¿De qué estaba hablando? Antes de que pudiese recobrar el habla, sin embargo, siguió Mark, hablando claramente ahora, y con muestras de una fuerte emoción en la voz:

—Te diré lo que vamos a hacer —exclamó con súbita decisión—: ¡nos iremos, nos marcharemos! Puede que llevemos aquí demasiado tiempo. ¿Eh? ¿Qué dices a eso?

Stephen no notó con qué intensidad observaba Mark su cara. Al pensar en la separación que supondría, toda su poderosa resolución se vino abajo como un castillo de naipes. Su vida entera pareció derretirse y correr como un impetuoso torrente de anhelo hacia el Rostro.

Pero contestó con serenidad, manteniendo su propósito artificialmente con una fuerza de voluntad que parecía retorcer y arrancar su vida de raíz, con indecible dolor. No habría sido capaz de soportar la tensión más de unos segundos. Su voz sonó extraña y distante:

—De acuerdo; a final de semana —dijo; sentía una debilidad espantosa que le llenaba de frío—; eso nos dará tres días para hacer planes, ¿te parece bien?

Mark asintió. Sus caras estaban arrugadas como las de dos viejos. Pero no había nadie que advirtiese eso... ni la pétrea severidad que había caído súbitamente sobre sus ojos y sus labios.

Entraron en el chalet cogidos del brazo y se dirigieron a sus respectivos dormitorios sin decir una palabra más. El sol se elevó a ras de las copas de los árboles y derramó sus primeros rayos sobre el sitio donde ellos acababan de estar.

VI

Bajaron en bata, bastante tarde, a desayunar. Estaban callados, serios y ligeramente preocupados. Ninguno de los dos hizo alusión al encuentro de la madrugada. Nuevas arrugas surcaban sus rostros: parecían idénticas, y les bajaban de las comisuras de la boca en un gesto de hosquedad, donde hasta ahora había sido sólo de firmeza.

Los ojos de ambos veían nuevas cosas, nuevas distancias, nuevos terrores. Algo, temido hasta ahora sólo como una posibilidad, se había acercado y estaba junto a ellos por primera vez como una realidad. El sueño, donde se confirman y ratifican los cambios ofrecidos al alma durante el día, había establecido este nuevo factor en la

ecuación personal de ambos. Habían cambiado, si no el uno respecto al otro, al menos respecto a otra cosa.

Pero Stephen veía el asunto sólo desde su propio ángulo. Por primera vez, que él recordase, parecía haber perdido la comunicación intuitiva que le permitía ver las cosas desde el punto de vista de su hermano también. El cambio, estaba seguro, se había operado en él, no en Mark.

«Sabe, intuye que algo ha cambiado terriblemente en mí. Pero todavía no ha descubierto el qué», discurrían sus pensamientos. «Pido a Dios que no llegue a saberlo... ¡al menos hasta que yo lo haya superado del todo!»

Porque aún se mantenía, con toda la innata firmeza de su voluntad, en el camino que heroicamente había escogido. Más tarde, al mirar todo esto retrospectivamente desde la serenidad del final, le parecía increíble el grado de autoengaño que su imaginación había llegado a poner en juego. Pero ahora esperaba, deseaba, quería vencer sinceramente; incluso *creía* que vencería.

Mark, observó, cometía pequeños errores que delataban su turbación de manera singular, lo que en otro tiempo habría despertado recelos en él. Le puso azúcar en el café, por ejemplo; se le olvidó traerle un cigarrillo al ir a la alacena a coger uno para sí; decía y hacía multitud de pequeñeces que eran contrarias a sus hábitos, o a los de su hermano gemelo.

En todo lo cual, sin embargo, Stephen veía sólo una reacción fraternal al cambio que constataba en sí mismo. Nada ocurría que le convenciese de que algo en Mark había experimentado una revolución. Con la devoción mística propia de hermano gemelo, tenía viva conciencia de su propio alejamiento para pensar en el alejamiento del otro. Él, Stephen, tenía la culpa, y sufría atrozmente. Además, el dolor de su renuncia se veía aumentado por la sensación de que su amor ideal a Mark había sufrido un cambio; de que, consiguientemente, estaba haciendo este sacrificio fatal por algo que quizá no existía ya. Esto, empero, no lo percibía aún como algo consumado. Aunque fuera cierto, la decisión a la que había llegado actuaba a manera de sugestión hipnótica para ocultarlo. Al mismo tiempo, aumentaba de forma considerable la confusión y perplejidad de su mente.

Ese día fue para los hermanos, prácticamente, un *dies non*. Pasaron el resto de la mañana ocupados en pequeños menesteres, superfluos y sin objeto, un poco a la manera de las mujeres. Aunque ninguno de los dos hablaba de la decisión de irse al finalizar la semana, cada cual por su lado procedía con arreglo a eso, casi como si se considerasen en la obligación de demostrarse que *no* lo habían olvidado... Al menos, no del todo. Simulaban valerosamente recoger diversas cosas con miras a hacer el equipaje más tarde. Sin embargo, lo más que se acercaban a tal decisión era con frases como: «Cuando llegue el momento de partir», «cuando nos marchemos», «es mejor que dejes eso fuera, o se nos olvidará».

Las frases les salían de la boca alternadamente, entre largos intervalos; y al único que engañaban era al que las decía. Era un fingimiento no muy distinto del de los

colegiales, sólo que más complejo e infinitamente más torpe y rudimentario. Stephen, en cualquier otra ocasión, se habría reído de buena gana. Lo curioso, sin embargo, era que advertía el fingimiento sólo en su propio caso. Mark, pensaba, era sincero; aunque quizá no tenía demasiadas ganas de irse. «Accede a que nos marchemos, el pobre, porque cree que es lo que yo quiero; no por él», se dijo. Y la idea de este sacrificio fraternal le agradó; aunque le dolió terriblemente al mismo tiempo. Porque tendía a restablecer el viejo amor que se interponía en el camino del nuevo.

Empezó, sin embargo, a preocuparse menos de ordenar y recoger sus cosas: escribió alguna carta, sacó al sol las fotografías que reveló, incluso estudió en sus mapas nuevas expediciones, haciendo algún comentario al respecto en voz alta, que Mark no rechazó. Después, se olvidó por completo del equipaje. Mark no decía nada. Mark, no obstante, siguió su ejemplo.

Por la tarde durmieron la siesta los dos, reuniéndose otra vez a las cinco, para el té. Era raro encontrarse los dos a la hora del té. Mark lo convirtió hoy en un pequeño ritual; lo preparó en su infiernillo de alcohol... casi con ternura, atendiendo a las necesidades de su hermano como una mujer. Y apenas terminada la comida, se presentó un chico en librea de hotel con una nota: una invitación del profesor Samarianz.

—Ha consultado un montón de papeles suyos —comentó Mark con indiferencia—, y sugiere que vaya a cenar con él, a fin de enseñármelo todo sin prisas.

—Yo que tú aceptaría —dijo Stephen—. Puede que valgan la pena, si vamos al Cáucaso más tarde.

Mark vaciló un minuto o dos, diciéndole al chico que esperase en la cocina. «Creo que iré *después* de cenar», decidió. Había un asomo de ansiedad en su gesto que Stephen, sin embargo, no advirtió.

—Llévate el cuaderno de notas y sácale lo que puedas —añadió Stephen con una breve risa—. Yo es probable que me acueste pronto.

Y Mark, metiéndose la nota en el bolsillo, se echó a reír también y dijo que así lo haría, para gran alivio del otro.

Era muy tarde cuando Mark regresó de su visita; pero su hermano no le oyó volver, ya que había tomado una copa para asegurarse de poder dormir. Y a la mañana siguiente estaba Mark tan entusiasmado con los datos interesantes que había recopilado, y que seguiría recopilando, que renunciaron sin más al plan de irse al finalizar la semana. Ninguno de los dos volvió a simular ocuparse del equipaje. Los dos querían y pensaban seguir donde estaban.

—Esta tarde voy a visitar a Samarianz otra vez —dijo Mark de pasada, por la mañana—; y... si no te importa, podría traerle a cenar. Es la persona más amable que he conocido, y un pozo de saber.

Stephen, tras expresar su conformidad, cogió su cámara, su bote de muestras y su martillo de geólogo, y salió con un pedazo de pan y chocolate en la mochila para el resto de la tarde.

VII

Pero no sólo se puso en camino valerosamente, sino que durante muchas horas permaneció fiel, manteniendo tan rígido control sobre sus sentimientos que parecía literalmente que le costaba sangre. Un anhelo apasionado, sin embargo, le devoraba arteramente, y el mismo recuerdo que él pugnaba por sofocar se alzaba con una persistencia que ponía en ridículo ese intento de reprimirlo. Como los copos de nieve, cuyo peso individual es inapreciable pero cuya acumulación es irresistible, los pensamientos de *ella* se iban concentrando detrás de su espíritu, prestos a aplastarle en un momento dado. Y cuando regresaba, al atardecer, le acometió la tentación como una oleada, haciendo ridícula la sola idea de resistir.

Recuerda haberse preguntado, con una especie de alegría frenética, si le sería posible a la voluntad humana resistir una presión tempestuosa como la que le cogió a él materialmente por los hombros y le apartó de su camino, arrastrándole hacia el pequeño hotel de la linde del bosque.

Era totalmente ridículo, por supuesto, y no recurrió a ningún pretexto o excusa. A decir verdad, no sabía qué esperaba ver o hacer; su mente, al menos, no se hacía una idea clara. Pero muy dentro de sí, ese corazón que se resistía a ser sofocado clamaba por una gota de esa agua que ahora era su misma vida. Y sobre todo, quería *ver*. Si pudiera verla otra vez: aunque fuese de lejos... ¡fugazmente! Con una nueva visión de ella con que cargar su memoria hasta los bordes para la vida, quizá podría hacer frente al futuro con más valor. ¡Ah, ese quizá...! Porque la joven tiraba de él con ese millón de invisibles hilos amorosos que convencen al hombre de que obra por propia voluntad, cuando realmente no hace sino obedecer a las fuerzas inevitables que atan los planetas a los soles.

Y esta vez no había prisa; tenía por delante toda una hora, antes de que Mark esperase su llegada para cenar; podía permanecer sentado entre las sombras del bosque, a esperar.

Tenía los gemelos en el bolsillo, y comprendió, con secreta vergüenza, que no los llevaba encima por casualidad. Caminaba atolondrado incluso antes de llegar a un cuarto de milla del lugar; porque la idea de que quizá la viera otra vez le hacía ridículamente feliz, y temblaba como un escolar, tropezando con las raíces y calculando mal la distancia de sus pasos. Todo formaba parte de un gran sueño vertiginoso en el que su alma cantaba y gritaba la primera delirante insensatez que le venía al pensamiento. La posibilidad de volverla a mirar a los ojos le producía una sensación de triunfo y excitación que sólo se puede describir con una palabra: embriaguez.

Al llegar al claro entre los árboles desde donde era visible el hotel, acortó el paso, andando incluso de puntillas. Fue instintivo; porque se estaba acercando a un lugar consagrado por el amor. Orientándose casi instintivamente, encontró el mismo árbol; a continuación se apoyó contra él, mientras sus ojos buscaban ansiosos algún rastro

de ella en el mirador de cristal. La rapidez y agudeza de la visión pueden ser asombrosas a esas horas, pero es indudable que en menos de un segundo supo que la multitud de figuras movientes no incluía la que él buscaba: no estaba entre ellas.

Y se disponía a acomodarse para afrontar una prolongada vigilancia, cuando un ruido o movimiento —o quizá las dos cosas— entre los árboles de su derecha, atrajo su atención. Hubo un débil crujido; una ramita al romperse.

Stephen se volvió con rapidez. Bajo un gran abeto, a menos de media docena de yardas, se movió algo..., luego se levantó. Al principio, debido a la oscuridad, le pareció un animal, pero en ese mismo instante vio que se trataba de una figura humana. Eran *dos* figuras humanas, de pie una junto a la otra. A continuación se separaron; vio la silueta de un hombre recortada en un trozo de cielo entre los árboles. Y habló una voz... una voz cargada de gran ternura, aunque movida por una gran pasión:

—¡Pero si no es nada, nada! No tardaré ni dos minutos. Y por ahorrarte un instante de incomodidad, ¡sabes que sería capaz de darle la vuelta al mundo! ¡Espérame aquí...!

Eso fue todo, pero la voz y la figura hicieron que el corazón de Stephen dejase de latir como si se lo hubiesen sumergido en hielo de repente; porque eran la voz y la figura de su hermano Mark.

Echando a correr ladera abajo hacia el hotel, Mark desapareció.

La otra figura, apoyada contra un árbol, era de una joven, y Stephen, incluso en ese primer instante de terrible perplejidad, comprendió por qué el rostro del profesor Samarianz le había encantado. Ésta, evidentemente, era su hija. Y entonces se le iluminó la realidad con toda crudeza, en una visión interior, y comprendió que también Mark se había enamorado locamente, y sufría las mismas atroces torturas, y sostenía la misma terrible batalla que él...

No pareció haber un acto de conocimiento consciente. El fuego que le inflamó e hizo que su helado corazón volviese a latir con violencia, golpeándole las costillas, le dejó claramente sin voluntad ni capacidad mental para acción ninguna. *Ella* se encontraba allí, a menos de seis yardas de donde él estaba sentado, acurrucado en el suelo; allí se encontraba, con toda su belleza, su misterio, su prodigio, lo bastante cerca como para poder estrecharla entre sus brazos con sólo dar un salto; allí, un poco velada por las sombras del anochecer, esperando el regreso de... ¡Mark!

Stephen recuerda lo que ocurrió, con esa confusión que suele acompañar a los momentos de pasión arrolladora. Porque en los pocos segundos siguientes, que remedaron toda la escala del tiempo, vivió una serie concentrada de emociones que abasaron su cerebro demasiado intensamente para poder retener un recuerdo preciso. Se puso de pie, vacilante, con la mano en la áspera corteza del árbol. Sólo parece guardar memoria de detalles absurdos de esos momentos: que tenía un pie «dormido», y sentía hormigueo hasta la rodilla, y que se le cayó el sombrero flexible de la cabeza; lo cual le enfureció, porque le ocultó la figura de ella durante una

fracción de segundo. Esos extraños detalles recuerda.

Y entonces, como si la fuerza que mueve el universo le empujase deliberadamente desde atrás, avanzó lentamente, con paso breve, inseguro, hacia el árbol donde la joven estaba medio de espaldas a él.

No sabía su nombre, no había oído nunca su voz, ni había estado lo bastante cerca de ella como para «sentir» su atmósfera; no obstante, tan hondamente habían preparado ya su amor y su imaginación, dentro de él, los pequeños senderos de la intimidad, que le pareció que se acercaba a alguien a quien conocía desde que tenía memoria, y que le pertenecía tan por completo como si la hubiese poseído de manera absoluta desde el principio de los tiempos. De haber compartido con ella toda una serie de vidas anteriores, la sensación no habría podido ser más convincente y completa.

Y recuerda que de este torbellino y tumulto se liberaron dos pequeñas acciones: de sus labios brotó un grito confuso que no fue ninguna palabra concreta, y... abrió los brazos para estrecharla contra su corazón. A lo cual, naturalmente, se volvió ella con vivo sobresalto, y se dio cuenta de su proximidad.

—¡Oh, oh! ¡Qué silencioso y deprisa has vuelto! —exclamó vacilante, mirándole a los ojos con una sonrisa a la vez de bienvenida y de alarma—. Me has asustado un poco, la verdad.

Era exactamente la voz que él había esperado oír, con acento curiosamente lento, arrastrado de su inglés poco fluido, demorándose las palabras en sus labios como si no desearan abandonarlos, y el suave calor de su sonido en la garganta como una caricia. Un instante después la tenía sofocada en sus brazos, y hundía la cara en los perfumados cabellos que rodeaban su cuello.

Hubo un increíble momento de olvido en el que el contacto, el perfume y el poder sanador que emanaba de ella derramaron en las profundidades de su alma una paz que le calmó todo dolor, acalló todo tumulto..., momento en que el Tiempo mismo suspendió por una vez su marcha inexorable, y los mismos procesos de la vida se detuvieron a observar. A continuación sonó un grito aterrado, y ella le apartó. Se quedó, con sus dulces ojos perplejos y sorprendidos, mirándole intensamente; jadeando un poco, con el pecho agitado.

Y Stephen comprendió ahora, si es que no había comprendido ya antes. El gesto de reconocimiento en el mirador del hotel, hacía dos días, y esta gloriosa realización de ahora, que ya parecía haber sucedido hacía un siglo, compartían un origen común. Iban destinados a otro, y en las dos ocasiones la joven le había tomado por su hermano Mark.

Y volviéndose repentinamente —casi cayéndose por la brusquedad—, al proferir los labios de la joven el súbito grito, vio junto a ellos a la mismísima persona con quien había sido confundido. Mark había subido la cuesta por detrás, sin ser visto, y llevaba en el brazo la pequeña capa roja que había ido a buscar.

Fue como si un viento helado le golpease la cara. El sentimiento de repugnancia

con que Stephen vio el regreso de su hermano dio paso en seguida a un estado de embotamiento en el que toda emoción se retiró como las aguas de la muerte. Perdió momentáneamente la capacidad de comprensión. Olvidó quién era, qué hacía allí. Le tenía aturdido el hecho de que Mark se le hubiera adelantado tan por completo. Su vida vacilaba y se tambaleaba sobre sus cimientos...

A continuación, el rostro y la figura de su hermano se agitaron ante sus ojos como una rama de árbol, y un vértigo pasajero se apoderó de él. Quizá sus dedos bajaron, húmedos y fríos, hasta el martillo de geólogo que llevaba en el cinturón por pura casualidad. Desde luego, lo soltó casi inmediatamente... Y cuando la oleada de emoción volvió sobre él con la fuerza tremenda que había ido acumulando durante el intervalo, la posibilidad de que obedeciera al impulso insensato y cometiera una acción descabellada o criminal la anuló el rápido desarrollo de un pequeño drama sumamente conmovedor, que hizo que ambos hermanos se olvidasen de sí mismos en su deseo de salvar a la joven.

Con la más dulce perplejidad, como una criatura o una bestezuela asustada, la joven miraba a uno y otro hermano. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Extrañamente atractivo era su encanto en ese momento en que trataba de explicarse esta doble visión. Inició primero un movimiento hacia Mark, retrocedió a mitad de camino, se volvió sobresaltada hacia Stephen; luego, con un agudo grito de terror, se desplomó como un fardo entre los dos.

Su indecisión de medio segundo, sin embargo, le pareció a Stephen que duraba muchos minutos. De haber caído ella finalmente en brazos de su hermano, nada en el mundo le habría impedido saltar sobre él con manos de asesino. En cambio así, piadosamente, la singular belleza de su pequeño rostro oriental, alterado por el pálido terror de su alma, paralizó momentáneamente todo sentimiento en él. Un estremecimiento de admiración recorrió su ser al verla vacilar y caer. Así podría haber caído un ángel silencioso de los cielos...

Fue Mark, sin embargo, con su habitual decisión, quien hizo posible que su mente recobrara algo de su poder de concentración; y lo hizo con un gesto y una frase tan totalmente inesperados, tan incongruentes en medio de este torbellino de pasión, que de haberlo visto en un escenario o haberlo leído en una novela sin duda se habría echado a reír. Porque, un segundo después de desmayarse y caer la persona amada, al encontrarse los ojos de los dos hermanos, por encima de ella, en una mirada fugaz cargada de posibilidades con las más terribles consecuencias, Mark, cuyo rostro recobró súbitamente la calma, se inclinó junto a la joven caída y, fijando los ojos en Stephen, dijo con voz suave, pero en el tono más deliberadamente profesional:

—Stephen, muchacho, ésta es... *mi* paciente. Quizá sería mejor que uno de nosotros se... fuera.

Se inclinó para aflojarle el cuello y frotarle sus manos frías; y Stephen, sin saber exactamente qué hacía, y temblando como un niño, dio media vuelta y desapareció entre los espesos árboles en dirección a casa. Pues sólo comprendió claramente una

cosa en ese terrible momento: que debía matarle, o no verle. Y su voluntad, casi quebrantada bajo la tensión, sólo fue capaz de dictarle la segunda alternativa.

—*¡Vete!* —le dijo perentoriamente.

Y esta palabra pequeña resonó en las profundidades de su alma como el último tañido de una campana.

VIII

«*¡Es mi paciente!*» La frase de la espantosa comedia, la burla siniestra del gesto profesional, el contraste entre las palabras que alguien *debía* haber pronunciado y las que Mark *pronunció*..., todo esto tuvo el efecto de devolver a Stephen cierta cordura. Nadie más que su hermano, se daba cuenta, podía haberla dicho tan exactamente calculada para aliviar la atmósfera asfixiante de la situación. Fue una inspiración, aunque horrible por su extraña mezcla de verdad y falsedad.

«Pero todo esto es como un sueño», oyó que murmuraba una voz interior mientras regresaba tropezando sin volverse una sola vez a mirar, «el tipo de cosa que hace y dice la gente en las habitaciones de extrañas casas soñadas. ¡Sin duda estamos todos sumidos en un sueño, y dentro de poco voy a despertar...!».

La voz siguió hablando, pero él no escuchaba. Una telaraña de confusión comenzaba a envolver sus pensamientos, al tiempo que le invadía una sensación de lejanía respecto de las cosas reales de la vida. Probablemente era uno de esos sueños vividos, obsesionantes que a veces tenía, en los que su espíritu parecía tomar parte en escenas reales, con gente real, sólo que muy, muy lejos, y en una escala de tiempo y valores totalmente diferente.

—*¡Descubriré que estoy en mi cama de Wimpole Street!* —exclamó. Incluso trató de escapar del dolor que le atenazaba como un torno, de escapar despertando, sólo para descubrir, naturalmente, que el esfuerzo le había acercado aún más a la realidad de su situación.

Sin embargo, el caso entero tenía textura de sueño; por todas partes se revelaban sus proporciones extravagantes de acontecimiento onírico; las causas minúsculas y los efectos prodigiosos; el poder terrible del Rosero sobre su alma; el misterioso semienfriamiento de su amor a Mark; la manera ridícula en que se habían encontrado los dos en el bosque, con el pesadillesco descubrimiento de lo que ya sabían el uno del otro desde hacía días; y luego, la visión de este rostro mágico, amado, cayendo en el aire oscuro del bosque, entre los dos. Más aún: justo cuando el sueño debía haber terminado en un súbito despertar, había hecho ese quiebro incoherente y repentino, y Mark había utilizado el lenguaje de... bueno, el lenguaje insoportable y horrible del mundo de las pesadillas:

—*Es mi paciente...*

Además, estaba su rostro de hielo cuando lo dijo; aunque, al mismo tiempo, estaba también la prudencia, la delicadeza de la decisión que había detrás de esas palabras: el deseo de aliviar una situación irresistiblemente dolorosa. Después, las otras palabras, pronunciadas amablemente, incluso noblemente, pero cargadas de desnuda crueldad de la vida:

—*Quizá sería mejor que uno de nosotros... se fuera.*

Y se había ido; afortunadamente, se había ido...

Sin embargo, una hora más tarde, tras permanecer inmóvil en la cama buscando con todas sus fuerzas una determinación que su voluntad pudiese adoptar y su mente aprobar, una voz totalmente real le llamó con suavidad por el ojo de la cerradura:

—Stevie, muchacho... ella está bien... se encuentra completamente bien, ahora. Se marcha mañana por la mañana con su padre... temprano... a primera hora.

Y a continuación, tras una pausa en la que Stephen no dijo nada por temor a soltarlo todo:

—... Y será mejor, quizá... que no nos veamos... tú y yo... durante unas horas. Sigamos cada uno a lo nuestro... hasta mañana por la noche. Después, estaremos... solos, juntos otra vez... tú y yo... igual que antes...

La voz de Mark no temblaba; pero sonaba lejana e irreal, casi como el viento en el ojo de la cerradura: débil, aguda, susurrante, extrañamente áspera y entrecortada.

—Estoy a tu lado, Stevie, muchacho, a tu lado siempre —añadió desde lejos, en el corredor, más como la voz de un sueño, otra vez, que nunca.

Pero aunque no contestó en ese momento, Stephen agradeció y aprobó la propuesta y la intención con que estaba hecha; y al día siguiente, poco después de salir el sol, abandonó el chalet calladamente y se dirigió a las montañas, solo con sus pensamientos, y con el dolor que le había estado devorando toda la noche.

IX

Es imposible saber con exactitud qué sintió toda esa mañana en las montañas. Sus emociones le acometían de un lado y de otro como toros salvajes. Sólo parecía tener conciencia de dos sentimientos dominantes: primero, que su vida ahora pertenecía —sin posibilidad de cambio ni control— a otro; no obstante, y en segundo lugar, su voluntad, arma de acero templada y probada, seguía firme.

Así, sus poderosos sentimientos le arrojaban de un muro a otro de su espantosa mazmorra, sin que tuviese medio posible de escapar. Porque su situación comportaba una contradicción fundamental: el nuevo amor le poseía, aunque su voluntad gritaba: «Amo a Mark; soy fiel a ese amor: ¡al final venceré!». Es decir, se negaba a capitular, o más bien a reconocer que había capitulado. Y entretanto, incluso mientras gritaba, la parte más recóndita de su alma escuchaba, vigilaba y reía, conformándose con

esperar el resultado.

Pero si sus sentimientos se hallaban demasiado alborotados para poderlos analizar con claridad, sus pensamientos, en cambio, eran dolorosamente precisos..., al menos algunos de ellos; y así como el ejercicio físico mitigaba los asaltos de la emoción, los segundos se alzaban con nitidez frente a la confusión de su mundo interior. Estaba claro como el día, por ejemplo, que Mark había sostenido una batalla parecida a la suya. El encuentro casual con el profesor había hecho que conociese a su hija. Luego, rápida e inevitablemente, como le había ocurrido a Stephen en su lugar, el amor había ejercido toda su magia. Y Mark había temido decírselo. Los dos hermanos habían recorrido el mismo camino; sólo que, al enturbiar sus sentimientos personales la habitual intuición de que estaban dotados, ni el uno ni el otro había adivinado la verdad.

Stephen lo veía ahora con claridad meridiana: las frecuentes visitas de su hermano al hotel, omitiendo mencionar que las notas de invitación le incluirían probablemente a él también; el deseo, o mejor, la intención de permanecer en el lugar; la dilación en hacer el equipaje... y una docena de detalles más destacaban ahora claramente. Recordó, también, con una punzada de dolor, cómo Mark no había dormido esa noche memorable; la enigmática conversación en la galería, al amanecer... y todo el resto de este desagradable rompecabezas.

Y al comprender, por sus propios tormentos, lo que Mark había debido de sufrir —y estaría sufriendo ahora—, sintió que cobraba fuerzas su voluntad de vencer. Este pensamiento volvió a unirle intensamente a su hermano gemelo: porque nada en la vida les había separado hasta ahora, y la cadena de su intimidad espiritual era de una fuerza incalculable. Vencerían... vencerían otra vez, juntos codo con codo. Mark vencería. Y él, Stephen, también vencería... ¡sobre ella!

Pero con la idea de ella muerta para él, y su propia vida fría y vacía sin ella, le vino la inevitable reacción de sentimientos. Era la anarquía del amor. El Rostro, el perfume, la fuerza impetuosa de sus ojos melancólicos y adorables, con su singular nota de orgullosa languidez, toda la asombrosa magia, en una palabra, que había hechizado a los dos, volvió a él con tan incontenible mezcla de súplica y autoridad que se sentó en la misma roca donde se había detenido, y se cubrió la cara con las manos, gimiendo literalmente de dolor. Porque el pensamiento le laceraba por dentro. Renunciar a ella era imposible... y renunciar a su hermano era igualmente inconcebible. El peso de los recuerdos y el amor de treinta y cinco años daban así la batalla contra el golpe tremendo de un simple instante. Detrás de lo primero estaba todo lo que la vida había incorporado hasta ahora en la trama de su personalidad; pero *más allá* de lo segundo estaba el hechizo poderoso, la invitación inmensa y seductora de lo que podía llegar a ser el futuro... con ella.

La contienda, por la naturaleza de las fuerzas en liza, era desigual. Aunque vagó sin rumbo toda la mañana por laderas y cimas, y por los elevados pastos del Jura que se extendían más arriba del bosque, sin cruzarse con ser humano ninguno, luchó

consigo mismo como sólo saben luchar los hombres de innata energía: enconadamente, ferozmente, ciegamente. No se paró a pensar que era como la situación de una mosca tratando de desviar de su curso señalado al planeta sobre el que viaja por el espacio. Porque las aguas de la vida le arrastraban sobre su cresta, y a los treinta y cinco años, esas aguas están en su pleamar.

Así fue como, gradualmente, a medida que la desesperanza de la lucha se fue haciendo cada vez más evidente, se abrieron un poco las puertas de la única alternativa, permitiéndole mirar a través de ellas. Una vez entreabiertas, no obstante, parecieron abrirse en seguida de par en par: las cruzó y se cerraron... tras él.

Para un hombre con otro talante, la alternativa podría haber adoptado una forma diferente. Como se ha visto, era demasiado fuerte para dejarse arrastrar sin más; debía encontrar una salida clara que fuese satisfactoria para un hombre de acción; y aunque quizá tenía madera de héroe, no aspiraba a un martirio tan prolongado como la vida misma. Y ahora se le revelaba esta alternativa, cuando asomaba para el condenado la luz grisácea de una última madrugada: teniendo en cuenta cómo era él, y teniendo en cuenta este problema particular, era la única salida.

Lo meditó de pronto con una especie de determinación serena y definitiva, característica en él. Porque *era* característica en todos los sentidos, dado que comportaba una combinación exacta de valor y de cobardía, de debilidad y de fuerza, de egoísmo y de sacrificio, y expresaba la verdadera resultante de todas las fuerzas que actuaban en su alma. No obstante, en el momento de su rápida decisión, le pareció que el motivo dominante era el sacrificio de ser ofrendado en el altar de su amor a Mark. La idea engañosa que le poseía era que de este modo podría reparar en cierta medida la mengua de su afecto fraternal. Su amor a la joven, y la posible reciprocidad de ella: las dos cosas debía sacrificar para lograr la felicidad —la eventual felicidad— de ella y Mark. Hacía tiempo que el propio Mark había dicho que si llegaba el caso, uno de los dos debía... *irse*. Y la conclusión a la que había llegado Stephen era que el que debía «irse» era... él.

Este día en el bosque y la montaña debía ser su último en la tierra; para la noche del siguiente, Mark debía ser libre.

—Daré mi vida por él.

Su rostro estaba gris, rígido, al decirlo. Se hallaba de pie en la alta ondulación de la ladera, soleada y barrida por el viento. Contempló el hermoso mundo de lomos y valles boscosos a sus pies; pero sus ojos, vueltos hacia dentro, veían sólo a su hermano —y ese dulce rostro oriental— ahora en la oscuridad.

—Lo comprenderá, y lo aceptará a la fuerza; y con el tiempo, sí, con el tiempo, la nueva dicha inundará enteramente su alma... y la de ella. Porque la doy también por ella... ¡Dadas las excepcionales circunstancias... *debe* ser así!

Y aunque no había una sola nube en el cielo, el paisaje a sus pies se oscureció de repente y se quedó sin sol de uno a otro horizonte.

X

Ahora, una vez llegado a la negrura de esta terrible decisión, su naturaleza imaginativa saltó inmediatamente al extremo opuesto, y una especie de exaltación se apoderó en él. En este caso habría sido correcto el veredicto estereotipado de un jurado. La prolongada tensión emocional que había estado soportando había desembocado finalmente, quizá, en un estado mental que sólo podía calificarse de... patológico.

Un aire fresco le azotaba la cara mientras dejaba vagar sus cansados ojos por las leguas de bosque silencioso que tenía debajo. A su alrededor se extendía el Jura azul, con sus miles de lomos y valles como olas de un mar gigantesco dispuesto a sepultar el átomo minúsculo de su vida en sus profundidades de olvido. En dirección a Francia vio, a un lado, más allá de la fortaleza de Pontarlier, una formación de nubes blancas que recorrían el horizonte empujadas por el viento de poniente; al otro, los Alpes vestidos de blanco, emergiendo borrosamente a través de la bruma de un sol otoñal. Entre estas distancias extremas se desplegaba todo ese mundo de cien valles intrincados, curiosamente sinuosos, densamente cubiertos de bosque, escasamente habitados: una región de belleza suave y confusa donde un viajero podía fácilmente andar extraviado durante días antes de encontrar la salida de tan inmenso laberinto.

Y mientras miraba cruzó por su pensamiento, como el vago recuerdo de algo oído en la niñez, esa leyenda del «Valle perdido» en donde las almas de los muertos en desdicha encuentran la paz profunda que todas las religiones les niegan, y cuyas lúgubres puertas tratan de encontrar los centenares que aún no tienen el triste derecho a su entrada. El recuerdo fue vivido, pero quedó rápidamente sepultado por otros, y olvidado: desfilaban en rápida sucesión, como pasaban las nubes en el crepúsculo, empujadas por un viento fuerte, fundiéndose sobre el horizonte en una masa común.

Luego, lentamente, dio la vuelta por fin y echó a andar, montaña abajo, en dirección a la frontera francesa, dispuesto a efectuar un último recorrido por la suave superficie del mundo que amaba. En el alma tenía un único sentimiento dominante: esta singular exaltación que provenía de saber que a la larga su gran sacrificio aseguraría la felicidad de dos seres a los que amaba más que a ninguna otra cosa en la vida.

En la granja solitaria donde una hora más tarde almorzó pan, queso y leche, se enteró de que se había apartado bastantes millas de los caminos que le eran más o menos familiares. Había andado más deprisa de lo que creía durante todas estas horas de lucha. Al enterarse del largo camino por montañas y valles que tenía que desandar, le invadió un cansancio físico que le hizo tener conciencia de cada músculo de su cuerpo. Pero, junto a la pesadez de la fatiga, aún experimentaba la sensación de exaltación espiritual. Algo en su interior caminaba por el aire con muelles de acero..., algo que era independiente de sus piernas y de su espalda dolorida. Por lo demás, parecía tener embotada la sensibilidad. Su gran Decisión se alzaba pétrea frente a él,

obstruyéndole el paso. Los pensamientos y los sentimientos le habían abandonado como abandonan las ratas el barco que se hunde. Ya no había tiempo para estas cosas. Dos deseos irresistibles, empero, persistían firmemente en él: uno, ver a Mark otra vez y estar con él; el otro, volver a estar... con ella. Estos dos deseos no dejaban sitio para otros. Respecto al primero, incluso, era casi como si Mark le llamase.

Se detuvo un momento donde la profundidad del valle que tenía que recorrer se extendía a sus pies como una sombra sinuosa; corría, suave y borroso, por el plano inclinado de sol. De la superficie del bosque se elevaba sólo un murmullo: como un bordoneo de voces oídas en sueños, pensó. En él se fundía el susurro de los distintos árboles. Había paz allí, una paz remota y profunda; y su apagada resonancia apaciguaba el espíritu de Stephen.

Aceleró un poco el paso. El viento fresco que le había azotado la cara al principio de la tarde en las alturas seguía ahora con él, cuesta abajo, incitándole a seguir con deliberada urgencia, como si le empujase por detrás un millar de manos suaves. Y había espíritus en el viento, ese día. Oía sus voces; y distinguía allá abajo, por el movimiento de las copas de los árboles, cómo culebreaban pendiente arriba hacia él, a través de millas de bosque. Su camino, entretanto, se sumergió en la espesura de abetos y pinos, internándose en una región desconocida. El paisaje tenía un aspecto que casi sugería que era virgen, un rincón inexplorado del mundo. No había ninguno de los innumerables signos que delatan el paso de la humanidad, o al menos no se hacían visibles a él. Algo que era ajeno a la vida, extraño, al menos, a la vida normal que había conocido hasta aquí, comenzaba a invadir solapadamente su alma agobiada...

Así, quizá, su terrible Decisión había ejercido ya su influjo sobre su mente y sus sentidos. De modo que muy pronto... *¡se iría!*

La tristeza del otoño imperaba a todo su alrededor, y la soledad de este valle apartado le hablaba de la melancolía de las cosas que fenecen..., de las primaveras que se fueron, de los veranos no cumplidos, de cosas que quedaron incompletas e insatisfechas para siempre. Se daba cuenta de que este valle no había conocido nunca el trabajo humano. Ninguna pezuña había pisado jamás la jugosa yerba de los claros de este bosque, ningún tráfico de campesinos o leñadores arrancó ecos de estos peñascos de roca caliza. Todo estaba callado, solitario, desierto.

Y no obstante... Las profundidades en las que al parecer se sumergía le tenían cada vez más asombrado. Cada curva del oscuro sendero, nunca a más de media milla de él, revelaba nuevas distancias en descenso. Con rincones de encantadora, embrujada belleza también: porque aquí y allá, en los rodales aislados como parcelas de césped, se alzaban lilos silvestres doblados por el viento; los sauces, en las orillas pantanosas del riachuelo, agitaban sus manos pálidas; los abetos, oscuros y erguidos, guardaban sus eternos secretos en las alturas. En un pequeño calvero, completamente aislado, descubrió un tilo; y más allá, brillando entre los pinos, había un grupo de hayas plateadas. Y aunque no había vida animal, había flores: las veía en grupos,

altas, graciosas, azules, de nombres desconocidos para él, cabeceando dormidas al otro lado de las aguas espumosas del pequeño torrente.

Y sus pensamientos volaban incesantemente a Mark. Jamás había sentido un deseo tan imperioso de verle, de oír su voz, de estar a su lado. Había momentos en que casi se olvidaba del otro gran deseo... Nuevamente notaba aumentar su paz. Y el sendero se hundía cada vez más en el corazón de las montañas, sumergiéndose en un silencio más profundo, en una atmósfera más intensamente serena. Pues ningún ruido le llegaba aquí sin que recorriera antes las grandes distancias acolchadas por suave viento y tapizadas, por así decir, con millones de algodonosas copas de pino. Una sensación de paz inaccesible a toda posible turbación comenzó a envolver su vida quebrantada como con un tejido hecho de las más suaves sombras. Jamás había experimentado nada que se aproximase a su prodigio y perfección. Era una paz estancada como las profundidades del mar, que están inmóviles porque no *pueden* moverse..., ni siquiera temblar. Era una paz inmutable; lo que llaman algunos, quizá, la paz de Dios...

«No *tardaré* en llegar abajo», pensó, aunque sin el menor asomo de impaciencia o alarma, «¡y el camino torcerá hacia arriba otra vez para cruzar la última ondulación!». Pero le preocupaba poco; porque esta paz envolvente le tenía adormecido, y le ocultaba incluso el miedo a la muerte.

Y el camino seguía bajando hacia el ambiente soñoliento de los árboles cada vez más apretados; y sus pensamientos, por extraño que parezca, se hundían cada vez más en las oscuras regiones de su propio ser. Como si hubiese una secreta relación entre el sendero descendente y los pensamientos que se sumergían. Sólo, de vez en cuando, el recuerdo de su hermano Mark le devolvía a la superficie con violento impulso. En estos momentos le necesitaba terriblemente... y necesitaba sentir su mano fuerte y cálida en la suya, pedirle perdón; quizá, también, perdonarlo... no sabía.

«Pero ¿es que no tiene fin este valle delicioso?», se preguntó, entre perplejo y confundido. «¿No acabará, y empezará a subir el sendero otra vez por la otra montaña?» La pregunta pasó por su cerebro soñoliento, ajeno a todo claro interés. En el suelo, la yerba era ya lo bastante espesa como para apagar el rumor de sus pisadas. Incluso había desaparecido el sendero, borrado por el musgo. Los pies se le hundían.

«Ojalá estuviera ahora Mark aquí conmigo, para que viese y sintiese todo esto...»

Se paró de repente y miró embargado en torno suyo un momento, dejando incompleto su pensamiento. Un profundo suspiro, que el viento arrebató en seguida y fundió con el susurro de los árboles, había sonado muy cerca de él. ¿Había sido él mismo, que había suspirado... sin darse cuenta? ¡Sin duda tenía el corazón bastante cargado...!

Sus labios esbozaron una débil sonrisa... que se le heló al instante, al sonar a su lado otro suspiro —más claro que el anterior y, evidentemente, ajeno a él—, en el aire oscuro. Sin embargo, fue más parecido a una profunda respiración que a un suspiro... Había sido el viento, por supuesto. Stephen reanudó la marcha otra vez, apretando el

paso, sin sorprenderse de haberse equivocado con tanta facilidad. Porque este valle estaba lleno de alientos y suspiros... de los árboles y el viento; no se atrevía a producir nada más sonoro. Los ruidos, de la clase que fueran, parecían imposibles y prohibidos en este valle mudo. Y Stephen había descendido ahora tanto que los rayos de sol, más plateados que dorados, se derramaban muy por encima de su cabeza, sobre las ondulaciones de la ladera, y ni un destello bajaba hasta donde estaba él. Las sombras, ya no azules ni purpúreas, se habían vuelto negras, como tejidas con alguna delicada sustancia dotada de evidente grosor, igual que un velo. En la ladera de enfrente, una de las cimas, en el cielo de poniente, proyectaba ya hacia abajo su sombra monstruosa orlada de pinos. El día se estaba yendo rápidamente.

XI

Y aquí, muy gradualmente, comenzaron a hacerse evidentes a su cerebro agotado ciertos detalles curiosos. Traspasaron la mezcla de melancolía y exaltación en que estaba sumido su estado de ánimo. Y le produjeron en la espalda cierta... agitación o contracción.

Porque ahora se daba cuenta claramente de que el vacío de este valle solitario era sólo aparente. Es imposible decir merced a qué sentido, o a qué combinación de sentidos, llegó a esta singular certeza de que el valle no estaba en realidad tan abandonado y desierto como parecía; de que, muy al contrario, sucedía al revés. De que, de hecho, el valle estaba... lleno. Repleto, atestado, rebosante —hasta los bordes de sus imponentes paredes boscosas— de vida. Ahora comprendió, con una convicción que no dejaba lugar a dudas, que había seres vivos —personas— por todas partes que le empujaban, le rozaban, observaban sus movimientos, y esperaban sólo a que cayese la oscuridad para manifestarse.

Más aún: con este extraño descubrimiento, le sobrevino también la clara conciencia de que una inmensa multitud de otros seres, de rostro pálido y ojos ansiosos, con los brazos extendidos y los pasos inseguros, buscaban por todas partes la entrada que él había encontrado con tanta facilidad. A su alrededor, notaba, había centenares, miles de personas que buscaban el estrecho sendero que conducía al fondo del valle con una especie de febril desasosiego anhelando —con una intensidad que batía su alma con un millón de olas— el descanso, el sereno silencio del lugar... pero, sobre todo, su extraña, su profunda e inalterable paz.

Sólo él, de entre todos, había encontrado la Entrada; él, y *otro*.

Porque de esta singular convicción pasó a otra más singular aún: su hermano Mark estaba también en alguna parte de este valle, con él. También Mark vagaba como él, de un lado para otro, entre las oscuras e intrincadas revueltas. Hacía poco rato había dicho: «¡Ojalá estuviese aquí Mark!». Y Mark *estaba* aquí. Y fue

precisamente entonces —al detenerse un momento para hacer frente a estas abrumadoras obsesiones y tratar de rechazarlas— cuando surgió de entre los árboles la figura de un hombre que caminaba a grandes zancadas, y le pasó, apartando la cara. Stephen se sobresaltó tremendamente; se le cortó el aliento. Un instante después el hombre había desaparecido, tragado por la espesura de los pinos.

Movido por un súbito impulso, y tras dar una voz para hacer volver al hombre, echó a correr tras él... pero se detuvo otra vez, casi en el mismo momento, al comprender que la extraordinaria celeridad con que le había pasado hacía inútil toda persecución. Iba valle abajo; ahora estaría muy lejos ya. Pero en esa visión momentánea había distinguido lo suficiente como para reconocerle. Había apartado la cara, y la sombra era densa bajo los árboles; pero esa figura era sin ninguna duda la de... su hermano Mark.

Era su hermano, y no lo era. Era Mark... aunque un Mark cambiado. Y este cambio resultaba en cierto modo... espantoso; igual que era espantosa la silenciosa velocidad a la que le había pasado: una velocidad imposible en este espeso bosque. Luego, temblando todavía en su interior por lo inesperado del incidente, Stephen se dio cuenta de que al llamarle en voz alta había pronunciado unas palabras concretas. Palabras que ahora le volvieron a la conciencia:

—¡Mark, Mark! ¡No te vayas aún! ¡No te vayas... sin mí!

Antes de poder actuar, sin embargo, le invadió una sensación de mortal desmayo y dolor sin causa ni explicación aparentes, de manera que cayó para atrás, presa de un desvanecimiento momentáneo; y de no ser por la proximidad de los troncos se habría derrumbado al suelo cuan largo era. Del centro del corazón le brotó una especie de fiebre espantosa que se extendió por todo su ser. Se le relajaron todos los músculos del cuerpo; un sudor frío afloró por toda su piel; el pulso de la vida pareció descender súbitamente a un umbral a partir del cual se detendría. Había un ruido denso, tumultuoso en sus oídos, y su cerebro estaba completamente en blanco.

Eran las sensaciones de la muerte por asfixia. Lo sabía con la misma certeza que si tuviese a otro médico a su lado identificando cada espasmo, explicando cada nuevo debilitamiento de su llama vital. Estaba sufriendo las ansias del moribundo. Luego se agolpó en su mente, claramente en blanco, una vertiginosa sucesión de imágenes de su vida pasada. Incluso mientras le fallaba el aliento, vio desfilar gráficamente por la cámara iluminada de su cerebro sus treinta y cinco años, uno tras otro, aunque, de alguna extraña manera, *a la vez*. Así dicen que pasan los recuerdos por el cerebro del que se ahoga, un segundo antes de morir.

Ante sí surgió la infancia con escenas, figuras y voces: los prados de Kent donde jugaron él y Mark, con los baberos manchados; los cenadores donde tomaban el té, los campos de heno donde retozaban. Volvieron a su olfato las fragancias del tilo y el nogal, de los claveles y las rosas del jardín junto a la rocalla... Oyó voces de adultos a lo lejos, ladridos apagados de perros... ruido de ruedas en el camino de grava... y luego la llamada autoritaria desde la ventana abierta: «¡Es hora ya de entrar! ¡Es hora

ya de entrar...!».

Hora ya de entrar. Todo desfiló ante él como si hubiese sido ayer, en las brisas olorosas de los días estivales de la niñez... Oyó la voz de su hermano —tremendamente débil y lejana— que le decía con tono atiplado de niño: «Oye, Stevie, *podías* callar... y jugar bien...».

A continuación siguió el panorama de los treinta años: todos los sucesos importantes dibujados con trazos vigorosos en blanco y negro, intensos bajo el sol, y vivos, hasta el momento presente, con la sombra portentosa y oscura de su terrible Decisión cerrando la serie como una nube.

Sí, como una nube negra y sofocante que obstruía el camino. Nada había visible más allá. Allí acababa la vida para él...

Sólo que —mientras miraba con los ojos vueltos hacia dentro sin poderlos cerrar aunque quisiera—, para su asombro, vio abrirse de pronto la nube negra y, en un espacio de luz diáfana, flotar radiante como la mañana aquel rostro joven, oscuro, oriental: el rostro dotado, para él, de toda la belleza del mundo. Los ojos del rostro descubrieron inmediatamente los suyos, y sonrió. Detrás de ella, y más allá, antes de que los inquietos vapores se cerrasen sobre él, vio una larga perspectiva de resplandor, atestada de imágenes que a duras penas lograba discernir; como si, a pesar de sí mismo y de su Decisión, la vida continuase; como si *continuase con ella*, además.

Y al punto, ante la visión y el pensamiento de ella, le desapareció la debilidad que le consumía; volvieron las fuerzas a su cuerpo con el calor de la vida; se le fue el dolor; se desvanecieron las imágenes; se disolvió la nube. Volvió a latir con fuerza, en su sangre, el pulso de la vida, y las tinieblas abandonaron su alma. La sonrisa de aquellos ojos amados estaba pletórica de invitación a vivir. Aunque su determinación seguía incommovible, tras ella resplandecía el gozo de esta magia poderosa: vivir con ella...

Con gran esfuerzo, se recobró finalmente y prosiguió su marcha. Más o menos familiarizado, como es natural, con la psicología de la visión, comprendió vagamente que sus experiencias habían sido en cierto modo subjetivas, internas. Pero estaba fuera de su alcance determinar la línea de demarcación. El que Mark hubiese salido a entablar su propia batalla en las montañas, y hubiese llegado a este mismo valle, estaba dentro de los límites de la pura coincidencia. Pero la indecible y espantosa alteración que había vislumbrado en él durante el instante fugaz en que le adelantó... seguía siendo inexplicable. Pero ya no pensaba en eso. El resplandor de la dulce visión le había deslumbrado al extremo de resultarle imposible cualquier razonamiento o análisis.

Su reloj le reveló que pasaban de las cinco: diez minutos para ser exactos. Aún faltaban varias horas para llegar al campo más próximo a la casa donde se hospedaban. Prosiguiendo la marcha a paso más rápido, divisó al poco rato parcelas de prado que centelleaban entre los árboles cada vez más escasos; y comprendió que

al fin tenía a la vista el fondo del valle.

—Mark, Dios le bendiga, está ahí abajo también... ¡en alguna parte! —exclamó en voz alta—. Seguro que lo encontraré.

Porque, por extraño que parezca, nada podría haberle convencido de que no andaba su hermano gemelo entre las sombras de este valle apacible y encantador, y que no tardaría en dar con él.

XII

Y unos minutos después salió de entre los árboles como si traspusiese una puerta abierta, y se encontró ante una granja que se alzaba en medio de un prado de verde y brillante yerba, contra la falda de la montaña. Necesitaba comida e información.

El chalet, menos pintoresco que los que se veían en los Alpes, parecía, no obstante, muy antiguo. No tenía el aspecto de juguete que tienen a veces los chalets del Jura. Sólidamente construido, con su galería y su techumbre salediza sostenidas por enormes vigas de madera manchada, se alzaba de tal forma que sus negras paredes se confundían con la falda de la montaña de atrás, y los pinos, abetos y cedros parecían extender sus brazos para envolverlo entre sus sombras. Un último rayo de sol, descendiendo entre dos lejanas cumbres, lo cubrió de oro pálido, poniendo de relieve la rica belleza de sus vigas teñidas. Aunque no había nadie a la vista en este momento, y no salía humo de su chimenea de ripia, tenía aspecto de estar habitado; y Stephen se acercó con cautela, dado que era el primer vestigio de humanidad con que tropezaba desde que había entrado en el valle.

Bajo la sombra del ancho alero de la galería, la puerta, observó, a la manera de las de las cuadras, estaba dividida en dos; y, sorprendido de hallarla cerrada, llamó con firmeza en la mitad superior. Debido a la fuerza de la segunda llamada, cedió ligeramente dicha mitad, aunque sin llegar a abrirse. La de abajo, sin embargo, tenía pasado el cerrojo y siguió como estaba.

La tercera vez llamó con más energía de lo que pretendía, y los golpes sonaron fuertes y clamorosos como una conminación. De dentro, aunque había grandes espacios al otro lado de la puerta, le llegó un murmullo de voces, amortiguadas y débiles; y a continuación, casi en seguida, un ruido de pasos de alguien que acudía discretamente a abrir.

Pero en vez de abrirse la pesada puerta marrón, le llegó una voz. La oyó petrificado de asombro. Porque era una voz que él conocía: apagada, suave, lenta. El corazón empezó a latirle atrozmente; parecía que iba a salirse del pecho, a salirse disparado.

—¡Stephen! —murmuró la voz, llamándole por su nombre—, ¿qué haces *tú* aquí, tan pronto? ¿Qué es lo que quieres?

El descubrir que sólo esta puerta marrón le separaba de ella le privó al principio de toda capacidad de responder o de moverse, y se le escapó el posible significado de estas palabras. En medio de la dulce confusión que embarazaba su espíritu, recordó sólo, como un destello fugaz, que ella y su padre tenían que haber dejado el hotel esa misma mañana. Luego, su pensamiento se detuvo.

A continuación, también como un destello fugaz, le vino a la memoria la figura que había pasado junto a él apartando la cara... Y a la vez, la clara convicción de que también Mark se encontraba en algún lugar de este mismo valle, incluso cerca de él. Más aún: de que Mark estaba en este chalet... con ella.

El torrente de palabras que instantáneamente se agolparon en sus labios fue casi demasiado denso para poder darle expresión.

—¡Abre, abre, abre! —fue lo único que le pareció inteligible del tropel de palabras que le salieron. Alzó las manos para empujar con fuerza; pero la respuesta de ella le contuvo.

—Aunque abriese... no podrías entrar aún —le llegó el susurro a través de la puerta. Y ahora casi habría jurado que sonó dentro de él mismo, más que fuera.

—Tengo que entrar —exclamó—. ¡Ábreme!

—Pero estás temblando...

—¡Ábreme, por Dios! ¡Ábreme!

—Pero tu corazón... está agitado.

—Porque... te tengo cerca —dijo con voz apasionada, tartamudeante—. ¡Porque estás ahí, cerca de mí! —luego, antes de que ella pudiese contestar, o controlar él sus propias palabras, añadió—: Y porque Mark, mi hermano, está ahí... contigo.

—¡Chist, chist! —le llegó la suave, asombrosa respuesta—. Está aquí, es verdad; pero no está conmigo. Y ha venido por mí... por mí y por ti. Mi alma, por desgracia, le ha conducido hasta las puertas...

Pero el estado emocional de Stephen había llegado al punto crítico, y le dominó, como una tormenta, la necesidad de actuar. Retrocedió unos pasos para lanzarse contra la puerta cerrada cuando, para su total asombro, se abrió. Se abrió lentamente la parte superior, hacia afuera, y... vio.

Descubrió una estancia inmensa con las ventanas completamente cerradas —parecía extenderse más allá de las paredes, hacia la ladera boscosa—, atestada de figuras movientes, como formas de vida deslizándose silenciosas de un lado para otro en el oscuro interior de una cisterna; y allí, enmarcada en esta abertura, estaba la joven: de pie, visible de cintura para arriba, radiante en el solitario rayo de sol que llegaba hasta el chalet, sonriéndole maravillosamente con la misma exquisita belleza de esos ojos que él había contemplado en la visión de la nube; con esa suprema invitación en ellos, también: la invitación a vivir.

La belleza le deslumbró. Podía ver el vello de sus pequeñas mejillas morenas que besaba el sol; la nube de cabello sobre su cuello, donde él había posado los labios; el pecho leve y adorable, también, que, aún no hacía veinticuatro horas, había conocido

la presión de sus brazos. Y, otra vez, impulsado por el amor que triunfa sobre todos los obstáculos, reales o ficticios, se precipitó con los brazos abiertos para estrecharla.

—¡Katya! —exclamó, sin pensar en lo extraño que era que supiese su nombre, y mucho más su encantadora forma abreviada—. ¡Katya!

Pero la joven alzó su mano pequeña y morena frente a él en un gesto que frenaba más que un montón de puertas con el cerrojo pasado.

—Aquí no —murmuró ella con grave sonrisa, mientras, por debajo de sus palabras, captaba Stephen una alternancia de alientos y silencios como de un millar de durmientes en la habitación a oscuras—. ¡Aquí no! Ahora no puedes verle; porque ésta es la Sala de Recepción de la Muerte, y estoy en el Vestíbulo del Más Allá. Nuestro camino... el tuyo y mío... está lejos aún... trazado desde el principio del mundo... juntos.

Lo dijo en un inglés curiosamente defectuoso; pero la memoria de Stephen recuerda las palabras singulares en su forma más perfecta. De esto, sin embargo, se dio cuenta más tarde. En ese momento sólo tuvo conciencia de la doble oleada de amor que le invadió como una marea arrolladora amenazando con hacerle saltar en pedazos: *tenía* que estrecharla contra su corazón; *tenía* que correr en seguida junto a su hermano, mirarle a los ojos, hablar con él. Se le hizo irresistible el deseo de entrar en la gran habitación oscura y abrirse paso entre las formas silenciosas y vagas hasta donde él se encontraba, e inmediatamente detrás, le llegó, como una fiebre de gozo, el significado de las palabras que ella acababa de pronunciar; especialmente la última: *¡juntos!*

A continuación, durante un instante, todas las fuerzas de su ser se volvieron negativas, de manera que su voluntad renunció a actuar. El exceso de sentimientos le paralizó. Experimentó un fugaz intervalo de conocimiento cierto y sereno. La exaltación espiritual que generaba esta clarividencia se elevó a un estadio superior y comprendió que estaba ante un orden de cosas que pertenecía al mundo de las causas eternas más que al de los efectos temporales. Alguien había retirado el Velo.

Con la sensación de que sólo le cabía esperar, y dejar que los acontecimientos tomaran su extraordinario curso, se quedó inmóvil. Durante un segundo, incluso menos, debió de taparse los ojos con la mano; porque cuando volvió a mirar, un momento después, vio que la mitad de la puerta que había estado abierta se hallaba cerrada. Estaba solo en la galería. Y el sol había desaparecido por completo del escenario.

Fue entonces, por lo visto, cuando desapareció su último vestigio de autodomínio. Se lanzó contra la puerta; y la puerta resistió su embestida como un muro de sólida roca. Gritando alternativamente los nombres de sus dos seres amados, dio media vuelta, sin saber apenas lo que hacía, y echó a correr hacia el prado. El crepúsculo envolvía el chalet, acercando más el bosque de su alrededor. No tardaría en descender por las laderas la verdadera oscuridad. Las paredes del valle parecían llegar hasta el cielo.

Sin parar de llamarles, echó a correr alrededor de la casa buscando frenéticamente una entrada, con la mente repleta de desconcertantes retazos de lo que acababa de oír: «La Sala de Recepción de la Muerte», «El Vestíbulo del Más Allá», «No puedes verle ahora», «Nuestro camino está más allá... ¡y juntos!».

En la fachada posterior del chalet, junto a la esquina que tocaban los árboles, se detuvo de repente, al sentir atraída su mirada hacia arriba; y allí, apretado contra el cristal de la ventana de una habitación superior, vio que alguien le miraba.

Con una sensación de terror frío, descubrió que estaba mirando a los ojos de su hermano Mark. Un poco inclinado debido al esfuerzo de asomarse hacia abajo, con la cara pálida e inmóvil, tenía los ojos fijos en los suyos, aunque sin la menor muestra de reconocerle. No movió ni una sola de sus facciones: y aunque les separaban escasamente unos pasos, el rostro de Mark tenía un aspecto vago, brumoso, de lejanía. Era como el rostro del hombre al que acaban de sacar súbitamente de un sueño profundo: deslumbrado, perplejo; más aún: asustado, y horriblemente turbado.

Lo que Stephen leyó en él en ese primer instante, sin embargo, fue la grande y eterna pregunta que los hombres han formulado desde el principio de los tiempos, aunque jamás han oído la respuesta. Y el dolor traspasó como una espada su corazón de hermano gemelo.

—¡Mark! —balbuceó en esa voz baja que el valle parecía exigir—; ¡Mark! ¿Eres tú de verdad? —las lágrimas le anegaban ya los ojos y la emoción, como un torrente, le ahogaba las palabras.

Mark, con una mirada fija, espantosa, y sin la más leve muestra de reconocerle, seguía mirándole desde arriba, junto a la ventana cerrada, inmóvil, sin pestañear, como una estatua de piedra. Era casi como una imagen de sí mismo... sólo que con cierta alteración. Porque sin duda había una alteración en su rostro; una alteración espantosa, desconocida... aunque Stephen era incapaz de determinar en qué consistía. Y recordó cómo su figura había pasado junto a él en el bosque, con la cara apartada.

Entonces hizo Stephen, al parecer, una especie de seña violenta, en respuesta a la cual su hermano reaccionó por fin, y abrió la ventana despacio. Se inclinó hacia delante, bajando la cabeza y los hombros al apoyarse en el alféizar; al mismo tiempo, Stephen corrió al pie del muro y se estiró lo más posible hacia él. Se aproximaron los dos rostros; se miraron clara y derechamente a los ojos. Entonces se movieron los labios de Mark, y medio se desvaneció su turbada expresión entre las comisuras de una sonrisa de desconcertado y afectuoso asombro.

—Stevie, muchacho —fue una voz levísima, lejana—; pero ¿dónde estás, que te veo tan... borroso?

Sonó como una voz gritando a media milla de distancia. Stephen se estremeció al oírla.

—Estoy aquí, Mark; cerca de ti —susurró.

—Oigo tu voz, percibo tu presencia —la respuesta le llegó como las palabras del que habla en sueños—; pero te veo... como a través de un cristal oscuro. Y quiero

verte con claridad, y de cerca...

—Pero ¿y tú? ¿Dónde estás tú? —le interrumpió Stephen con angustia.

—Estoy aquí, solo... completamente solo. Y hace frío, ¡mucho frío! —las palabras le llegaron blandamente, como ocultando una queja. El viento las arrastró, dio la vuelta a la esquina y se perdió, gimiendo, en dirección al bosque.

—Pero ¿cómo has venido, cómo has venido? —Stephen se puso de puntillas para captar la respuesta. Pero no hubo respuesta. La cara se retiró un poco; y al hacerlo, el viento, pasando otra vez sobre los muros, le agitó el cabello sobre la frente. Stephen vio cómo se le movía. Le pareció que se le movía la cabeza también, que se le agitaba ligeramente de un lado para otro.

—¡Ah, dímelo, hermano, queridísimo hermano! ¡Dintelo...! —gritó, sudando de manera horrible y con las piernas temblorosas.

Mark hizo un gesto extraño, retirándose al mismo tiempo un poco más hacia la habitación, de manera que quedó medio en sombra, junto a la ventana. La alteración que había en él se hizo ahora más evidente, aunque sin revelar su naturaleza exacta. Había algo en él que era terrible. Y el aire que salía de la ventana abierta y llegaba a Stephen era tan frío que parecía helarle el sudor de la cara.

—No lo sé; no recuerdo —oyó que decía la vocecita de la habitación, alejándose continuamente—. Además, no puedo hablar contigo... todavía; es muy difícil; me resulta doloroso.

Stephen estiró el cuerpo, arañando con las manos la pared de madera por encima de la cabeza, en un intento de trepar por su superficie lisa y resbaladiza.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó frenético—, dime qué significa todo esto y qué estáis haciendo aquí, tú y... y... *¡qué hacemos los tres!* —las palabras resonaron en el valle silencioso.

Pero el otro se había vuelto a quedar inmóvil junto a la ventana, con la cara extraviada y perpleja, como si el esfuerzo de hablar hubiese sido excesivo para él. Su figura había empezado a desdibujarse un poco. Era como si, sin moverse, se fuera perdiendo en una especie de distancia interior. Más tarde, al parecer, se desvaneció por completo.

—No sé —le llegó por último la voz, más débil que antes, medio sofocada—. He estado durmiendo, creo. Acabo de despertarme, y he venido de otro lugar... donde estábamos juntos, tú y yo, y... y...

Como su hermano, fue incapaz de pronunciar el nombre. Terminó la frase, un momento después, en una especie de susurro apenas audible: «Pero no puedo decirte *cómo* he venido —dijo—, porque no sé las palabras».

Stephen, entonces, con un salto violento, trató de agarrarse al alféizar de la ventana para trepar. Pero estaba demasiado alto, y cayó en la yerba, conservando el equilibrio a duras penas.

—Voy a entrar —gritó con fuerza—. ¡Espérame! ¡Por el amor del cielo, espérame ahí! ¡Echaré abajo la puerta...!

Otra vez hizo Mark aquel gesto singular; otra vez pareció alejarse un poco más hacia una especie de velada perspectiva, haciendo que su figura siguiera desdibujándose; y desde una distancia increíble —una distancia que en cierto modo sugería la idea de una altura tremenda—, le llegó a Stephen, minúscula y tenue, la voz que brotó de los pálidos labios de la sombra:

—¡No vengas, muchacho! No estás preparado... y hace demasiado frío aquí. Te esperaré, Stevie, te esperaré. Más adelante, o sea lejos de aquí, estaremos juntos los tres... Pero tú no lo entiendes ahora. Estoy aquí por ti, muchacho, y por ella. Ella nos quiere a los dos; pero... a quien quiere más... es... a ti...

La voz susurrante se elevó de pronto con estas últimas palabras, y se convirtió en un grito largo que el viento se llevó instantáneamente, sepultándolo en el silencio sofocante del bosque. Porque, en ese mismo momento, Mark había vuelto con súbito impulso a la ventana, se había asomado y había extendido ambas manos hacia su hermano. Y su rostro se había iluminado y había sonreído. Atrapado en esta sonrisa, el espantoso cambio había desaparecido.

Stephen se volvió y echó a correr alrededor del chalet, en busca de alguna puerta que poder derribar con las manos y los pies y el cuerpo. Pero buscó en vano; porque con las sombras, los pilares de madera que sostenían el edificio no se distinguían de los troncos de los árboles de atrás; el tejado se perdió arriba, borrado por la lóbreguez de las ramas, y la oscuridad fundió el bosque, la montaña y el cielo en una negrura uniforme en la que no se discernía detalle alguno.

Ya no había chalet. Lo que estaba golpeando con sus manos y pies magullados eran los troncos corpulentos de los pinos y los abetos del sendero; pero siguió golpeándolos, sin parar de llamar a voces a Mark, hasta que finalmente le dio un vahído de agotamiento, y se desplomó al suelo en un estado de semiinconsciencia.

Y durante casi media hora estuvo tendido en el musgo, inmóvil, mientras las manos inmensas de la noche extendían un manto de suavísima negrura sobre el valle y la montaña, cubriendo el cuerpo pequeño de Stephen con el mismo cuidado con que cubrió el cielo, el hemisferio, y todas aquellas leguas de bosque aterciopelado.

XIII

Pasó mucho rato antes de que volviera en sí, temblando de frío porque se le había secado el sudor, allí tendido. Se levantó y echó a correr. La noche había cerrado ya, y el aire penetrante le producía pinchazos en las mejillas. Pero con un instinto certero, incontestable, tomó la dirección de regreso.

Anduvo extraordinariamente deprisa, habida cuenta la oscuridad y la espesura de los árboles. No recuerda cómo salió del valle, ni cómo encontró el camino entre las elevaciones que se interponían entre él y el campo que le era familiar. En el fondo de

su mente saltaban y se derrumbaban fragmentos sueltos de lo que había visto y oído, sin formar hasta ese momento ninguna pauta coherente. En realidad, los detalles carecían de interés para él. Era un condenado a muerte. Su determinación, pese a todo, seguía firme. Dentro de unas horas no estaría ya.

Sin embargo, movido por el hábito profesional, trató de ordenar un poco las cosas. Durante ese estado de singular exaltación, por ejemplo, comprendió vagamente que sus anhelos profundos se habían traducido de algún modo en acción y escenario. Porque esos anhelos eran vida. Su decisión los negaba; así que se dramatizaban gráficamente con la intensidad de que era capaz su imaginación.

Eran invenciones dramatizadas, singularmente elaboradas, de las emociones que ardían de forma violenta en su interior; proyecciones de su conciencia mutilada e incompleta que se disfrazaban de personas ante su visión interior. Todo había empezado con esas extrañas sensaciones, propias del que se está ahogando, que había experimentado. A partir de ese momento, habían pasado a actuar el resto de las fuerzas en liza, desempeñando su papel de manera más o menos convincente, según su vigor...

Pensó y razonó mucho mientras regresaba apresuradamente en plena oscuridad de la noche. Pero sabía que no era cierto. ¡Carecía de una verdadera explicación!

Desde los altos lomos, fríos y desolados bajo las estrellas, barridos por el viento libre de la noche, hizo el trayecto casi entero corriendo. Era cuesta abajo. Y durante ese pronunciado descenso de casi una hora, fueron adquiriendo forma los detalles de su «partida». Hasta ese momento no había hecho planes concretos. Ahora lo dispuso todo. Elegiría la misma poza donde el agua se enroscaba y burbujeaba como en un caldero, en un recodo que formaba el pequeño torrente más arriba de la casa donde se alojaban; decidió incluso los términos en que redactaría la carta que iba a dejar. La pondría en la mesa de la cocina, para que supiesen dónde encontrarle.

Aceleró el paso al máximo; porque le obsesionaba la idea de que pudiera haberse ido su hermano, de que quizá no le encontrase; le venía de esa visión singular, pormenorizada, que había tenido durante su gran debilitamiento en el valle. Le aterraba la posibilidad de no volver a ver a su hermano, de que se hubiese ido deliberadamente... tras ella.

«*Tengo que ver otra vez a Mark. ¡Tengo que llegar antes de que se vaya!*», insistía sin cesar el firme pensamiento en su cerebro, haciéndole correr como un gamo por el sendero sinuoso.

Eran las diez pasadas cuando llegó al pequeño claro que había detrás del chalet. No se veía ninguna luz: todas las ventanas estaban a oscuras; pero a continuación vislumbró una figura que andaba de un lado para otro al pie de la galería. No era Mark; se dio cuenta en seguida. Se movía de una manera rara. Al mismo tiempo, le llegó una especie de gemido. Y entonces se dio cuenta de que era la silueta de Marie Petavel, la campesina que les hacía la comida.

Y en el instante en que descubrió quién era, y oyó su gemido, supo qué había

ocurrido. Mark había dejado una carta explicativa... y se había marchado: se había ido en pos de la joven. Sintió que se le encogía el corazón.

La mujer fue trabajosamente a su encuentro, en medio de la oscuridad; la yerba mojada de rocío le azotaba las faldas de manera audible. Y las palabras que Stephen oyó fueron exactamente las que había esperado oír; aunque el *patois* y la excitación las hacían casi incomprensibles:

—¡Su hermano... oh, su pobre hermano, *monsieur le docteur*, se ha... ido!

Y entonces vio brillar el trozo de papel blanco en manos de ella, al detenerse cerca. Era la carta que Mark había dejado, explicando su decisión.

Pero antes de que Stephen tuviese tiempo de leerla, salió del granero de detrás de la casa un hombre con un farol en la mano. Era el marido. Se acercó despacio.

—Le hemos estado buscando; le hemos estado buscando —dijo con voz pastosa—. Mi hijo ha ido incluso a Buttes, y aún no ha vuelto. Se ha alejado mucho, usted; mucho...

Calló, miró a su mujer, y le dijo con rudeza que dejase de lloriquear estúpidamente. Stephen, temblando por dentro, con un terror frío en la sangre, empezaba a intuir que las cosas no eran exactamente como él había previsto. Había algo que era diferente. La expresión del rostro del campesino, iluminado por el resplandor del farol, le llegó de pronto con el impacto de una revelación.

—¿Se lo has dicho a *monsieur*... todo? —susurró el hombre, inclinándose hacia su mujer. Ésta negó con la cabeza; y su marido abrió la marcha sin decir una palabra más. Este intervalo de unos segundos le pareció a Stephen interminable; temblaba como un enfermo de malaria. Detrás de ellos, la anciana caminaba cansina por la yerba mojada, gimiendo en voz baja.

—Nadie habría pensado que podía ocurrir... una cosa *así* —murmuró el hombre. El farol temblaba en su mano. Un minuto después el granero se recortó contra las estrellas como un animal monstruoso, con sus enormes puertas de madera abiertas de par en par ante ellos.

Entró primero el campesino, y se descubrió la cabeza; y Stephen, siguiéndole con pasos torpes, vio desplazarse las sombras de los postes por el piso de madera. Arrimado a la pared, adonde el hombre le guiaba, había un pequeño montón de heno; sobre éste, cubierto con una sábana blanca, yacía un cuerpo humano. El campesino retiró la sábana con su mano pesada, morena, inclinándose sobre él de manera que el farol alumbró enteramente su gesto.

Y Stephen, echándose hacia delante, sin saber apenas lo que hacía, sin haber sido informado o prevenido, descubrió el rostro de su hermano Mark: sus ojos miraban fijamente al vacío; su semblante tenía la expresión extraviada que él le había notado horas antes, a través del cristal de la ventana de aquella habitación superior.

—Le hemos encontrado en esa poza profunda que hay donde el río hace un recodo, arriba, detrás de la casa —murmuró el campesino—. Dejó un papel en la mesa de la cocina diciendo dónde estaría. Llegamos allí después de anochecer. Su

reloj se había parado mucho antes... —susurró, de manera casi inaudible.

Stephen, incapaz de pronunciar una sola palabra, miró al hombre; y el hombre contestó a la pregunta no formulada:

—Se le paró a las cinco y diez —dijo—. Es cuando le entró agua.

Luego, al parpadeo del farol, sentado junto a esta figura inmóvil cubierta con la sábana, Stephen leyó la carta que Mark le había dejado:

«Stevie, muchacho: como sabes, uno de los dos tiene que... irse; y creo que es mejor que no seas tú. Sé todo lo que has pasado, porque he luchado y he sufrido cada momento contigo. He recorrido el mismo sendero, y la he querido demasiado por ti, y a ti demasiado por ella. Y te la dejo, muchacho, porque estoy convencido de que ahora te ama a ti, aunque al principio creyó que era a mí a quien amaba. Pero ha estado toda la tarde llorando sin parar por ti. Más, no te puedo explicar ahora; ella lo hará. Y no hace falta que sepa sino que me he retirado en tu favor: no tiene por qué saber *cómo*. Quizá, un día, cuando no haya matrimonio, o entrega en matrimonio, podamos estar juntos los tres, y ser felices. Como sabes, me he preguntado a menudo... —el resto de la frase estaba tachado y era ilegible—... Y, por supuesto, si es posible, muchacho, *esperaré*.»

A continuación venían más palabras tachadas.

«... Voy a ir, unos minutos después de escribirte estas últimas palabras de bendición y de perdón (porque sé que lo necesitas ¡aunque no hay nada, *nada* que perdonar!), voy a ir a ese Valle Perdido del que nos habló su padre: el valle oculto entre estas montañas que tanto amamos; el Valle Perdido donde incluso los que mueren en desdicha encuentran la paz. Allí os esperaré a los dos. Mark.»

Unas semanas después, antes de coger el tren hacia el este, Stephen recorrió otra vez el camino hasta la granja donde había comprado leche y había preguntado la dirección. De allí siguió durante cierto trecho el sendero que recordaba bien. Esta vez, sin embargo, la confusión del bosque le dominó extrañamente. Las montañas, fieles al mapa, no lo eran a sus recuerdos. El sendero se cortaba: altas, desconocidas crestas se interponían; y esa tarde, después de andar muchas horas, no encontró ningún valle profundo y sinuoso. El mapa, los campesinos, la misma configuración del paisaje, negaron su existencia.

EL HOMBRE AL QUE AMABAN LOS ÁRBOLES^[2]

I

PINTABA árboles como movido por un instinto especial que adivinaba sus cualidades esenciales. Los comprendía. Sabía por qué en un bosque de robles, por ejemplo, cada individuo era totalmente distinto de sus compañeros, o por qué no había dos hayas en todo el mundo que fuesen iguales. La gente le pedía que le pintase su tilo o abedul favorito, porque captaba la personalidad de un árbol como algunos captan la de un caballo. Cómo lo conseguía era un enigma, pues jamás había recibido lecciones de pintura; sus dibujos eran a menudo toscamente inexactos y, aunque su percepción de la personalidad de un árbol era auténtica y vivida, su manera de plasmarla casi rayaba en lo ridículo. No obstante, el carácter de ese árbol particular se encontraba allí, vivo bajo su pincel: brillante, ceñudo, soñador, según el caso, amistoso u hostil, bueno o malo. Resaltaba.

No había nada más en el ancho mundo que supiese pintar: las flores y los paisajes se le volvían meros manchurroneos; era impotente e incapaz con las personas, y lo mismo con los animales. A veces le salían los cielos, o el efecto del viento en las hojas; pero por lo general evitaba rigurosamente estos motivos. Se limitaba a los árboles, obedeciendo atinadamente a un instinto que guiaba el amor. Era sorprendente la habilidad que tenía para hacer que un árbol pareciese casi un ser... sensible. Rayaba en lo portentoso.

«¡Sí, Sanderson sabe lo que se hace cuando pinta un árbol!», pensó el viejo David Bittacy, C. B., ex miembro del Departamento de Silvicultura. «Casi se oye susurrar sus hojas. Se puede oler. Oír gotear la lluvia entre el follaje. Casi puedes ver moverse sus ramas. Crecer.» Porque así era como expresaba su satisfacción, medio para convencerse a sí mismo de que estaban bien gastadas las veinte guineas (dado que su mujer pensaba lo contrario), medio para explicar el asombroso realismo que había en el cedro añoso y corpulento que colgaba enmarcado sobre su mesa de escritorio.

Sin embargo, en términos generales, la actitud del señor Bittacy se consideraba austera, por no decir malhumorada. Pocos adivinaban el amor secretamente tenaz a la naturaleza que había albergado durante los años que pasó en los bosques y junglas del mundo oriental. Era raro en un inglés; quizá se debía a aquel antepasado euroasiático. Calladamente, como si se avergonzase de ello, había conservado vivo un sentido de la belleza que no pertenecía a su tipo, y que era inusitado por su vitalidad. Se lo fomentaban sobre todo los árboles. Los comprendía además, experimentaba un sutil sentimiento de comunión con ellos, nacido quizá de esos años en que había vivido

cuidándolos, guardándolos, protegiéndolos; años de soledad entre sus grandes y sombrías presencias. Lo guardaba para sí, naturalmente, porque conocía el mundo en que vivía. Lo ocultaba también a su mujer... en cierto modo. Sabía que se interponía entre los dos; sabía que ella lo temía, que se oponía a él. Pero lo que no sabía, o al menos no se había dado cuenta, era hasta qué punto percibía su mujer el poder que ejercían sobre él. Su temor, pensaba, se debía simplemente a esos años pasados en la India, en que su profesión le retenía durante semanas en la jungla, mientras ella permanecía en casa temiendo que le ocurriesen toda clase de males. Esto, naturalmente, explicaba su oposición instintiva a la pasión por los bosques que aún subsistía en él. Era una pervivencia natural de aquellos días de ansiosa espera en soledad a que regresase sano y salvo.

Porque la señora Bittacy, hija de pastor evangélico, era una mujer sacrificada que encontraba en casi todo un feliz deber compartir las penas y alegrías de su marido, hasta el punto de anularse a sí misma. Sólo en esta cuestión de los árboles tenía menos éxito. Seguía siendo un problema de difícil solución.

El señor Bittacy sabía, por ejemplo, que los reparos de ella a este retrato del cedro que tenían en el césped no se debían en realidad al precio que había pagado, sino a la forma desagradable en que dicha transacción había subrayado esta grieta entre sus intereses comunes; la única existente, pero profunda.

Sanderson, el artista, apenas ganaba suficiente con su extraño talento; los cheques eran escasos y muy espaciados. Eran raros, en realidad, los dueños de árboles hermosos o interesantes a los que les atraía tener un cuadro especialmente dedicado a ellos; y los «estudios» que había hecho para su propio deleite los guardaba para su propio deleite también. Aunque le salieran compradores, no quería venderlos. Sólo unos pocos amigos, y éstos muy íntimos, podían verlos; porque no le gustaba oír críticas indiscriminadas de quienes no entendían. No es que le importara que se riesen de su falta de destreza —él mismo lo admitía con desdén—, sino que le herían o irritaban con facilidad los comentarios sobre la personalidad del árbol mismo. Le ofendían los comentarios depreciativos sobre ellos como si fuesen injurias a amigos personales que no podían responder por sí mismos. Se revolvía instantáneamente.

—Es extraordinario —dijo una entendida—, cómo ha logrado usted darle personalidad propia a ese ciprés, cuando en realidad todos los cipreses son *exactamente* iguales.

Y aunque el calculado halago se acercaba bastante a la verdad, lo cierto es que Sanderson enrojeció como si acabaran de ofender a uno de sus amigos delante de sus narices. Pasó bruscamente delante de ella y volvió el cuadro de cara a la pared.

—Casi tanto —replicó con rudeza, imitando el acento ridículo de ella—, como si usted imaginara personalidad en su marido, señora, ¡cuando en realidad todos los hombres son *exactamente* iguales!

Como lo único que distinguía a su marido del resto de la multitud era el dinero por el que se había casado con él, allí mismo acabó la relación de Sanderson con esa

familia, junto con la posibilidad de algún «encargo». Su suspicacia era, quizá, morbosa. En todo caso, la manera de llegarle a lo hondo era a través de sus árboles. Podía decir que amaba los árboles. Desde luego, encontraba en ellos una espléndida inspiración; y la fuente de inspiración de un hombre —sea ésta la música, la religión, o la mujer— jamás está a salvo de la crítica.

—Pienso que quizá ha sido un pequeño dispendio, cariño —dijo la señora Bittacy, refiriéndose al cheque del cedro—; con la falta que nos hace una máquina cortacéspedes. Pero, en fin, puesto que es tu gusto...

—Me recuerda cierto día ahora ya lejano, Sophia —replicó el anciano caballero, mirándola primero a ella con orgullo, y luego al cuadro con afecto—. Me recuerda otro árbol... aquel césped de Kent, en primavera, con los pájaros cantando en los lilos, y alguien con un vestido de muselina esperando paciente bajo cierto cedro... no el del cuadro, lo sé; pero...

—No estaba esperando —dijo ella indignada—; estaba cogiendo piñas para la estufa de la clase...

—Los cedros no dan piñas, cariño; y las estufas de las clases no se encendían en junio, en mi juventud.

—De todas maneras, no es el mismo cedro.

—Por aquél, les he tomado cariño a todos los cedros —contestó el marido—; y me recuerdan que eres la misma chiquilla todavía...

Cruzó ella la habitación, y se asomaron juntos a la ventana: en el césped de su casa de Hampshire, se alzaba solitario un cedro del Líbano.

—Sigues tan lleno de sueños como siempre —dijo la señora Bittacy dulcemente—; y la verdad es que no siento en absoluto el cheque. Aunque habría sido mejor que fuera el árbol original, ¿no te parece?

—Aquél cayó hace tiempo. Pasé por allí hace un año, y no hay el menor rastro de él —replicó él con ternura. Luego, al soltarla, la señora Bittacy se dirigió a la pared y limpió con cuidado el polvo del cuadro en el que Sanderson había representado el cedro del césped que ahora poseían. Pasó su minúsculo pañuelito por todo el marco, poniéndose de puntillas para llegar al borde de arriba.

«Lo que me gusta», se dijo el viejo señor, cuando su mujer hubo abandonado la habitación, «es cómo le ha dado vida. Todos los árboles la tienen, por supuesto; pero fue un cedro el primero que me reveló... ese “algo” que poseen los árboles, que les hace saber que me tienen entre ellos cuando estoy cerca y los observo. Supongo que lo noté porque estaba enamorado: el amor descubre vida en todas partes». Contempló unos momentos el cedro del Líbano que destacaba lúgubre y sombrío en la oscuridad creciente. Una singular expresión de melancolía danzó un instante en sus ojos. «Sí; Sanderson lo ha visto tal como es —murmuró—: soñando ahí solemnemente, con su vida oscura y oculta en la linde del bosque, y diferente de todos los árboles de Kent, igual que yo de... del vicario, por ejemplo. Es un completo desconocido, además. En realidad, no sé nada de él. Yo amaba aquel otro cedro; a este viejo camarada lo

respeto. Aunque lo encuentro amistoso; sí, bastante amistoso, en términos generales. Sanderson ha sabido plasmar muy bien esa disposición amistosa. La ha visto. Me gustaría conocer mejor a ese hombre —añadió—. Me gustaría preguntarle cómo ha visto con tanta claridad su situación, ahí, entre esta casa y el bosque, aunque solidarizándose más con nosotros que con la masa de árboles de atrás: como una especie de mediador. Nunca me había dado cuenta de eso. Ahora lo veo... a través del pintor. Está ahí como un centinela... como un centinela protector.»

De repente, fue a mirar por la ventana. Vio la gran masa circundante de oscuridad que era el bosque bordeando su pequeña parcela de césped. Al oscurecer se acercaba aún más. Casi parecía una impertinencia, el acicalado jardín con sus arriates: una especie de insecto polícromo que trataba de posarse sobre un monstruo dormido; una mosca de reflejos chillones que danzaba insolente en el borde de un gran río que podía sepultarla con una salpicadura de su más pequeña ola. Sí, ese bosque, con su vegetación milenaria y su ser profundo y desparramado, era una especie de monstruo dormitando. Estaban demasiado cerca, la casa y su jardín, de su labio movedizo. Cuando los vientos soplaban con fuerza y agitaban sus oscuros bordes negro y púrpura... Amaba este sentimiento de la personalidad del bosque; siempre le había gustado.

«¡Es extraño», pensó, «muy extraño, que los árboles me produzcan esa sensación de vida inmensa y oscura! Solía notarla sobre todo en la India, recuerdo; y también en los bosques canadienses; pero nunca en los pequeños bosques ingleses, hasta ahora. Y Sanderson es la única persona que conozco que la capta también. No lo ha dicho nunca; pero ahí está la prueba», y se volvió otra vez hacia el cuadro que amaba. Un estremecimiento de vida insólita le recorrió al mirarlo. «Por Júpiter, me pregunto», prosiguieron sus pensamientos, «si podemos considerar al árbol, en cualquier sentido aceptado del término..., sensible. Recuerdo que una vez, hace tiempo, me escribió un compañero contándome que al principio los árboles eran semovientes, una especie de organismos animales, pero que habían permanecido tanto tiempo de pie en un mismo sitio, alimentándose, durmiendo, soñando y demás, que habían perdido la facultad de desplazarse...».

Las fantasías se agolpaban atropelladamente en su imaginación; y encendiendo un cigarro, se sentó en un sillón junto a la ventana abierta y dejó que jugaran libremente. Fuera, los mirlos silbaban en los matorrales del otro lado del césped. Olía a tierra y a árboles y a flores, a fragancia de yerba cortada, a brezales perdidos en el corazón del bosque. El viento estival soplabla débilmente entre el follaje. Pero el gran bosque apenas alzaba sus bordes de negra y purpúrea sombra.

El señor Bittacy, no obstante, conocía con todo detalle el interior de esa espesura de árboles. Conocía todas las cañadas salpicadas de olas amarillas de aulaga, dulces con el enebro y el mirto, centelleantes con las charcas que, como ojos oscuros y transparentes, observaban el cielo. Allí se cernían los halcones, describiendo círculos durante horas y horas; y el vuelo vacilante del avefría, su grito quisquilloso y

melancólico, hacían más profunda la sensación de quietud. Conocía los pinos solitarios, achaparrados, acolchados, vigorosos, que cantaban a todos los vientos perdidos, viajeros como los gitanos que plantaban sus tiendas con pinta de arbustos debajo de ellos; conocía las jacas peludas, y sus potros semejantes a crías de centauro; los arrendajos parlanchines, el canto tímido del cuco en primavera, y el mugido del avetoro de los marjales solitarios. Conocía igualmente la maraña de acebo vigilante, extraña y misteriosa, con su belleza oscura y sugestiva, y el brillo amarillento de sus pálidas hojas caídas.

Aquí, todo el bosque vivía y prosperaba a salvo, al resguardo de toda mutilación. Ningún terror al hacha podía turbar la paz de su inmensa vida subconsciente, ningún terror al Hombre devastador podía agobiarlo con la amenaza de una muerte prematura. Se sabía supremo; se extendía y se esponjaba sin rebozo. No levantaba briznas portadoras de advertencias, ya que ningún viento llevaba mensajes de alarma cuando se elevaba hacia el sol y las estrellas.

Pero, una vez que quedaban atrás sus pórticos frondosos, los árboles del campo eran distintos. Entonces los amenazaban las casas; se sabían en peligro. Los caminos no eran ya calveros de césped silencioso, sino vías ruidosas y crueles por las que llegaban los hombres para atacarlos: se mostraban civilizados, solícitos... pero solícitos a fin de poder matarlos algún día. Incluso en los pueblos, donde el sosiego solemne e inmemorial de los castaños gigantes remedaba la seguridad, la sacudida de un abedul contra sus cuerpos, impaciente ante la más ligera brisa, transmitía una advertencia. El polvo apelmazaba sus hojas. El murmullo interior de su vida apacible se hacía inaudible bajo los gritos y chirridos del tráfico estridente. Anhelaban y pedían entrar en la gran paz de aquel bosque, pero les era imposible moverse. Sabían, además, que el bosque, con su profundo esplendor de agosto, los despreciaba y compadecía. Eran seres de jardines artificiales, pertenecían al mundo de los arriates de flores condenadas a crecer de determinada manera...

«Me gustaría conocer mejor a este artista», fue el pensamiento con el que volvió finalmente a las cosas de la vida práctica. «No sé si Sophia tendría inconveniente en que le invitásemos unos días...»

Se levantó a la llamada del gong, sacudiéndose el chaleco manchado de ceniza. Se lo estiró. Tenía una figura delgada y pequeña, y era de movimientos vivos. A media luz, de no ser por su bigote plateado, podría haber pasado fácilmente por un hombre de cuarenta años.

«Se lo propondré de todos modos», decidió, mientras subía a vestirse. Su idea, en realidad, era que Sanderson podría explicarle todo este sinfín de cosas que él siempre había intuido sobre... los árboles. Un hombre capaz de pintar de ese modo el alma de un cedro tenía que saberlo todo.

—¿Por qué no? —aprobo ella más tarde, ante el budín cotidiano—; si no te parece que va a encontrar esto aburrido, sin compañeros.

—Se pasaría el día pintando en el Bosque, cariño. Quisiera conocer sus ideas,

también, si pudiera convencerle.

—Tú eres capaz de convencer a quien sea, David —fue lo que ella respondió; porque esta pareja anciana y sin hijos empleaba una afectuosa cortesía, considerada en desuso desde hacía tiempo ya.

La proposición, no obstante, desagradó a la señora Bittacy, y la hizo sentirse inquieta; y no se enteró de la respuesta de él, que dijo sonriendo de alegría y contento: «Menos a ti y a nuestra cuenta bancaria, cariño». Esta pasión por los árboles era desde hacía tiempo manzana de la discordia, aunque de una discordia muy suave. La asustó; ésa era la verdad. La Biblia —su guía espiritual para este mundo y el otro— no decía nada al respecto. Su marido, aunque le seguía la corriente, no era capaz de neutralizar ese miedo instintivo que notaba en ella. La tranquilizaba, pero no la hacía cambiar; le gustaban los bosques, quizá, como lugares umbríos y apropiados para excursiones, pero no podía amarlos como él.

Después de cenar, con una lámpara junto a la ventana abierta, el señor Bittacy leía en voz alta para su mujer, del *Times* que había traído el correo de la tarde, las noticias que podían interesarle. Era una costumbre inveterada; salvo los domingos en que, para complacer a su esposa, cabeceaba sobre un libro de Tennyson o de Farrar, según el humor de los dos. Mientras él leía, ella hacía punto y formulaba amables preguntas, le decía que tenía «una agradable voz de lector», y disfrutaba con las pequeñas discusiones que a veces brindaba la ocasión, porque él siempre la dejaba ganar: «¡Ah, Sophia!; jamás se me había ocurrido mirarlo desde *ese* ángulo; pero ahora que lo dices, debo reconocer que hay algo de verdad en eso...».

Porque David Bittacy era hombre discreto. Fue mucho después de su matrimonio, durante sus meses de soledad pasados entre los árboles y los bosques de la India, con su mujer esperándole en el *bungalow*, cuando la parte más profunda de su ser reveló esa extraña pasión que ella no lograba comprender. Y tras un intento serio o dos por que la compartiese con él, había renunciado, y había aprendido a ocultarla. Es decir, aprendió a hablar de ella sólo de pasada; porque una vez que Sophia conocía su existencia, silenciarla por completo no habría hecho sino aumentar su dolor. Así que de tarde en tarde rozaba su superficie lo preciso para que viese dónde se equivocaba él y creyese que le había vencido. Quedaba un terreno intermedio en litigio. Escuchaba con paciencia sus críticas, sus digresiones y alarmas, consciente de que, aunque la complacía, eso no le haría cambiar. La cosa era demasiado profunda y sincera en él para que cambiase. Pero para que hubiera paz hacía falta un punto de coincidencia, y él lo encontró así.

El único defecto que veía en ella, esa manía religiosa que conservaba de pequeña, no representaba ningún mal grave. A veces podía hacérsela olvidar alguna intensa emoción. Y si la conservaba era porque se la había enseñado su padre, no porque la hubiese gestado ella misma. En efecto, como les ocurre a muchas mujeres, jamás *pensaba* en realidad, sino que reflejaba tan sólo la imagen del pensamiento de otros, que ella había aprendido a ver. Así que, conocedor de la naturaleza humana, el viejo

David Bittacy aceptaba el dolor de verse obligado a ocultar una parte de su vida interior a la mujer que amaba profundamente. Consideraba sus pequeñas frases bíblicas como rarezas que aún persistían en un alma grande y hermosa... como los cuernos y demás adminículos inútiles que algunos animales no han perdido aún en el curso de la evolución, aunque han dejado de utilizar.

—¡Cariño! ¿Qué es? ¡Me has asustado! —preguntó ella, incorporándose tan de repente que se le torció la cofia casi hasta la oreja. Porque David Bittacy, detrás de su crujiente periódico, había proferido una exclamación de sorpresa. Había bajado la hoja y la estaba mirando por encima de sus lentes de oro.

—Escucha esto, por favor —dijo él, con una nota de ansiedad en la voz—; escucha esto, Sophia. Es de un discurso de Francis Darwin en la *Royal Society*. Como sabes, es el presidente, e hijo del gran Darwin. Te ruego que escuches con atención. Es de lo más interesante.

—Te escucho, David —dijo ella con cierto asombro, alzando la vista. Dejó de hacer punto. Miró un segundo hacia atrás. Algo había cambiado de pronto en la habitación que la despabiló por completo; aunque había estado dando cabezadas, casi. La voz y actitud de su marido habían introducido esta atmósfera nueva. Sus instintos se pusieron alerta—. *Lee, cariño.*

David Bittacy aspiró profundamente, volviendo a mirar antes por encima de los lentes para cerciorarse de que atendía. Era evidente que había tropezado con algo de verdadero interés; aunque ella encontraba a veces algo aburridos los pasajes de esta clase de discursos.

Con voz profunda, enfática, leyó:

—«Es imposible saber si las plantas son conscientes o no, pero es coherente con la doctrina de la continuidad que en todo ser vivo hay algo psíquico; y si aceptamos este punto de vista...»

—Si —interrumpió ella, presintiendo peligro.

Su marido ignoró la interrupción, considerándola algo de escaso valor a lo que estaba acostumbrado.

—«Si aceptamos este punto de vista —prosiguió—, habrá que creer que existe en las plantas una débil copia de *lo que conocemos en nosotros como conciencia.*»

Dejó el periódico y se quedó mirándola fijamente. Sus ojos se encontraron. La última frase la había subrayado él.

Durante un minuto o dos, su esposa no replicó ni hizo comentario alguno. Se miraron en silencio. David Bittacy esperó a que llegase el significado de las palabras, en todo su sentido, al cerebro de ella. Luego bajó la cabeza y siguió leyendo mientras ella, libre de esa expresión imperiosa y singular que había en los ojos de él, volvió a mirar instintivamente por encima del hombro, alrededor de la habitación. Era casi como si notara que había entrado alguien sigilosamente.

—Habrá que creer que existe en las plantas una débil copia de lo que conocemos en nosotros como conciencia.

—Si —repitió ella sin convicción, comprendiendo ante la mirada de esos ojos interrogantes que debía decir algo, aunque sin haberse serenado aún del todo.

—La *conciencia* —replicó él. Y luego añadió gravemente—: Cariño, es la afirmación de un científico del siglo xx.

La señora Bittacy se inclinó hacia delante en su silla, de forma que los crujidos de sus volantes de seda sonaron más que el periódico. Hizo un ruidito característico, entre aspiración y resoplido. Juntó sus zapatos con las manos sobre las rodillas.

—David —dijo con voz apagada—, creo sencillamente que esos científicos han perdido la cabeza. Que yo recuerde, la Biblia, no dice nada de eso.

—Ni que yo recuerde tampoco, Sophia —contestó él, paciente. Luego, tras una pausa, añadió medio para sí, quizá, más que para ella—: Y ahora que lo pienso, creo que Sanderson me dijo una vez algo parecido.

—Pues entonces el señor Sanderson es un hombre inteligente, instruido y discreto —sentenció ella con viveza—, si ha dicho eso.

Porque pensaba que su marido se refería a su comentario sobre la Biblia, y no a su opinión sobre los científicos. Él no corrigió su malentendido.

—Y además, cariño, las plantas no son lo mismo que los árboles —remachó—; o sea no exactamente lo mismo.

—De acuerdo —dijo David con aplomo—; pero las dos cosas pertenecen al reino vegetal.

Hubo un silencio momentáneo antes de contestar ella.

—¡Bah, el reino vegetal! —echó hacia atrás su cabeza pequeña y graciosa. Y puso en las palabras un grado de desprecio que, de haberlo podido oír el reino vegetal, se habría avergonzado de cubrir la tercera parte del mundo con su maravillosa y enmarañada red de raíces y ramas, y delicadas y trémulas hojas, y sus millones de puntas con que absorbían el sol y el viento y la lluvia. Pareció poner en duda su mismo derecho a la existencia.

II

Así que llegó Sanderson, y su corta estancia constituyó un éxito en términos generales. Para los que se enteraron, la razón por la que aceptó la invitación era un misterio; porque jamás hacía visitas y, desde luego, no era de la clase de hombres que adulaban a un cliente. Debió de ver algo en Bittacy que le gustó.

La señora Bittacy se alegró cuando le vio marcharse. En primer lugar no había traído equipaje, ni siquiera un esmoquin; y usaba cuellos bajos con chalina como un francés, y llevaba el pelo más largo de lo que ella juzgaba correcto. No es que estas cosas fuesen importantes, pero las consideraba síntomas de cierta chifladura. Sus chalinas eran innecesariamente volanderas.

Con todo, era un hombre interesante y, a pesar de sus excentricidades en la ropa y demás, un caballero. «Quizá», pensó ella en su corazón sinceramente caritativo, «tenía otras necesidades a las que destinar las veinte guineas; ¡una hermana inválida, por ejemplo, o una madre que sostener!». No tenía ni idea de lo que costaban los pinceles, los bastidores, las pinturas y las telas. Además, le perdonaba muchas cosas por los hermosos ojos que tenía, y por su actitud de ardoroso entusiasmo. Muchos hombres, a los treinta años, estaban ya hastiados.

No obstante, cuando concluyó la visita, se sintió aliviada. No dijo nada de que volviese una segunda vez; y su marido, le alegró observar, tampoco lo sugirió. Porque, a decir verdad, el modo en que el más joven acaparaba al más viejo, y le retenía durante dos horas —en el bosque, o charlando en el césped bajo un sol cegador, y en el crepúsculo, cuando la humedad de las últimas horas salía solapadamente de entre los árboles vecinos—, sin tener en cuenta su edad y sus hábitos, no era enteramente de su gusto. Por supuesto, el señor Sanderson no sabía lo fácilmente que le volvían esos ataques de fiebre india; pero sin duda se lo habría dicho David.

Hablaban sobre árboles desde la mañana a la noche. Esto removi6 en ella el viejo rastro subconsciente del temor, rastro que la conducía siempre a la oscuridad de los grandes bosques; y tales sentimientos, como le enseñaba su temprana formación evangélica, eran tentadores. Considerarlos desde cualquier otro ángulo era jugar con el peligro.

Su cerebro, al observarles, se poblaba de extrañas aprensiones que no alcanzaba a comprender, aunque la aterraban más aún por esa razón. Le parecía un poco innecesaria, insensata, la manera en que examinaban ese cedro viejo y costoso. Era saltarse el sentido de la proporción que la divinidad había puesto en el mundo para guía segura de los hombres.

Incluso después de cenar iban a fumarse sus cigarros sentados en las ramas bajas que descendían y tocaban el césped, hasta que, finalmente ella les insistía en que entrasen. Los cedros, había oído decir en alguna parte, no eran saludables después del crepúsculo; no convenía permanecer demasiado cerca de ellos; incluso era peligroso dormir debajo, aunque había olvidado cuál era el peligro. En realidad, los confundía con el árbol upas.

El caso es que mandó a David que entrara, y Sanderson lo hizo a continuación, detrás de él.

Durante mucho rato, antes de decidirse a dar este paso autoritario, había estado observándoles en secreto desde la ventana del salón: a su marido y a su invitado. El crepúsculo les envolvía con su húmedo velo de bruma. Veía las puntas encendidas de sus cigarros, y oía el murmullo de sus voces. Los murciélagos revoloteaban encima, y grandes, calladas mariposas nocturnas aleteaban en silencio entre las flores de los rododendros. Y, de repente, mientras observaba, se le ocurrió que su marido había cambiado en estos últimos días: desde la llegada de Sanderson, concretamente. Se

había operado un cambio en él, aunque no podía precisar en qué consistía. No se decidía a indagarlo. El miedo instintivo actuaba en ella. Con tal que pasara, prefería no enterarse. Naturalmente, notaba pequeños detalles; pequeños signos externos. En primer lugar, había perdido interés por el *Times*; después, ya no se ponía sus chalecos moteados. A veces se quedaba absorto; se mostraba indeciso en detalles prácticos en los que hasta ahora había mostrado decisión. Y... había empezado otra vez a hablar en sueños.

Estas y otra docena de rarezas más le vinieron al pensamiento con la violencia de un ataque combinado. Con ellas, le llegó una débil angustia que la hizo estremecerse. Al pronto, su mente se sobresaltó; luego se volvió confusa, al descubrir sus ojos las oscuras figuras en el crepúsculo, con el cedro encima, y el bosque a sus espaldas. Después, antes de que le diese tiempo a pensar, o a buscar una guía interior como era su costumbre, cruzó por su cerebro, sofocado y presuroso, este susurro: «Es el señor Sanderson. ¡Dile a David que entre ahora mismo!».

Y así lo había hecho. Su voz aguda cruzó el césped y se perdió en el bosque, apagándose en seguida. No la siguió ningún eco. Su sonido cayó muerto contra la muralla de mil árboles atentos.

—La humedad es muy penetrante, incluso en verano —murmuró cuando llegaron obedientes. Estaba medio sorprendida, medio arrepentida de su propia audacia. Habían acudido dócilmente a su llamada—. Y mi marido es propenso a las fiebres orientales. No, *por favor*, no tiren sus cigarros. Podemos sentarnos junto a la ventana abierta y disfrutar de la noche mientras fuman.

Se mostró muy locuaz durante un momento; era debido a su excitación subconsciente.

—Está todo tranquilo... maravillosamente tranquilo —prosiguió, ya que ninguno de los dos dijo nada—, y callado; el aire es suavísimo... y Dios está siempre cerca de los que necesitan Su ayuda —las palabras se le escaparon antes de que se diese cuenta de lo que decía; aunque, afortunadamente, a tiempo de bajar la voz, porque ninguno de los dos la oyó. Quizá fueron expresión instintiva de alivio. La puso nerviosa haberlas dicho.

Sanderson le trajo el chal y la ayudó a colocar las sillas; ella le dio las gracias a su estilo cortés, anticuado, declinando su ofrecimiento de encender las lámparas. «¡Atraen a las mariposas y los insectos!»

Los tres estaban sentados allí, en el crepúsculo: el bigote blanco del señor Bittacy y el chal amarillo de su mujer brillando en los extremos de la pequeña herradura, y Sanderson, con su negra pelambrera y sus ojos brillantes, entre los dos. El pintor habló en tono sosegado, reanudando evidentemente la conversación iniciada bajo el cedro. La señora Bittacy, en guardia, escuchó con inquietud.

—Como le digo, los árboles se ocultan a la luz del día, más bien. Sólo se revelan plenamente después de ponerse el sol. Yo no he conocido nunca un árbol —aquí se inclinó ligeramente hacia la dama como para disculparse por algo que imaginaba que

no iba a comprender o a gustarle del todo—, hasta que lo he visto de noche. Su cedro, por ejemplo —prosiguió, mirando a su mando otra vez, de tal manera que la señora Bittacy notó el centelleo de sus ojos—. Al principio fracasé por completo, porque trabajé por la mañana. Mañana verán lo que quiero decir: tengo ese primer boceto arriba en mi carpeta; es un árbol completamente distinto del que ustedes han comprado. Esa vista la tomé —se inclinó hacia delante, bajando la voz— de madrugada, alrededor de las dos, a la débil claridad de la luna y las estrellas. Entonces vi su ser desnudo...

—¿Quiere decir, señor Sanderson, que salió a esas horas? —la vieja dama lo preguntó con asombrado y amable reproche. No le gustaba tampoco el adjetivo que había empleado.

—Me temo que fue, quizá, una libertad por mi parte, estando en casa ajena —contestó cortésmente—. Pero no tenía sueño, y al ver el árbol desde la ventana, decidí bajar.

—Es un milagro que Boxer no le mordiera; duerme suelto en el recibimiento —dijo ella.

—Al contrario. El perro salió conmigo. Espero —añadió— que no le molestara el ruido; aunque ya es un poco tarde para excusarme. Me siento culpable —sus dientes blancos centellearon al sonreír. Por la ventana entró un olor a tierra y a flores, traído por un sople de aire errabundo.

La señora Bittacy no dijo nada de momento. «Dormíamos como troncos los dos —intervino el marido, riendo—. Es usted un hombre valiente, Sanderson; y por Júpiter, el cuadro lo corrobora. Pocos artistas se habrían tomado tanta molestia; aunque según leí una vez, Holman Hunt, o Rossetti, o uno de éstos, pintaba durante la noche en su huerto para captar el efecto de la luna que necesitaba.»

Siguió hablando. Su mujer se alegraba de oír su voz; la hacía sentirse más tranquila por dentro; pero poco después volvió a tomar la palabra el otro, y sus pensamientos se volvieron medrosos y sombríos. Instintivamente, temía el influjo sobre su marido. El Misterio y maravilla que hay en los bosques, en las selvas, en las grandes concentraciones de árboles de todas partes parecían reales y presentes cuando hablaba el invitado.

—La Noche lo transfigura todo en cierto modo —estaba diciendo—; pero nada de una forma tan intensa como a los árboles. Emergen, asoman de detrás de un velo que el sol suspende ante ellos durante el día. Hasta los edificios hacen lo mismo... en cierto modo; pero sobre todo los árboles. Durante el día duermen; de noche despiertan, se manifiestan, se vuelven activos: sensibles. ¿Recuerda —preguntó, volviéndose cortésmente hacia su anfitriona— cuán claramente comprendió eso Henley?

—¿Se refiere a ese socialista? —preguntó la dama. Su tono y acento hizo que el calificativo sonase a criminal. Casi lo siseó, en vez de pronunciarlo.

—El poeta, sí —replicó el artista con tacto—; fue amigo de Stevenson, recordará;

Stevenson, que escribió poemas encantadores para los niños.

Recitó en voz baja los versos a los que se refería. En realidad, coincidían el momento, el lugar y el ambiente. Las palabras cruzaron el césped flotando, propagándose hacia la muralla de oscuridad azulenca donde el gran Bosque cercaba el pequeño jardín describiendo una curva de una longitud de leguas, como un litoral. Un rumor distante que era como de oleaje acompañó a su voz, como si el viento quisiera escuchar también:

*No revelarán al Día que mira,
pese a las porfiadas preguntas que formula
con fuerte, violenta voz,
esos seres de amable corpulencia y multitud,
—los árboles, centinelas de Dios—
su ser inexpresable y enorme.
Sino al mandato
de la vieja Noche sacerdotal.
Noche de múltiples secretos, cuyo efecto
—transfigurador, hierofántico, pavoroso—
sólo ellos perciben plenamente,
y tiemblan y se transmutan:
en cada uno, un alma tosca y singular
asoma y se ensombrece
esencial; y sus corpóreas presencias
dotadas de arrogancia excesiva,
vistiendo la negrura cual librea
de alguna pavorosa cofradía,
meditan... amenazan... amedrentan.*

La voz de la señora Bittacy rompió, poco después, el silencio que siguió.

—Me gusta eso de centinelas de Dios —murmuró. No había causticidad en su tono: era sosegado, dulce. La verdad, musicalmente expresada, había acallado sus estridentes objeciones; aunque no había calmado su alarma. Su marido no dijo nada; se le había apagado el cigarro, observó.

—Y los árboles viejos en particular —prosiguió el artista, como hablando consigo mismo— tienen una personalidad muy definida. Se les puede ofender, herir, o complacer; en cuanto uno se pone a su sombra, nota si salen a su encuentro, o se retraen —se volvió de repente hacia su anfitrión—. ¿Conoce ese ensayo singular de Prentice Mulford titulado «Dios en los árboles», extravagante, quizá, pero de una belleza realmente excepcional? ¿No ha oído hablar de él? —preguntó.

Pero fue la señora Bittacy la que contestó; su marido guardó un extraño y profundo silencio.

—¡Yo jamás! —la exclamación cayó como una gota de agua fría del rostro embozado en el chal amarillo; hasta un niño habría podido completar el pensamiento no expresado.

—¡Ah! —dijo Sanderson con suavidad—; pero en los árboles hay algo que es «Dios», Dios bajo una apariencia muy sutil; y a veces (he sabido que los árboles lo expresan también), algo que *no es* Dios, oscuro y terrible. ¿Ha observado usted, también, cuán claramente manifiestan los árboles lo que quieren, cómo eligen a sus compañeros, al menos? ¿Cómo las hayas, por ejemplo, no dejan que viva nada cerca de ellas: pájaros o ardillas en sus ramas, ni vegetación alguna debajo? ¡El silencio en un bosque de hayas es a menudo terrible! ¿Y cómo les gusta a los pinos que se críen los arándanos a sus pies, y a veces pequeños robles? ¿Cómo todos los árboles hacen una clara y deliberada selección, y la mantienen con firmeza? Algunos árboles, evidentemente (cosa muy extraña y notable), parecen preferir a los seres humanos.

La vieja dama se irguió en su silla, entre crujidos, porque esto era más de lo que podía permitir. Su tieso vestido de seda emitió pequeñas y secas crepitaciones:

—Sabemos —contestó— que se dice de Él que anduvo por el edén en el fresco del anochecer —tragó saliva, lo que delató el esfuerzo que esto le costaba—; pero en ninguna parte se nos dice que se ocultase en los árboles, ni nada por el estilo. Los árboles, debemos recordar, son sólo vegetales grandes.

—Cierto —fue la suave respuesta—, pero en todo lo que crece, es decir, que tiene vida, hay un misterio que ninguna indagación puede desentrañar. El prodigio que se oculta en nuestra alma se oculta también, me atrevería a asegurar, en la estupidez y el silencio de una simple patata.

No pretendía que fuese gracioso este comentario. Y *no* lo fue. Nadie se rió. Al contrario, las palabras transmitieron demasiado literalmente una impresión que flotaba en esta reunión. Cada cual se daba cuenta a su manera —con belleza, con asombro, con alarma— de que la conversación había aproximado un poco más el reino vegetal al del hombre. Se había establecido un vínculo entre los dos. No era prudente, con el gran bosque escuchando en las mismas puertas, hablar con tanta claridad. El Bosque se acercaba solapadamente mientras lo hacían.

Y la señora Bittacy, ansiosa por romper el horrible encanto, lo hizo con una sugerencia práctica. No le gustaba el prolongado silencio y pasividad de su marido. Parecía cambiado, negativo.

—David —dijo, alzando la voz—, creo que te está afectando la humedad. Ha empezado a refrescar. La fiebre llega sin avisar, así que sería prudente que tomases la tintura. Voy a traértela ahora mismo. Es mejor —y antes de que él pudiese protestar, había abandonado la habitación para traer la dosis homeopática en la que ella creía y de la que, por complacerla, se tragaba él un vaso lleno semana tras semana.

Y en el instante en que se cerró la puerta tras ella, empezó Sanderson otra vez, aunque ahora en un tono completamente diferente. El señor Bittacy se enderezó en su silla. Evidentemente, los dos hombres reanudaron la conversación interrumpida bajo

el cedro... y dejaron a un lado la que habían estado fingiendo, utilizada sólo para despistar a la vieja dama.

—Los árboles le quieren a usted, ésa es la verdad —dijo gravemente—. El servicio que les ha prestado todos esos años, en esos países, ha hecho que le conozcan.

—¿Que me conozcan?

—Que le conozcan, sí —calló un momento, y luego añadió—: les ha permitido *conocer su presencia*; percibir una fuerza exterior a ellos que trata deliberadamente de procurarles bienestar, ¿no se da cuenta?

—¡Por Júpiter, Sanderson...! —esto explicaba con claridad una sensación que él había experimentado, aunque jamás se había atrevido a expresar con palabras—. Están en contacto conmigo, como si dijéramos, ¿no es eso? —aventuró, riéndose de su propia frase, aunque haciéndolo sólo de labios para afuera.

—Exacto —fue la respuesta categórica—. Tratan de mezclarse con algo que perciben como instintivamente bueno para ellos, útil para sus seres elementales, estimulante para su mejor forma de expresión: su vida.

—¡Dios mío! Señor —se oyó Bittacy decir a sí mismo—, está usted explicando con palabras mis propios pensamientos. Le confieso que he sentido algo así durante años. Como si... —miró en torno suyo para cerciorarse de que su mujer no estaba presente; luego terminó la frase— ¡como si quisiesen apoderarse de mí!

—«Amalgamarle» sería el término más exacto, quizá —dijo Sanderson lentamente—. Quieren atraerle. Las fuerzas benéficas tienden siempre a unirse; las malignas a separarse; por eso el Bien ha de vencer siempre al final... en todas partes. La acumulación, a la larga, se vuelve abrumadora. El mal tiende a la disgregación, a la disolución, a la muerte. La camaradería de los árboles, su instinto de unirse, es un símbolo vital. Los árboles en masa son buenos; solos, hablando en general, son... bueno, peligrosos. Fíjese en una araucaria, o mejor aún, en un acebo. Obsérvelo, compéndalo. ¿Ha visto alguna vez más claramente un mal pensamiento en forma visible? Son malignos. ¡Y hermosos, por supuesto! Hay a menudo una belleza extraña, equívoca, en todo mal...

—Entonces, ¿ese cedro...?

—No es maligno, no; pero sí extraño. Los cedros crecen juntos formando bosques. Ese pobre ser se ha extraviado; eso es todo.

Se estaban metiendo en profundidades. Sanderson, que trataba de ganar tiempo, hablaba deprisa. Resumía demasiado. Bittacy apenas podía seguirle en esta última parte. Su mente se abría paso con dificultad entre sus propios pensamientos, menos claros, menos ordenados; hasta que, poco después, otra frase del artista le sobresaltó, haciéndole atender otra vez.

—Ese cedro le protegerá aquí, porque ustedes lo han humanizado pensando en él con afecto. No dejará pasar a los otros, por así decir.

—¿Protegerme? —exclamó—. ¿Protegerme del amor de ellos?

Sanderson se echó a reír. «Nos estamos confundiendo —dijo—; estamos hablando de una cosa en términos de otra, en realidad. Pero lo que quiero decir es que el amor que sienten por usted, la “conciencia” que ellos tienen de su presencia y su personalidad, implica la idea de ganarle (desde el otro lado del límite) para ellos, para su esfera de vida. Significa, en cierto modo, tomar posesión de usted.»

Las ideas que el artista despertaba en su mente corrían furiosas de un lado para otro. Era como un laberinto puesto de repente en movimiento. Le desconcertaba el torbellino de líneas intrincadas. Iban veloces, dejando sólo media explicación de la que eran portadoras. Bittacy seguía primero a una, luego a otra, pero siempre surgía una nueva que le interceptaba antes de poder llegar a ninguna parte.

—Pero la India —dijo a continuación en voz más baja—, la India está muy lejos... de este pequeño bosque inglés. Y además, estos árboles son totalmente distintos de aquéllos.

El frufrú de faldas anunció la proximidad de la señora Bittacy. Ésta era una frase a la que podía dar un sentido completamente diferente si entraba ella y pedía una explicación.

—Existe una comunicación entre los árboles de todo el mundo —fue la extraña y rápida respuesta—. Ellos se enteran siempre.

—¿Se enteran siempre? ¿Entonces, cree usted...?

—Por los vientos... ¡los grandes y veloces mensajeros! Tienen sus antiguos derechos de paso por todo el mundo. Un viento del este, por ejemplo, que viaje de etapa en etapa por así decir, llevando mensajes y significados de país en país como las aves... un viento del este...

La señora Bittacy entró majestuosa con el vaso:

—Bueno, David —dijo—, esto te protegerá de cualquier ataque incipiente. Sólo una cucharada, cariño. ¡Oh, oh! ¡No *todo*! —porque se había bebido la mitad del contenido de un solo trago, como de costumbre—. Otra dosis antes de acostarte, y mañana haremos balance, en cuanto te despiertes.

Se volvió a su invitado, el cual se encargó de colocar el vaso en la mesa, junto a él. La señora Bittacy les había oído hablar del viento del este. Interpretó mal el comentario. Recalcó su advertencia. La parte privada de la conversación quedó así bruscamente interrumpida.

—Es el que peor le sienta de todos: el viento del este —dijo—; y me alegro, señor Sanderson, de oírle opinar lo mismo también.

III

Siguió un profundo silencio, en medio del cual oyeron la nota amortiguada de un búho en el Bosque. Una gran mariposa nocturna chocó con blando aleteo contra una

de las ventanas. La señora Bittacy tuvo un ligero sobresalto, pero no dijo nada. Las estrellas eran débilmente visibles por encima de los árboles. Les llegó el ladrido lejano de un perro.

Bittacy, volviendo a encender su cigarro, rompió el pequeño encanto de silencio que había atrapado a los tres.

—Es un pensamiento reconfortante —dijo, arrojando la cerilla por la ventana—, el de que la vida se extiende por todas partes a nuestro alrededor, y de que no existe en realidad línea divisoria entre lo que llamamos orgánico e inorgánico.

—El universo, en efecto —dijo Sanderson—, es uno realmente. Nos desconciertan los vacíos que no podemos salvar con la mirada; pero de hecho, creo que no existe el vacío.

La señora Bittacy se removi6, haciendo susurrar presagiosamente su vestido, pero sigui6 callada de momento. Temía las palabras largas que no alcanzaba a comprender. Belzebú se ocultaba entre tanta sílaba.

—Una vida exquisita sueña en los árboles y las plantas, sobre todo, que nadie ha demostrado hasta ahora que sea inconsciente.

—Ni consciente, señor Sanderson —terció ella con habilidad—. Sólo el hombre, creado a Su imagen y semejanza, y no los arbustos y las cosas...

Su marido la ataj6 en seguida.

—No hace falta decir —explic6 con suavidad— que son seres vivos en el sentido en que lo somos nosotros. Al mismo tiempo —con una mirada a su mujer—, no veo nada malo en sostener, cariño, que en todos los seres creados hay algo de la vida de Su Creador. Es hermoso sostener que el Señor no ha creado nada inerte. ¡No por eso vamos a ser panteístas! —añadi6, conciliador.

—¡Ah, no! ¡Eso no, espero! —el término la alarm6. Era peor de lo que esperaba. A través de su mente perpleja se deslizaba furtivo un ser peligroso... como una pantera.

—A mí me gusta pensar que hay vida incluso en la corrupción —murmur6 el pintor—. La descomposición de la madera podrida nutre a una forma de vida sensible; hay fuerza y movimiento en la caída de una hoja seca, en todo lo que se desintegra y se deshace. Y cojamos una piedra inerte: est6 repleta de calor, y de peso, y de potencialidades de todas clases. ¿Qué es lo que mantiene unidas a todas sus partículas? Sabemos muy poco sobre la gravedad, o por qué la aguja apunta siempre hacia el norte. Puede que ambas cosas sean modos de vida...

—¿Cree usted que la brújula tiene alma, señor Sanderson? —exclam6 la dama con un frufrú de sedas que transmitió una sensación de injuria aún más evidente que su tono. El artista sonrió para sí en la oscuridad; pero fue Bittacy quien se apresur6 a contestar.

—Nuestro amigo sugiere meramente que esos agentes misteriosos —dijo con sosiego— pueden deberse a alguna clase de vida que no comprendemos. ¿Por qué el agua corre sólo hacia abajo? ¿Por qué los árboles crecen en ángulo recto respecto a la

superficie del suelo, y hacia el sol? ¿Por qué han de girar los mundos eternamente sobre sus ejes? ¿Por qué el fuego cambia la forma de cuanto toca sin destruirlo en realidad? Decir que estas cosas siguen las leyes de sus respectivas naturalezas es no decir nada. El señor Sanderson sugiere tan sólo (por supuesto que poéticamente, cariño) que éstas pueden ser manifestaciones de vida, aunque de una vida en un estadio distinto del nuestro.

—El «soplo de vida», según hemos leído, «que Él insufló en todos los seres». Pero esas cosas no respiran —dijo ella triunfal.

Entonces Sanderson dijo unas palabras. Pero las dijo para sí mismo o para su anfitrión, más que como una réplica seria a la enojada dama.

—Las plantas respiran también —dijo—. Respiran, comen, digieren, se mueven y se adaptan a su entorno igual que los hombres y los animales. Y tienen sistema nervioso también... al menos, un complejo sistema de núcleos que poseen algunas de las características de las células nerviosas. Pueden tener memoria, además. Desde luego, responden de manera concreta a determinados estímulos. Y aunque esto pueda ser fisiológico, nadie ha demostrado que sea sólo eso, y no... psicológico.

No advirtió, al parecer, el pequeño respingo, que fue audible, tras el chal amarillo. Bittacy se aclaró la voz, arrojó su cigarro apagado al césped, descruzó las piernas y volvió a cruzarlas.

—Y en los árboles —prosiguió el otro—; detrás de una gran selva, por ejemplo —señalando hacia el Bosque—, puede que haya una espléndida Entidad que se manifieste a través de los mil árboles individuales... una especie de inmensa vida colectiva, tan minuciosa y delicadamente organizada como la nuestra. Podría fundirse y mezclarse con la nuestra en determinadas condiciones, de manera que llegásemos a entenderla como *ser*, durante un tiempo al menos. Incluso podría tragarse la vitalidad humana en el inmenso remolino de su vasta vida durmiente. La atracción de una gran selva sobre un hombre puede ser tremenda, y totalmente irresistible.

Se oyó cerrarse la boca de la señora Bittacy con un chasquido. Su chal, y sobre todo su vestido crujiente, exhalaban la protesta que le ardía dentro como un dolor. Estaba demasiado angustiada para que le hiciese mella ninguna impresión; pero, al mismo tiempo, demasiado confusa en medio de esta mezcolanza de palabras y significados que sólo entendía a medias, para encontrar inmediatamente una frase que poder emplear. Cualquiera que fuese el sentido real de lo que este hombre decía, no obstante, y cualesquiera que fuesen los peligros sutiles que se ocultaban tras su lenguaje, era evidente que tejía, con la luz tenue de la oscuridad, una especie de manso sortilegio que tenía atrapados a los tres allí, junto a esta ventana abierta. El olor a césped húmedo de rocío, a flores, a árboles y a tierra formaban parte de ese sortilegio.

—El estado de ánimo —continuó— que la gente suscita en nosotros se debe a que su vida oculta afecta a la nuestra. Lo profundo llama a lo profundo. Una persona, por ejemplo, entra en una habitación vacía donde está usted: en ese mismo instante

cambian los dos. El recién llegado, aunque en silencio, ha dado lugar a un cambio de humor. ¿No va a poder afectarnos y alterarnos el humor de la naturaleza, merced a una prerrogativa similar? El mar, los montes, el desierto, despiertan pasión, alegría, terror, según el caso; para unos pocos, quizá —miró significativamente a su anfitrión de una manera tal que la señora Bittacy notó otra vez que éste desviaba los ojos—, emociones totalmente inefables, de un raro, inflamado esplendor. Bueno... ¿de dónde vienen esos poderes? Desde luego, no de algo... ¡inerte! ¿No supone el influjo de un Bosque, su dominio y extraño ascendiente sobre determinados espíritus, una manifestación directa de la vida? Por lo demás, esa misteriosa emanación del gran Bosque se halla más allá de toda explicación. Algunas naturalezas, por supuesto, la provocan deliberadamente. La autoridad de una hueste de árboles —su voz se volvió casi solemne al decir estas palabras— es algo que no se puede negar. Aquí uno la siente, creo, de manera especial.

En el aire quedó flotando una considerable tensión cuando Sanderson dejó de hablar. El señor Bittacy habría querido que la conversación no hubiese llegado tan lejos. Se habían excedido. No quería ver a su mujer inquieta o asustada, y se daba cuenta vivamente de que sus sentimientos estaban agitados a un extremo que le disgustaba. Había algo en ella, como él decía, que «se acercaba» al punto de explosión.

Trató de generalizar la conversación, a fin de diluir, extendiéndola, esta emoción concentrada.

—El mar es Suyo, puesto que lo creó Él —apuntó vagamente, esperando que Sanderson recogiese la alusión—; lo mismo que los árboles...

—Todo el gigantesco reino vegetal, sí —confirmó el artista—; todo está a disposición del hombre, para su alimento, su protección, y para mil usos de su vida diaria. ¿No es impresionante la cantidad de superficie de globo que cubre... con su vida exquisitamente organizada, aunque fija, siempre al alcance de nuestra mano cuando la necesitamos, sin huir jamás? A pesar de todo, no es fácil tomar posesión de él. Un hombre siente reparos a coger flores, otro a cortar árboles. Y es curioso que la mayoría de los cuentos y leyendas sobre Bosques sean enigmáticos, misteriosos y un poco agoreros. Rara vez son alegres e inofensivos los seres del Bosque. La vida del Bosque se concibe terrible. Aún subsiste hoy día el culto a los árboles. Los leñadores... que siegan la vida de los árboles... son, bueno, una raza encantada de hombres.

Calló de repente, con una singular interrupción de su voz. Bittacy percibió algo incluso antes de que él acabara la frase. Sabía que su mujer lo había notado más intensamente. Porque en medio del denso silencio que siguió a este último comentario, la señora Bittacy, levantándose de su silla con repentino impulso, hizo que los otros dos se fijasen en algo que avanzaba hacia ellos desde el otro lado del césped. Se acercaba en silencio. Tenía una silueta grande y curiosamente extendida. Se alzaba muy arriba, también, porque el cielo sobre los arbustos, todavía con el oro

pálido del crepúsculo, se oscureció a su paso. Más tarde la señora Bittacy declaró que se movía «serpeando en círculos»; aunque quizá quería decir «en espirales».

Gritó débilmente: «¡Por fin ha venido! ¡Y es usted quien lo ha traído!».

Se volvió con excitación, medio aterrada, medio furiosa, hacia Sanderson. Lo había dicho con una especie de jadeo, olvidando toda cortesía. «Sabía que ocurriría... si seguía usted. Lo sabía. ¡Oh! ¡Oh! —y exclamó otra vez—: ¡Lo han traído sus palabras!» Era espantoso el terror que hacía temblar su voz.

Pero la confusión de sus palabras vehementes pasó inadvertida con la primera sorpresa que produjeron. Durante un momento, no sucedió nada.

—¿Qué crees ver, cariño? —preguntó su marido, sobresaltado.

Sanderson no dijo nada. Se inclinaron los tres hacia delante, los hombres sin abandonar su asiento; pero la señora Bittacy había corrido a la ventana, interponiéndose como a propósito, al parecer, entre su marido y el césped. Señaló. Su mano pequeña trazó una silueta sobre el cielo, con el chal amarillo colgándole del brazo como una nube.

—Más allá del cedro; entre él y los lilos —su voz había perdido su estridencia; sonó apagada, débil—. Allí... ahora se le ve moverse otra vez: retroceder, ¡gracias a Dios!; retirarse al Bosque —y sus palabras se perdieron en un susurro tembloroso. Luego repitió, con un largo suspiro de alivio—: ¡gracias a Dios! Creí... al principio... que venía aquí... ¡hacia nosotros...! ¡hacia ti, David!

Se apartó de la ventana con movimientos torpes, buscando a tientas en la oscuridad una silla donde apoyarse, y encontrando en su lugar la mano extendida de su marido. «Cógeme, cariño, cógeme fuerte, por favor. No me sueltes.» Estaba en lo que más tarde llamó él «un estado regular». La llevó firmemente a su silla otra vez.

—Es humo, Sophia, cariño —dijo él con rapidez, tratando de que su voz sonase tranquila y natural—. Lo estoy viendo, sí. Es humo que sale de la casa del jardinero...

—Pero, David —había un nuevo terror en su susurro, ahora—, hacía ruido. Lo hace aún; lo oigo rozar —rozar, raspar, restregar, algo así, fue la palabra que utilizó—. David, estoy muy asustada. ¡Es algo espantoso! ¡Ese hombre lo ha llamado...!

—¡Chist! ¡Chist! —susurró su marido. Acarició la mano temblorosa que le retenía.

—Está en el viento —dijo Sanderson, hablando por primera vez, muy quedamente. No se veía la expresión de su cara en la oscuridad, pero su voz sonó suave y tranquila. Al oírla, la señora Bittacy volvió a sobresaltarse. Su marido corrió hacia delante su silla para ocultarle de la vista de ella. Se sentía un poco perplejo, sin saber qué decir o hacer. Todo era muy extraño y repentino.

Pero la señora Bittacy estaba muy asustada. Le parecía que lo que había visto había salido del Bosque que les cercaba, justo más allá de su jardincito. Había surgido de manera misteriosa, desplazándose hacia ellos como con un propósito: solapadamente, dificultosamente. Luego, algo lo había detenido. No pudo rebasar el

cedro. El cedro —esta impresión perduraba en ella también después— le había impedido avanzar, lo había contenido. Como un mar crecido, el Bosque había avanzado un momento hacia ellos al amparo de la oscuridad, y este movimiento visible había sido su primera oleada. Así lo había entendido la mente de ella: como ese misterioso cambio de la marea que solía asustarla y desconcertarla de niña, en la playa. Lo que había sentido era el primer embate de un inmenso Poder... algo frente a lo cual se alzaban todos los instintos de su ser, porque se sentían amenazados. En ese momento se dio cuenta de la Personalidad del Bosque... amenazadora.

Se apartó de la ventana para dirigirse tropezando a la campanilla, por lo que a duras penas oyó las palabras que Sanderson —¿o fueron de su marido?— murmuró para sí: «Venía porque hablábamos de él; nuestro pensamiento ha hecho que se diera cuenta de nuestra presencia, y que se manifestara. Pero el cedro le impide el paso. No puede cruzar el césped...».

Los tres estaban de pie ahora, y la voz de su marido irrumpió con autoridad, mientras los dedos de su mujer tocaban la campanilla.

—Cariño, *no* deberías decirle nada a Thompson —su voz delataba la ansiedad que sentía, pero externamente había recobrado el aplomo—. Que vaya el jardinero...

Aquí le atajó Sanderson: «Permítanme —dijo con rapidez—. Iré yo a ver qué pasa». Y antes de que ninguno de los dos pudiese contestar u oponerse, había salido, saltando por la ventana abierta. Vieron desaparecer su figura en la oscuridad, tras una carrera por el césped.

Un momento después entró la doncella en respuesta a la campanilla, junto con los ladridos del terrier, desde el recibimiento.

—Las lámparas —le dijo su señor con sequedad; y cuando hubo cerrado suavemente la puerta tras ella, oyeron pasar el viento con un gemido lastimero en torno a las paredes exteriores. Con él, a lo lejos, se oyó también un susurro de hojas.

—Mira, se *está* levantando viento. ¡*Era* el viento! —pasó un brazo consolador alrededor de su esposa, angustiado de sentirla temblando. Notó que él también temblaba, aunque, más que de alarma, debido a una especie de extraño júbilo—. Y *era* humo lo que has visto que venía de la casa de Stride, o de los montones de hojarasca que ha estado encendiendo en el quemadero del jardín. ¿Por qué estás tan nerviosa?

Le respondió una vocecita susurrante:

—Tenía miedo por *ti*, cariño. Algo me ha hecho temer por *ti*. Ese hombre hace que me sienta inquieta y desasosegada, por la manera de influir en ti. Es una estupidez, lo sé. Creo que... estoy cansada; me siento cansada y nerviosa —las palabras le brotaron en un borboteo atropellado, y no apartó la mirada de la ventana mientras hablaba.

—La tensión de tener una visita —dijo él, tranquilizador— te ha agotado. No estamos acostumbrados a tener gente en casa. Se va mañana —le calentó las manos entre las suyas, acariciándoselas tiernamente. No habría podido hacer ni decir más,

por mucho que hubiera querido. El gozo de una excitación extraña, interior, hacía que el corazón le latiese deprisa. No sabía qué era. Sólo sabía, quizá, de dónde provenía.

La señora Bittacy le escrutó la cara de cerca, en la oscuridad, y dijo algo muy raro: «Por un momento, David, creí... me has parecido... diferente. Tengo los nervios de punta, esta noche». No volvió a hacer ninguna alusión al invitado de su marido.

Un ruido de pasos procedentes del césped anunció el regreso de Sanderson, mientras el señor Bittacy contestaba rápidamente en voz baja: «No tienes por qué temer por mí, chiquilla. No me pasa nada, te lo aseguro; nunca me he sentido tan bien y tan contento en mi vida».

Entró Thompson con las lámparas y la luz; y no había hecho más que retirarse, cuando vieron entrar otra vez a Sanderson por la ventana.

—No es nada —dijo alegremente, mientras cerraba tras de sí—. Alguien ha estado quemando hojas, y el humo se aleja entre los árboles. El viento —añadió, mirando un momento significativamente a su anfitrión, aunque de manera tan discreta que la señora Bittacy no se dio cuenta—, el viento, además, ha empezado a bramar allá lejos... en el Bosque.

Pero la señora Bittacy advirtió dos cosas en él que aumentaron su inquietud. Notó el brillo de sus ojos; porque parecida luz había asomado súbitamente a los de su marido; y notó también el significado profundo que al parecer había dado a esas simples palabras, sobre que «el viento había empezado a bramar allá lejos... en el Bosque». Su mente retuvo la desagradable impresión de que había querido dar a entender más de lo que decía. Había en su tono un mensaje muy distinto. En realidad, no era del «viento» de lo que hablaba, y no permanecía «allá lejos»... más bien se acercaba. Otra impresión, también —más desagradable aún—, fue que su marido no había entendido su oculto significado.

IV

—David, cariño —dijo suavemente en cuanto estuvieron solos, arriba—, ese hombre me produce una horrible sensación de desasosiego. No puedo librarme de ella —el temblor de su voz despertó toda la ternura de él.

Se volvió a mirarla. «¿En qué sentido, cariño? A veces eres muy imaginativa, ¿no?»

—Creo... —vaciló; balbuceó un poco, confundida, todavía asustada—. Es decir, ¿no será hipnotizador, y estará lleno de esas ideas teosóficas, o algo por el estilo? Ya sabes a qué me refiero...

Estaba demasiado acostumbrado a sus pequeñas y confusas alarmas para buscarles una explicación en serio, por lo general, o para corregir sus inexactitudes verbales; pero esta noche se daba cuenta de que necesitaba ser tratada con delicadeza

y ternura. La tranquilizó lo mejor que pudo.

—Aunque lo fuera, no habría nada malo en ello —contestó con aplomo—. Eso no son más que nombres nuevos para ideas muy viejas; lo sabes de sobra, cariño —no había el menor asomo de impaciencia en su voz.

—Eso es lo que quiero decir —replicó ella, alzándose tras sus palabras, en incontable multitud, los textos que él temía—. Es uno de esos seres contra cuya llegada hemos sido advertidos: un ser de las Postrimerías —porque su cerebro aún se erizaba ante el fantasma de la profecía del Anticristo, y había escapado del Número de la Bestia por los pelos, por así decir. Normalmente, casi toda su furia iba dirigida contra el Papa: porque podía entenderle; era un blanco claro, y podía disparar contra él. Pero este asunto de los árboles y los bosques era demasiado vago y horrible. La aterraba—. Me recuerda —prosiguió— a los principados y potencias de las altas regiones, y a los seres que pululan en las tinieblas. No me ha gustado eso que ha dicho, de que los árboles cobran vida por la noche y demás; me ha recordado a los lobos con piel de oveja. Y al ver esa cosa espantosa en el cielo, por encima del césped...

Pero él la interrumpió inmediatamente; porque había decidido que era mejor silenciarlo. Sin duda, lo más conveniente era no hablar de ello.

—Creo, Sophia, que sólo quería decir —dijo con gravedad, aunque con una leve sonrisa— que tal vez tengan los árboles algún tipo de vida consciente (lo que sin duda es una sutil idea); algo así como lo que leímos la otra noche en el *Times*, recordarás, sobre que los grandes bosques pueden poseer una especie de personalidad colectiva. Ten en cuenta que es un artista, y poético.

—Es peligroso —dijo ella con énfasis—. Me da la sensación de que está jugando con fuego de una manera imprudente, temeraria.

—Sin embargo, todo es para mayor gloria de Dios —se apresuró a añadir él suavemente—. No debemos tapar nuestros oídos al conocimiento... sea de la clase que sea, ¿no te parece?

—En ti, David, el deseo va siempre más lejos que el pensamiento —replicó ella. Porque, como el niño que creía que «sufrió bajo Poncio Pilato» quiere decir que «sufrió bajo un ramo de violetas», la señora Bittacy oía sus proverbios fonéticamente y los reproducía así. Esperaba transmitir su advertencia en la cita—. Y debemos poner siempre a prueba los espíritus para saber si son de Dios —añadió, a modo de tanteo.

—Desde luego, cariño, eso podemos hacerlo siempre —convino él, metiéndose en la cama.

Pero, tras una breve pausa, en la que apagó ella la luz de un soplo, David Bittacy, mientras se disponía a dormir con una excitación nueva y desconcertantemente deliciosa en la sangre, comprendió que quizá no había dicho lo suficiente para consolarla. La tenía a su lado, desvelada, asustada todavía. Levantó la cabeza a oscuras.

—Sophia —dijo con suavidad—, debes tener presente, en todo caso, que entre nosotros y... todas esas cosas, hay un abismo, un abismo insalvable... esto... mientras estemos aquí, físicamente.

Y al no oír ninguna respuesta pensó, tranquilizado, que se había dormido feliz. Pero la señora Bittacy no dormía. Había oído la frase; sólo que no había dicho nada porque le pareció que era mejor no expresar su propio pensamiento. Temía oír las palabras en la oscuridad. El Bosque vecino escuchaba, y podía oírlas también... el Bosque que «bramaba allá lejos».

Y su pensamiento era éste: que, desde luego, existía ese abismo; pero de alguna manera, Sanderson había establecido un puente.

Esa noche, mucho más tarde, despertó ella de sus sueños inquietos y turbados y oyó un ruido que le sacudió los nervios de miedo. Al punto se despabiló por completo; porque, por mucho que prestaba atención, no había nada audible, aparte del murmullo inarticulado de la noche. Era en sus sueños donde lo había oído, y los sueños se habían desvanecido con él. Pero fue un ruido reconocible, porque se trataba de ese susurro que le había llegado del otro lado del césped; sólo que esta vez había sonado más cerca. Justo sobre su cara, mientras dormía; y había pasado como un murmullo de ramas susurrantes, como un rumor de hojas en la misma habitación. «Un movimiento en las copas de las moreras», le pasó por la mente. Había soñado que estaba acostada bajo un árbol frondoso, un árbol que susurraba con sus mil suaves labios de verdor; y el sueño se había prolongado un instante después de despertar.

Se incorporó en la cama y miró a su alrededor. La ventana estaba abierta de par en par; vio las estrellas; la puerta, recordó, estaba cerrada como de costumbre; la habitación, por supuesto, estaba desierta. Todo estaba sumido en el profundo silencio de la noche estival, roto tan sólo por otro rumor que ahora brotaba de las sombras que rodeaban la cama; un rumor humano, aunque anormal; un rumor que polarizó el miedo con que se había despertado, y que lo aumentó instantáneamente. Y, aunque lo reconoció como familiar, al principio no fue capaz de determinarlo. Transcurrieron unos segundos —que fueron muy largos— antes de comprender que era su marido hablando en sueños.

La dirección de la voz la confundió y desconcertó al principio porque, además, no sonaba, como había supuesto en un primer momento, junto a ella. Provenía de cierta distancia. Un minuto después, a la llama desfalleciente de la vela, vio la blanca figura de su marido, de pie en el centro de la habitación, a medio camino de la ventana. La luz de la vela aumentó lentamente. Le vio acercarse un poco más a la ventana, con los brazos extendidos. Su voz era apagada, balbuciente; las palabras le salían demasiado juntas para poder distinguirlas.

Y la señora Bittacy se estremeció. Para ella, hablar en sueños era un misterio que rayaba en el horror; era como la voz de los muertos: algo antinatural, un mero remedo de la voz viva.

—¡David! —susurró, sobresaltada ante el sonido de su propia voz, y medio temiendo interrumpirle y verle la cara. No podía soportar la visión de sus ojos abiertos—. David, te estás paseando en sueños. ¡Vamos... vuelve a la cama, cariño, ¡por favor!

Su susurro pareció sonar espantosamente fuerte en el silencio de la oscuridad. David se detuvo al oírla, luego se volvió despacio hacia ella. Sus ojos abiertos se quedaron mirándola sin reconocerla: parecían ver, a través de ella, algo que estaba más allá; era como si supiesen la dirección de su voz, aunque no podían verla. Le brillaban, notó la señora Bittacy, como le habían brillado a Sanderson unas horas antes; y tenía el rostro encendido, extraviado. Cada una de sus facciones reflejaba ansiedad. E instantáneamente, al comprender que la fiebre había hecho presa en él, se olvidó al punto de su terror para centrarse en consideraciones prácticas. Su marido regresó a la cama sin despertarse. Le cerró los párpados. Poco después, volvió a dormirse, o más bien cogió un sueño más profundo. La señora Bittacy trató de hacerle tomar un sorbo del vaso que tenía junto a la cama.

Entonces se levantó ella muy quedamente a cerrar la ventana, al notar que el aire de la noche era demasiado fresco y penetrante. Puso la vela donde él no pudiera alcanzarla. La visión de la gran biblia de Baxter cerca de ella la reconfortó un poco; pero en su subconsciente desfilaban fugaces mensajes de extraña alarma. Y estaba pasando el pestillo con una mano y tirando de la cuerda de la persiana con la otra, cuando se volvió a incorporar su marido en la cama, y dijo unas palabras, ahora perfectamente audibles. Tenía los ojos completamente abiertos otra vez. Señalaba con el dedo. La señora Bittacy se quedó envarada, atenta, con su sombra deforme proyectada sobre la persiana. David no se levantó y fue hacia ella como al principio había temido.

La voz susurrante fue muy clara; y horrible, también; más que nada de cuanto ella había conocido.

—Están bramando allá lejos, en el Bosque... y yo... debo ir a ver —miraba más allá de ella, hacia el Bosque, mientras hablaba—. Me necesitan. Han enviado por mí... —luego su mirada volvió a vagar por los objetos de la habitación; se tumbó, cambiando súbitamente de propósito. Y este cambio fue horrible también. Más, quizá; porque reveló la existencia de otro mundo lleno de detalles, lejos de ella, en el que se movía.

La extraña frase le heló la sangre a la señora Bittacy; durante un momento permaneció totalmente aterrada. Ese tono sonámbulo, ligera aunque angustiosamente distinto de su voz consciente y normal, le había sonado en cierto modo maligno. Detrás de esa voz acechaban el mal y el peligro. Se apoyó en el antepecho de la ventana, temblando de pies a cabeza. Por un momento, tuvo la espantosa sensación de que iba a entrar alguien a llevárselo.

—Todavía no, entonces —oyó que decía, en una voz mucho más baja, desde la cama—; más tarde. Es mejor así... iré más tarde...

Las palabras revelaron algún borde de esas alarmas que la obsesionaban desde hacía tanto tiempo, y que la llegada y la presencia de Sanderson parecían haber elevado al límite extremo de un clímax que ni siquiera se atrevía a pensar: le dieron forma; lo acercaron; y la hicieron elevar sus pensamientos a su Deidad en una frenética súplica de ayuda y consejo. Porque aquí había una revelación directa, inconsciente, de un mundo de íntimos propósitos y reivindicaciones que su marido reconocía al tiempo que guardaba casi enteramente para sí.

Cuando llegó junto a él, y sintió el alivio de su tacto, vio que sus ojos se habían vuelto a cerrar, esta vez por sí mismos, y que su cabeza descansaba sosegada sobre la almohada. Estiró suavemente las ropas de la cama. Le observó unos minutos, cubriendo la luz de la vela con una mano. Había una sonrisa de lo más extrañamente apacible en su rostro.

Luego apagó la vela de un soplo, se arrodilló, y rezó antes de meterse otra vez en la cama. Pero no le llegó el sueño. Se pasó la noche despierta, pensando, rezando, haciéndose preguntas, hasta que al final, con un coro de pájaros y el resplandor del amanecer en la persiana verde, se sumió en un sopor de completo agotamiento.

Pero mientras dormía, el viento siguió bramando allá lejos, en el Bosque. El ruido se acercaba... a veces demasiado, a decir verdad.

V

Con la marcha de Sanderson perdieron importancia los curiosos incidentes, dado que desapareció el estado de ánimo que los había suscitado. Poco después, la señora Bittacy empezó a considerarlos como una desproporción que estaba, en gran medida, quizá, en su propia mente. No le sorprendió lo súbito de este cambio porque se operó de manera totalmente natural. Primero, su marido no volvió a hablar del asunto; y en segundo lugar, recordaba cuántas cosas de la vida que le habían parecido extrañas e inexplicables al principio se revelaron más tarde vulgares y corrientes.

En gran parte lo atribuía, como es natural, a la presencia del artista y su disparatada, sugestiva conversación. Con su oportuna marcha, el mundo volvió a ser otra vez normal y seguro. La fiebre, aunque duró poco tiempo, como siempre, impidió levantarse a su marido para despedirle, y tuvo que transmitirle ella sus excusas y su adiós. Esa mañana le pareció el señor Sanderson bastante normal. Con su sombrero de calle y sus guantes, tal como le vio marcharse, parecía manso y tranquilo.

«¡En realidad», pensó la señora Bittacy mientras miraba cómo se lo llevaba el coche, «sólo es un artista!». Su escasa imaginación no se atrevió a dilucidar qué otra cosa habría podido ser. Fue sano y reconfortante el cambio en el modo de verlo. Estaba un poco avergonzada de su comportamiento. Le dedicó una sonrisa —sincera,

porque el alivio que experimentaba era sincero— cuando él se inclinó a besarle la mano, pero no le invitó a que les visitase una segunda vez, y su marido, observó con satisfacción y alivio, tampoco había dicho nada.

La reducida familia volvió a la vida rutinaria y soñolienta a que estaba acostumbrada. Rara vez se mencionó, si es que se mencionó alguna, el nombre de Arthur Sanderson. Ni habló ella nunca a su marido de su sonambulismo y las palabras extravagantes que había dicho. En cuanto a olvidarlo, era igualmente imposible. Así que quedó sepultado en lo más hondo de su ser, como el foco de alguna enfermedad desconocida de la que todo esto había sido síntoma misterioso, por temor a que se propagara a la primera ocasión favorable. Rezaba cada noche y cada mañana para conjurarla; rezaba para olvidarla... para que Dios librase a su marido de todo mal.

Porque a pesar de las muchas insensateces superficiales que muchos pueden haber considerado como debilidad, la señora Bittacy era una mujer equilibrada, sensata y de una fe profunda. Era más noble de lo que ella misma creía. Sus amores a su marido y a su Dios eran, en cierto modo, uno sólo: hazaña posible sólo en un alma generosa y leal.

Siguió un verano de gran violencia y belleza: de belleza, porque las lluvias refrescantes de las noches prolongaron el esplendor de la primavera durante el mes de julio, manteniendo el follaje joven y jugoso; de violencia, porque los vientos que devastaban el sur de Inglaterra agitaban el país entero con un movimiento danzante. Barrían los bosques y bramaban de continuo con voz imponente. Sus notas más profundas parecían no abandonar nunca el cielo. Silbaban y aullaban, y las hojas arrancadas volaban y huían por los aires antes del tiempo designado. Muchos árboles, tras días de danzar y rugir, caían exhaustos a tierra. El cedro del césped perdió dos ramas en días sucesivos, y a la misma hora además: antes de caer la noche. El viento hace a menudo sus más horribles esfuerzos a esa hora, antes de irse con el sol; y estas dos ramas enormes quedaron tendidas como negras ruinas, ocupando la mitad del césped, en dirección a la casa. Dejaron un feo vacío en el árbol, de manera que parecía un cedro del Líbano inacabado, medio destruido, un monstruo despojado de su antiguo encanto y esplendor. El bosque era ahora muchísimo más visible que antes, miraba a través de la brecha que habían dejado las rotas defensas. Desde las ventanas de la casa —sobre todo desde las del salón y el dormitorio—, podían verse ahora los claros y depresiones del interior.

El sobrino y la sobrina de la señora Bittacy, que estaban pasando unos días con ellos, disfrutaron lo indecible ayudando a los jardineros a transportar las ramas. Tardaron dos días en este trabajo, porque el señor Bittacy insistió en trasladarlas enteras. No dejó que las troceasen; tampoco consintió que fueran utilizadas como leña. Bajo su supervisión, transportaron las pesadas ramas hasta la linde del jardín, y las colocaron en la línea fronteriza entre el césped y el Bosque. A los chicos les encantó el plan. Participaron con entusiasmo. Había que asegurar esta defensa a toda costa contra las incursiones del Bosque. Se contagiaron de la seriedad de su tío,

notaron incluso que abrigaba como un motivo secreto; y su estancia, que normalmente temían, se convirtió en una visita memorable para ellos. Esta vez fue tía Sophia la que parecía apagada y deprimida.

—Se ha vuelto vieja y rara —opinó Stephen.

Pero Alice, que intuía en el callado malhumor de su tía algo que medio la alarmaba, dijo:

—Creo que tiene miedo del Bosque. Nunca nos acompaña, cuando entramos en él.

—Razón de más, entonces, para poner este muro inexp... grueso y espeso y sólido —concluyó, incapaz de pronunciar la palabra—. Así, nadie, *nadie* en absoluto, lo podrá pasar. ¿Verdad, tío David?

Y el señor Bittacy, sin chaqueta, y con su chaleco moteado, acudió jadeando a ayudarles; y colocaron los enormes brazos del cedro a modo de valla.

—Adelante —dijo—, pase lo que pase, hay que terminar antes de que oscurezca. Ya brama el viento allá en el Bosque.

Y Alice captó la frase, y la repitió instantáneamente: «Stevie —exclamó en voz baja—, despabila, perezoso. ¿No has oído lo que ha dicho tío David? ¡Vendrá y nos cogerá antes de que hayamos terminado!».

Trabajaban como troyanos mientras, sentada bajo la glicinia que trepaba en el muro sur de la casa del guarda, les observaba la señora Bittacy a la vez que hacía punto, gritándoles de cuando en cuando alguna pequeña sugerencia o consejo. Como es natural, dichos mensajes pasaban inadvertidos. La mayoría no eran oídos, porque los trabajadores estaban demasiado absortos. Advertía a su marido que no se acalorase demasiado, a Alice que no se enganchara el vestido, a Stephen que no se hiciese daño en la espalda tirando. Su mente vacilaba entre el cajón de medicinas homeopáticas que guardaba arriba, y su ansiedad por ver terminado el trabajo.

Este destrozo del cedro volvió a remover en ella dormidas alarmas. Reavivó el recuerdo de la visita del señor Sanderson, que se había ido borrando; recordó su manera odiosa de hablar, y muchas cosas que creía haber sepultado asomaron la cabeza de esa región subconsciente donde es imposible todo olvido. La miraban y asentían. Estaban llenas de vida; no estaban dispuestas a dejarse arrinconar y enterrar de manera definitiva. «¡Mira! —le susurraban—, ¿no te lo decíamos?» Habían estado esperando el momento oportuno para afirmar su presencia. Y volvieron a invadirla todas sus antiguas angustias. Le volvió la desazón, la ansiedad. Le volvió también aquella horrible opresión en el corazón.

Este incidente del cedro carecía de importancia, en realidad; sin embargo, la actitud de su marido al respecto lo volvió significativo. Nada en particular de cuanto decía, o hacía, o dejaba de hacer, la asustaba; pero su expresión general de seriedad parecía injustificada. Se daba cuenta de que él consideraba importante lo ocurrido. Le tenía preocupado. Esta prueba clara y repentina de su inquietud e interés —ocultos todo el verano a la mirada y perspicacia de ella— ponía de manifiesto que habían

permanecido así a propósito, los había sepultado a propósito. Sumergida en lo más hondo de su marido, fluía esta otra corriente de pensamientos, de deseos, de esperanzas. ¿Qué eran? ¿Adónde se dirigían? El destrozo del árbol la delató desagradablemente; y, sin duda, más de lo que él creía.

La señora Bittacy observaba el rostro grave y serio de su marido mientras trabajaba con los chicos, y observándolo, sentía miedo. Le disgustaba que los chicos pusieran tanto empeño. Inconscientemente, le estaban secundando. No quería poner nombre siquiera a lo que tanto temía. Pero estaba allí, esperando.

Además, en la medida en que su mente perpleja era capaz de enfrentarse a un medio tan vago e incoherente, la caída de las ramas del cedro lo acercaron en cierto modo. El hecho de que esto perdurase en su conciencia, inexplicado e informe, inalcanzable pero vivo y coleando, la llenaba de una especie de sobrecogido, desconcertado asombro. Su presencia era real; su poder, enervante; su parcial ocultación, abominable. Y entonces, en medio de este oscuro suspenso, surgió un pensamiento, y lo vio destacar con claridad ante sus ojos. Encontró difícil vestirlo con palabras; pero su significado, quizá, era éste: que el cedro se alzaba en la vida de ambos con alguna misión benefactora; que su caída representaba un desastre, a causa de la cual se había debilitado cierto influjo protector sobre la casa, y sobre su marido en especial.

—¿Por qué te dan tanto miedo los vientos fuertes? —le había preguntado él unos días antes, tras una jornada particularmente borrascosa; y ella misma se sorprendió de su propia respuesta. Asomó inconscientemente una de esas cabezas, y se le escapó la verdad.

—Porque siento que... llevan el Bosque consigo —balbuceó—. Traen algo de los árboles... al cerebro... a la casa.

Bittacy la miró con atención un momento.

—Entonces debe de ser por eso por lo que los quiero —contestó él—. Arrastran las almas de los árboles por el cielo como si fuesen nubes.

La conversación terminó ahí. Jamás había oído a su marido hablar de esa manera.

Y en otra ocasión, en que él la convenció para que diesen un paseo juntos hasta uno de los claros más cercanos, preguntó a David por qué llevaba consigo el hacha pequeña, y para qué la quería.

—Para cortar la hiedra que se agarra a los troncos y los ahoga —dijo.

—Pero ¿no pueden hacer eso los forestales? —preguntó ella—. Para eso se les paga, ¿no?

A lo cual explicó él que la hiedra era un parásito contra el cual los árboles no sabían luchar solos, y que los forestales eran gentes despreocupadas que no lo hacían a fondo. Daban un tajo aquí, otro allá, y dejaban que el árbol hiciese el resto si podía.

—Además, me gusta hacerlo por ellos. Me encanta ayudarlos y protegerlos —añadió, con el susurro del follaje acompañando sus quedas palabras, mientras caminaban.

Y estos comentarios dispersos, así como su actitud para con el cedro destrozado, delataron el cambio curioso, sutil, que se estaba operando en su personalidad. Había ido en aumento, a lo largo de todo el verano, de forma lenta y segura.

Iba creciendo en él la prueba externa —el pensamiento la sobresaltó horriblemente—, día tras día, como crecen los árboles, tan levemente que resultaba imperceptible; aunque era una marea profunda e irresistible. El cambio se extendió a todo él: afectó a su pensamiento y a sus actos; a veces, casi a su rostro también. Así que de vez en cuando afloraba en él; y eso la asustaba. La vida de su marido se estaba ligando demasiado íntimamente a los árboles, a todo cuanto representaban. Los intereses de David eran cada vez más los intereses de ellos, su actividad se asociaba con la de ellos, sus pensamientos y sentimientos con los de ellos; y lo mismo sus metas, sus esperanzas, sus deseos, su destino.

¡Su destino! Un terror vago, tremendo arrojó su oscura sombra sobre ella al pensar en esto. Un instinto de su corazón que ella temía más que a la muerte —porque la muerte significaba el dulce tránsito de su alma— iba relacionando cada vez más el pensamiento de él con el de los árboles; concretamente, con el de los árboles de este Bosque. A veces, antes de que pudiese hacerle frente, refutarlo, o acallarlo, descubría el pensamiento de él cruzando fugaz por su cerebro junto con un pensamiento del Bosque mismo, íntimamente unidos y trabados los dos, cada uno parte y complemento del otro, como un solo ser.

La idea era demasiado brumosa para poderla ver cara a cara. Su mera posibilidad se disolvía en el instante en que quería concentrarse en ella para averiguar qué verdad había detrás. Era demasiado esquiva, insensata, proteica. Tras el ataque de sólo un minuto de concentración, se desvanecía, se derretía su mismo significado. En realidad se ocultaba detrás de cualquier palabra que ella pudiera encontrar, más allá del alcance del pensamiento concreto. Su mente era incapaz de atraparla. Pero, mientras se desvanecía, el rastro de su aproximación y desaparición parpadeaba un segundo ante su mirada temblorosa. Por supuesto, quedaba el horror.

Reducida a la simple formulación humana que su temperamento buscaba instintivamente, quedaba, quizá, en estos términos: su marido la amaba, y amaba también a los árboles; pero los árboles estaban en primer lugar, reclamaban partes de él que ella desconocía. *Ella* amaba a Dios y a su marido. *Él* amaba a los árboles y a su mujer.

Así, a manera de un débil y angustioso compromiso, el asunto se configuraba para su mente perpleja como un conflicto. Una batalla muda, soterrada, furiosa; pero furiosa a lo lejos, de momento. El destrozo del cedro era un episodio visible y externo de un enfrentamiento lejano y misterioso que cada día se acercaba más a los dos. El viento, en vez de rugir allá lejos en el Bosque, se iba aproximando, aullando a ráfagas en sus bordes y fronteras.

Entretanto, se iba yendo el verano. Los vientos otoñales cruzaban los bosques suspirando; las hojas se volvían de un rojo dorado, y los anocheceres se acercaban

con sombras acogedoras antes de que el primer signo de nada verdaderamente infausto hiciese su aparición. Entonces salió a la luz, con una especie de clara, decidida violencia que denotaba su larga maduración. No fue algo impulsivo o apresurado. En cierto modo, parecía esperado, y desde luego inevitable. Porque cuando faltaban dos semanas para su traslado anual al pueblecito de Seillans, más arriba de St. Raphael —cambio de residencia que venían haciendo de forma tan regular durante los últimos diez años que ni siquiera lo discutían—, David Bittacy dijo de repente que no iba.

Thompson había puesto la mesa para el té; encendió el infiernillo de alcohol bajo el hervidor, echó las persianas con ese gesto rápido y silencioso que la caracterizaba, y salió de la habitación. Las lámparas estaban todavía sin encender. El resplandor del fuego se proyectaba en los sillones de zaraza, y Boxer dormitaba sobre la alfombrilla negra de crin. En las paredes, los marcos dorados de los cuadros brillaban débilmente, mientras que los lienzos propiamente dichos eran indiscernibles. La señora Bittacy había calentado la tetera; y estaba vertiendo agua caliente en las tazas para que estuviesen a punto, cuando su marido, alzando los ojos del hogar, hizo su anuncio de repente:

—Cariño —dijo, como siguiendo un curso de pensamientos del que ella oyó sólo la frase final—, me es totalmente imposible ir.

Y tan súbito e inconexo sonó, que al principio lo interpretó mal. Creyó que hablaba de salir al jardín o al Bosque. Aunque le dio un vuelco el corazón. El tono de su voz era presagioso.

—Por supuesto —contestó—; no sería prudente. ¿Y por qué lo habrías de hacer? —pensaba en la bruma que siempre invadía el césped en las noches de otoño; pero antes de terminar la frase, se dio cuenta de que él hablaba de otra cosa. Y el corazón le dio su segundo vuelco.

—¡David! ¿Te refieres al viaje? —exclamó con voz ahogada.

—Al viaje, sí, cariño.

A la señora Bittacy le recordó el tono que empleaba para despedirse, años atrás, antes de emprender una de aquellas expediciones a la jungla que tanto la asustaban. Entonces su voz sonaba grave, terminante. Ahora sonó grave y terminante. Durante unos momentos, no se le ocurrió qué decir. Se ocupó de la tetera. Había llenado una taza con agua caliente hasta que se desbordó; la vació lentamente en el recipiente de los posos, luchando con todas sus fuerzas por que no notase él que le temblaba la mano. La ayudaron el resplandor del fuego y la penumbra de la habitación. De todos modos, a David le habría sido difícil notarlo: sus pensamientos estaban muy lejos...

VI

Nunca le había gustado a la señora Bittacy su casa actual. Prefería un campo más llano y abierto que dejase despejados los alrededores. Le gustaba ver venir las cosas. Esta casa, en la misma linde de los antiguos terrenos de caza de Guillermo el Conquistador, jamás había satisfecho su ideal de residencia agradable y segura donde establecerse. Una casa en la costa, con colinas sin árboles detrás y un horizonte liso delante, como en Eastbourne, por ejemplo, habría sido un hogar perfecto.

Era curiosa esta aversión instintiva que sentía a estar encerrada, sobre todo entre árboles: casi una especie de claustrofobia. Probablemente se debía, como se ha dicho ya, a los tiempos de la India, en que los árboles apartaban a David de su lado y lo rodeaban de peligros. Dicho sentimiento había madurado durante aquellas semanas de soledad. Lo había combatido a su manera, pero nunca había llegado a vencerlo. Aparentemente derrotado, había encontrado el modo de volver subrepticamente bajo nuevas formas. En este caso particular, cediendo al fuerte deseo de él, consideró ganada la batalla; pero antes de que hubiese terminado el primer mes le había vuelto el terror a los árboles. Se reía en su cara.

Jamás perdía conciencia del hecho de que su casa estaba cercada por leguas de Bosque que formaba como un espeso muro, como una presencia multitudinaria, atenta, que les privaba de toda libertad y posibilidad de escapar. Lejos de ser de inclinación morbosa, hacía cuanto podía por rechazar tal pensamiento; y tan simple y espontáneo era su modo de pensar que durante semanas lo perdía de vista por completo. Luego, de pronto, le volvía como un torrente de desoladora realidad. No habitaba sólo en su cerebro; existía separado de cualquier estado de ánimo; era un miedo independiente que se desenvolvía solo, que iba y venía; aunque cuando se alejaba, era sólo para vigilarla desde otro ángulo. Se quedaba expectante... oculto en un rincón.

El Bosque no la dejaba nunca del todo. Siempre estaba dispuesto a entremeterse. A veces imaginaba que extendía todas las ramas en una dirección, hacia su casita y su jardín, como si tratase de atraer ambas cosas y fundirlas en sí: su alma inmensa y suspirante consideraba una burla, una insolencia, una provocación, este cuidado jardincito en sus mismas puertas. Lo absorbería y asfixiaría si pudiese. Y cada viento que lanzaba su mensaje rugiente sobre esa tabla de armonía formada por el millón de árboles sacudidos, hablaba del propósito que tenía. Habían irritado a su gran alma. En su corazón tenía ese bramido incesante y profundo.

Jamás expresaba todo esto con palabras; las sutilezas del lenguaje estaban muy lejos de su alcance. Pero lo percibía instintivamente; y más. La turbaba profundamente. Sobre todo, claro está, por su marido. Por ella sola, tal pesadilla la habría dejado fría. Era el extraño interés de David por los árboles lo que la propiciaba de manera especial.

Los celos, en su aspecto más sutil, vinieron a reforzar esta repugnancia y aversión; porque le llegaron de una forma a la que ninguna mujer razonable podía poner objeción. La pasión de su marido, pensaba, era natural e innata; había decidido

su vocación, había alimentado su ambición, había nutrido sus sueños, sus deseos, sus esperanzas. Los mejores años de su vida activa los había pasado cuidando y protegiendo a los árboles. Los conocía, comprendía su naturaleza y su vida secreta, los «manejaba» intuitivamente como otros hombres «manejan» perros o caballos. No podía vivir mucho tiempo lejos de ellos sin experimentar una extraña, intensa nostalgia que le arrebatava la paz del espíritu y la fuerza del cuerpo. Un Bosque le devolvía la felicidad y la paz; fomentaba y nutría y apaciguaba sus estados de ánimo más profundos. Los árboles influían en las fuentes de su vida, aceleraban o reducían el ritmo de su corazón. Separado de ellos, languidecía como languidece tierra adentro un amante de la mar, o un montañero en la lisa monotonía de las llanuras.

Esto podía comprenderlo —en cierta medida al menos— y perdonarlo. Había accedido amablemente, incluso cariñosamente, a la elección que él había hecho de su hogar inglés; porque no hay nada en esta isla pequeña que sugiera tanto los bosques de los países salvajes como el Nuevo Bosque. Tiene el auténtico aire y misterio, la profundidad y el esplendor, la soledad y, aquí y allá, el fuerte, indómito carácter de los bosques antiguos que el Bittacy del Departamento de Silvicultura conocía.

En un único detalle había cedido David Bittacy a los deseos de ella. Consistió en comprar la casa en la linde del Bosque, en vez de en el interior. Y hacía una docena de años que vivían en paz y felicidad, ante la boca de este ser inmenso y desparramado que se extendía leguas y leguas, con su maraña de ciénagas y terrenos pantanosos y espléndidos y viejísimos árboles.

Sólo en los dos últimos años más o menos —quizá a causa de la vejez y el declinar físico— le había aumentado notablemente su apasionado interés por el bienestar del Bosque. La señora Bittacy había venido observándolo: al principio se había reído; luego lo había comentado, todo lo comprensivamente que permitía la sinceridad; después lo había discutido con benevolencia, y por último se había dado cuenta de que estaba totalmente fuera de su alcance el tratamiento, por lo cual había empezado a temerlo con toda su alma.

Uno y otro, naturalmente, miraban de muy distinta manera las seis semanas al año que pasaban lejos de su hogar inglés. Para su marido representaban un exilio doloroso que en nada beneficiaba a su salud; echaba de menos los árboles: el verlos y oírlos y olerlos; para ella, en cambio, significaban librarse de un temor obsesivo, escapar. Renunciar a esas seis semanas junto al mar, en una costa soleada de Francia, era casi más de lo que podía afrontar esta mujercita, a pesar de su generosidad.

Tras el primer sobresalto del anuncio, meditó todo lo profundamente que su naturaleza le permitía, rezó, lloró en secreto... y tomó una decisión. El deber, comprendió claramente, le decía que debía renunciar. El sacrificio sería sin duda riguroso —¡no imaginaba ella, en ese momento, hasta qué punto!—; pero esta pequeña cristiana, buena y consecuente lo vio con toda evidencia. Y lo aceptó, también, sin un suspiro de mártir; aunque el valor que demostraba era del tipo del de

los mártires. Jamás sabría su marido el coste. En todo, salvo en esto, la generosidad de David era casi tan grande como la de ella. El amor que ella le había tributado todos estos años, como el que tributaba a su deidad antropomórfica, era profundo y real. Amaba sufrir por los dos. Por otra parte, la manera en que él lo había expresado era singular. No adoptaba la forma de una mera predilección egoísta. Desde el principio había sido algo más que dos voluntades contrapuestas intentando llegar a un compromiso.

—Presiento, Sophia, que sería más de lo que yo podría soportar —dijo, lentamente, mirando el fuego por encima de la punta de sus botas embarradas—. Mi obligación y mi felicidad están aquí, junto al Bosque y junto a ti. Mi vida ha echado profundas raíces en este lugar. Algo que me es imposible definir conecta mi ser interior con esos árboles; y separarme de ellos supondría para mí una enfermedad... incluso podría matarme. Se debilitaría mi sujeción a la vida; mi fuente de energía está aquí. No puedo explicarlo mejor.

La miró directamente a la cara desde el otro lado de la mesa, de forma que ella vio la seriedad de su expresión y el brillo firme de sus ojos.

—¿Tan fuerte sientes eso, David? —dijo, olvidando por completo el servicio del té.

—Sí —contestó él—. Así es. Y no es algo físico solamente. Lo noto en el alma.

La realidad de lo que había dicho penetró solapadamente en esta habitación poblada de sombras como una Presencia efectiva, y se interpuso entre ellos. No entró por las ventanas o por la puerta, sino que llenaba el espacio entero entre las paredes y el techo. Absorbió el calor del fuego ante la cara de ella. Y se sintió súbitamente fría, un poco confusa, asustada. Casi percibía el rumor del viento en las hojas. Se hallaba entre los dos.

—Hay cosas... algunas cosas —balbuceó ella—, que no necesitamos saber, creo —las palabras se referían a su actitud general ante la vida, no sólo a este incidente particular.

Y tras una pausa de varios minutos, haciendo caso omiso de la crítica como si no la hubiera oído: «No puedo explicarlo mejor, entiéndeme —contestó la voz de él—. *Es ese vínculo profundo, tremendo, esa fuerza secreta que emana de ellos, lo que me mantiene bien y feliz y... vivo. Si no lo comprendes, estoy seguro de que al menos podrás... perdonarme* —su tono se volvió tierno, amable, suave—. Sé que mi egoísmo debe de parecer imperdonable. Pero no lo puedo evitar; estos árboles, este Bosque antiguo, parecen unidos a todo lo que me hace vivir; y si me voy...».

Hubo un quiebro en su voz. Calló de repente y se recostó en su sillón. A lo cual, notó ella un nudo en la garganta que logró tragar con dificultad, al tiempo que se levantaba y le rodeaba con sus brazos.

—Cariño —murmuró—. Dios nos guiará. Aceptaremos Su consejo. Él siempre nos ha mostrado el camino que debemos seguir.

—Me entristece mi propio egoísmo —empezó, pero ella no le dejó terminar.

—David, Él nos guiará. Nada te hará daño. Tú jamás has sido egoísta, y no consiento que digas esas cosas. El camino nos llevará a lo que es mejor para ti... para los dos —le besó; no quería dejarle hablar; tenía el corazón en un puño, más por él que por ella misma.

Y entonces sugirió él que fuese sola, quizá por menos tiempo, a estar con su hermano y los chicos, Alice y Stephen. Estaban siempre dispuestos a recibirla, como bien sabía ella.

—Necesitas un cambio —dijo, cuando fueron encendidas las lámparas y la criada se hubo vuelto a ir—; lo necesitas tanto como lo temo yo. Ya me las arreglaré hasta que vuelvas, y me sentiré más contento si te vas. Yo no puedo alejarme de este Bosque tan querido para mí. Creo incluso, Sophia —se enderezó en su butaca y la miró mientras medio lo susurraba—, que *nunca* podré volver a alejarme de él. Mi felicidad y mi vida están aquí.

Y la señora Bittacy, al tiempo que rechazaba la idea de dejarle solo, con el influjo del Bosque actuando sin trabas a su alrededor, sintió la punzada profunda y penetrante de esos celos sutiles. David amaba el Bosque más que a ella, puesto que lo ponía en primer lugar. Además, detrás de las palabras se ocultaba la idea no expresada que le producía tanta inquietud. El terror que Sanderson había traído revivió, y sacudió las alas ante sus mismos ojos. Porque la conversación entera, de la que esto era sólo un fragmento, implicaba la indescriptible consecuencia de que, así como él no podía prescindir de los árboles, éstos tampoco podían prescindir de él. La intensidad con que trató él de ocultar y, no obstante, revelar este hecho le causó una honda aflicción que cruzó la frontera entre el presentimiento y la advertencia, convirtiéndose en auténtica alarma.

David percibía claramente que los árboles le echarían de menos; los árboles que él cuidaba, guardaba, vigilaba, amaba.

—David, me quedaré aquí contigo. Pienso que me necesitas, ¿no crees? —ansiosamente, con un atisbo de transida pasión, brotaron las palabras.

—Ahora más que nunca, cariño. Dios te bendiga por tu amable generosidad. Tu sacrificio —añadió— es tanto más grande cuanto que yo mismo no comprendo qué me hace quedarme.

—Tal vez podamos ir en primavera... —dijo ella, con un temblor en la voz.

—En primavera... tal vez —contestó él con dulzura, casi para sí mismo—. Porque entonces no me necesitarán. Todo el mundo los ama en primavera. Es en invierno cuando se sienten solos y olvidados. Me gusta estar con ellos sobre todo en esa época. Incluso creo que es mi deber... y tengo que hacerlo.

Y de este modo, sin más palabras, quedó acordada tal decisión. La señora Bittacy, al menos, no le hizo más preguntas. Sin embargo, no se decidía a mostrar más comprensión de la necesaria. Presentía, sobre todo, que si lo hacía podía inducirle a hablar sin trabas, y entonces podría decir cosas que quizá no soportase ella saber. Y no se atrevía a correr ese riesgo.

VII

Esto fue al final del verano, pero inmediatamente llegó el otoño. La conversación marcó en realidad el paso entre las dos estaciones, y al mismo tiempo la línea entre el estado pasivo y el agresivo de su marido. Casi le pareció que había hecho mal cediendo; se volvió atrevido, dejó a un lado toda ocultación. O sea se iba al Bosque sin disimulos, olvidando todos sus deberes, todas sus ocupaciones anteriores. Incluso intentaba convencerla para que le acompañase. La secreta obsesión afloró ahora con todo descaro. Y aunque la señora Bittacy temía por las energías de su marido, admiraba la pasión viril de que hacía gala. Hacía tiempo que sus celos habían cedido el campo al temor, aceptando ocupar un segundo plano, y su único deseo ahora era protegerle. La esposa se convirtió enteramente en madre.

David hablaba muy poco, pero... detestaba entrar en casa. Vagaba por el Bosque de la mañana a la noche; a menudo salía después de cenar; no tenía en la cabeza otra cosa que árboles: su follaje, su crecimiento, su desarrollo; su prodigio, su belleza, su fuerza; su aislada soledad, su fuerza cuando constituían multitud. Sabía el efecto de cada viento en ellos; el peligro del borrascoso viento del norte, la gloria del de poniente, la sequedad del que venía del este, y la suave, húmeda dulzura que un viento del sur dejaba en sus ramas tenues. Se pasaba el día hablando de sus sensaciones; cómo absorbían los rayos del sol poniente, cómo soñaban a la luz de la luna, o se estremecían al besarlos las estrellas. El rocío podía traerles la mitad de la pasión de la noche, pero la escarcha les hacía meterse bajo tierra para vivir con la esperanza de un tiempo más benigno en sus raíces. Protegían la vida que habitaba en ellos —insectos, larvas, crisálidas—; y cuando el cielo se les derretía encima, David decía que se erguían «inmóviles en un éxtasis de lluvia»; o del sol, a mediodía, que «se hallaba suspendido sobre su prodigio de sombra».

Y una vez, en mitad de la noche, la señora Bittacy se despertó al sonido de su voz, y le oyó recitar —completamente desvelado, no hablando en sueños— de cara a la ventana en la que daba la sombra del cedro a mediodía:

*¡Ah!, ¿suspiras por el Líbano,
con la larga brisa que corre hacia tu Oriente delicioso?
¿Suspiras por el Líbano,
oscuro cedro?*

y cuando, medio fascinada, medio aterrada, se volvió y le llamó por su nombre, añadió tan sólo:

—Cariño, de repente he sentido la soledad, la desolación de desterrado de ese árbol, plantado ahí, en nuestro pequeño césped inglés, mientras todos sus hermanos orientales le llaman en sueños.

Y la respuesta le pareció a la señora Bittacy tan extraña, tan «poco evangélica», que esperó en silencio a que se volviese a dormir. Pasó por alto la poesía. Le pareció innecesaria y fuera de lugar. La llenó de doloroso temor, de desconfianza, de celos.

Poco después, sin embargo, le desapareció el temor, absorbido y borrado por la involuntaria admiración que el impetuoso esplendor del estado de su marido despertaba en ella. Su ansiedad, en todo caso, se desplazó del terreno religioso al médico. Pensó que quizá había perdido algo de su equilibrio mental. Es imposible decir cuántas veces, en sus oraciones, había dado gracias por la inspiración que la había hecho quedarse a su lado para ayudarle. Desde luego, dos veces al día.

Una de las veces, incluso, cuando el vicario señor Mortimer pasó a visitarles acompañado de un médico de cierto renombre, llegó a confiar en privado algunos de los síntomas de la anomalía de su marido al profesional de la medicina. Pero la respuesta de éste de que «no había nada que pudiera prescribirle» hizo aumentar un poco su perpleja sensación de que se trataba de algo impío. Sin duda, sir James no había sido «consultado» jamás en circunstancias tan poco ortodoxas. Su sentido de la corrección, naturalmente, se impuso a sus instintos adquiridos como un hábil instrumento que podía ayudar al género humano.

—¿No es fiebre, dice usted? —preguntó la señora Bittacy, insistente, decidida a sacarle algo.

—Ya le he dicho que no es nada que yo pueda tratar, señora —fue la respuesta.

Evidentemente, no le gustaba que le invitasen a examinar pacientes de esta manera encubierta, ante una tetera, en el césped, con una perspectiva más que problemática de cobrar honorarios. Le gustaba ver la lengua y notar el pulso, así como saber el linaje y la cuenta bancaria del paciente. En cambio, esto era de lo más inusitado; y de un gusto abominable, además. Por supuesto que sí. Pero la señora, como el que se está ahogando, se agarraba a la única paja que podía.

Porque ahora la actitud agresiva de su marido la abrumaba hasta el punto de encontrar difícil preguntarle siquiera. Sin embargo, dentro de casa se mostraba amable y cortés, y hacía cuanto podía para que el sacrificio de ella fuese lo más llevadero posible.

—David, verdaderamente *eres* imprudente al salir a estas horas. La noche es húmeda y muy fría. El suelo está empapado de rocío. Vas a coger un resfriado horrible.

A David se le iluminaba la cara. «¿No quieres venir, cariño... aunque sea una vez? Sólo voy hasta el rincón de los acebos, a ver el haya que está allí, completamente sola.»

Había salido ya con él esa tarde corta y oscura, y habían pasado por delante del siniestro grupo de acebos donde acampaban los gitanos. Nada crecía allí; pero los acebos prosperaban en suelo pedregoso.

—David, el haya está bien y no le ocurre nada —había aprendido un poco su fraseología, espoleada oportunamente por su amor—. No hace viento esta noche.

—Pero se está levantando —contestó él—; del este. Lo he oído en los alerces pelados y hambrientos. Tienen falta de sol y de rocío, y no cesan de gemir cuando los agita el viento del este.

La señora Bittacy se apresuró a elevar una muda plegaria a su deidad, al oírle eso. Porque ahora, cada vez que hablaba de esta manera íntima, familiar, de la vida de los árboles, sentía que un velo de frío ceñía su misma carne y piel. Se estremeció. ¿Cómo *podía* saber esas cosas?

Sin embargo, en todo lo demás, y en sus contactos con la vida diaria, era discreto y razonable, afectuoso, amable y tierno. Sólo en el asunto de los árboles se mostraba raro y excéntrico. Curiosamente, parecía que, desde el destrozo del cedro que los dos querían, cada uno a su manera, su alejamiento de la normalidad había aumentado. ¿Por qué, si no, los vigilaba como podía vigilar una persona mayor a un niño enfermo? ¿Por qué se demoraba especialmente en el crepúsculo para captar su «humor nocturno», como él lo llamaba? ¿Por qué pensaba con tanta solicitud en ellos cuando amenazaba la helada o parecía que se levantaba viento?

Como ella se decía ahora a menudo: ¿cómo podía *saber* esas cosas?

Salió su marido. Y al cerrar ella la puerta a continuación, oyó el bramido lejano en el Bosque...

Y entonces, de súbito, se le ocurrió la pregunta: ¿Cómo podía saberlas ella también?

Cayó sobre ella como un golpe que sintió instantáneamente en todo su ser: en el cuerpo, en el cerebro, en su corazón. El descubrimiento salió de su escondite para confundirla; su verdad, haciendo inútil todo razonamiento, le paralizó las facultades. Pero aunque al principio se sintió anulada, no tardó en revivir, y su ser se alzó en agresiva oposición. Un valor impetuoso y calculado como el que anima a los líderes de espléndidas empresas desesperadas inflamó su personita; la inflamó de manera grandiosa, invencible. Aunque se sabía débil e insignificante, sabía también que tenía detrás esa fuerza que mueve los mundos. La fe de que estaba llena era el arma de sus manos, y el derecho por el que la reclamaba; pero el espíritu del sacrificio total y desinteresado que caracterizaba su vida era el medio por el que dominaba su uso inmediato. Porque una especie de intuición pura e intachable la aconsejaba atacar. Detrás de ella tenía a su Dios y su Biblia.

Qué magnífica clarividencia tuvo de que bien podía ser todo esto una cuestión de asombro; aunque una clave de la explicación estaba, quizá, en la misma simplicidad de su naturaleza. En todo caso, había ciertas cosas que veía con toda nitidez; las veía sólo en determinados momentos: después de rezar, en el quieto silencio de la noche, o cuando se quedaba sola durante largas horas en la casa, con su punto y sus pensamientos... y la guía que entonces se iluminaba dentro de ella perduraba tanto que hasta olvidaba cómo había surgido.

Le venían sin forma, sin palabras, estas cosas que veía; no las podía expresar en

ningún tipo de lenguaje; pero por el mismo hecho de ser imposibles de encerrar en frases, conservaban su claro vigor original.

Las primeras trajeron horas de paciente espera; las demás llegaron fácilmente a continuación, poco a poco, en los días subsiguientes. Su marido se había ido por la mañana temprano, y se había llevado el almuerzo. Estaba sentada junto al servicio del té, con las tazas y la tetera calientes, los panecillos en la pantalla de la chimenea a fin de que no se enfriasen, y todo preparado en espera de su llegada, cuando comprendió de repente que eso que se lo llevaba, que lo acaparaba durante horas día tras día, eso que se alzaba contra su pequeña voluntad e instinto, era inmenso como el mar. No se trataba de una lindeza de simples árboles, sino de algo concentrado y montañoso. Alrededor de ella se alzaba el muro de su enorme oposición hasta el cielo, a escala gigantesca, con un poder absolutamente prodigioso. Lo que ella conocía hasta ahora como formas verdes y delicadas meciéndose y susurrando al viento no era sino masa de espuma, por así decir, de profundidades invisibles y remotas cuyos bordes más cercanos emergían a la vista. Los árboles, en efecto, eran centinelas colocados de manera visible en los límites de un campamento que permanecía oculto. El tremendo bordoneo y murmullo del cuerpo principal llegaba hasta esta habitación tranquila que la rodeaba, con el resplandor del fuego y el siseo del hervor. Allí, en el interior del Bosque, el ser que bramaba perpetuamente en su centro crecía de forma espantosa.

Con el bramido, le llegaba la clara sensación de batalla, también —de batalla entre ella y el Bosque por el alma de su marido—. Su presentimiento era tan claro como si Thompson hubiese entrado en la habitación y le hubiese dicho tranquilamente que la casa estaba rodeada. «Con su permiso, señora: han brotado árboles por todo alrededor de la casa», podía haberle anunciado de repente. Y podía haberse oído a sí misma contestar de la misma manera: «Está bien, Thompson. El cuerpo principal aún está muy lejos».

Inmediatamente detrás le llegó otra verdad, con una realidad concreta que la sobresaltó. Comprendió que los celos no eran cosa del mundo humano y animal tan sólo, sino que afectaban a toda la creación. El reino vegetal los conocía también. La supuesta naturaleza inanimada los compartía con el resto. Los árboles los sentían. Este Bosque que empezaba al otro lado de la ventana —que se alzaba en el silencio del atardecer otoñal al otro lado de la pequeña parcela de césped—, este Bosque, los sufría igualmente. La fuerza implacable, ramificada, que trataba de conservar exclusivamente para sí al ser que ella amaba y necesitaba, se extendía como un deseo fluido mediante todos sus millones de hojas y troncos y raíces. En los seres humanos, desde luego, eran dirigidos de manera consciente; en los animales, actuaban con claro instinto; pero en los árboles, esos celos se alzaban como una marea ciega de ira impersonal e inconsciente que barrería toda oposición a su paso como el viento barre el polvo de nieve de la superficie helada. Su número era una hueste con incontables refuerzos, y una vez colmada su pasión regresaría con el poder aumentado. Su marido amaba los árboles... Ellos habían llegado a saberlo... Al final, se lo arrebatarían...

Porque ellos también le amaban a él.

Y ahora, mientras oía sus pasos en el recibimiento, y que cerraba la puerta principal, se le hizo clara una tercera realidad: se dio cuenta del abismo que se había abierto entre ella y él. Ese otro amor lo había originado. Durante todas estas semanas de verano en que se había sentido tan cerca de David, y en especial ahora que había hecho el sacrificio más grande de su vida quedándose a su lado para ayudarle, él, lentamente, inexorablemente... se había ido alejando. El alejamiento era, ahora... un hecho consumado. Había ido madurando durante todo este tiempo; ahora ese vacío ancho y profundo se interponía entre los dos. Desde donde estaba, veía el cambio de él en impasible perspectiva: revelaba su rostro, su figura entrañablemente amada, cariñosamente adorada antes, al otro lado, oscura y distante, de espaldas, y alejándose mientras le observaba... alejándose de ella.

Tomaron el té en silencio. No le hizo ninguna pregunta; él tampoco ofreció ninguna explicación del día. La señora Bittacy sentía dentro el corazón oprimido; la terrible soledad de los años se extendió en su interior como una niebla helada. Le observó mientras le atendía en todo lo que necesitaba. Tenía el cabello despeinado y un barro negruzco pegado en las botas. Caminaba con un movimiento inquieto, oscilante, que hizo palidecer sus mejillas y le produjo un estremecimiento en la espalda. Le recordaba los árboles. Tenía los ojos muy brillantes.

Traía encima un olor a tierra y a Bosque que parecía sofocarla, impedirle respirar; y —algo que ella notó con intensa, casi insoportable alarma— en su rostro, a la luz de la lámpara, afloraba un halo débil, suave, que le hizo pensar en la luz de la luna derramándose en un bosque salpicado de sombras. Era su recién encontrada felicidad lo que irradiaba su rostro, una felicidad no generada por ella, y en la que no participaba.

En la chaqueta llevaba prendido un ramillete de hojas de haya de un amarillo descolorido. «He traído esto del Bosque para ti», dijo con el aire propio de sus detalles afectuosos de otros tiempos. Y ella cogió maquinalmente el ramito de hojas con una sonrisa, y murmuró un «gracias, cariño» como si le hubiese puesto en las manos, sin saberlo, el arma de su propia destrucción, y ella la hubiese aceptado.

Y cuando terminó el té, y salió de la habitación, David Bittacy no fue a su despacho, ni a cambiarse de ropa. Sophia le oyó cerrar suavemente tras de sí la puerta principal, al salir otra vez hacia el Bosque.

Un momento después estaba ella en la habitación de arriba, arrodillada ante la cama —en el lado donde él se acostaba—, pidiendo a Dios fervorosamente, en medio de un mar de lágrimas, que lo salvase y guardase para ella. El viento azotaba los cristales de la ventana, a su espalda, mientras rezaba.

VIII

Una soleada mañana de noviembre en que la tensión había alcanzado un grado casi imposible de controlar, llegó a una determinación repentina, y la puso en práctica. Su marido había vuelto a salir con el almuerzo para todo el día. El poder de clarividencia era muy fuerte en ella, lo que elevaba su entendimiento a un nivel excepcional. De repente le pareció imposible permanecer en casa inactiva esperando su regreso. Decidió saber lo que sabía él, sentir lo que él sentía, pero poniéndose en su lugar. Se expondría a la fascinación del Bosque... la compartiría con él. Era una osadía; pero eso le proporcionaría un mejor conocimiento de cómo ayudarle y salvarle, y consiguientemente mayor Poder. Antes subió un momento a rezar.

Con una falda abrigada y botas gruesas —las que usaba para subir con él a las montañas de Seillans—, salió de casa por atrás y se encaminó al Bosque. En realidad, no podía seguirle, porque él había salido una hora antes, y no sabía exactamente en qué dirección. Lo que la impulsaba era el deseo de estar con él entre los árboles, caminar bajo sus ramas peladas como él hacía: estar allí cuando estaba él, aunque no estuviesen juntos. Porque se le había ocurrido que así podría compartir con él, por una vez, esa vida horrible y misteriosa, y respirar el aliento de los árboles que él amaba. Era en invierno sobre todo, había dicho David, cuando más le necesitaban; y ahora estaba entrando el invierno. El amor que sentía por su marido *tenía* que permitirle captar algo de lo que él experimentaba: la inmensa atracción, la succión, el influjo de todos los árboles. Así, de manera indirecta, podría compartir, sin que él lo supiese, este mismo ser que estaba apartándole de ella. Incluso podría atenuar su ataque a él.

El impulso le sobrevino de manera clarividente, y obedeció sin la menor vacilación. Así tendría un mayor conocimiento de este enigma espantoso. Y lo tuvo, aunque no como ella imaginaba y esperaba.

El aire estaba muy quieto, el cielo era de un frío azul pálido, aunque no tenía nubes. El Bosque entero estaba silencioso, atento: sabía perfectamente que había entrado ella. Lo supo desde el momento en que entró: la observaba y la seguía; y dejaba caer algo detrás, sin ruido, cercándola. Sus pisadas eran silenciosas en los calveros tapizados de musgo, en tanto los robles y las hayas se apartaban en fila a su paso y tomaban posiciones a su espalda. No era tranquilizadora esta manera que tenían de agruparse detrás en el instante en que los pasaba. Se dio cuenta de que se estaban reuniendo en un ejército cada vez más numeroso, multitudinario, apretado, espeso, entre ella y la casa, cerrándole la retirada. La dejaban entrar con facilidad; pero al salir los iba a encontrar muy distintos: juntos, pegados unos a otros, con las ramas extendidas y hostiles. Su creciente número la tenía perpleja ya. Delante parecían separados y dispersos, con espacios despejados donde daba el sol; pero cuando se volvía, le parecían muy juntos, como un ejército compacto que oscurecía el sol. Impedían el paso de la luz, lo poblaban todo de sombras, se alzaban formando una muralla pelada, imponente como la noche. Se iban tragando el mismo claro por el que ella caminaba; porque cuando miraba hacia atrás —rara vez—, el camino que

había hecho había desaparecido en la oscuridad.

Sin embargo, la mañana resplandecía arriba: un centelleo de excitación temblaba en la entera luz del día. Era lo que ella siempre había conocido como «tiempo para niños»: despejado e inofensivo, sin un signo de peligro ni nada presagioso que amenazase o alarmase. Firme en su propósito, mirando hacia atrás las pocas veces que se atrevía, Sophia Bittacy avanzaba lenta, prudentemente hacia el corazón del Bosque silencioso, internándose cada vez más...

Y entonces, de repente, en un espacio abierto adonde llegaba el sol sin obstáculo, se detuvo. Era uno de los lugares de descanso del Bosque. Había rodales de helechos secos de feo color gris. Y grupos de brezos también. Los árboles se alzaban a todo su alrededor, mirando: robles, hayas, abetos, fresnos, pinos y, aquí y allá, pequeños grupos de enebros. En el borde mismo de este claro se detuvo a descansar, desobedeciendo a su instinto por primera vez. Porque lo que le dictaba era seguir. En realidad, no necesitaba descansar.

Fue el pequeño mandato: le llegó el mensaje inalámbrico de una inmensa Emisora.

«Han hecho que me detenga», se dijo para sus adentros con horrible desazón.

Miró a su alrededor, por todo este paraje antiguo y callado. Nada se movía. No había vida animal ni signo alguno de ella; no cantaba ningún pájaro; ningún conejo salía disparado ante su proximidad. El silencio era turbador, y una gravedad se cernía aquí como una pesada cortina: le acallaba el corazón. ¿Sería esto parte de lo que sentía su marido... esta sensación de enredarse con los troncos, ramas, raíces y hojas?

«Esto ha estado siempre como está ahora», pensó, aunque sin saber por qué. «Desde que se formó el Bosque, ha permanecido callado y secreto este lugar. Jamás ha cambiado», la cortina de silencio se cerró aún más, mientras hablaba consigo misma, espesándose a su alrededor. «Durante mil años... Un millar de años me rodea. ¡Y detrás de este lugar están todos los bosques del mundo!»

Tan extraños a su carácter eran estos pensamientos, y tan ajenos a cuanto le habían enseñado a considerar como la Naturaleza, que luchó contra ellos. Hizo un esfuerzo por desecharlos. Pero se le adherían y la obsesionaban; se negaban a dispersarse. La cortina colgaba densa y pesada como si su tejido fuese aumentando de grosor. El aire corría con dificultad.

Y entonces le pareció que se agitaba esa cortina. Hubo un movimiento en alguna parte. Ese ser borroso y oscuro que acecha siempre tras la apariencia visible de los árboles se le había acercado. Sophia Bittacy contuvo el aliento y miró a su alrededor, sumamente atenta. Le dio la impresión de que los árboles, quizá porque ahora los veía con detalle, habían cambiado. Una vaga alteración se extendía sobre ellos, tan tenue que al principio se resistió a aceptarlo; luego fue aumentando de manera gradual, aunque oscura, externamente. «Tiemblan, y están cambiados»; por su cerebro cruzó el terrible verso que Sanderson había recitado. Sin embargo, era un cambio no exento de gracia, pese a la tosquedad propia de las dimensiones de tan

vasto movimiento. Se habían vuelto en dirección a ella. Era eso. *La veían*.

Así fue como encontró expresión dicho cambio en su pensamiento aterrado, inseguro. Hasta ese momento había sido distinto: había mirado los árboles desde su propio punto de vista; ahora los árboles la miraban a ella desde el suyo. La miraban a la cara y a los ojos; la miraban de hito en hito. De manera severa, ofendida, hostil, la observaban. Hasta aquí, ella los había mirado siempre superficialmente, leyendo en ellos lo que su propia imaginación sugería. Ahora, eran ellos los que leían en ella lo que realmente *eran*, no la mera interpretación que otro ser hacía de ellos.

En su silencio inmóvil parecía haber una vida instintiva; una vida, además, que respiraba a su alrededor una especie de sortilegio suave y terrible que la hechizaba. Una vida que extendía sus ramas dentro de ella, trepaba hasta su cerebro. El Bosque la tenía atrapada con su enorme y gigantesca fascinación. Una vez llegada a este rincón apartado que los siglos conservaban intacto, estaba muy cerca del pulso oculto de su masa colectiva. Percibían la presencia de ella, y se habían vuelto con sus miles de miradas a observar a la intrusa. Le gritaban en silencio. Ella quería devolverles la mirada; pero era como mirar a una multitud, y su mirada se desplazaba apresurada de un árbol a otro sin encontrar en ninguno lo que buscaba. Ellos, en cambio, la veían con toda facilidad. Las filas que tenía detrás la miraban también. Pero no podía devolverles la mirada. Su marido, comprendió, sí podía. Y sus miradas impasibles la trastornaban como si se supiese desnuda en algún sentido. Veían muchas cosas de ella; en cambio ella veía... muy pocas de ellos.

Eran lastimosos sus esfuerzos por devolverles la mirada. El constante desviar los ojos de unos a otros aumentaba su perplejidad. Consciente de esta observación espantosa y enorme de que era objeto, fijó los ojos en el suelo; y luego los cerró por completo. Mantuvo los párpados todo lo apretados que pudo.

Pero la imagen de los árboles penetraba incluso la oscuridad interior tras los párpados apretados, por lo que no había modo de escapar. Sabía que fuera, en la luz, aún brillaban suavemente las hojas de los acebos, que las hojas secas de los robles colgaban frágiles en el aire, encima de ella, que las agujas de los pequeños enebros apuntaban todas en una dirección. La extensa percepción del Bosque estaba concentrada en ella, y el mero hecho de cerrar los ojos no podía tapar la dispersa y no obstante convergente mirada, la visión omnicomprendiva de los grandes árboles.

No había viento, aunque de vez en cuando temblaba furiosa alguna hoja prendida en un seco pedúnculo... repiqueteando. Era el centinela denunciando su presencia. Y nuevamente, como le había ocurrido una vez, hacía muchas semanas, percibió el Ser que formaban todos ellos como una marea a su alrededor. Había vuelto la marea. Y le volvió el recuerdo de su infancia, en la playa, cuando dijo su niñera: «La marea ha cambiado; debemos regresar»; y vio las aguas crecidas, verdes, acumuladas en el horizonte, y comprendió que se acercaban poco a poco. Su masa gigantesca, demasiado inmensa para correr, cargada de masiva intencionalidad, avanzando hacia ella. El cuerpo fluido del mar, bajo el cielo, deslizándose por la arena amarilla hasta

el mismísimo sitio donde ella estaba y jugaba. Su visión y su imagen la habían llenado siempre de pavor; como si su insignificante persona fuese el objetivo del avance de todo el mar. «La marea ha cambiado; será mejor que volvamos.»

Lo mismo estaba ocurriendo aquí, ahora; lo mismo estaba ocurriéndole al Bosque; lento, seguro, constante, con un movimiento tan poco perceptible como el del mar. Había cambiado la marea. Además, su objetivo era la pequeña presencia humana que había osado adentrarse en sus verdes y montañosas profundidades.

Todo eso lo vio claro dentro de sí mientras permanecía sentada, esperando, con los párpados fuertemente apretados. Pero al momento siguiente abrió los ojos con una súbita conciencia de algo más. La presencia que el Bosque buscaba no era la de ella, en realidad. Era otra. Y entonces comprendió. Pareció como si hubiese abierto los ojos con un chasquido; pero el ruido, en todo caso, había sonado fuera de ella. En el otro extremo del claro, donde su sol era luminoso y sereno, vio la figura de su marido entre los árboles: un hombre, igual que un árbol, caminando.

Con las manos a la espalda y la cabeza levantada, caminaba despacio, como absorto en sus pensamientos. Apenas les separaban cincuenta pasos, aunque él no tenía ni la más remota sospecha de su proximidad. Con la mente concentrada y los sentidos vueltos hacia dentro, pasó ante ella como un personaje de ensueño, y como un personaje de ensueño le vio pasar. El amor, el anhelo, la compasión se agitaron en tumulto dentro de ella; pero, como en una pesadilla, no encontró palabras ni fuerzas para moverse. Se quedó sentada, mirándole cruzar, alejarse de ella, sumergirse en las regiones más profundas del Bosque verde que la rodeaba. El deseo de salvarle, de gritarle que se detuviese y volviese, sacudió todo su ser como una pasión; pero no había nada que pudiera hacer. Le vio alejarse de ella, irse libre y voluntariamente de ella; vio caer las ramas tras sus pasos, y ocultarle. Su figura se borró entre las manchas de sombra y de sol. Le cubrieron los árboles. La marea se lo había llevado, sin resistencia por su parte, contento de irse. Se alejó, flotando sobre el pecho de este mar verde y suave, hasta perderse de vista. Los ojos de su mujer dejaron de seguirle. Había desaparecido.

Y entonces se dio cuenta por primera vez, incluso a esa distancia, de que la expresión de su rostro era de paz y felicidad... de arrobamiento, de gozoso transporte; era una expresión juvenil. Jamás le había dedicado a ella tal expresión. Aunque la *había* conocido. Hacía años, en los primeros tiempos de matrimonio, la había visto en su rostro. Ahora ya no obedecía a su presencia y su amor. Sólo el Bosque la hacía volver: respondía a los árboles; el bosque había tomado posesión de todo él —arrebátandose a ella—; de su cuerpo y su alma...

Volvió la mirada —que había hundido hacia los campos interiores de pálida memoria— hacia las cosas exteriores otra vez. Miró a su alrededor, y su amor, regresando insatisfecho y con las manos vacías, la dejó expuesta a la invasión del más negro terror que había conocido. El hecho de que tales cosas pudiesen ser reales, y suceder, la sorprendieron totalmente desarmada. El terror inundó rincones serenos de

su corazón que jamás, hasta ahora, se habían acobardado. No podía —de momento al menos— recurrir a su Biblia ni a su Dios. Sola en un mundo vacío de terror, siguió sentada con los ojos demasiado secos y febriles para llorar, aunque con un frío como de hielo en su misma carne. Miró, sin ver, en torno suyo. A su alrededor andaba merodeando ese horror que se abre paso en la quietud del mediodía, cuando el resplandor de un sol artificial alumbra los árboles inmóviles. Lo presentía delante y detrás de ella. Más allá de este silencio furtivo, justo en su borde mismo, desfilaban seres de otro mundo. Pero no lograba percibirlos. Su marido sí los percibía; sabía de su belleza y su pavor, sí; en cambio a ella le resultaban inalcanzables. Ni siquiera podía compartir con él el último de esos seres. Parecía que detrás y a través del resplandor de este mediodía invernal en el corazón del Bosque se ocultaba otro universo de vida y de pasión, para ella totalmente inexpresado. El silencio lo velaba, la quietud lo ocultaba; pero David andaba con él; y lo comprendía. Lo interpretaba su amor.

Se levantó, dio unos pasos tambaleantes, y se desplomó otra vez en el musgo. Sin embargo, no sentía ningún terror; ningún temor personal podía afectarla, dado que su angustia y profundo anhelo fluían hacia aquel al que tan valerosamente amaba. En este momento de total olvido de sí misma, en que comprendía que era inútil su batalla, cuando creía que había perdido a su Dios, volvió a encontrarlo junto a ella como una Presencia pequeña en este corazón terrible del Bosque hostil. Al principio no se dio cuenta de que estaba allí; no lo reconoció con esta apariencia extrañamente inaceptable. Porque se reveló, muy próximo, muy íntimo, muy dulce y consolador y, no obstante, muy difícil de comprender... como Resignación.

Nuevamente se esforzó en ponerse en pie; esta vez lo consiguió, y emprendió el regreso, despacio, por el claro musgoso por el que había llegado. Al principio la maravilló —aunque fue sólo un momento— la facilidad con que había encontrado el sendero. Fue un instante tan sólo; porque casi en seguida se dio cuenta de la verdad. Los árboles se alegraban de que se marchara. La ayudaban a irse. El Bosque no la quería.

Estaba creciendo efectivamente la marea, aunque no por ella.

Y en otro de esos destellos de clarividencia que desde hacía poco elevaban su vida por encima del plano normal, lo vio y lo comprendió todo.

Hasta ahora, aunque sin expresarlo con palabras o pensamientos, su miedo había sido que los árboles que él amaba se lo llevasen, que fundiesen su vida con la de ellos, incluso que lo aniquilasen de alguna misteriosa manera. Ahora vio su gran error; y el verlo hizo que la invadiera la más intensa agonía de horror. Porque los celos de un Bosque no eran como esos celos insignificantes de los animales o de los seres humanos. Le querían porque le amaban; pero no le querían muerto. Le querían pletórico de vida y entusiasmo. Le querían... vivo.

Era ella la que se interponía en su camino; y era a ella a quien pretendían quitar

de en medio.

Esto le provocó un sentimiento de abyecta impotencia. Estaba en la playa frente a un océano entero que avanzaba lentamente hacia ella. Porque, del mismo modo que todas las fuerzas del ser humano se combinan inconscientemente para expulsar el grano de arena que se ha introducido bajo la piel y causa molestia, así la masa entera de lo que Sanderson había llamado la Conciencia Colectiva del Bosque luchaba por expulsar a este átomo humano que se interponía en el camino de su deseo. Por amor a su marido, se había introducido bajo la piel de este Bosque. Era a ella a la que los árboles querían expulsar y eliminar; era a ella a la que querían destruir, no a él. A él, al que amaban y necesitaban, lo conservarían vivo. Querían llevárselo vivo.

Llegó a casa sin novedad, aunque nunca supo cómo encontró el camino. Surgió, sencillamente, para ella. Las ramas casi la urgían a salir.

Pero a medida que iba dejando atrás estos sombríos lugares, sentía como si un inmenso Ángel de los Bosques dejase caer la llameante espada de incontable multitud de hojas, con la que formaba tras ella una barrera verde, reluciente, infranqueable. No volvió a pisar el Bosque nunca más.

Y atendió a los quehaceres del día con una tranquilidad y una calma que fueron un constante asombro incluso para sí misma, porque casi no parecían de este mundo. Habló con su marido cuando regresó para el té... después de anochecer. La resignación de un enorme y extraño valor... cuando no hay nada más que perder. El alma acepta los riesgos, y se vuelve osada. ¿Es a veces un singular atajo para llegar a la cumbre?

—David; esta mañana he entrado yo también en el Bosque, poco después de irte tú. Te he visto.

—¿No era maravilloso? —contestó él simplemente, inclinando un poco la cabeza. No había sorpresa ni enfado en su expresión; sólo un leve y manso *ennui*, más bien. No hizo ninguna pregunta, en realidad. A la señora Bittacy le hizo pensar en un árbol de jardín que el viento ataca de repente, inclinándolo cuando no quiere inclinarse... la mansa desgana con que cede. Así le veía a menudo, ahora: en términos de árbol.

—Sí, maravilloso, cariño —replicó muy bajo, con voz firme aunque neutra—. Pero para mí, es demasiado... demasiado extraño y grande.

La pasión de las lágrimas acechaba bajo su voz tranquila, sin delatarse. De alguna manera, consiguió reprimirlas.

Hubo una pausa; luego añadió él:

—Yo lo encuentro cada día más —su voz cruzó la habitación iluminada por la lámpara como un murmullo del viento en las ramas. Había desaparecido por completo la expresión de juventud y felicidad que ella había sorprendido en su cara, y una especie de cansancio ocupaba ahora su lugar, como del hombre vagamente angustiado al descubrirse en un entorno donde no se siente a gusto. Era la casa lo que detestaba: volver a las habitaciones y las paredes y los muebles. Los techos y

ventanas cerradas le confinaban. Sin embargo, no había en ello el menor asomo de que encontrase fastidiosa a su mujer: su presencia no parecía contar para nada; a decir verdad, apenas la notaba. La perdía de vista durante largos intervalos, ignoraba que estaba allí. No la necesitaba. Vivía solo. Los dos vivían solos.

Eran patéticos los signos externos por los que Sophia reconocía que era contra ella la espantosa batalla, y que aceptaba las condiciones de rendición. Ponía el botiquín en la repisa; mandaba prepararle el almuerzo para llevar, antes de que él lo pidiera; se iba a la cama temprano sola, dejando sin cerrar con llave la puerta de abajo, y leche y pan con mantequilla en el recibimiento, junto a la lámpara..., concesiones todas que se sentía impulsada a hacer. Porque, cada vez más —a menos que el tiempo fuese demasiado tempestuoso—, salía después de cenar incluso, y permanecía durante horas en el Bosque. Pero nunca se dormía hasta que oía cerrarse la puerta de la entrada, y reconocía poco después sus pasos cautelosos que subían la escalera y entraban calladamente en la habitación. Hasta que no le oía respirar con regularidad junto a ella, no se dormía. La habían abandonado definitivamente todas sus fuerzas o deseos de resistir. El ser que luchaba contra ella era demasiado grande y poderoso. Su capitulación era completa, un hecho consumado. Databa del día en que le siguió al Bosque.

Además, parecía que se aproximaba el momento de la evacuación —de su propia evacuación—. Se acercaba calladamente, despacio, de manera inexorable, como la marea creciente que tanto temía. Y permanecía de pie, tranquila, en la raya de la pleamar... esperando a ser barrida. Durante todos esos días terribles de principios de invierno, el Bosque circundante observaba desde el otro lado del césped cómo se acercaba ese momento, dirigiendo sus calladas y crecidas corrientes hacia los pies de ella. Sólo que ella no olvidaba nunca su Biblia y sus oraciones. Esta completa renuncia, además, le había traído en cierto modo una extraña comprensión; y si no podía compartir la horrible entrega de su marido a fuerzas exteriores a él, sí podía intentar descifrar, y lo hacía medio a tientas, oscuros significados que revelasen —era una posibilidad, sí, aunque algo más que mera posibilidad— que tal abandono era, en cierto extraordinario sentido, no malo.

Hasta ahora había dividido el mundo del más allá en dos mitades tajantes: la de los espíritus del bien y la de los espíritus del mal. Pero ahora le vino la idea, con pasos sigilosos e indecisos como las pisadas acolchadas de los dioses, de que además de estas dos clases de Potencias concretas podía haber otras que no pertenecían ni a la una ni a la otra. Aquí el curso de sus pensamientos se detuvo de repente. Pero esta gran idea encontró sitio en su pequeño cerebro y, dada la generosidad de su corazón, allí siguió sin que nada la desalojase. Incluso le trajo cierto consuelo.

También llegaba a comprender, en cierta medida, la abstención —o renuencia, como ella prefería designarlo— de su Dios a intervenir en su ayuda. Porque, quizá, le era cada vez más fácil imaginar, no operaba aquí ningún mal, sino sólo algo que por lo general permanece alejado de la humanidad, algo extraño y no comúnmente

reconocido. Un abismo se interponía entre esas dos mitades, y el señor Sanderson *había* establecido un puente entre ellas con sus charlas, con sus explicaciones, con su actitud. Su marido había encontrado el medio de cruzarlo. Su temperamento y natural pasión por los árboles predisponía su alma; y en cuanto vio el camino, lo tomó: era la ley del menor esfuerzo. La vida, por supuesto, estaba abierta a todos, y su marido tenía derecho a elegir la que quisiera. La había elegido... lejos de ella, de los demás, aunque no necesariamente de Dios. Ésta era una enorme concesión que ella bordeaba, sin llegar a afrontarla realmente: era demasiado revolucionario mirarla cara a cara. Aunque su posibilidad se insinuaba en su conciencia. Podía retardar el progreso de él, o acelerarlo. ¿Quién sabía? Y ¿por qué había de oponerse Dios —que ha ordenado todas las cosas con tan espléndido detalle, desde el curso del sol hasta el vuelo del gorrión— a la libre elección de él, o a intervenir para impedirselo y detenerle?

Llegó a constatar la renuncia en otro aspecto también. Le proporcionaba consuelo, si no paz. Luchaba contra todo empequeñecimiento de su Dios. Quizá bastara con que Él... lo supiera.

—¿No te sientes solo, cariño, allí entre los árboles? —se atrevió a preguntarle una noche, al verle entrar de puntillas en la habitación, cuando no faltaba mucho para las doce—. ¿Está Dios contigo?

—Me siento magníficamente —fue la inmediata respuesta, expresada con entusiasmo—; porque Él está en todas partes. Y lo que quisiera es que tú...

Pero ella se apretó el embozo contra los oídos. Esta invitación de sus labios era más de lo que soportaba oír. Era como pedirle que corriese a su propia ejecución. Sepultó la cara entre las sábanas, estremeciéndose como una hoja.

IX

Y así, cuajó y granó la idea de que era ella la que debía irse. Fue, quizá, el primer signo de ese debilitamiento de la mente que anunciaba su singular manera de irse. Porque los árboles sentían que era su oposición mental la que les obstaculizaba el camino. Una vez vencida, eliminada, su presencia física carecía de importancia. Sería inofensiva.

Tras aceptar la derrota —porque había llegado a comprender que esta obsesión de su marido no era maligna en realidad—, aceptó también las condiciones de una soledad atroz. Ahora estaba más lejos de su marido que de la luna. No recibían invitados. Las visitas eran escasas y espaciadas, y se veían menos alentadas que antes. La pareja tenía ante sí la vacía oscuridad del invierno. No había nadie entre los vecinos a quien ella pudiera confiarse sin que eso supusiese una deslealtad para con su marido. De haber sido soltero el señor Mortimer, habría podido ayudarla en este desierto de soledad que le corroía el espíritu; pero su esposa era un obstáculo: porque

la señora Mortimer calzaba sandalias, creía que las nueces eran el alimento completo para el hombre, y se daba a otras originalidades que la catalogaban inevitablemente entre los «signos de las postrimerías» que habían enseñado a la señora Bittacy a considerar como peligrosos. Estaba desconsoladamente sola.

Fue por tanto la soledad —en la que el entendimiento, libre de estorbos, se nutre de sus propias figuraciones— la causa a la que se atribuyó su progresivo deterioro y derrumbamiento mental.

Con la definitiva llegada del frío, su marido renunció a sus vagabundeos después de oscurecer; pasaban las noches juntos ante la chimenea; él leía el *Times*; incluso hablaban de la salida al extranjero que habían aplazado para la primavera siguiente. No le trajo ningún desasosiego el cambio; parecía contento y relajado mentalmente; hablaba poco de los árboles y los bosques; gozaba de mucha mejor salud que si hubiesen cambiado de aires, y con ella era cariñoso, amable y solícito en las cosas más insignificantes, como en los lejanos días de su primera luna de miel.

Pero esta calma profunda no la engañaba; sabía muy bien que significaba que se sentía seguro de sí mismo, seguro de ella y seguro de los árboles. Todo lo guardaba sepultado en lo más hondo de sí, demasiado oculto y seguro, demasiado íntimamente instalado en el centro de su ser, para dejar lugar a esas ondulaciones de la superficie que delatan la turbulencia interior. Su vida estaba oculta como la de los árboles. Incluso la fiebre, tan temida con las humedades del invierno, le había dejado en paz. Ahora sabía ella por qué. La fiebre se debía a los esfuerzos de los árboles por ganarle, a los esfuerzos de él por responder y acudir; era consecuencia física de una feroz inquietud que él mismo no había comprendido hasta que llegó Sanderson con sus explicaciones malignas. Ahora era distinto. Se había establecido el puente. Y... él se había ido.

Y ella, valerosa, leal, y alma consecuente, se encontró totalmente sola, intentando incluso facilitarle el paso. Le daba la impresión de estar en el fondo de un barranco gigantesco abierto en su mente, cuyas paredes, en vez de rocas, eran árboles inmensos que llegaban hasta el cielo, sepultándola. Sólo Dios sabía que estaba allí: observaba, consentía; incluso aprobaba, quizá. En todo caso, lo sabía.

Durante esas noches tranquilas en casa, además, mientras estaban sentados junto al fuego escuchando los vientos errantes alrededor del edificio, su marido tenía conciencia del acceso permanente al mundo que su extraño amor le había proporcionado. Jamás estaba desconectado de él un solo instante. Sophia observaba el periódico abierto ante su cara y sus rodillas, veía elevarse las volutas de humo de su cigarro desde el borde superior, se fijaba en el agujerito de los calcetines que se ponía por las noches, y escuchaba los párrafos que leía en voz alta como antes. Pero todo esto era un velo con el que él se envolvía a propósito. Detrás de ese velo... se evadía. Era el truco del prestidigitador, que desvía la mirada hacia detalles insignificantes mientras ejecuta lo esencial sin que se note. Lo hacía maravillosamente; ella le amaba por los trabajos que se tomaba para ahorrarle sufrimiento; sin embargo, sabía que el

cuerpo que descansaba en ese sillón, ante sus ojos, contenía sólo una ínfima parte de su yo real. Era poco más que un cadáver. Era una cáscara vacía. Su alma esencial estaba en el Bosque... allá, junto a su corazón perpetuamente rugiente.

Y con la oscuridad, el Bosque se acercaba osadamente y se agolpaba contra las mismas paredes y ventanas, se asomaba por ellas, juntaba las manos por encima de las tejas y las chimeneas. Los vientos recorrían continuamente el césped y los senderos de grava; se oían pasos que iban y venían y volvían a ir; parecía que hablaban sin parar entre los árboles, que deambulaban por la casa, también. Sophia se cruzaba con ellos en la escalera, o la pasaban corriendo, suaves y apagados, a grandes, blandas zancadas, por pasillos y rellanos, después de oscurecer, como si hubiese roto el Día y sus sueltos fragmentos siguiesen atrapados entre las sombras, tratando de escapar. Andaban tropezando en silencio por toda la casa. Esperaban a que ella pasara, y luego echaban a correr. Y su marido lo sabía. Le vio eludirlos más de una vez... porque *ella* estaba presente. Más de una vez le vio detenerse a escuchar, también, cuando creía que ella no estaba cerca, y los oyó acercarse a continuación a grandes zancadas, cruzando el jardín silencioso. *Él* los había oído ya, muy lejos, en la ventosa lejanía de la noche. Corrían, sabía ella muy bien, por aquel claro de yerba musgosa que había visitado la última vez: amortiguaba sus pisadas exactamente como había amortiguado las suyas.

Le parecía que los árboles estaban siempre en la casa, con él, en su misma alcoba. Él los recibía temblando, sin darse cuenta de que ella también lo sabía.

Una noche, en la alcoba, la cogió desprevenida. Despertó de un sueño profundo, y ocurrió antes de que pudiese reunir fuerzas para dominarse.

El día había sido bastante tormentoso, pero ahora el viento había amainado; sólo algunos jirones cruzaban a ráfagas la oscuridad de la noche. Los rayos de la luna llena caían a raudales entre las ramas. Arriba aún corrían veloces restos de nubes en forma de monstruos presurosos; pero abajo, la tierra estaba en calma. La hueste de árboles estaba inmóvil, goteante. Sus mojados troncos relucían y centelleaban allí donde les daba la luna. Había un fuerte olor a moho y a hojas caídas. El aire era penetrante..., estaba cargado de fragancia.

Todo esto lo percibió en el mismo instante de despertar: era como si hubiese estado en otro lugar, siguiendo a su marido; ¡como si hubiese estado *fuera*! No se trataba de ningún sueño, sino sólo de esta clara, obsesiva certeza. Se le fue esta sensación, desapareció, se sumergió en la noche. Estaba sentada en la cama. Había regresado.

En la habitación reinaba una claridad pálida debido a la luna que entraba por las ventanas, ya que las persianas estaban subidas, y vio junto a ella la figura de su marido, inmóvil, profundamente dormido. Pero lo que la cogió desprevenida fue que, al despertar de esta manera súbita e inesperadamente, sorprendió a esos otros seres en la habitación, al lado mismo de la cama, apiñados alrededor de él, mientras ella dormía. Fue la espantosa osadía de esos seres —de ninguna manera fue algo

inmotivado, por así decir— lo que la hizo gritar de terror antes de poder dominarse. Profirió un grito antes de darse cuenta de lo que hacía: un grito largo y alto que llenó la habitación, aunque produjo muy poco sonido. Porque alrededor de la cama se agrupaban incontables presencias mojadas y relucientes. Vio sus siluetas bajo el techo, sus verdes y extendidas copas, su vaga prolongación sobre las paredes y los muebles. Iban de un lado para otro, apretadas aunque traslúcidas, suaves aunque voluminosas, moviéndose y girando sobre sí con un susurro apagado y multitudinario. Había algo muy dulce y cautivante en su rumor que la envolvió como un horrible sortilegio. Separados, eran todos benévolos; pero juntos eran terribles. Sophia sintió frío. Las sábanas se volvieron de hielo sobre su cuerpo.

Gritó una segunda vez, aunque la voz apenas le salió de la garganta. El hechizo penetró más profundamente en ella, alcanzándole el corazón; porque amansó todas las corrientes de su sangre y atrajo su vida, como un río, hacia ellos. Toda resistencia parecía imposible en ese momento.

Su marido, entonces, se removió en sueños y se despertó. Instantáneamente se acercaron las formas, erectas, y se agruparon de cierta sorprendente manera. Perdieron volumen, y a continuación se dispersaron en el aire como un efecto de luz cuando las sombras tratan de sofocarla. Fue algo tremendo, aunque de lo más exquisito. Un velo de sombra verde pálido que aún conservaba forma y consistencia inundó la habitación. Hubo un movimiento precipitado y silencioso al pasar las Presencias, junto a Sophia, por el aire... y desaparecieron a continuación.

Pero lo más claro para ella fue el modo en que se marcharon: porque en su huida tumultuosa por la parte superior de la ventana abierta reconoció los mismos «círculos serpeantes» —espirales, al parecer— que había visto en el césped hacía semanas mientras hablaba Sanderson. La habitación quedó vacía otra vez.

En el silencio que siguió, oyó la voz de su marido como si viniese desde una gran distancia. Oyó también sus propias respuestas. Ambas voces sonaron extrañas, muy diferentes de sus tonos normales; las mismas palabras eran poco naturales:

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Por qué me despiertas *ahora*? —susurró la voz de él con un sonido suspirante, como de viento entre las ramas de los pinos.

—Hace un momento ha pasado algo junto a mí, haciendo aire en la habitación. Ha vuelto a salir a la noche —la voz de ella tenía también la misma calidad de viento enredado en multitud de hojas.

—*Era* el viento, cariño.

—Pero te llamaba, David. Te estaba llamando a *ti*... ¡por tu nombre!

—Es la agitación de las ramas lo que has oído, cariño. Vamos, vuélvete a dormir, por favor.

—Tenía ojos por todas partes... delante y detrás... —su voz sonó más fuerte; la de él en cambio, al responder, se debilitó, se volvió lejana y singularmente apagada.

—Es la luna sobre el mar de ramas y hojas mojadas, cariño, lo que has visto.

—Pero me ha asustado. He perdido a mi Dios... y te he perdido a ti... ¡Y tengo

un frío de muerte!

—Cariño, es el frío de la madrugada. El mundo entero duerme. ¡Vamos, vuélvete a dormir!

Se lo susurró al oído. Sophia sintió su mano acariciándola. Su voz era suave, sedante. Pero allí sólo había una parte de él; sólo una parte de él hablaba; era un cuerpo semivacío el que yacía junto a ella, el que decía esas frases extrañas y la obligaba incluso a esta singular elección de palabras. Muy cerca de ellos, en la habitación, acechaba el vago y horrible hechizo de los árboles: nudosos, antiguos, solitarios árboles invernales, susurrando alrededor de la vida humana a la que amaban.

—Y deja que me duerma otra vez —le oyó ella murmurar, mientras se arrebujaba bajo las ropas—; que me duerma en esa paz profunda, deliciosa, de la que me has sacado...

Su voz soñolienta, feliz, y esa expresión de juventud y de gozo que adivinó en su semblante, incluso a la luz filtrada de la luna, volvieron a transmitirle el hechizo de esas dulces, relucientes presencias verdes. Volvió a hundirse en ella. Sintió que el sueño la buscaba a tientas. En el mismo umbral del sueño, una de esas voces errabundas y extrañas que liberan la pérdida de la conciencia le gritó débilmente al corazón:

—Hay gozo en el Bosque para el pecador que...

Luego el sueño la venció, antes de darse cuenta de que estaba parodiando vilmente uno de sus textos más preciados, y que era una espantosa irreverencia...

Y aunque se volvió a dormir en seguida, su descanso no fue, como de costumbre, sin sueños. No soñó con bosques y árboles, sino que tuvo un sueño breve, singular, que se estuvo repitiendo una y otra vez: se hallaba de pie sobre una roca pequeña y pelada en el mar; y subía la marea. Primero el agua le llegaba a los pies, luego a las rodillas, después a la cintura. Cada vez que le volvía el sueño, la marea estaba más alta. Una de las veces le llegó al cuello; otra a la boca, cubriéndole los labios un momento, de manera que no podía respirar. No se despertaba entre sueño y sueño; un espacio de oscuro letargo mediaba de uno a otro. Finalmente, el agua le llegó a los ojos y la cara, cubriéndole la cabeza por completo.

Y entonces llegó la explicación: el tipo de explicación que suelen traer los sueños. Lo comprendió. Porque, bajo el agua, había visto el mundo de algas que se elevaba desde el fondo del mar como una selva de oscuro verde: tallos largos y sinuosos, inmensas ramas espesas, millones de tentáculos extendiendo en las oscuras profundidades del agua el poder de su follaje oceánico. El reino vegetal estaba también en el mar. Estaba en todas partes. La tierra, el aire y el agua eran sus elementos aliados; no había modo de escapar.

Incluso debajo del agua oía ese bramido terrible —¿era el oleaje, era el viento, o eran voces?— allá lejos, aunque acercándose constantemente hacia ella.

Y así, en la soledad del invierno gris inglés, la mente de la señora Bittacy,

devorándose a sí misma, alimentándose de constantes terrores, perdió toda proporción. La melancolía llenaba las semanas de cielos sombríos y sin sol, con una humedad pegajosa que no conocía el tónico saludable de las heladas. Sola con sus pensamientos, separada de su marido y de su Dios, contaba los días que faltaban para la primavera. Se abría camino a tientas, tropezando en el largo y oscuro túnel. Más allá del arco lejano del final se extendía la imagen brillante de un mar violeta centelleando en la costa de Francia. Allí estaba el refugio y la seguridad de los dos, con tal que ella pudiese resistir. Detrás, los árboles le cerraban el otro acceso. Así que jamás miraba hacia atrás.

Languidecía. Se le escapaba la vitalidad; la iba perdiendo como por una continua succión. Era inmensa, incesante, esta sensación de que le estaban secando las fuerzas. Tenía todos los grifos abiertos. Su personalidad, por así decir, fluía a raudales, extraída persuasivamente por este Poder que no cejaba y parecía inagotable. La atraía como la luna atrae a la marea. Decaía; se apagaba; obedecía.

Al principio observaba el proceso, y constataba punto por punto lo que ocurría. Su vida orgánica y ese equilibrio mental que depende del bienestar físico estaban siendo socavados lentamente. Lo veía con claridad. Sólo el alma —que, como una estrella, vivía separada e independiente de ambas cosas— se hallaba a salvo en alguna parte... con su Dios lejano. Se daba cuenta de eso... serenamente. El amor espiritual que la ligaba a su marido estaba a salvo de todo ataque. Más tarde, cuando Él dispusiera, se volverían a unir por ese mismo amor. Pero entretanto, todo cuanto ella tenía de afín con la tierra iba desapareciendo poco a poco. Se estaba efectuando esta separación de manera inexorable. Los árboles secaban continuamente cada parte de su ser que alcanzaban a tocar. Estaba siendo... eliminada.

Al cabo de un tiempo, no obstante, perdió incluso la capacidad de darse cuenta; de manera que ya no «observaba el proceso», ni sabía exactamente qué estaba sucediendo. Y la única satisfacción que ella había conocido —el sentimiento de que era dulce sufrir por él— desapareció con esa capacidad. Estaba completamente sola con su terror a los árboles... en medio de las ruinas de su mente rota y trastornada.

Dormía mal; por las mañanas se despertaba con los ojos febriles y cansados; le pesaba la cabeza; los pensamientos se le volvían confusos y perdía el hilo de la vida diaria con facilidad. Al mismo tiempo, iba perdiendo de vista la imagen brillante de la salida del túnel; se desvanecía en un minúsculo semicírculo de luz pálida, y el mar violeta y el sol se convertían en un puntito luminoso, remoto como una estrella, e igual de inalcanzable. Ahora sabía que nunca llegaría allí. Y en la oscuridad que tenía detrás, el poder de los árboles se acercaba a ella y la atrapaba, se enroscaba en sus pies y sus brazos, y trepaba hasta sus mismos labios. Por las noches se despertaba respirando con dificultad. Parecía que tenía pegadas contra la boca hojas mojadas, y que se adherían a su cuello suaves zarcillos verdes. Sentía los pies pesados, como si hubiesen echado profundas raíces en la tierra, por así decir. A lo largo de todo ese negro túnel se extendían enormes enredaderas que buscaban a tientas, en su persona,

lugares donde poder sujetarla bien; como se agarran a los árboles la hiedra y los parásitos gigantescos del reino vegetal para extraerles la vida y matarlos.

Lenta, progresivamente, la morbosa vegetación se apoderó de su vida y la inmovilizó. Tenía miedo de esos mismos vientos que recorrían el bosque invernal: estaban coaligados con él. Lo ayudaban en todas partes.

—¿Por qué no duermes, cariño? —ahora era su marido el que hacía el papel de niñera, atendiendo a sus pequeñas necesidades con un cuidado que al menos imitaba la solicitud del amor. Ignoraba por completo la furiosa batalla que había ocasionado—. ¿Qué es lo que te tiene inquieta y desvelada?

—Los vientos —susurró ella a oscuras. Llevaba horas observando las sacudidas de los árboles a través de las ventanas sin persiana—. Andan merodeando y hablando por ahí, esta noche, y no me dejan dormir. No paran de llamarte a grandes voces.

Y esta extraña respuesta susurrada la aterró un instante, hasta que se desvaneció su significado, dejándola en una oscura confusión mental que ahora se le estaba volviendo casi permanente:

—Los provocan los árboles, por la noche. Los vientos son grandes y veloces mensajeros. Ve a favor de ellos, cariño... no en contra. Si lo haces así, encontrarás el sueño.

—Se está levantando tormenta —empezó ella, sin saber apenas lo que decía.

—Razón de más, entonces... Ve a favor de ellos. No te resistas. Te llevarán a los árboles, sin falta.

¡Resistir! La palabra tocó el resorte de algún texto que en otro tiempo la había ayudado.

—¡Resiste al diablo, y huirá de ti! —se oyó susurrar a sí misma; y en ese mismo segundo ocultó la cara bajo el embozo con un mar de lágrimas histéricas.

Pero su marido no pareció inquietarse. Quizá no la oyó, porque el viento azotó en ese momento las ventanas con estrépito, y tras la ráfaga llegó el bramido del Bosque, desde lejos, irrumpiendo en la habitación. Quizá, también, se había vuelto a dormir él. Sophia recobró lentamente una especie de embotada serenidad. Su rostro emergió del lío de sábanas y mantas. Dominada por un creciente terror... prestó atención. La tormenta estaba aumentando. Se acercaba con una fuerza súbita e impetuosa que le hacía imposible dormir.

Sola, al parecer, en un mundo que se estremecía, siguió acostada escuchando. Para su mente, esta tormenta encarnaba la culminación. El Bosque bramaba su victoria a los vientos; y los vientos, a su vez, la proclamaban a la Noche. El mundo entero conocía su completa derrota, su pérdida, su pequeño dolor humano. Era un rugido y grito de victoria lo que escuchaba.

Porque, inequívocamente, los árboles gritaban en la oscuridad. Había ruidos, también, como de estallidos de grandes velas, de mil a la vez; y de cuando en cuando, estampidos que parecían, más que otra cosa, el batir lejano de enormes tambores. Se pusieron en pie los árboles —toda la hueste sitiadora se puso en pie—, con el rugir de

su millón de ramas propagando el mensaje atronador a través de la noche. Era como si hubiesen roto todas sus ataduras. Arrastraban sus raíces por el campo y los setos y el tejado. Sacudían sus copas tupidas, bajo las nubes, con salvaje, alborozado movimiento de grandes ramas. Con el tronco vertical, corrían a saltos por el cielo. Había agitación y aventura en el tremendo fragor que producían, y sus gritos eran como el rugido de un mar que ha roto sus compuertas e inunda el mundo...

Entretanto, su marido dormía plácidamente como si no lo oyese. Ella sabía que era el sueño de los semimuertos. Porque estaba fuera, con todo ese estruendoso tumulto: allí estaba la parte de él que ella había perdido. La forma que tan sosegada dormía a su lado no era sino una cáscara medio vacía...

Y cuando al fin apuntó la madrugada invernal en el paisaje, con el sol pálido y mojado que siguió a la tempestad ya remota, lo primero que vio, al acercarse a mirar por la ventana, fue el cedro destrozado y caído en el césped. Sólo quedaba el tronco. La única rama gigantesca que tenía estaba tendida en la yerba, succionada desde la punta, hacia el Bosque, por un gran remolino de viento. Yacía como un montón de tablas dejadas en la playa por la marea... restos de alguna nave acogedora y espléndida que en otro tiempo debió de proteger a los hombres.

Y allá, muy lejos, oyó el bramido del Bosque. La voz de su marido sonaba con él.

LA SENDA^[3]

EL joven Norman viajaba a gran velocidad en uno de los más modernos y aerodinámicos expresos, en dirección norte. Se recostó en su asiento de primera clase, en el vagón de fumadores, y encendió un cigarrillo. En la red de equipajes que tenía enfrente iba su estuche con el par de escopetas que jamás consentía perder de vista, si podía; al lado, la caja de munición con más de mil cartuchos; el resto de su equipaje, sabía, iba seguro en el furgón. Esperaba pasar una espléndida semana de caza en Greystones, uno de los mejores cotos de Inglaterra.

Se daba cuenta de que había tenido una suerte increíble al haber sido invitado. Sin embargo, tenía una interrogante. ¿Por qué, se preguntaba, le habían invitado precisamente a él? Para empezar, conocía muy superficialmente a sir Hiram Digby, su anfitrión. Había hablado con él una o dos veces en otras tantas cacerías en Norfolk; y aunque había sabido causar buena impresión cuando estuvo cerca de él, no creía francamente que fuera razón para que le invitase. Habían participado demasiadas buenas escopetas para venir a escogerle precisamente a él. Estaba seguro de que había otro motivo. Sus pensamientos, mientras daba chupadas, ensimismado, al cigarrillo, se orientaron fácilmente hacia otra dirección: hacia Diana Travers, la sobrina de sir Hiram Digby.

El deseo, recordó, es a menudo padre del pensamiento; pero se aferró a él con obstinación y con morosa complacencia. Era Diana Travers quien había sugerido su nombre; podía muy bien ser así, y probablemente lo era; y cuanto más lo pensaba, más convencido se sentía. Eso explicaba la invitación, en todo caso.

Un singular estremecimiento de emoción y placer le recorrió al retroceder en la memoria y evocar el recuerdo de ella. La veía como una criatura extraña, totalmente distinta de las chicas normales y corrientes; pero extraña en el mismo sentido en que era extraño él también; porque ya tenía años suficientes para darse cuenta de que era extraño, de que se mantenía algo apartado de los jóvenes de su edad y posición. De buena cuna, rico, deportista y demás, no pertenecía sin embargo a su tiempo en algunos aspectos. Podía beber, divertirse, enfurecerse, disfrutar con sus compañeros; pero sólo hasta un punto, a partir del cual se retiraba insatisfecho. Había «otras cosas» que le reclamaban con terrible fuerza interior; y no podía mezclar las unas con las otras. No lograba explicarse a sí mismo cuáles eran estas otras cosas, y menos aún explicarlo a sus alegres camaradas. ¿Eran cosas del espíritu? No estaba seguro. Eran cosas extrañas, paganas, que pertenecían a tiempos antiguos. No sabía. Eran de un encanto y un poder inefables, y le alejaban de la corriente de la vida moderna... Eso sí lo sabía. No podía precisarlas para sí mismo; mucho menos hablar de ellas a otros.

Luego conoció a Diana Travers y supo —aunque no se atrevía a expresar con palabras su descubrimiento— que ella sentía algo parecido.

La vio por primera vez en un baile en la ciudad, recordaba; y recordaba también cómo se había estado aburriendo, hasta que la conoció casualmente; y lo feliz, encantado y satisfecho que se había sentido después. No es que se hubiese enamorado de repente, por supuesto; ni que ella fuese irresistiblemente hermosa: era alta, rubia, con un rostro radiante aunque no bello, una voz suave y movimientos graciosos; Norman sabía que había miles que la aventajaban en todas estas cualidades. No; no fue el clásico flechazo, la fiebre del apareamiento, el instinto gregario que le decía que ella podía ser *su* chica, sino la vieja convicción, más bien, de que ocultaba los mismos anhelos misteriosos y oscuros que él, la fuerza deliciosa y terrible que le apartaba de la especie humana hacia «otras cosas» desconocidas.

Estando juntos en la terraza, donde se habían refugiado huyendo del calor y el clamor del salón de baile, reconoció ante sí mismo, aunque sin formularla, la abrumadora, la extraña convicción de que sus destinos estaban ligados de algún modo. No pudo explicárselo entonces; no se lo podía explicar ahora, mientras lo meditaba en este vagón de ferrocarril; y su razón lo tachaba de imaginario. Sin embargo, seguía allí. La conversación que habían sostenido, desde luego, había sido completamente corriente, y no recordaba haber tenido el menor deseo de flirtrear o hacerle el amor; lo que ocurrió fue que «conectaron», como suele decirse, y que se habían encontrado deliciosamente a gusto en mutua compañía, felices y contentos. Fue casi, pensó, como si compartiesen un secreto maravilloso y profundo sin necesidad de palabras, un secreto que, evidentemente, estaba más allá de cuanto podían abarcar las palabras.

Se habían visto en varias ocasiones desde entonces, y en cada una de ellas había tenido él conciencia de ese mismo sentimiento; y una vez en que se encontraron casualmente en el parque, estuvieron paseando juntos alrededor de una hora, durante la cual había charlado ella con más libertad. De repente se había puesto a hablar de sí misma con toda franqueza y naturalidad, como si supiese que él iba a comprenderla. Al aire libre, descubrió Norman, era más espontánea que en un ambiente artificial de muebles y paredes. No era que dijera nada importante; sino más bien la voz, el ademán y los gestos que empleaba.

Le había confesado lo mucho que le desagradaba Londres con todas sus obras, y que detestaba de manera especial la temporada con su brillante rutina de supuestas diversiones, añadiendo que ella siempre ansiaba volver a Marston, morada de sir Hiram en Essex. «Allí están las marismas —dijo con sosegado entusiasmo—, y el mar; allí voy con mi tío a la caza del pato, al atardecer, o de madrugada, cuando el sol sale del mar como un globo y disipa las brumas de las marismas... y, bueno, pueden ocurrir... cosas.»

Norman había estado observando con admiración sus movimientos mientras hablaba, pensando que habían elegido bien al ponerle nombre de cazadora; y había una nota de extraña pasión en su voz que en aquel momento percibió por primera vez. Toda su persona, además, transmitía la impresión de que daba por sentado que él

comprendía cierto anhelo emocional que sus palabras no explicaban.

Norman se detuvo, y se quedó mirándola.

—Es estar viva —añadió con una risa que hizo centellear sus ojos—. El viento y la lluvia te azotan en la cara, y los patos pasan en bandadas. Te sientes parte de la naturaleza. Se abren sus puertas, por así decir. Así es como estaba previsto que viviéramos, desde luego.

Tales palabras, de haberlas dicho otra muchacha, le habrían hecho sentirse tímido y cohibido; en ella, eran meramente naturales y sinceras. Norman no le siguió la corriente, sin embargo, aparte de reconocer que estaba de acuerdo con ella, y la conversación había derivado hacia otros temas. Aunque el motivo por el que no se había entusiasmado él, ni había seguido la pequeña clave que ella le brindaba, era que en lo más dentro de sí sabía qué quería decir.

Su confesión, nada sorprendente en sí misma, ocultaba —y revelaba— toda una región de «otras cosas» significativas e importantes que era mejor no confiar a las palabras. «Tú y yo pensamos igual», fue lo que ella había dicho en realidad. «Tú y yo compartimos este anhelo extraño y preternatural, ¡pero por Dios, no hablemos de él...!»

«Rara chica, en verdad», sonrió ahora para sí, mientras el tren corría hacia el norte, y a continuación se preguntó qué sabía exactamente de ella. Muy poco, prácticamente nada, aparte que no tenía padres, que vivía con su tío viejo y soltero y que estaba pasando la temporada en Londres. «Una chica con clase, en todo caso», se dijo; «y encantadora como una ninfa, además...»; y sus pensamientos siguieron divagando caprichosamente. Luego, de repente, mientras encendía otro cigarrillo, emergió en su cerebro un pensamiento mucho más concreto. Le produjo cierto sobresalto, porque irrumpió súbitamente en su ensoñación a la manera como suele hacerse de pronto evidente un juicio en ese estado entre la vigilia y el sueño.

«Diana sabe. Conoce esas otras cosas bellas y misteriosas que siempre me han subyugado. Las ha... sí, las ha experimentado. Puede explicármelas. Quiere compartirlas conmigo...»

Norman se enderezó en su asiento con un respingo, como si le hubiese asustado algo. Había estado soñando, estas ideas eran fantasmagorías de un sueño. Sin embargo, notó que el corazón le latía deprisa, como si le hubiese acometido una honda excitación en su estado de somnolencia.

Alzó los ojos hacia el estuche de las escopetas y los cartuchos, en la red de equipaje, luego se asomó a la ventanilla haciéndose sombra en los ojos. El tren iba lo menos a sesenta millas. La fisonomía del campo iba cambiando. Habían desaparecido los setos típicos de la región central y empezaban a ser sustituidos por tapias de piedra. El paisaje se volvía más agreste, más solitario, menos habitado. Exhaló, inconscientemente, un largo suspiro de satisfacción. Sin duda había dormido mucho rato, comprendió, porque su reloj indicaba que dentro de unos minutos iba a llegar a la estación de empalme donde debía hacer trasbordo. Recordaba que Bracendale,

estación vecinal de Greystones, estaba en un pequeño ramal que serpeaba entre los montes. Y unos quince minutos más tarde se encontraba, con equipaje y todo, en el tren traqueteante que iba a dejarle en Bracendale hacia las cinco. Oscurecía ya cuando, con gran esfuerzo al parecer, la trabajosa locomotora le depositó con sus preciadas escopetas y cartuchos en el andén desierto, en medio de remolinos de vapor y aire húmedo, dispuesto a afrontar su recibimiento. Con gran alivio, vio que había un automóvil esperando para llevarle las diez millas restantes hasta la Residencia de caza, y un momento después se hallaba confortablemente instalado entre lujosas mantas de viaje, presto para el trayecto a través de los montes.

Se arrellanó, dispuesto a disfrutar del aire penetrante de la montaña.

Tras dejar la estación, el coche tomó un camino que durante un tramo corría por un estrecho valle; un arroyuelo caía de los montes a su izquierda, donde de vez en cuando surgían oscuras plantaciones de abetos que descendían en tropel hasta el borde del camino; pero lo que le sorprendía sobre todo era el aire de desolación y aislamiento que reinaba en todo el contorno. El paisaje le parecía más agreste y menos habitado, incluso, que las tierras altas de Escocia. No se veía ni una casa, ni una huerta. Una sensación de abandono, debida en parte, sin duda, a la oscuridad, flotaba sobre todas las cosas, como si no fuese bien recibida aquí la influencia humana, o no fuese posible, quizá. La impresión que producía era, desde luego, de lugar desolado e inhóspito; aunque para él, esta soledad contenía un temblor de belleza salvaje que le atraía.

De cuando en cuando pasaban en fila unas pocas ovejas de cara negra por el camino, y una de las veces vio un pastor con barba que bajaba presuroso con su perro. Desaparecieron en la niebla como espectros. A Norman le parecía increíble que el campo tuviese este aspecto tan desolado y desierto, cuando sabía que a sólo una veintena de millas estaban las grandes urbes industriales de Lancashire. El coche, entretanto, seguía subiendo por el valle; y poco después llegó a un terreno más abierto, con unas pocas granjas dispersas y algún campo de avena junto a ellas.

Norman preguntó al chófer si vivía mucha gente por allí, y el hombre se mostró encantado de tener ocasión de hablar.

—No, señor —dijo—; es un lugar desolado en la mejor época del año; yo me alegro —añadió— cuando llega el momento de regresar al sur —había sido una época estupenda para el urogallo, y prometía ser un año récord.

Norman observó un detalle sorprendente en las casas que pasaban: muchas de ellas, si no todas, tenían una gran cruz tallada en el dintel de la puerta; incluso algunas de las verjas que daban paso del camino a los campos tenían crucifijos más pequeños tallados en el último barrote. Los faros del coche los hacían resaltar. Le recordaban las capillas y crucifijos diseminados por el campo en los países católicos; pero parecían algo incongruentes en Inglaterra. Preguntó al chófer si la mayoría de la gente de por aquí era católica; y la respuesta del hombre, en la que puso todo el énfasis, picó su curiosidad.

—Oh, no; no creo —dijo—. En realidad, señor, ya que me lo pregunta, la gente de aquí es tan pagana como la que pueda encontrar en cualquier país cristiano.

Norman le señaló las cruces que había por todas partes, preguntándole cómo se explicaba esto, siendo paganos los habitantes; y el hombre vaciló antes de responder; como si, aunque contento de hablar, no acabara de gustarle el tema de la conversación.

—Bueno, señor —dijo por fin, fijando la mirada en el camino que tenía delante—, esta gente no *me* cuenta gran cosa de lo que piensa, porque para ellos soy forastero, puesto que vengo del sur. Pero hay algo raro, en mi opinión. Lo que me han dicho —añadió tras una nueva pausa—, es que tallan esas cruces para protegerse.

—¿Para protegerse? —exclamó Norman un poco sobresaltado—. ¿Para protegerse de qué?

—De... bueno, señor —dijo el hombre, vacilando otra vez—; eso es más de lo que sé decir. He oído hablar de casas encantadas, pero nunca de campos encantados. Sin embargo, eso es lo que creen, según tengo entendido. Está encantado, señor, todo él. Es endiabladamente difícil hacer salir a ninguno de ellos después de anochecer, eso lo sé muy bien; incluso durante el día, no se quieren alejar de sus hogares sin un crucifijo colgado del cuello. Ni siquiera los hombres.

El coche había cogido velocidad mientras hablaban, y Norman tuvo que pedirle que redujese un poco la marcha; estaba seguro de que algún supersticioso temor había asaltado al hombre, mientras corrían por el camino cada vez más oscuro, si bien se alegraba de hablar, con tal que él no se riese. Tras su última parrafada, había aspirado profundamente, como aliviado de habérsela sacado de dentro.

—Lo que me cuenta es de lo más interesante —comentó Norman, halagador—; me he tropezado con ese tipo de cosas en el extranjero, pero nunca aquí, en Inglaterra. Debe de haber algo detrás, ¿no le parece? —añadió persuasivo—, aunque no sabemos qué. Me gustaría averiguar el motivo; porque estoy convencido de que es una equivocación reírse de todo esto —encendió un cigarrillo y tendió otro a su compañero, obligándole a aminorar la velocidad mientras lo encendía—. Veo que es usted persona observadora —prosiguió—, y apuesto a que ha visto más de una cosa rara. Ojalá tuviese yo su oportunidad. Me interesa muchísimo.

—Tiene razón, señor —concedió el chófer, mientras volvían a coger velocidad—; no es cosa de reírse, ni mucho menos. Hay algo en estos parajes que no es normal, podríamos decir. Me chocó un poco la primera vez que vine aquí, hace unos años; pero ahora estoy acostumbrado.

—Yo creo que no me acostumbraría nunca del *todo* —dijo Norman—, hasta que no llegara al fondo del asunto. Cuénteme algo que haya observado. Me encantará oírlo... ¡y lo guardaré para mí!

Convencido de que el hombre tenía cosas interesantes que contar, y habiéndose ganado su confianza, le rogó que condujese más despacio; temía llegar a la casa antes de que le diese tiempo a contar más; tal vez, incluso, alguna experiencia personal.

—Hay una especie de camino, o vereda más bien; puede que la vea usted durante la cacería —prosiguió el chófer bastante animado, aunque algo nervioso—. Cruza el páramo, y ningún hombre ni mujer lo recorrerían a pie aunque les fuese la vida; ni siquiera de día; no digamos de noche.

Norman dijo ansiosamente que le gustaría verla, y le pidió que le indicase por dónde caía; pero como es natural, las explicaciones no hicieron más que confundirle.

—Puede que la vea uno de estos días, señor, cuando salga de caza; y si se fija en los de aquí, comprobará que tengo razón.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Norman—. ¿Está encantada?

—Así es, señor —reconoció el hombre tras una pausa bastante larga—. Aunque con una rara clase de encantamiento. Dicen que es demasiado hermoso de ver... que se le mete a uno en los sentidos.

Ahora le tocó al otro vacilar; porque algo se le estremeció dentro.

El joven Norman tuvo clara conciencia de dos cosas: primera, que no era éste el tipo de información que sonsacar a un empleado de su anfitrión; y segunda, que lo que el hombre decía tenía un interés extraordinario, casi alarmante para él. Todo el folclore le interesaba enormemente, leyendas y supersticiones locales incluidas. ¿Acaso era éste un territorio «infestado de duendes»? Sin embargo, no estaba en Irlanda, donde habría sido natural, sino en la flemática y materialista Inglaterra. El chófer era claramente un vulgar habitante del sur; sin embargo, lo que había observado le había impresionado, incluso le había asustado un poco. Eso era evidente; y le aliviaba hablar con alguien que no se burlaba de él; aunque le asustaba un poco a la vez.

Una tercera impresión se hizo clara a su mente también: esta conversación sobre el campo embrujado, fantasmas, hadas y demás, aunque fantástica, despertaba en su interior —en su corazón, sin duda— la rara y deliciosa sensación de que se relacionaba de alguna manera con Diana, la sobrina de su anfitrión. Es difícil descubrir el origen de una profunda intuición. No hizo intento alguno de averiguarlo. Éste era el lugar natal de Diana; debía de saber estas cosas de las que hablaba el chófer, e incluso más. Sin duda había algo en la atmósfera que la atraía. Debió de pedir a su tío que le invitase. Era ella la que quería que fuese, que probase y compartiese cosas —«otras cosas»— que eran vitales para ella.

Todos estos pensamientos se le ocurrieron con una elaboración y un detalle imposibles de describir. Era indudable que el deseo había vuelto a actuar de generador de pensamientos; sin embargo, persistía el convencimiento, y el destello intuitivo proporcionaba, al parecer, la inspiración; así que acosó al chófer con nuevas preguntas que obtuvieron valiosos resultados. Habló incluso de duendes, de hadas, sin mostrar desprecio ni sarcasmo... con el resultado de que, finalmente, el hombre dio muestras de cierta peligrosa confianza. Advirtiéndole solemnemente a su pasajero que «sir Hiram no debía saber nada de esto», o él perdería el empleo, describió un incidente extraordinario que había ocurrido ante sus propios ojos, por así decir. La

hermana de sir Hiram se había extraviado en los páramos unos años atrás, y no la habían encontrado... Y la creencia y rumores locales eran que «se la habían llevado». Aunque no en contra de su voluntad: ella había querido ir.

—¿Era ésa la señora Travers? —preguntó Norman.

—Ésa era, señor, exactamente; porque ya veo que conoce a la familia. Y fue la más extraña desaparición con que *me* he tropezado jamás —se estremeció ligeramente y, aunque no con entera sorpresa de su oyente, se santiguó de pronto.

¡La madre de Diana!

Una pausa siguió a esta extraordinaria historia; y, a continuación, siquiera por una vez, Norman dirigió unas palabras (destinadas a Horacio) a un hombre que jamás las había oído, el cual las recibió como correspondía.

—Sí, señor —prosiguió—; y ahora la ha traído, por primera vez desde que ocurrió eso, aquí, al mismo terreno donde se llevaron a su madre... me han dicho que la idea de sir Hiram es que espera que se ponga bien...

—¿Que se ponga bien?

—Quiero decir, que se cure, señor. Se dice que tiene el mismo... el mismo... —buscó con torpeza la palabra— desequilibrio que su madre.

Una extraña oleada de esperanza y terror cruzó por la mente y el corazón de Norman, pero hizo un gran esfuerzo y rechazó ambas cosas, de manera que su compañero ignoró por completo esta furiosa tormenta. Cambiando de tema lo mejor que pudo, dominando a duras penas la voz para que sonase normal, preguntó como sin dar importancia:

—¿Desaparece... o sea *ha* desaparecido más gente, aquí?

—Eso dicen, señor —fue la respuesta—. He oído contar muchas historias, aunque no podría decir que se haya demostrado nada. Según dicen, ha desaparecido gente de aquí, sin que hayan encontrado nunca el menor rastro de ella. Niños sobre todo. Pero no quieren hablar de esto; y es difícil esclarecer nada, ya que jamás acuden a la policía, y lo ocultan entre ellos...

—¿No pueden haberse caído en una sima o algo parecido? —le interrumpió Norman; a lo que el hombre replicó que sólo había una en toda la región, y dicho lugar estaba cuidadosamente cercado a todo su alrededor.

—Es la región, señor —añadió finalmente con convicción, como si pudiese hablar de una experiencia personal de primera mano, si se atreviese—; la región entera, que es muy extraña.

Norman arriesgó una pregunta directa.

—¿Y lo que usted ha visto con sus propios ojos —preguntó—, le... le asustó? Me refiero a que, como es usted tan observador, cualquier cosa que usted denunciara sería de gran valor.

—Bueno, señor —contestó tras una breve vacilación—; no es que me asustara exactamente; aunque, ya que me lo pregunta, no me hizo ninguna gracia. Me produjo una sensación muy rara, y no soy hombre religioso...

—Por favor, cuéntemelo —le apremió Norman, dándose cuenta de que ya no estaban lejos de la casa y quedaba poco tiempo—. Guardaré el secreto... y le creeré. Yo también he tenido experiencias extrañas.

Pero el hombre no necesitaba que le insistiesen: parecía alegrarse de poder contar su historia.

—En realidad no es mucho —dijo, bajando la voz—. Verá, señor; fue lo siguiente: el garaje y mi alojamiento están abajo en una vieja granja, como a un cuarto de milla de la residencia; y desde la ventana de mi dormitorio puedo ver una perspectiva bastante amplia del páramo. Incluida esa vereda de la que le he hablado; y a lo largo de ella precisamente he visto a veces luces que avanzaban en una especie de procesión balanceante. Un poco débiles eran, y como danzantes; y desaparecían y volvían a aparecer; al principio las tomé por fuegos fatuos: yo he visto los fuegos fatuos en los pantanos de nuestra tierra: gas de los pantanos, lo llaman. Eso es lo que me parecieron al principio; pero ahora sé qué eran.

—¿Nunca ha salido a verlas de cerca?

—No señor, *no* he salido —replicó con énfasis.

—¿Ni preguntó a la gente qué les parecían?

El chófer dejó escapar una curiosa risita; una risita medio tímida, medio de embarazo. Sí, una vez topó con uno de aquí con ganas de hablar; pero a Norman le costó trabajo convencerle para que se lo repitiese.

—Pues verá, señor, lo que me dijo —otra vez soltó esa risita—, lo que me dijo fue que «era la Gente Alegre que cambiaba de terreno de caza». Eso es lo que dijo; y se santiguó al decirlo. Siempre cambian de terreno de caza cuando llega lo que llaman el equinoccio.

—La Gente Alegre... el equinoccio...

No eran nuevos para Norman estos nombres; pero ahora los oyó como por primera vez: tenían sentido. El equinoccio, el solsticio; naturalmente, sabía qué significaban estas palabras, pero la «Gente Alegre» pertenecía a cierta fantasmagoría personal suya que hasta ahora había supuesto imaginaria. Es decir, pertenecía a cierto «credo imaginario» particular en el que creía él cuando leía a Yeats, a James Stephens, a A. E., o cuando intentaba hacer pinitos en poesía.

Ahora, junto a este chófer fornido del escéptico Sur, tropezaba justamente con ella. Y reconoció ante sí mismo que le había producido un casi increíble estremecimiento de asombro, placer y pasión.

—La Gente Alegre —repitió, medio para sí, medio para el conductor—. ¿La llamó *así* el campesino?

—Así es como la llamó —repitió el prosaico chófer—. Y pasaba —añadió, casi desafiante, como esperando que le llamasen embustero, y merecerlo—, pasaba como un río de luces danzantes a lo largo de la Senda.

—La Senda —murmuró Norman.

—La Senda —repitió el hombre en un susurro—; la vereda de la que le he

hablado... —y el coche dio un viraje, como si la rueda hubiese resbalado un segundo; aunque recobró instantáneamente firmeza, al meterse por el camino de entrada.

Pasaron la casa del guarda —que tenía su cruz, observó Norman, como todos los demás edificios—, y unos minutos después surgió a la vista la residencia de caza, edificio pequeño y sencillo de piedra gris. La propia Diana estaba en la escalinata para recibirle, para gran satisfacción suya.

«¡Qué estampa!», pensó al verla en traje de *tweed*, su perro cobrador junto a ella, la lámpara del recibimiento alumbrando sus cabellos dorados, y protegiéndose los ojos con una mano. Radiante, embriagadora, deliciosa, preternatural... Norman no encontraba palabras; y en ese súbito instante se dio cuenta de que la amaba mucho más de lo que el lenguaje podía expresar. El fondo oscuro del edificio de piedra gris, con los sombríos, misteriosos páramos detrás, era justo el preciso. Allí estaba —enmarcada en el prodigio de dos mundos—... ¡su chica!

Pero la acogida que le dispensó le enfrió hasta los huesos. Llegaba excitado, burbujeante, con las palabras de agradecimiento prestas a salir atropellándose unas a otras y el corazón henchido de historias encantadas y prodigios; sin embargo, ella se limitó a anunciarle que el té estaba dispuesto, y que esperaba que hubiera tenido un buen viaje. No hubo respuesta ninguna a sus propias emociones: la encontró cortés, amable, cordial incluso, pero aparte de eso, nada. Intercambiaron frases triviales y ella comentó que había abundancia de urogallos, que su tío había reunido algunas de las mejores «escopetas» de Inglaterra —lo que halagó la vanidad de Norman un momento—, y que esperaba que disfrutase.

La desalentadora reacción de ella le dejó sin habla. Se sintió culpable de una fantasía idiota y pueril.

—He sido yo quien le ha pedido especialmente que le invitase —reconoció ella con franqueza, mientras cruzaban el recibimiento—. Imaginé que le gustaría estar aquí.

Norman le dio las gracias, pero no manifestó nada de su primer entusiasmo, ahora frío y enmudecido.

—Es la clase de terreno que le va —añadió, volviéndose hacia él con un susurro de su falda—. Al menos, eso creo.

—Si le gusta a *usted* —replicó él suavemente—, por supuesto que me gustará a mí también.

La joven se detuvo un momento y le miró con atención. «Pues claro que me gusta —dijo con convicción—. Y es muchísimo más hermoso que esas marismas de Essex.»

Recordando su primera descripción de las marismas de Essex, a Norman se le ocurrieron un centenar de respuestas; pero antes de dar con la adecuada se descubrió a sí mismo en el salón, hablando con su anfitriona, lady Digby. El resto de los invitados estaba todavía en el páramo.

—Diana le enseñará el jardín, antes de que se haga de noche —sugirió lady Digby

poco después—. Tiene una vista preciosa.

La «vista preciosa» emocionó a Norman con su belleza salvaje; porque más allá se extendía el páramo hasta el mar, en Saltbeck, y en la otra dirección se alineaban los pliegues, uno tras otro, hasta la lejanía borrosa y azul. La residencia y el jardín parecían un oasis en medio de la soledad de primordial belleza, tosca y silvestre como cuando Dios la creó. Se dio cuenta de que su intensa y seductora belleza llamaba a cuanto había de extraño y misterioso en él, pero al mismo tiempo sentía la poderosa, incitante atracción humana de la joven que le guiaba. Y ambas fuerzas entraron en violento conflicto en su alma. Conflicto que le tenía perplejo, turbado, atontado, ya que unas veces dominaba una y otras otra. Lo que le salvó, probablemente, de una súbita y tumultuosa confesión de su imaginada pasión fue la serena, casi fría indiferencia de la joven. Evidentemente sin respuesta, no sentía nada del tumulto que le dominaba a él.

Admiraron juntos la «vista preciosa» intercambiando lugares comunes; luego, al cabo de un rato, regresaron a la casa. «Oigo sus voces —comentó Diana—. Entremos a escuchar lo que han hecho y las aves que han cazado.» Y fue al cruzar la puertaventana cuando le asombró ella y, a decir verdad, casi le asustó.

—Dick —dijo, utilizando su nombre por primera vez, para su completo asombro y placer, y cogiéndole fuertemente una mano entre las suyas—: puede que necesite tu ayuda —habló con encendida vehemencia. Sus ojos centellearon de repente—. Yo estaba aquí cuando mi madre... se fue. Y creo, estoy segura, que van *detrás de mí, también*. No sé qué es mejor: si irme o quedarme. Todo esto —hizo un movimiento con el brazo abarcando la casa, la habitación donde estaban los demás charlando, el jardín— es inmundicia barata y despreciable. Lo otro es gratificante: eterna belleza; aunque... —su voz se convirtió en un susurro— *sin alma*, sin esperanza, sin futuro. Tú puedes ayudarme —sus ojos se volvieron hacia él con un fuego súbito, asombroso—. Por eso he querido que vinieras.

Le besó los ojos: fue un beso impersonal, desapasionado; y un instante después estaban en el atestado salón, con «las escopetas» que acababan de llegar de una larga jornada de caza.

Nunca comprendió Norman cómo se mezcló con la ruidosa muchedumbre y desempeñó su papel como un invitado más. El caso es que lo hizo, mientras sonaba en su corazón la música salvaje de ese susurro del hada irlandesa: «Con mi beso, el mundo empieza a desvanecerse». Le invadió la extraña sensación de que iba a perderse para la vida tal como la conocía; de que Diana, con su beso dulce y desapasionado, había sellado su destino; de que el mundo conocido debía desvanecerse y morir, porque ella conocía el acceso a una región más hermosa donde nada podía ocurrir, ni nadie podía morir, puesto que era literalmente eterna: el estadio de evolución correspondiente al país de las hadas, al país de la inmortal Gente Alegre...

Sir Hiram le dio cordialmente la bienvenida, y a continuación le presentó a los

demás; tras lo cual siguió la habitual descripción de la jornada por parte de los cazadores. Estuvieron tomándose sus *whiskies* con soda; llegado el momento, subieron a vestirse para cenar; pero después de la cena no hubo juerga, ya que el anfitrión mandó a todo el mundo a la cama temprano. Al día siguiente iban a dar la mejor batida al páramo, y era muy importante tener la vista clara y las manos firmes. Iban a hacer los dos recorridos por los que era célebre Greystones: el de Telegraph Hill y el de Silvermine; conocidos los dos allí donde había una reunión de cazadores; de modo que era comprensible la expectación y el entusiasmo. Acostarse temprano era un precio pequeño; y Norman, ávido y deseoso como el que más, se alegró de llegar a su habitación cuando el resto subía en tropel. Naturalmente, verse incluido como buen tirador entre todos estos cazadores famosos era todo un acontecimiento para él. Estaba deseando justificarse.

Sin embargo, sentía el corazón oprimido y descontento: le roía una extraña inquietud, pese a todos sus esfuerzos por pensar sólo en las emociones del día siguiente. Porque Diana no había bajado a cenar, ni la había visto en toda la noche. Al preguntar cortésmente por ella, su anfitrión le contestó, riendo alegremente: «Se encuentra bien, Norman, gracias; se retrae un poco cuando estamos de caza. La caza no es lo suyo exactamente; pero puede que salga con nosotros mañana —no habló de los gustos de ella—. Intente convencerla, si puede. El aire le sentará bien».

Una vez en su habitación, trató en vano de ordenar de manera satisfactoria sus pensamientos y emociones; tenía una extraña confusión mental, una sensación de inquietud que era medio placentera, medio de temerosa espera, aunque espera de no sabía exactamente qué. El haberle llamado ella de repente por su nombre por primera vez, el extraordinario beso que establecía una repentina, profunda aunque desapasionada intimidad, le habían dejado durante la noche en un estado de expectación, con los nervios a flor de piel. ¡Ojalá hubiera acudido a cenar, ojalá hubiera podido tener otra conversación con ella! Se preguntó cómo iba a conciliar el sueño con este tumulto en el cerebro; y si dormía mal, cazaría mal.

Esta reflexión de que podía cazar mal le convenció de repente de que su súbito «amor» no era de los normales y corrientes; de haberse «enamorado» humanamente, ninguna consideración de este tipo le habría venido al pensamiento ni un momento. Aumentó su extraña inquietud medio mezclada de gozo. El vínculo era sin duda de otro género.

Apagó la luz eléctrica y se asomó a la ventana a mirar más allá del páramo, preguntándose si podría ver las extrañas luces de las que le había hablado el chófer. Sólo vio el tapiz confuso de ondulado páramo que se perdía en la oscuridad, donde la luna se ocultaba detrás de unas nubes algodonosas que iban a la deriva. Un soplo de brisa fragante, suave, pasó junto a él; se oía un murmullo de cascada. Era embriagador; aspiró profundamente el aire delicioso. Durante un segundo, imaginó una Diana de cabellos dorados, con la cabellera agitada y los ojos llameantes, persiguiendo a su madre en medio de nubes plateadas y el páramo sombrío... Luego

volvió a meterse en la habitación, y la inundó de luz... instante en el que descubrió algo concreto encima de la almohada: un trozo de papel; no, un sobre. Lo abrió.

«Lleve siempre esto cuando salga. Yo llevo uno también. No pueden alcanzarle a menos que usted quiera, si lo lleva. Mi madre...»

La palabra «madre», llena de sugerencias, estaba tachada; en la firma ponía «Diana». Con débil tintineo musical, del interior de la nota se escurrió un pequeño crucifijo de plata que cayó al suelo.

Estaba Norman junto a la cama, con el papel en la mano, e iba a inclinarse a coger el crucifijo, cuando le llegó con asombrosa certidumbre la extraña convicción de que todo esto había sucedido ya. Por regla general, esta rara impresión es demasiado fugaz para poderla someter a análisis; sin embargo, consiguió conservarla varios segundos sin esfuerzo. Sobresaltado, comprendió claramente que no estaba ocurriendo según el tiempo ordinario que conocía, sino en algún lugar fuera de él. Había sucedido «antes» porque estaba sucediendo «siempre». Lo había sorprendido *in fraganti*.

Durante un instante fugaz, comprendió: el crucifijo simbolizaba la seguridad en circunstancias conocidas, y si lo conservaba estaría protegido, mental y espiritualmente, contra una terrible atracción hacia condiciones desconocidas. No representaba más que eso: un apoyo para la mente.

Esa «atracción» antagónica de terrible poder comprendía los anhelos secretos de su naturaleza fundamental. Diana, conocedora de este conflicto interior, participaba de ese gozo y ese terror. Su madre —cuyo caso le había brindado la oportunidad— había cedido... y había desaparecido de la vida según la conocen los seres humanos. La misma Diana estaba sufriendo ahora la misma tentación, y tenía miedo. Le pedía ayuda a él. Los dos se habían conocido en alguna situación ajena al tiempo ordinario, se habían enfrentado ya muchas veces a este conflicto. Norman había experimentado todo esto antes: el incidente del crucifijo, su petición de ayuda, el gozo, la alegría, el temor que encerraba. Y aunque se daba cuenta de todo esto, se diluyó esta sensación extraña y misteriosa, y desapareció como si jamás hubiese existido. Se volvió inasible, irrecuperable. Le dejó con una impresión de pérdida, de frío, de aislamiento, con un sentimiento de desamparo, aunque de intensa atracción hacia un mundo no realizado.

Se inclinó, recogió el pequeño crucifijo de plata, releyó la nota escrita a lápiz, palabra por palabra, besó el papel que habían tocado las manos de ella, y luego se sentó en la cama y sonrió con una súbita oleada de alivio y de dicha. La singular sensación había desaparecido de manera definitiva. Lo único importante era que Diana había pensado en él. Era dulce y conmovedora esta pequeña superstición, de llevar puesto el crucifijo; y por supuesto, lo llevaría sobre el corazón. ¡Y haría lo posible por que ella saliese por la mañana con él, también! Su alivio era sincero. Ahora podía dormir. No lo haría demasiado mal con la escopeta, mañana. Pero antes de acostarse, consultó en su agenda cuándo era el equinoccio, y vio, para su asombro,

que el 23 de septiembre; ¡y que hoy era 21! Este descubrimiento le produjo cierto sobresalto; pero no tardó en dormirse con la carta junto a su mejilla, y el pequeño crucifijo de plata alrededor del cuello.

Se despertó a la mañana siguiente, cuando le llamaron, para descubrir que el sol entraba a raudales en su habitación, prometiendo un tiempo espléndido para la caza. Con el día, como suele suceder, llegaron las reacciones normales; ahora parecían algo ridículos los incidentes del día anterior: su conversación con Diana, el crucifijo, y sobre todo el cuento fantasmal del chófer. Había topado con un nido de delirios histéricos, originados por una misteriosa desaparición hacía muchos años. Era natural, pensó mientras se afeitaba, que a su anfitrión le desagradase toda referencia al asunto y sus secuelas. A pesar de todo, mientras bajaba a desayunar, se sintió secretamente reconfortado llevando alrededor del cuello el pequeño crucifijo de plata.

Hizo plena justicia al bien provisto aparador; y estaba terminándose el café cuando entró Diana en el comedor desierto; y el cerebro de Norman, concentrado ahora en las prosaicas perspectivas de la inminente cacería, acusó un sobresalto. En él chocaron la realidad y la imaginación. La joven estaba pálida y demacrada. Antes de que él tuviese tiempo de levantarse para saludarla, se dirigió ella directamente a la silla que tenía al lado.

—Dick —empezó inmediatamente—, ¿lo has cogido?

Él sacó el crucifijo tras manotear un instante.

—Por supuesto que sí —dijo—. Me has pedido que lo lleve.

Recordando su vacilación en el dormitorio, se sintió un poco estúpido. En todo caso, se sentía así ahora, por llevar un supersticioso crucifijo el día que iba a salir de caza.

A continuación, las palabras de ella disiparon toda sensación de incongruencia.

—He salido esta madrugada —dijo con voz tensa, baja—, y he oído la voz de mi madre llamándome en el páramo. Era inconfundible. Cerca de mi oído; y luego muy lejana. Llevaba al perro conmigo, y el perro la ha oído también, y ha corrido a esconderse. Estaba erizado.

—¿Qué has oído? —preguntó Norman con suavidad, cogiéndole la mano.

—Mi diminutivo: «Dis» —dijo—; así es como mi madre me llamaba.

—¿Qué palabras has oído? —preguntó Norman, temblando a pesar de sí mismo.

—He oído que decía claramente, con esa voz distante y apagada: «¡Ven, Dis, ven conmigo; corre!».

Durante un momento, Norman no dijo nada. Sentía temblar la mano de ella entre las suyas. Luego se volvió y la miró directamente a los ojos.

—¿Y querías ir? —preguntó.

Hubo una pausa antes de contestar. «Dick —dijo—; al oír su voz, *ninguna otra cosa en el mundo me pareció que tenía importancia...!*»; en ese momento irrumpió en el comedor la figura de su tío, gritando que los coches esperaban, y la

conversación terminó de esta forma repentina.

Esta súbita interrupción en el momento de mayor interés dejó a Norman, como es fácil imaginar, excusable y terriblemente desasosegado. Cualquier palabra de su anfitrión sobre esta cacería en particular era, como es natural, una orden. No se atrevió a hacer esperar a estas grandes «escopetas». Diana, también, salió como disparada. Pero sus últimas palabras: «Ninguna otra cosa en el mundo me pareció que tenía importancia», quedaron resonando en los oídos y el corazón de él. Comprendía en lo más hondo de su ser qué quería decir. Era una «llamada» para alejarla de las cosas humanas, y atraerla a algún inimaginable estado de beatitud que ninguna palabra podía describir; y Diana la había oído; la había oído con la voz de su *madre*, el vínculo más fuerte que conoce la humanidad. Su madre, que había abandonado este mundo, le había transmitido un mensaje.

Norman, temblando inexplicablemente, se apresuró a recoger sus escopetas y acudir al coche; y Diana, obediente a las órdenes de su tío, subió al Ford con su perro cobrador. Tuvo el tiempo justo para susurrarle: «Mantente apartado de la Senda; no pongas los pies en ella»; y arrancaron los dos coches a gran velocidad, y les separaron.

Por lo que se refiere a Norman, no obstante, la cacería se desarrolló con normalidad; porque su pasión de cazador era demasiado fuerte para que quedase sofocada. Aunque tenía un alma mística, su cuerpo era primitivo. Era cazador nato a los ojos del Señor. Su concepción mística, imaginativa de la vida, como en los campesinos y los leñadores, se hallaba muy en el fondo; las primeras aves pusieron fin a todas sus reflexiones. No tardó en estar demasiado ocupado para pensar en nada que no fuera disparar lo más deprisa posible y cambiar de escopeta con presteza y soltura. Abriéndose paso en esta excitación práctica, no obstante, le venían pensamientos e imágenes: el rostro y los ojos y la voz de Diana, la llamada preternatural de su madre, sus propios anhelos secretos y, sobre todo, la advertencia de ella sobre la Senda. Los dos lados de su naturaleza mixta trabajaban furiosamente. Al parecer, disparaba bien; pero sólo Dios sabía cómo lo conseguía.

Llegaron al final del trayecto y completaron el reparto de puestos. Sir Hiram se acercó a preguntarle si le importaba ocupar el del extremo exterior en la primera batida.

—Verá —explicó cortésmente—, siempre pido a los más jóvenes de la partida que se encarguen de la parte exterior, porque supone una caminata fatigosa para los viejos camaradas. Probablemente —añadió— tendrá más caza que nadie; porque las aves se desvían con cierta ingenuidad hacia ese extremo. ¡Ya verá cómo merece la pena el esfuerzo de más!

Norman y su cargador emprendieron el largo recorrido, en tanto el resto de los cazadores se dirigía a los coches que les llevarían hasta donde permitiese el camino. Tras un rodeo de casi una milla, Norman vio con sorpresa que su cargador echaba por entre los brezos, en vez de seguir el camino evidente. Naturalmente, él siguió por el

sendero, ya que era lo más cómodo. No había avanzado diez yardas cuando le sobresaltó la voz del cargador, que le gritó:

—¡Por el amor de Dios, señor, salga de ahí! ¡Está caminando por la Senda!

—Es buen camino —exclamó Norman—. ¿Qué tiene de malo?

El hombre se le quedó mirando un momento. «¿Qué tiene de malo? —dijo gravemente, como si con eso fuera suficiente—. Los de aquí no andamos por ella..., sobre todo en esta época del año —se santiguó—. Salga de ahí, señor, y venga por los brezos.»

Los dos hombres se miraron un minuto.

—Si no me cree, señor, observe a las ovejas —dijo el hombre, con una voz llena de excitación y emoción—. Ya verá cómo no ponen la pezuña en ella. Ni ningún otro animal.

Norman vio un grupo de ovejas de cara negra que caminaba vacilante, cuesta abajo, por el páramo. Estaba impaciente por seguir, medio irritado. Por un momento, había olvidado la advertencia de Diana. Se puso a observar, contrariado y molesto. Para su asombro, el pequeño rebaño, al llegar al sendero, lo saltó claramente. Todas saltaron por encima de la Senda. Ni una la tocó. Fue una escena asombrosa. Los animales la fueron saltando, uno tras otro, como si la Senda pudiese quemarles o herirles. Siguieron por el brezal y se perdieron de vista.

Recordando la advertencia con desazón, se detuvo y encendió un cigarrillo.

—Qué raro —dijo—. Es el camino más cómodo.

—Puede ser —replicó el cargador—. Pero puede que el más cómodo no sea el mejor... ni el más seguro.

—¿El más seguro?

—Yo tengo hijos —dijo el cargador.

Fue una declaración significativa. Hizo reflexionar a Norman un momento.

—El más seguro —repitió, recordando todo lo que había oído, aunque deseoso de saber más—. ¿Quiere decir que es especialmente peligroso para los niños? ¿Para sus hijos? ¿Es eso? —un momento después, añadió—: sepa que lo creo de veras; es un campo raro... en mi opinión.

Su comprensiva simpatía ganó la confianza del hombre, como era su intención.

—Y es el equinoccio, ¿verdad? —aventuró Norman.

El hombre contestó con rapidez, al haber dado con un cazador que no se burlaba de él. Como le había sucedido al chófer, mostró evidente alivio de poder expresar sus temores supersticiosos, de los que en el fondo se avergonzaba, y en los que al mismo tiempo creía.

—No me importa por mí, señor —prorrumpió, contento de hablar—, porque yo voy a dejar estos lugares tan pronto como termine la temporada del urogallo; pero tengo dos chicos aquí, y quiero seguir teniéndolos. Se han perdido demasiados muchachos en el páramo, para mi gusto. Mañana mismo los voy a mandar a casa de una tía mía, en Crossways...

—Bien hecho —dijo Norman—. Precisamente empieza ahora el equinoccio, ¿no? Y ésa es una época peligrosa, dicen.

El cargador le miró un momento con cautela, calculando quizá su valor como destinatario de secretos temores, creencias, figuraciones y demás, aunque finalmente decidió que Norman merecía su confianza.

—Es lo que ha dicho siempre mi padre —reconoció.

—¿Su padre? Siempre es prudente escuchar lo que dice un padre —sugirió el otro—. Sin duda debió de ver algo... digno de ver.

Cayó un silencio entre ellos. Norman pensó que quizá se había mostrado demasiado ansioso de sonsacarle; sin embargo, el cargador estaba pensando solamente. Había algo que estaba deseando contar.

—¿Digno de ver? —repitió el hombre—; bueno... tal vez. Pero no de este mundo; y desde luego, fue pavoroso. Se le helaron los huesos, eso se lo puedo jurar. Y no era él de los que se dejan embaucar fácilmente, permita que se lo diga. Fue en su lecho de muerte; me lo contó... y un hombre no miente cuando tiene la muerte delante de los ojos.

El hecho de que Norman estuviese parado, sin hacer nada, en una cacería tan importante como ésta, era prueba suficiente de su enorme interés; y el hombre se dio cuenta evidentemente.

—¿Fue de día? —preguntó Norman tranquilamente, dando por sentado que era verdad lo que esperaba oír.

—Fue justo al anochecer —dijo el otro—; regresaba de visitar a un amigo enfermo que vivía en una granja que hay pasado el garaje. El médico le había asustado, creo; de manera que era un poco tarde cuando emprendió el regreso por el páramo; y, sin acordarse de que era la noche del equinoccio, se encontró en la Senda antes de darse cuenta. Y para terror suyo, estaba toda llena de luces, y vio una columna de figuras que avanzaba hacia él. Eran todas brillantes y hermosas, según las describió él, alegres y terribles, e iban riendo y cantando y gritando, y con joyas en el pelo; y lo peor de todo, jura que vio algunos de los niños que se habían perdido en el páramo años atrás; y a una muchacha a la que él había querido hacía veinte años, con la misma cara que cuando él la vio por última vez, y riendo contenta y feliz como si los años transcurridos no significasen nada...

—¿Y le llamaron? —preguntó Norman, extrañamente emocionado—. ¿Le pidieron que fuera con ellos?

—La chica sí —replicó el hombre—. La chica, dijo, sin un año más a sus espaldas, le llamaba de manera terrible. «Ven con nosotros», jura que le decía seductora; «ven con nosotros y sé feliz y joven eternamente», y si mi padre no llega a agarrar a tiempo su crucifijo, ¡Dios mío!, se habría ido...

Calló, pensando, nervioso, si no habría dicho demasiado.

—Si llega a irse, habría perdido su alma —dijo Norman, movido por una horrible intuición.

—Eso es lo que dicen, señor —convino el hombre con evidente alivio.

Echaron a andar los dos a la vez, presurosos, al irrumpir de pronto el mundo práctico de sir Hiram en este extraño intermedio. Estaba en curso una gran cacería. No debían llegar tarde al punto asignado.

—¿Y dónde empieza la Senda? —preguntó Norman poco después; y el hombre describió la pequeña caverna de Aguas Negras, de la que manaba el riachuelo, negro a causa de la turba, que discurría hacia el mar por los páramos desolados. El paisaje prestaba un admirable escenario al «cuento de hadas» que acababa de oír; sin embargo, sus pensamientos, mientras avanzaban entre las matas de brezo, volvieron a la historia mágica y fascinante, al sueño supersticioso de la «Gente Alegre» que cambiaba de terreno de caza a lo largo de esta Senda impía cuando el equinoccio se inflamaba con resplandor ultraterreno, cuando la juventud humana, insatisfecha con los placeres mundanos, podía ser invitada a unirse a otra evolución intemporal que, si no conocía la esperanza, participaba al menos de un presente eterno, feliz y sin mancha. La tentación de Diana, la increíble desaparición de su madre, los anhelos abrasadores de su propio corazón, incluso, adoptaron una extraña forma de posibilidades prácticas.

El efecto acumulado de todo lo que había oído al chófer, al cargador y a la misma joven, empezaba, quizá, a influir en él. Porque la ESENCIA de la mente humana, especialmente la imaginativa, está siempre expuesta a los ataques en los frentes de menos resistencia.

Marchaba tropezando, con la escopeta fuertemente sujeta, como si una moderna arma de destrucción pudiese transmitir firmeza a sus pies, por no decir a su mente, ahora llena de agitadas fantasías. Llegaron al puesto asignado. Y no había hecho más que instalarse en él cuando empezaron a llegar las primeras aves, de manera que fue imposible toda conversación. Era la famosa «batida de Silvermine»: en su vida había visto Norman tantos urogallos. Sus escopetas se calentaron tanto que no podía sostenerlas; sin embargo, seguían llegando bandadas...

Concluyó la batida a su debido tiempo, y tras un almuerzo apresurado llegó la igualmente famosa de Telegraph Hill, en la que cobraron más piezas incluso que en la primera; y al terminar, Norman se dio cuenta de que le dolía el hombro a causa del retroceso, y la cabeza a causa de los estampidos; de manera que se alegró de subir al coche y regresar a la residencia a tomar el té. La excitación, naturalmente, había sido grande; su nerviosismo, esperando haber cazado lo bastante bien como para justificar su inclusión en la partida, había influido también en su vitalidad. Notó que estaba agotado, y después del té se alegró de refugiarse en su habitación durante una hora o dos.

Tumbado cómodamente en el sofá con un cigarrillo, pensando en el fuego y la furia de las horas recientes, su meditación fue derivando gradualmente hacia otras cuestiones. El cazador, al parecer, se retiró, y reapareció el soñador, que jamás quedaba sepultado del todo. Su imaginación revivió los relatos que le habían contado

el chófer y el cargador, en tanto la historia de la madre de Diana y las extrañas palabras de la propia joven se adueñaron de sus pensamientos. Demasiado cansado para adoptar una postura crítica, dejó simplemente que desfilase todo en su memoria. Su inclinación natural reforzaba su posible veracidad, a la vez que el agotamiento hacía muy difícil el análisis para empeñarse en él; de manera que la imaginación ejerció su seductor hechizo sin obstáculo... Ardía en deseos de conocer la verdad. Por último, decidió salir la noche siguiente a observar la Senda. Sería la noche del equinoccio. Tenía que poner en claro las cosas de una manera o de otra: confirmándolo o desmintiéndolo. Sólo que debía examinarlo primero a la luz del día.

Le llenó de desasosiego descubrir, a la hora de la cena, que no estaba Diana; que de hecho —según sir Hiram—, se había ido a pasar uno o dos días con una antigua compañera de colegio que vivía en un pueblo vecino. De todos modos, añadió, estaría de regreso al finalizar la cacería; explicación que Norman interpretó como que su tío la había alejado deliberadamente para que no corriese ningún peligro. Estaba convencido de que era eso. Quizá sir Hiram se burlaba de estas «patrañas», pero no quería correr riesgos. Fue en el equinoccio cuando había desaparecido misteriosamente su hermana. Era mejor que la muchacha no estuviese. Las gratas felicitaciones que expresó a Norman por su buena actuación en las dos batidas no pudieron ocultar la sincera inquietud de su anfitrión. Era mejor que Diana «estuviese en otra parte».

Norman se acostó, firmemente decidido a explorar la Senda al día siguiente con buena luz, poner señales, salir por la noche cuando la casa estuviese tranquila, y ver qué ocurría.

Al día siguiente no hubo cacería. Su empresa fue fácil. Los guardas y los perros habían salido a recoger las aves abatidas el día anterior. Después de desayunar, se fue secretamente a recorrer el páramo de brezales, y no tardó en descubrirla: era un surco bastante hundido que a veces corría por depresiones donde no había agua, ni se veía rastro alguno de hombre o animal en su negra superficie de turba. Evidentemente, era un sendero en el páramo que nadie —ni hombres ni animales— utilizaba. Volvió a comprobar cuidadosamente los puntos de referencia, y tuvo la seguridad de poderlos reconocer a oscuras... y el día transcurrió con toda normalidad; después de cenar, las «escopetas» deliberaron sobre la batida del día siguiente, y se retiraron temprano, disfrutando de antemano de la jornada que les esperaba.

Norman subió a acostarse con el corazón palpitante, dado que su plan de salir en secreto más tarde —cuando todos durmiesen— a explorar el páramo y su «Senda encantada» no era precisamente lo que sir Hiram esperaba de un invitado. La ausencia de Diana, además, planeada con toda intención, aumentaba su profunda inquietud. Su súbita marcha para ir a visitar a «una antigua compañera de colegio» era poco convincente. Ni siquiera le había dejado una línea de explicación. Se le ocurrió que, además del chófer y del cargador, había otros que se tomaban en serio estas fantasías. Los pensamientos le bordoneaban como abejas alrededor de una

colmena...

Se asomó a la noche desde su ventana. La luna, en su segunda fase, brillaba de vez en cuando con esplendor, luego se ocultaba tras alguna nube algodonosa. Arriba, evidentemente, soplaban un viento furioso; abajo en el páramo, en cambio, reinaba una quietud mortal. Esta quietud afectaba a sus nervios; y los perros, aullando en sus perreras, aumentaban cierta sensación de supersticioso desasosiego que le corría por la sangre. La profunda quietud parecía ocultar una afanosa actividad detrás del silencio. Algo se movía en la oscuridad, allá en el páramo.

Se volvió de espaldas a la ventana y miró la habitación encendida, su acogedora comodidad, su bien iluminado lujo, su cama deliciosa aguardando dar descanso a sus miembros agotados. Vaciló. Chocaron las dos partes de su naturaleza... Pero la extraña ausencia de Diana, sus palabras, su beso repentino y sensacional, su singular silencio, el sentimiento quijotesco de *que podía* ayudarla... todas estas cosas le decidieron al final.

Se puso rápidamente las ropas deportivas, comprobó que todas las ventanas de los dormitorios estaban con la luz apagada, bajó a la puerta principal en calcetines, con un par de zapatillas de tenis en la mano. La puerta no estaba cerrada con llave; abrió sin ruido, y cruzó calladamente el camino de grava hacia la yerba; de ahí, tras ponerse las zapatillas, se dirigió al páramo.

La casa se perdió detrás de él; entre las nubes veloces surgían manchas plateadas de luz lunar; era embriagadora la fragancia del aire de la noche. ¿Cómo podía haber dudado? El prodigio y misterio del campo agreste le fascinaron o, mejor, le agarraron por el cuello. Al saltar la valla que separaba la huerta del páramo, oyó detrás un susurro débil, extraño; así que se detuvo y prestó atención un momento. ¿Había sido el viento, o rumor de pasos? Ninguna de las dos cosas: sólo el golpe de su abrigo abierto al rozar sobre la valla. ¡Bah!, tenía los nervios a flor de piel. Se rió —casi soltó una carcajada, tal era el alborozo que sentía— y echó a andar deprisa entre claridades semiespectrales. Y por alguna razón, se le levantó el ánimo y la sangre comenzó a galoparle: ante sí tenía una aventura que entusiasmaba a la otra mitad de su naturaleza, aunque esa «otra mitad» predominaba de manera inquietante.

¡Cuán primitivas eran, en realidad, «estas partidas» de caza! ¡Qué hombres con inteligencia y carácter, los mejores que era capaz de dar Inglaterra, dedicaran todo este tiempo y dinero a cazar como lo hicieron los hombres de las cavernas! El hombre primitivo necesitaba del zorro, del ciervo, de las aves... para alimentarse; sin embargo, miles de años después, los hombres más inteligentes del siglo xx —deportistas todos ellos— gastaban millones en armas superiores, que no dejaban ninguna posibilidad de escapar a la pieza, para abatirla. ¡No ser «deportista» equivalía a ser un inglés inferior...! El «deportista» era la flor y nata de la raza. Le pareció —y no era la primera vez— un ideal mezquino y siniestro. ¿No había otra cumbre de proeza caballeresca más deseable?

Estos pensamientos se le habían ocurrido ya un centenar de veces, aunque

reconocía que también él era «deportista» nato. Frente a esto, sentía una extraña atracción hacia las cosas eternas e inmortales que no tenían que ver con matar, hacia cosas que le embargaban el alma. Los cuentos de hadas sólo eran cuentos de hadas, por supuesto; aunque dentro de su dorada «insensatez» encerraban verdades imperecederas de la vida y la naturaleza humanas, tratando de perfilar los contornos del prodigio luminoso, susurrando secretos intemporales del alma, sugiriendo atisbos de glorias inefables que estaban más allá de la escala espacio-temporal aceptada por la razón lógica. Y esta actitud se alzó ahora sobre él como un viento incontenible, fragante, delicioso, embriagador. Las hadas, los duendes, la «Gente Alegre»... habitantes felices de alguna región no-humana...

La madre de Diana, desaparecida, susurraba secretas, furtivas llamadas a su hija para que corriera a reunirse con ella. La misma joven reconocía esas llamadas y tenía miedo, mientras que su práctico y duro tío se preocupaba especialmente de alejarla. Incluso para él, «deportista» típico, era peligroso el equinoccio. Estas reflexiones, tras irrumpir en la mente y el corazón de Norman, inundaron todo su ser, al tiempo que su anhelo y deseo de la muchacha le abrasaba como una llama.

El páramo, entretanto, por el que de día se caminaba con facilidad, parecía inesperadamente dificultoso de noche, el terreno más desigual, las matas de brezo más altas. Andaba pisando constantemente desniveles que no veía; y se alegró cuando al fin logró vislumbrar el garaje, que era uno de los puntos de referencia. Sabía que no quedaba mucho que andar para llegar a la Senda.

El tumulto de su cerebro era tal que prestaba poca atención a los leves ruidos que de vez en cuando oía, como si llevase a alguien a sus talones; pero ahora, al llegar a la Senda, tuvo el convencimiento de que alguien marchaba no lejos de él. Tan convencido estaba de la presencia de otro que se agachó en silencio entre los brezos, y esperó.

Prestó atención, respirando muy suavemente. En ese mismo instante supo que estaba en lo cierto. No eran imaginados los ruidos. Sonaban pasos detrás. El siseo de un cuerpo al avanzar entre los matorrales era inequívoco. A continuación oyó claramente pasos. Pasos que se detuvieron cerca de donde él se había agazapado. Justo en ese momento se apartaron las nubes de la luna, y ésta proyectó un área de luz plateada, lo que le permitió ver perfectamente recortado al «seguidor».

Era Diana.

—Lo sabía; estaba seguro desde hacía rato —dijo casi en voz alta, mientras su corazón, enfrentado a una anhelada esperanza y a un temor, ambos medio colmados, no tuvo un solo latido de alivio ni placer. Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal. Bien agazapado entre los brezos, en el borde de la Senda, experimentó más terror que alegría. Todo era demasiado claro para tergiversarlo. La joven había sido atraída de manera irresistible, la noche del equinoccio, hacia la zona de peligro donde su madre había «desaparecido» misteriosamente.

—Estoy aquí —añadió con gran esfuerzo en el mismo tono bajo—. Me habías

pedido ayuda. He venido a buscarte... cariño...

Las palabras, aunque llegó a pronunciarlas, murieron en sus labios. Vio que la joven se quedaba inmóvil un instante, mirando perpleja, como desconcertada ante un obstáculo que le impidiera el paso. Igual que los sonámbulos, miró a su alrededor, hermosa como un sueño, aunque consciente sólo a medias de su entorno. Sus ojos brillaban a la luz de la luna; y tenía las manos extendidas, aunque no hacia él.

—Diana —se oyó gritar a sí mismo—, ¿puedes verme? ¿Ves quién soy? ¿No me reconoces? He venido a ayudarte... ¡a salvarte!

Era evidente que ni le oía ni le veía, aunque estaba de pie delante de ella. La joven tenía conciencia de una presencia obstructora, nada más. Sus ojos relucientes, vítreos, miraban más allá de él... a lo largo de la Senda. Y Norman comprendió con terror que, a menos que él hiciese lo adecuado, Diana se perdería para siempre.

Se incorporó de un salto y corrió hacia ella; pero inmediatamente tuvo la extraordinaria sensación de que tropezaba con un muro que dificultaba el normal movimiento. Era casi como abrirse paso en el agua de una corriente o en una ráfaga de viento, y sólo con gran esfuerzo llegó junto a ella.

—¡Diana! —exclamó—. ¡Dis... Dis! —utilizando el nombre con que la llamaba su madre—. ¿Puedes ver quién soy? ¿No me reconoces? He venido a salvarte... —y alargó las manos hacia ella.

No obtuvo respuesta; la joven no hizo muestra ninguna.

—He venido a llevarte de regreso... a conducirte a casa. ¡Por el amor de Dios, contéstame, mírame!

Diana volvió los ojos hacia él, como para mirarle a la cara, pero su mirada pasó por encima de él, perdiéndose en el páramo iluminado por la luna. Sólo observó Norman, mientras ella miraba fijamente con ojos ciegos, que su mano izquierda toqueteaba débilmente un minúsculo crucifijo que colgaba de una cadenita de plata alrededor de su cuello. Norman alargó la mano y le cogió el brazo; pero en el instante en que la tocó, se sintió imposibilitado para moverse. Una extraña parálisis se apoderó de él. Y a la vez, la Senda entera se encendió asombrosamente con una especie de resplandor preternatural, y una extraña luz verdosa cubrió su recorrido a través del páramo, más allá de donde estaban ellos. Un profundo temor por sí mismo y por ella le invadió simultáneamente. Comprendió, con frío sobresalto, que tanto su alma como la de ella corrían súbito peligro.

Sus ojos se volvieron irremisiblemente hacia la Senda, tan extrañamente iluminada en la noche. Aunque su mano aún tocaba a la muchacha, su mente estaba sumida en posibilidades fantasmales. Porque dos pasiones le dominaban y luchaban dentro de él: el deseo furioso de poseerla en el mundo de los hombres y las mujeres, y el de irse con ella, temerariamente, y compartir algún inefable éxtasis de felicidad más allá del mundo conocido y del tiempo y el espacio que lo gobernaban. La propia naturaleza de ella tenía ya la clave y sabía el peligro... El ser entero de Norman se estremeció.

Las dos pasiones incompatibles le alanceaban el corazón. De repente, comprendió cuál era la alternativa: la oscura desolación del progreso humano con su futuro opresivo, el gozo y la gloria de una felicidad sin alma que la razón negaba y el corazón acogía no obstante como suprema verdad. ¡Una de dos!

Sin embargo, ¿qué valor y significado podía tener Diana para él, como esposa y madre, si era arrastrada ahora... al lugar donde vivía ahora su madre una vida imperecedera, dorada, intemporal? ¿Cómo podría afrontar este exilio diario del alma de ella, este aislamiento hora tras hora, este raptó de su ser normal que su propia naturaleza terrena tenía por tanpreciado y valioso? Por otro lado —en caso de salvarla, de retenerla en el hogar *humano*— ¿cómo la conservaría para él, si él mismo se manchaba con el dorado veneno...?

Norman vio las dos opciones con implacable claridad en ese instante fugaz, mientras la Senda adquiría una radiante luminiscencia. Sabía que su mente lógica se había retirado; predominaba su corazón, que latía furiosamente. Con supremo esfuerzo, seguía manteniendo el contacto del brazo de Diana. Sus dedos atenazaban el fuerte tejido de su manga. Todo su ser parecía embargado por un éxtasis increíble. Estaba de pie, mirándola, asombrado, sumido en un inefable sueño de belleza. Sólo a un lazo con lo normal se agarraba con la fuerza de un torno: su contacto con la manga de recia tela de *tweed* y, en su memoria evanescente, la imagen de un crucifijo que los dedos desmayados de ella toqueteaban débilmente.

Ahora había figuras que caminaban furiosas, deprisa, a lo largo de la Senda; Norman podía verlas acercarse de lejos. Era una visión inspiradora, embriagadora y, no obstante, totalmente creíble, sin fantasmagorías estúpidas e infantiles de ningún tipo. Todo lo veía con la misma claridad que si presenciara una parada militar en Whitehall o el desfile de una Batalla floral en algún país del sur. No obstante, era hermoso, alegre, espléndido, e irresistiblemente seductor. A medida que se acercaban las figuras, aumentaba el esplendor, de manera que se hizo evidente que irradiaban luz propia en la oscuridad del páramo. No eran especialmente sorprendentes las figuras en sí, y menos aún excepcionales. Parecían cosa «natural», aunque sólo en el sentido de que eran ciertas y probadas.

A la cabeza, cuando se acercaron más, vio Norman un hombre alto y oscuro sobre un caballo blanco; detrás iba una mujer rubia y radiante, con un vestido verde, y largos cabellos dorados que le llegaban a la cintura; sobre su cabeza vio una diadema de oro en la que había engarzada una piedra roja que brillaba con ardiente llama. Junto a ella marchaba otra mujer, morena y hermosa, con el cabello salpicado de piedras blancas que centelleaban como diamantes o cristales. Era un espectáculo alegre y luminoso. Sus rostros brillaban con el éxtasis de la juventud. De alguna indescriptible manera, todos difundían felicidad a su alrededor, y sus ojos irradiaban una paz y una benevolencia que jamás había visto Norman en unos ojos humanos.

Pasaron éstos, y luego otros, y otros, unos a caballo, otros a pie, jóvenes y viejos y niños, hombres con jabalinas y arcos sin tensar, después figuras juveniles con arpas

y liras, todos haciendo gestos amistosos de invitación a que se incorporasen a la comitiva, al cruzar ante ellos en silencio. En silencio, sí, en silencio; sin un ruido de pasos o un susurro de los brezos; en silencio, a lo largo de la Senda iluminada. Y aunque era un desfile silencioso, Norman percibía cantos, risas, incluso música de baile. Estas figuras, se dio cuenta, no podían moverse sin un ritmo; un ritmo de sonido y de gesto, porque era tan esencial para ellas como la respiración. Eran felices, radiantes, alegres, ajenas a la agotadora lucha y enconadas batallas evolutivas del mundo: eran libres, aunque sin alma. La «Gente Alegre», como las llamaban los de la región. Y la visión removió las más profundas raíces de su propio ser heterogéneo. ¿Irse con ellos y participar eternamente de su dicha *desalmada*... o quedarse y afrontar la batalla agotadora de la terrible —noble, sí, pero casi desesperanzada— evolución humana?

Decir que se sentía desgarrado en dos sería poco. El dolor abrasaba y consumía sus centros vitales. Diana, la joven, tiraba con una fuerza que parecía provenir de las estrellas; y su mano aún sentía la tela de la manga de ella bajo los dedos. Su cabeza y su corazón, sus nervios, sus músculos tensos, parecían fundirse en una furia de contradicciones y aceptaciones. La gloriosa procesión discurría interminable, como si las estrellas hubiesen rozado la tierra común del páramo, desprendiendo gotas de su oro generoso en mudo esplendor... cuando, de repente, Diana se soltó de un tirón y echó a correr hacia ellos.

La mujer de los cabellos dorados, vio Norman, se había salido de la Senda y se había detenido frente a él. Radiante y maravillosa, permaneció un segundo en suspenso.

—Dis... Dis... —oyó Norman, con un acento como de música—. Ven... ven conmigo. ¡Únete a nosotros! El camino está siempre abierto. ¡No hay excusa...!

La joven se hallaba ya a medio de camino en dirección a su madre antes de que él hubiese logrado romper el espantoso hechizo que le tenía inmovilizado. Pero el recio tejido de la manga se quedó entre sus dedos, y con él la cadena rota que sostenía el pequeño crucifijo de ella. Osciló la cruz de plata y se balanceó unos momentos; luego cayó entre los brezos.

Y al inclinarse frenéticamente a recogerla, el Destino jugó esa carta extraña e insólita que siempre tiene de reserva para los momentos en que el mundo parece perdido; porque al inclinarse, centelleó su propio crucifijo, en el que no había pensado ni una sola vez, y le rozó los labios. Creyendo que era una punta de brezo que le había pinchado, lo apartó de una manotada, sólo para descubrir que era el ridículo símbolo de metal que Diana le había hecho prometer que llevaría para su propia seguridad. Fue su viva punzada de dolor, no la supersticiosa reacción mental, lo que le impulsó a actuar inmediatamente.

En un segundo estuvo de pie otra vez; y al segundo siguiente había alcanzado a la joven, rodeando su figura posesivamente con ambos brazos. Un instante más tarde, sus labios se posaron sobre los de ella, y la cabeza y los hombros de Diana

descansaron sobre su pecho.

—¡Dis! —exclamó Norman frenéticamente—. ¡Debemos quedarnos aquí juntos! ¡Tú me perteneces! ¡Te retendré con todas mis fuerzas, aquí... siempre!

No recuerda qué más gritó. Sintió que ella se derrumbaba en él con todo su peso. Al parecer, la cogió en brazos: sentía sus sollozos convulsivos contra el corazón. El brazo de ella le rodeaba con fuerza.

Vio perderse a lo lejos el desfile de figuras, a medida que se internaba en el páramo envolvente y se hundía en la curvada oscuridad. Las nubes cruzaban veloces sobre la luna. No se oía un solo ruido, el aire seguía inmóvil, no sonaba ningún rumor de cascada; las avefrías dormían.

Cubriendo a Diana con su propio abrigo, la llevó a casa... Y pasado un tiempo se casó con ella; se casó con Diana, con Dis, una muchacha rara y adorable, aunque sin alma, y casi sin mente; una muchacha tan corriente como la esplendorosa nulidad retratada, con los dientes centelleantes, en las cubiertas de las revistas populares: una criatura estereotipada cuya esencia se había ido «a otra parte».

ANTIGUAS BRUJERÍAS^[4]

I

HAY al parecer personas completamente anodinas, sin un rasgo que sugiera la aventura, y que sin embargo sufren una o dos veces, en el curso de sus plácidas existencias, una experiencia tan extraña que el mundo contiene el aliento... ¡y desvía la vista! Y eran casos de este género, quizá, especialmente, los que solían caer en la extensa red de John Silence, médico del espíritu; y valiéndose de su profunda humanidad, su paciencia y sus grandes cualidades de comprensión espiritual, llegaba a resolver con frecuencia los problemas más singularmente complejos, y del más hondo interés humano.

Le gustaba rastrear hasta sus fuentes ocultas asuntos que parecían casi demasiado singulares y fantásticos para ser creíbles. Desenredar una maraña en el fondo mismo de las cosas —liberando de paso a un alma sufriente de su tormento— era en él una verdadera pasión. Y, a decir verdad, los nudos que él desataba eran a menudo extraños por demás.

El mundo, desde luego, exige alguna base plausible a la que poder dar crédito, algo al menos que se parezca a una explicación. Puede comprender al tipo aventurero: individuos que llevan consigo una explicación suficiente de sus vidas apasionantes, y cuyo temperamento les arrastra a situaciones que propician la aventura. Nada más espera de ellos, y con eso se contenta. Pero la persona oscura y vulgar no tiene derecho a conocer experiencias que se salen de lo cotidiano; y cuando eso ocurre, el mundo se siente decepcionado —por no decir escandalizado— con ella. Ha trastornado de forma grosera su satisfecha opinión de lo que debe ser.

—¡Que le haya ocurrido tal cosa a *ése*! —exclama—, ¡un individuo tan vulgar! ¡Es ridículo! ¡Debe de haber un error!

Sin embargo, es indudable que algo le ocurrió al pequeño Arthur Vezin, algo de carácter muy singular, que él contó al doctor Silence. Sea dentro o fuera de él, no hay duda de que le sucedió, a pesar de las bromas de los pocos amigos que le oyeron contar la historia, y que comentaron con sensatez que «tal cosa podía haberle ocurrido, quizá, a Iszard, al chiflado de Iszard, o a ese tipo raro de Minski; pero nunca al pequeño Vezin, predestinado a vivir y morir de acuerdo con su escala».

Pero sea cual sea su clase de muerte, desde luego Vezin no «vivió de acuerdo con su escala» en lo que respecta a este episodio concreto de su insípida vida; y al oírsele contar, y ver cómo se alteraba su semblante pálido y delicado, y notar cómo su voz se iba volviendo más contenida y confidencial a medida que hablaba, uno llegaba a esa

convicción que sus torpes palabras quizá no lograban transmitir. Lo revivía cada vez que lo relataba. Su personalidad entera se desdibujaba durante la narración, y ésta le dominaba de tal modo que se convertía en una larga disculpa por una experiencia que desaprobaba. Parecía excusarse y pedir perdón por haber osado participar en tan fantástica aventura. Porque el pobre Vezin era un alma tímida, amable y sensible, raramente capaz de hacerse valer, considerada por los hombres y los animales, y casi físicamente incapaz de decir que no, o de exigir muchas cosas que en justicia se le debían. Su proyecto entero de vida parecía estar muy lejos de cuanto sobrepasase en excitación a perder el tren u olvidar el paraguas en el autobús. Y cuando le aconteció este suceso singular había dejado ya bastante atrás los cuarenta años que sus amigos le hacían o él estaba dispuesto a admitir.

John Silence, que le oyó contar su experiencia en más de una ocasión, decía que a veces omitía unos detalles y añadía otros; sin embargo, todos eran claramente ciertos. Tenía el desarrollo del suceso imborrablemente cinematografiado en la mente. Ningún pormenor era imaginado o inventado. Y cuando relataba la aventura sin omitir ninguno, su efecto era innegable. Le brillaban sus ojos castaños y suplicantes, y afloraba y se revelaba gran parte de su encantadora personalidad, por lo general escrupulosamente reprimida. Nunca abandonaba su modestia, por supuesto; pero durante la narración olvidaba el presente y se permitía mostrarse casi intensamente, al revivir su aventura pasada.

Regresaba a casa cuando ocurrió; cruzaba el norte de Francia tras un viaje a las montañas donde solía refugiarse a solas todos los veranos. No llevaba más que una bolsa de viaje en la red, y el tren iba atestado hasta la asfixia de impenitentes ingleses de vacaciones. Le desagradaban, no por ser compatriotas suyos, sino porque eran escandalosos y molestos, y borraban con sus grandes brazos y piernas y sus ropas de *tweed* las plácidas impresiones del día que le habían hecho disfrutar y le habían permitido diluirse en la insignificancia y olvidar que era alguien. Estos ingleses alborotaban a su alrededor como una charanga, haciéndole comprender vagamente que debía mostrarse más enérgico y exigente, y que no reclamaba con bastante insistencia toda clase de cosas que no necesitaba y tenían muy poca importancia en realidad, como un asiento junto a la ventanilla, llevar subido o bajado el cristal, y cosas por el estilo.

Así es que iba incómodo, y deseoso de terminar el viaje y encontrarse otra vez en Surbiton, con su hermana soltera.

Y cuando el tren se detuvo diez jadeantes minutos en la pequeña estación del norte de Francia, y bajó a estirar las piernas por el andén, y vio consternado que embarcaba, de otro tren, una nueva tanda de ciudadanos de las Islas Británicas, de repente le pareció imposible seguir el viaje. Incluso su alma apocada se sublevó; y se le ocurrió quedarse una noche en el pueblo y continuar al día siguiente en otro tren más lento y más vacío. El revisor estaba ya gritando «en voiture» y el pasillo hasta su compartimiento se hallaba atestado cuando se le ocurrió la idea. Y, por una vez, actuó

con decisión y se apresuró a recobrar su bolsa.

Viendo que los estribos y el pasillo estaban infranqueables, dio unos golpecitos en el cristal (su asiento era de ventanilla) y rogó al señor que iba sentado enfrente que le diese su equipaje, explicándole con su mal francés que había decidido interrumpir el viaje aquí. Y contaba después que este francés, persona de edad, le dirigió una mirada, mitad de advertencia mitad de reproche, que no olvidaría hasta el día de su muerte; le tendió la bolsa por la ventanilla cuando el tren se ponía en marcha, al tiempo que le soltaba al oído, en voz baja, una larga frase apresurada, de la que sólo fue capaz de comprender las últimas palabras: «*a canse du sommeil et a cause des chats*».

Contestando al doctor Silence, cuya excepcional penetración psíquica intuyó al punto que este francés era un elemento crucial en la aventura, Vezin admitió que dicho hombre le había causado buena impresión desde el principio, aunque no podía explicar por qué. Habían viajado sentados el uno enfrente del otro durante cuatro horas; y si bien no habían intercambiado una sola frase —Vezin era tímido con su francés tartamudeante—, confesó que sus ojos se desviaban continuamente hacia el rostro del desconocido, al extremo de rayar casi la impertinencia, reconoció; y que cada uno por su parte había mostrado, en una docena de detalles corteses y atención, deseos de agradar. Habían sentido mutua simpatía, y sus personalidades no habían chocado, o no lo habrían hecho de haber llegado a trabar amistad. El francés, desde luego, pareció ejercer un influjo callado y protector sobre el pequeño e insignificante inglés, y reveló sin palabras ni gestos que le deseaba lo mejor, y que le habría gustado muchísimo ayudarlo.

—¿Y esa frase que le lanzó con la bolsa —preguntó John Silence, esbozando esa sonrisa de especial simpatía que siempre disipaba los prejuicios de su paciente—, podría recordarla exactamente?

—Fue tan rápida y en voz tan baja y vehemente —explicó Vezin con su vocecita— que no entendí nada de lo que dijo. Sólo capté las últimas palabras porque las dijo con claridad, y con la cara fuera de la ventanilla para acercarla a la mía.

—«*A canse du sommeil et á cause des chats?*» —repitió el doctor Silence, como hablando consigo mismo.

—Exacto —dijo Vezin—; lo cual creo que significa algo así como «a causa del sueño y a causa de los gatos», ¿no?

—Desde luego, así es como la traduciría yo —comentó el doctor con brevedad puesto que, evidentemente, no quería interrumpirle más de lo necesario.

—En cuanto al resto de la frase... no entendí la primera parte. Creo que me advertía que no hiciera algo: que no me quedara en el pueblo, o en algún lugar concreto del pueblo, quizá. Ésa fue la impresión que me dio.

A continuación, como es natural, partió el tren, y Vezin se quedó en el andén solo y con sensación de desamparo.

El pueblecito ascendía sin orden por un cerro empinado que arrancaba de la

llanura, a espaldas de la estación, y lo coronaban las dos torres gemelas de una catedral en ruinas que descollaba en la cima. Desde la estación parecía moderno y sin interés; pero la verdad era que su configuración medieval se hallaba fuera de la vista, al otro lado. Y tan pronto como llegó arriba y se metió por sus calles antiguas, dejó atrás la vida moderna y se sumergió en un siglo del pasado. El bullicio y la agitación del tren atestado parecían haber quedado días atrás. Le hechizó el espíritu de este pueblo silencioso de montaña que soñaba su propia vida apacible bajo el sol otoñal, lejos de los turistas y los automóviles. Pasó mucho rato moviéndose bajo este influjo, antes de tener conciencia de él. Caminaba calladamente, casi de puntillas, por las callejas estrechas y sinuosas cuyos aleros casi se tocaban por encima de él, y cruzó el portal de la posada solitaria con una actitud cohibida y humilde que por sí sola era una disculpa por irrumpir en la casa y turbar su sueño.

Al principio, no obstante, dijo Vezin, casi no se dio cuenta de todo esto. Fue mucho después cuando trató de analizarlo. Lo que ahora le llamó la atención fue sólo el contraste delicioso del silencio y la paz, tras el polvo y el ruidoso traqueteo del tren. Se sentía apaciguado y acariciado como un gato.

—¿Cómo un gato, dice? —le interrumpió John Silence con presteza.

—Sí. Desde el principio mismo, ésa fue mi impresión —se echó a reír, como excusándose—. Era como si el calor y la paz y el sosiego me hiciesen ronronear. Ése parecía ser el ánimo que imperaba en todo el pueblo... entonces.

La posada, un edificio antiguo y destartado que aún conservaba la atmósfera de los viejos tiempos de las diligencias, no pareció acogerle con demasiado calor. Notaba que le toleraba tan sólo, dijo. Pero era barata y cómoda; y la deliciosa taza de té que le sirvieron en seguida le hizo sentirse realmente satisfecho de sí mismo, por haber dejado el tren de forma tan osada y original. Porque le parecía osada y original. Estaba algo así como ufano. Su habitación era sedante, también, con su enmaderado oscuro y su techo bajo e irregular; y el pasillo largo e inclinado que conducía a ella parecía el acceso natural a una verdadera Cámara del Sueño: un cuartito minúsculo alejado del mundo adonde no llegaba ruido alguno. Daba al patio trasero. Todo era encantador; y de alguna manera, le hacía imaginarse vestido de suavísimo terciopelo, y los suelos parecían mullidos y las paredes acolchadas. Ningún ruido del exterior penetraba hasta allí. Una atmósfera de absoluto descanso le envolvía.

Al ocupar la habitación de dos francos había hablado con la única persona que parecía haber en la posada esta tarde soñolienta: un camarero entrado en años de grandes patillas y amodorrada cortesía que acudió a su encuentro con paso perezoso desde el otro extremo del patio enlosado; pero al bajar otra vez para dar un paseo por el pueblo antes de la cena se encontró con la propietaria en persona. Era una mujer enorme cuyas manos, pies y cara parecían abrirse paso hacia él desde un mar de corpulencia. Emergían, por así decir. Pero tenía unos ojos grandes, oscuros y vivos que contrarrestaban lo voluminoso de su cuerpo, y revelaban que en realidad se trataba de una mujer vigorosa y alerta. La vio haciendo punto en una silla baja contra

la pared, donde daba el sol, y al pronto la imaginó como una gran gata dormitando, aunque vigilante, soñolienta y al mismo tiempo dispuesta a pasar instantáneamente a la acción. Le sugirió una gran cazadora de ratones.

Le abarcó con una amplia mirada que fue cortés sin ser cordial. Su cuello, observó Vezin, era sumamente flexible a pesar del tamaño, dado que lo giró con gran facilidad para seguirle; y su cabeza, sobre él, se inclinó en un gesto de saludo con gran soltura.

—Pero cuando me miró —dijo Vezin, con esa sonrisa de disculpa en sus ojos castaños y ese gesto suplicante con los hombros tan característicos en él—, tuve la extraña sensación de que en realidad había tratado de hacer un movimiento distinto, y que podía haber caído sobre mí, con un simple salto desde el otro lado del patio, igual que una enorme gata sobre un ratón.

Se echó a reír con su risa blanda, y el doctor Silence anotó algo en su cuaderno sin interrumpirle, mientras Vezin proseguía en un tono como si temiese haber dicho demasiado, y más de lo que nosotros podíamos creer:

—Era muy suave, y muy activa a pesar de su corpulencia; y me dio la impresión de que sabía mis movimientos aun después de pasar y hallarme a su espalda. Me habló, y su voz sonó blanda y rumorosa. Me preguntó si tenía mi equipaje, y si estaba cómodo en mi habitación; luego añadió que la cena se servía a las siete, y que la gente era muy madrugadora en este pueblecito rural. Trataba de hacerme ver que era mejor no trasnochar.

Evidentemente, consiguió transmitirle, con su actitud y su voz, que aquí sería «manejado», que lo dispondrían y planearían todo por él, y que no tenía que hacer otra cosa que dejarse llevar y obedecer. Ninguna acción decidida ni esfuerzo personal enérgico se esperaba de él. Ocurría totalmente al revés que en el tren. Salió silenciosamente a la calle, con una sensación de sosiego y de paz. Se dio cuenta de que se hallaba en un *milieu* que armonizaba con su carácter. Era mucho más fácil obedecer. Empezaba a ronronear otra vez, y a notar que el pueblo entero ronroneaba con él.

Deambuló sin prisa por las calles del pueblo, sumergiéndose cada vez más en el espíritu de reposo que lo caracterizaba. Vagó sin rumbo de un lado para otro. El sol de septiembre caía oblicuo sobre los tejados. Bajando por callejones sinuosos orlados de aleros colgantes y ventanas abiertas, vislumbraba fugazmente mágicas perspectivas de la gran llanura y de los prados y arboledas amarillas que se desplegaban como un mapa de ensueño en la neblina. Notaba que aquí subsistía aún poderosamente el hechizo del pasado.

Las calles estaban llenas de hombres y mujeres vestidos de manera pintoresca; todos andaban afanosos, cada uno a sus asuntos; pero nadie reparaba en él, ni se volvía a mirar su llamativa pinta de inglés. Incluso llegó a olvidar que su aspecto de turista desentonaba en este cuadro encantador, y se fue fundiendo cada vez más en la escena, sintiéndose deliciosamente insignificante, anónimo y desinhibido. Era como

incorporarse a un sueño de tenues matices sin darse cuenta de que era un sueño.

El flanco oriental del cerro era más abrupto, y la llanura, abajo, acababa súbitamente en un mar de sombras en el que las pequeñas manchas boscosas semejaban islas y los campos de rastrojo zonas de aguas profundas. Aquí paseó por viejos baluartes de antiguas fortificaciones que en otro tiempo fueron formidables, pero que ahora eran sólo una visión fantástica con su mezcla encantadora de hendidas murallas grises y caprichosa hiedra y enredadera. Desde el ancho remate en el que se había sentado un momento, a la altura de las copas redondas de los plátanos recortados, veía la explanada allá abajo, en la sombra. De trecho en trecho se filtraba un amarillo rayo de sol que iluminaba las hojas amarillas; y desde lo alto, Vezin observó el ir y venir de los vecinos del pueblo, al fresco del atardecer. Podía oír, incluso, el rumor de sus pasos, y el murmullo de sus voces subía hasta él por los espacios abiertos entre los árboles. Sus figuras, vislumbradas a lo lejos, parecían sombras de lentos movimientos.

Permaneció sentado un rato, absorto, bañándose en las olas de murmullos y ecos semiperdidos que subían hasta él, oculto por las hojas de los plátanos. El pueblo entero, y el cerro pequeño sobre el que se alzaba con la naturalidad de un bosque antiguo, le parecían un animal soñoliento, tumbado en la llanura, murmurando para sí en sueños.

Y a continuación, mientras su alma se fundía perezosamente con el sueño del pueblo, le llegaron al oído sonos de trompas y de instrumentos de cuerda y madera: la banda del pueblo comenzaba a tocar en el otro extremo de la concurrida terraza, acompañada de un tambor muy suave y profundo. Vezin tenía gran sensibilidad para la música, era un experto conocedor, y hasta se había atrevido a componer —cosa que ignoraban sus amigos— plácidas melodías de graves acordes que ejecutaba para sí con sordina cuando no había nadie cerca. Y esta música que ascendía entre los árboles procedente de una banda invisible y sin duda pintoresca, formada por gente del pueblo, le cautivó por completo. No reconocía nada de cuanto tocaban: sonaba como si estuviesen improvisando tan sólo, sin director. Ningún compás destacaba en las piezas que interpretaban, las cuales terminaban y empezaban extrañamente, a la manera del viento cuando sopla a través de un arpa eolia. Formaba parte del lugar y de la escena, al igual que el sol agonizante y el aire débil formaban parte de la escena y la hora; y las notas suaves y quejumbrosas de las trompas antiguas, traspasadas aquí y allá por el sonido agudo de las cuerdas, todo medio sofocado por el latido profundo y continuo del tambor, transmitió a su alma un hechizo poderoso y singular, casi demasiado subyugante para ser del todo agradable.

Había cierta rara sensación de embrujo en todo ello. Le parecía una música demasiado poco artificial. Le hacía pensar en los árboles azotados por el viento, en las brisas nocturnas cantando en los alambres y las chimeneas, o en los aparejos de unas naves invisibles; o —el símil surgió en sus pensamientos con súbita, intensa fuerza evocadora— en un coro de animales, de seres salvajes, en algún paraje

desolado del mundo, aullando y cantando, como suelen hacer, a la luna. Podía imaginar que oía el maullido lastimero y semihumano de los gatos por la noche, en los tejados, elevándose y extinguiéndose a espectrales intervalos de sonido; y esta música, amortiguada por la distancia y los árboles, le hizo pensar en una extraña reunión de dichas criaturas, en algún tejado perdido en el cielo, dedicándose a coro, unas a otras y a la luna, su canto solemne.

Le pareció extraño, en ese momento, que se le ocurriera tan singular imagen; sin embargo, expresaba su impresión más gráficamente que ninguna otra. Los instrumentos ejecutaban intervalos absolutamente insólitos, y los crescendos y disminuendos sugerían en todo la voz de un montón de gatos en un tejado, de noche, elevándola de golpe, bajándola de repente, todo con la más extraña confusión de disonancias y armonías. Pero, al mismo tiempo, el efecto general era de una dulzura lastimera, y las disonancias de esos instrumentos medio destemplados era tan excepcional que no ofendía a su alma de músico como ofende el violín desafinado.

Estuvo escuchando largo rato con total entrega, como era propio en él, y regresó a la posada cuando ya oscurecía y el aire empezaba a ser frío.

—¿No hubo nada que le produjera alarma? —dijo el doctor Silence brevemente.

—Nada en absoluto —dijo Vezin—; pero era todo tan fantástico y subyugante que me impresionó profundamente. Quizá, también —prosiguió, deseoso de explicar—, mi imaginación excitada generó otras impresiones; porque cuando regresaba, el embrujo del pueblo comenzó a apoderarse de mí de una docena de maneras distintas, aunque todas comprensibles. Aunque hubo otras cosas que no pude explicarme ni aun entonces.

—¿Se refiere a algún incidente?

—Casi ni siquiera fueron incidentes, creo. En mi mente se agolpaba un sinfín de sensaciones intensas cuya causa no lograba determinar. Se había puesto el sol, y los viejos y ruinosos edificios recortaban sus mágicas siluetas sobre un cielo traslúcido de color rojo y dorado. El crepúsculo se adueñaba rápidamente de las calles tortuosas. La llanura rodeaba el cerro como un mar oscuro cuyo nivel subía con las tinieblas. Como sabe, el encanto de esta clase de escenas puede llegar a ser conmovedor, y así ocurría esa noche. Sin embargo, me parecía que lo que percibía no guardaba relación alguna con el misterio y la maravilla de la escena.

—Las sutiles transformaciones del espíritu no se debían meramente a la belleza —precisó el doctor, al observar que vacilaba.

—Exacto —prosiguió Vezin, ya animado, y sin temor de que nos sonriéramos a su costa—. Las impresiones provenían de otra fuente. Por ejemplo, observé que yo no despertaba la menor curiosidad en la concurrida calle principal, donde hombres y mujeres regresaban a sus casas tras su jornada de trabajo, compraban en las tiendas y puestos ambulantes, charlaban ociosamente en grupos y demás: nadie se volvía a mirarme, pese a ser un desconocido y un extranjero. Me ignoraban por completo, y mi presencia entre ellos no suscitaba ni interés ni ninguna atención particular.

»Y entonces, de repente, tuve la convicción de que esa indiferencia y falta de curiosidad de que habían dado muestra hasta aquí eran fingidas. En realidad, todos me vigilaban estrechamente. Me seguían y observaban cada uno de mis movimientos. Su indiferencia no era sino simulación, una rebuscada simulación.»

Calló un momento y nos miró para comprobar si sonreíamos; luego, tranquilizado, prosiguió:

—Es inútil que me pregunten cómo lo noté porque, sencillamente, no lo sé explicar. Pero el descubrimiento me produjo cierto sobresalto. Antes de llegar a la posada, sin embargo, afloró a mi conciencia otro detalle singular, y me vi obligado a reconocer que era cierto. Y puedo añadir, además, que lo encontré igualmente inexplicable. Quiero decir que sólo puedo referirles el hecho; porque hecho fue para mí.

El hombrecillo abandonó su silla y se plantó en la alfombra, delante del fuego. A partir de ese momento fue perdiendo timidez, según se sumergía en la magia de la vieja aventura. Los ojos le brillaban un poco ya, mientras hablaba.

—Pues bien —prosiguió, alzando algo la voz llevado de su excitación—, estaba en una tienda cuando me vino la idea por primera vez... aunque debía de hacer rato ya que me rondaba en el subconsciente para ocurrírseme tan de golpe. Había entrado a comprarme unos calcetines, creo —se echó a reír—; y luchaba con mi horroroso francés, cuando me di cuenta con sorpresa de que a la mujer que me atendía le daba igual que le comprara o no. Le tenía sin cuidado. Sólo fingía vender.

»Parece un detalle demasiado pequeño y absurdo para que diera pie a lo que sigue. Pero no es tan pequeño en realidad. Creo que fue la chispa que encendió el reguero de pólvora y provocó la gran llamarada en mi cerebro.

»Porque de repente comprendí que el pueblo entero era muy diferente de como yo lo había visto hasta ese momento. Las verdaderas actividades e intereses de sus gentes estaban en otra parte y no tenían nada que ver con lo que aparentaban. Sus auténticas vidas permanecían ocultas detrás del escenario. Sus quehaceres no eran sino una apariencia externa que enmascaraba sus verdaderos intereses. Compraban y vendían, comían y bebían y andaban por las calles; pero el curso de sus existencias discurría fuera de mi alcance, por lugares subterráneos y secretos. En las tiendas, en los puestos callejeros, les tenía sin cuidado si yo les compraba o no sus artículos; en la posada les daba igual si me quedaba o me iba; su vida estaba muy lejos de la mía: brotaba de fuentes ocultas y misteriosas, y seguía un curso oculto y desconocido. Todo era un complicado fingimiento que adoptaban quizá para mi beneficio, o posiblemente por motivos particulares, mientras que la corriente principal de sus energías fluía por otro cauce. Me sentía casi como podría sentirse una sustancia extraña y molesta que se ha introducido en el organismo humano, y el cuerpo entero se pone en actividad para expulsarla o absorberla. Eso era exactamente lo que estaba haciendo el pueblo conmigo.

»Ésa fue la extraña idea que cobró fuerza en mi cerebro mientras regresaba a la

posada, y me puse a pensar dónde se ocultaría la verdadera vida, y cuáles podían ser los verdaderos intereses y actividades de esa vida misteriosa.

»Y ahora que se me habían entreabierto los ojos, observé otros detalles que también me desconcertaban; el primero, creo, fue el extraordinario silencio que reinaba en todo el pueblo. Daba la clara impresión de estar acolchado. Aunque sus calles estaban adoquinadas, la gente deambulaba quedamente, en silencio, con pies almohadillados como los gatos. Nada hacía ruido. Todo movimiento era apagado, callado, mudo. Las mismas voces sonaban bajas, contenidas, como un ronroneo. Ningún estruendo, violencia o ruido parecía poder producirse en la atmósfera soñolienta que envolvía a este pueblo. Era como la mujer de la posada: la calma externa ocultaba una actividad intensa y unos propósitos ocultos.

»Sin embargo, no se veía el menor signo de letargo o pereza en ninguna parte. La gente andaba activa y alerta. Sólo que una mágica y misteriosa suavidad les envolvía a todos como un hechizo.

Vezin se pasó la mano por los ojos un momento como si el recuerdo se le hubiese vuelto muy intenso. Su voz se había ido apagando hasta volverse un susurro, de manera que oímos lo último con dificultad. Estaba contando algo que evidentemente era verdad; algo que le gustaba y, no obstante, detestaba contar.

—Volví a la posada —prosiguió poco después, con voz más firme— y cené. Percibía un mundo nuevo y extraño a mi alrededor. Mi antiguo mundo de la realidad iba perdiendo terreno. Aquí, me gustase o no, había algo nuevo e incomprensible. Lamentaba haber dejado el tren de manera tan impulsiva. Me había sobrevenido una aventura, y yo odiaba por naturaleza las aventuras. Por otra parte, parecía que ésta empezaba muy dentro de mí, en una región que no podía controlar ni medir; y a mi asombro se mezclaba una sensación de inquietud... de inquietud por la estabilidad de lo que durante cuarenta años había reconocido como mi «personalidad».

»Subí a acostarme con la cabeza repleta de ideas insólitas en mí, y de carácter obsesivo. Con objeto de tranquilizarme, me puse a pensar en aquel tren simpático, prosaico y bullicioso con sus vociferantes pasajeros. Casi deseé volver a encontrarme entre ellos. Pero mis sueños me llevaron a otra parte. Soñé con gatos, con seres de movimientos suaves, y con el silencio de la vida en un mundo amortiguado y confuso situado más allá de los sentidos.»

II

Vezin se demoró un día tras otro, indefinidamente, mucho más de lo que había pensado. Se sentía inmerso en una especie de ofuscamiento y somnolencia. No hacía nada en particular, pero el pueblo le tenía fascinado y no se decidía a marcharse. Siempre le resultaba difícil tomar una decisión, y a veces se preguntaba cómo había

llegado a dejar el tren. Era como si alguien lo hubiese resuelto por él, y una o dos veces le vino a la memoria el oscuro francés que iba sentado enfrente de él. Ojalá hubiera entendido aquella larga frase de extraño final: «*d cause du sommeil et á cause des chats*». Se preguntaba qué habría querido decir.

Entretanto, la acolchada suavidad del pueblo le tenía prisionero, y a su manera amable y confusa, intentaba averiguar dónde residía el misterio y en qué consistía. Pero su limitado francés y su repugnancia instintiva a toda indagación activa le impedían abordar a la gente para interrogarla. Se conformaba con observar, estar atento, y mantenerse activo.

El tiempo seguía siendo apacible y neblinoso, cosa que le favorecía. Deambuló por el pueblo hasta que se supo de memoria cada calle y callejón. La gente le dejaba ir y venir sin trabas ni impedimentos, aunque cada día notaba más claramente que no cesaban de vigilarle. La gente le observaba como observa el gato al ratón. Pero no avanzaban sus averiguaciones sobre en qué andaban tan atareados todos o por dónde discurría la corriente principal de sus actividades. Ésta seguía oculta. La gente era callada y misteriosa como los gatos.

Pero cada día se le hacía más evidente que le tenían bajo continua vigilancia.

Por ejemplo, cuando llegaba paseando hasta el final del pueblo, entraba en el jardincito público que había al pie de las murallas y se sentaba al sol en uno de los bancos vacíos, estaba completamente a solas... al principio. No veía un solo banco ocupado; el pequeño parque estaba vacío, y sus paseos desiertos. Sin embargo, a los diez minutos de llegar, había lo menos una veintena de personas diseminadas a su alrededor: unas paseando sin rumbo por los senderos de grava contemplando las flores, otras sentadas en los bancos de madera, disfrutando del sol como él. Ninguna parecía fijarse en su persona; sin embargo, se daba perfecta cuenta de que habían ido allí a observar. Le tenían bajo estrecha vigilancia. Andaban atareados por las calles, yendo presurosos de aquí para allá; y de repente, lo olvidaban todo y venían a sentarse ociosamente a tomar el sol, olvidados de sus obligaciones. Cinco minutos después de marcharse él, el jardín volvía a quedarse desierto y los bancos vacíos. Y lo mismo ocurría en la calle concurrida; nunca estaba solo. Le tenían constantemente presente.

Poco a poco, empezó a comprobar también con qué habilidad era vigilado sin que lo pareciese. Nadie hacía nada de manera *directa*. Actuaban *oblicuamente*. Se rió en su interior al traducir esta idea en palabras; pero la frase lo describía con exactitud. Le miraban desde ángulos desde los que, de hacerlo de manera natural, su visión habría tenido una trayectoria totalmente distinta. Sus movimientos eran oblicuos con relación a él, también. Evidentemente, no les iba lo recto, lo directo. No hacían nada a las claras. Si entraba a una tienda a comprar, la mujer se retiraba al instante y se ponía a hacer cosas en el otro extremo del mostrador, aunque contestaba con presteza cuando él le dirigía la palabra, dando a entender que sabía que estaba allí y que ésa era su manera de atenderle: se comportaba como los gatos. Hasta en el comedor de la

posada, el atento camarero de grandes patillas, ágil y silencioso en todos sus movimientos, parecía no ser capaz de llegar directamente a su mesa para atenderle o servirle un plato. Acudía en zigzag, indirectamente, vagamente, de manera que parecía que se dirigía a otra mesa, hasta que, de súbito, daba la vuelta en el último instante y se presentaba a su lado.

Vezin sonrió para sí al describir cómo empezó a darse cuenta de estas cosas. No había ningún turista más en el hotel, pero le vinieron a la memoria las figuras de un par de viejos que acudían a *déjeuner* y a cenar allí, y recordó cuán fantásticamente entraban en el comedor. Primero se quedaban en el umbral, escrutaban el interior; luego, tras esta inspección provisional, entraban de lado, por así decir, a lo largo de las paredes, de modo que Vezin no sabía a qué mesa se dirigirían; y en el último minuto, daban casi una carrerita hasta sus sillas particulares. Y otra vez pensó en las costumbres y métodos de los gatos.

Otros detalles pequeños, también, le parecían característicos de este extraño pueblo de vida acolchada e indirecta: la increíble rapidez con que algunos de sus habitantes aparecían y desaparecían, ante su desconcierto. Sabía que cabía perfectamente dentro de lo natural, pero no comprendía cómo los callejones se los tragaban y los expulsaban en cuestión de segundos, cuando no había accesos o pasos visibles lo bastante cercanos que explicasen dicho fenómeno. Una de las veces quiso seguir a dos viejas que notó que le miraban desde el otro lado de la calle —fue cerca de la posada—, y después torcían en la esquina, a unos pasos. Sin embargo, cuando dio la vuelta él, pisándoles los talones, no encontró sino un callejón desierto ante sí, sin el menor rastro de ser vivo ninguno. El único acceso por el que podían haber desaparecido era un portal que estaba a unas cincuenta yardas, distancia que ni el corredor más veloz podía haber cubierto a tiempo.

Y de este mismo modo súbito aparecía gente cuando menos se lo esperaba él. Una vez oyó gran alboroto tras una tapia baja, y se asomó a ver de qué se trataba; era un grupo de chicas y mujeres enzarzadas en una vociferante discusión; pero cesó en el instante mismo en que su cabeza asomó por encima del muro. Y ni aun entonces se volvió ninguna a mirarle directamente, sino que desaparecieron con prodigiosa rapidez por las puertas y soportales que daban al patio. Sus voces, pensó Vezin, habían sonado muy parecidas, sorprendentemente parecidas, al gruñido furioso de unos animales enfrentados; de gatos, casi.

El espíritu entero del pueblo, no obstante, seguía eludiéndole como algo esquivo, proteico, oculto al mundo exterior, y al mismo tiempo intensa, genuinamente vital; y puesto que ahora formaba parte de su vida, esta ocultación le confundía y le irritaba; más aún, empezaba a asustarle.

De las brumas que se iban acumulando lentamente en torno a sus pensamientos superficiales volvió a emerger la idea de que los habitantes estaban esperando que se definiese, que adoptase una actitud, que hiciese esto o aquello; y que, una vez hecho, darían ellos al fin una respuesta directa, aceptándole o rechazándole. Sin embargo, no

lograba averiguar en qué cuestión vital esperaban que se pronunciase.

Una o dos veces siguió a pequeñas comitivas o grupos de vecinos para averiguar, si era posible, adónde iban; pero invariablemente se daban cuenta de su presencia, y se dispersaban cada uno en una dirección. Siempre ocurría lo mismo: nunca lograba enterarse de cuáles eran sus verdaderos intereses. La catedral estaba siempre vacía, y lo mismo la vieja iglesia de San Martín, en el otro extremo del pueblo. Comerciabán porque no tenían más remedio, no porque lo desearan. Los puestos se veían solitarios, las tiendas vacías, los pequeños cafés desiertos. Sin embargo, las calles estaban constantemente llenas de gente que iba y venía.

«¿Será —se dijo, aunque con una sonrisa de disculpa por atreverse a pensar algo tan extraño—, será que esta gente es de hábitos nocturnos, y sólo de noche vive una vida real que emerge auténticamente con el crepúsculo? ¿Que durante el día se dedican a una fingida aunque valerosa simulación, y al ponerse el sol comienza su vida verdadera? ¿Que tienen alma de criaturas nocturnas, y que el pueblo entero está en poder de los gatos?»

La idea desató en él pequeños estremecimientos y sobresaltos. Sin embargo, aunque fingía reír, notaba que estaba empezando a sentirse más que inquieto, y que del centro mismo de su ser tiraban fuerzas extrañas con mil cuerdas invisibles. Algo que estaba absolutamente lejos de su vida habitual, dormido desde hacía años, empezaba a removerse en su alma, alargando las antenas hacia su cerebro y su corazón, suscitando en él ideas insólitas y penetrando incluso en sus actos más triviales. Había entrado en juego algo sumamente vital para él, para su alma.

Y, siempre que regresaba a la posada, hacia la hora del crepúsculo, veía a la gente salir furtiva de sus tiendas, pasear como centinelas por las esquinas, aunque se desvanecían como sombras al acercarse. Y como la posada cerraba sus puertas puntualmente a las diez, aún no había encontrado la ocasión que esperaba —con poco entusiasmo, a decir verdad— de ver qué razón podía dar de sí mismo el pueblo por la noche.

«*A cause du sommeil et a cause des chats*»: ahora sonaban estas palabras en sus oídos con más frecuencia cada vez, aunque sin un significado claro todavía.

Además, algo le hacía dormir como un tronco.

III

Fue al quinto día, creo —aunque en este detalle variaba a veces su relato—, cuando hizo un descubrimiento claro que aumentó su alarma, y le provocó una crisis aguda. Antes de eso había observado que su carácter estaba experimentando un cambio, cierta sutil transformación que modificaba varias de sus pequeñas costumbres. Y había aparentado ignorar estas cosas. Esto, sin embargo, fue algo que

no pudo pasar ya por alto; y se asustó.

Nunca fue muy dinámico en su vida, sino más bien pasivo, conformado, complaciente. No obstante, cuando no había más remedio, era capaz de actuar con cierta energía y mostrar alguna decisión. El descubrimiento que ahora hizo, y que le reveló un sesgo desagradable, era que había perdido incluso esa escasa energía. Vio que no era capaz de tomar una decisión. Porque este quinto día comprendió que llevaba ya demasiado tiempo en el pueblo y que, por razones que intuía vagamente, era más prudente y *más seguro* marcharse.

¡Y se encontró con que no podía!

Es difícil describir todo esto con palabras, y fueron más sus gestos y la expresión de su cara lo que dio idea al doctor Silence del estado de impotencia a que había llegado. Toda esta vigilancia y espionaje, dijo, había ido tejiendo una red en torno a sus pies, por así decir, de manera que estaba atrapado e imposibilitado para huir; se sentía como la mosca que ha chocado con una espesa telaraña; estaba atrapado, aprisionado, y no podía librarse. Era una sensación angustiosa. Una parálisis se había ido apoderando de su voluntad hasta incapacitarle para decidir. La mera idea de una acción enérgica —encaminada a escapar— empezaba a aterrarle. Todas sus corrientes vitales se habían vuelto hacia el interior de sí mismo: pugnaban por sacar a la superficie algo que se hallaba sepultado a profundidades casi inalcanzables, decididas a forzarle a reconocer algo que tenía olvidado hacía tiempo; que tenía olvidado hacía años y años, casi siglos. Fue como si se hubiese abierto una ventana en lo más hondo de su ser y le revelase un nuevo mundo; un mundo, en cierto modo, no enteramente desconocido. Tras él, imaginó, colgaba un gran telón; cuando éste se levantase, vería también esa otra remota región, y comprendería un poco, al fin, la vida secreta de esta gente singular.

«¿Será por eso por lo que vigilan y esperan? —se preguntaba con el corazón acelerado—, ¿hasta el momento en que me una a ellos... o decida no unirme? ¿Dependerá de mí, entonces, la decisión, y no de ellos?».

Y fue entonces cuando se puso de manifiesto por primera vez el carácter siniestro de la aventura, y Vezin se alarmó de verdad. Comprendió que estaba en peligro el equilibrio de su pequeña e inestable personalidad, y se le encogió el corazón.

¿Por qué, si no, había adoptado de repente la costumbre de andar con cautela, con sigilo, haciendo el menor ruido posible, mirando constantemente hacia atrás? ¿Por qué, si no, andaba casi de puntillas por los pasillos de la posada prácticamente desierta, y cuando salía se descubría a sí mismo aprovechando cualquier detalle que le ocultase? ¿Y por qué, si no tenía miedo, había considerado de pronto sumamente aconsejable la medida de retirarse a su cuarto al ponerse el sol? Vamos a ver, ¿por qué?

Y cuando John Silence le pidió afablemente una explicación a todas esas cosas, confesó, disculpándose, que no podía dar ninguna.

—Tenía miedo, sencillamente, de que me ocurriera algo si no me mantenía alerta.

Estaba asustado. Era algo instintivo —fue cuanto pudo decir—. Me daba la impresión de que todo el pueblo andaba detrás de mí, de que me quería para algo; y de que si lograba cogerme estaría perdido, o se disolvería mi yo familiar en un extraño estado de conciencia. Pero no soy ningún psicólogo —añadió con modestia—, y no lo sé explicar mejor.

Vezin hizo este descubrimiento cuando se hallaba en el patio haciendo tiempo, media hora antes de la cena: inmediatamente subió a su habitación silenciosa, al final del laberíntico pasillo, a meditarlo a solas. Es cierto que el patio estaba desierto, pero siempre había posibilidad de que apareciese por alguna puerta esa mujerona que tanto le horrorizaba y, con el pretexto de hacer punto, se sentase a vigilarle. Ya había ocurrido otras veces y no soportaba su presencia. Aún recordaba la fantástica idea que se le ocurrió la primera vez de que podía saltar sobre él en cuanto se volviera y caerle en el cuello, aplastándole. Naturalmente, era una tontería; pero no se le iba de la cabeza; y cuando una idea se vuelve insistente deja de ser una tontería. Se ha revestido de realidad.

Así que decidió subir. Estaba oscureciendo, y aún no habían encendido las lámparas de aceite en los pasillos. Iba tropezando con la superficie desigual del antiguo entarimado, cruzando ante los contornos borrosos de las puertas que se alineaban en el pasillo —puertas que nunca había visto abrirse de habitaciones que parecían no haber sido ocupadas jamás—. Caminaba, como era su costumbre ahora, con sigilo, de puntillas.

El último pasillo que conducía a su habitación tenía un ángulo brusco a mitad; y precisamente aquí, al torcer a tuestas con las manos extendidas, sus dedos rozaron algo que no era pared: algo que se movió. Era de cálida y suave textura, indescriptiblemente fragante, y de la altura de su hombro; al pronto pensó en un gatito peludo y bienoliente. Un instante después comprendió que se trataba de algo muy distinto.

Sin embargo, en vez de investigar —sin duda tenía los nervios demasiado excitados para ello, dijo— se retrajo cuanto pudo hacia la pared de enfrente. El ser aquel, fuera lo que fuese, cruzó por delante de él con un tenue susurro, se alejó con pasos ligeros por el pasillo que quedaba a sus espaldas, y desapareció. Le llegó al olfato un hálito de aire cálido, perfumado.

Vezin aspiró un instante, totalmente inmóvil y medio apoyado contra la pared, luego casi corrió hasta su habitación, entró en tromba y cerró la puerta con llave tras él. Sin embargo, no era el miedo lo que le había hecho correr: era la excitación, una agradable excitación. Le hormigueaban los nervios, y un calor delicioso le corría por todo el cuerpo. De repente comprendió que era esto exactamente lo que había experimentado hacía veinticinco años cuando, siendo adolescente, se enamoró por primera vez. Le inundó una cálida oleada de vida que le subió hasta el cerebro como un torbellino de suave y dulce placer. Su estado de ánimo se había vuelto súbitamente dulce, tierno, amoroso.

La habitación estaba a oscuras; se dejó caer en el sofá junto a la ventana, preguntándose qué le había sucedido y qué significaba todo esto. Pero lo único que comprendía con claridad de momento era que algo había cambiado instantánea, mágicamente en él: ya no deseaba marcharse, ni deliberar siquiera consigo mismo tal posibilidad. El encuentro del pasillo lo acababa de cambiar todo. Aún percibía en torno suyo el extraño perfume de ese encuentro, confundiéndole la mente y el corazón. Porque sabía que era una joven quien se había cruzado con él, que era un rostro de mujer joven lo que sus dedos habían rozado en la oscuridad y, de alguna manera extraordinaria, sentía como si ella le hubiese besado realmente, como si le hubiese besado en los labios.

Se sentó temblando en el sofá, junto a la ventana, y trató de ordenar sus pensamientos. No alcanzaba a comprender por qué el mero paso de una joven junto a él en la oscuridad de un estrecho pasillo podía haber transmitido tan electrizante vibración a todo su ser, al extremo de que aún le estremecía esta dulzura. Sin embargo, ¡así era! Y le parecía tan inútil negarlo como intentar analizarlo. Un fuego antiguo había penetrado en sus venas y le corría ahora por la sangre; y no importaba en absoluto que tuviera cuarenta y cinco años en vez de veinte. Del torbellino y confusión que reinaban en su interior emergió el único hecho evidente de que el mero hálito, el mero roce casual de esta joven invisible y desconocida en la oscuridad había bastado para remover dormidos fuegos en el fondo de su corazón, y sacar a su ser entero de un estado de indolente apatía para arrojarlo a otro de violenta y tumultuosa excitación.

Al cabo de un rato, sin embargo, los años de Vezin comenzaron a hacer sentir su fuerza acumulada: se fue calmando; y cuando sonó una llamada a su puerta, y oyó la voz del camarero anunciándole que ya estaba la cena, se hizo el ánimo y bajó lentamente al comedor.

Todos le miraron al entrar, porque se había retrasado bastante; pero fue a ocupar su sitio de costumbre en un rincón del fondo, y se puso a comer. Todavía tenía agitados los nervios; pero el haber cruzado el patio y el vestíbulo sin ver faldas le ayudó a serenarse un poco. Se puso a comer tan deprisa que casi había alcanzado el plato que estaban sirviendo, cuando le llamó la atención un ligero revuelo en la habitación.

Su silla estaba orientada de modo que la puerta y gran parte de la larga *salle a manger* quedaban a su espalda, aunque no le hizo falta volverse para saber que acababa de entrar la misma persona que se había cruzado con él en el pasillo a oscuras. Percibió su presencia mucho antes de oír ni ver nada. A continuación se dio cuenta de que los viejos, los únicos comensales aparte de él, se levantaban e intercambiaban saludos con alguien que pasaba junto a ellos, de mesa en mesa. Y cuando se volvió por fin, con el corazón latándole con violencia, para cerciorarse por sí mismo, vio la figura de una joven ágil y esbelta en el centro del comedor que se dirigía directamente a su propia mesa del rincón. Caminaba de forma maravillosa,

con gracia sinuosa, como una pantera joven, y su proximidad le llenó de tan deliciosa confusión que al principio no fue capaz de fijarse en su cara, ni de comprender qué podía significar toda la representación de esta criatura que nuevamente le llenaba de turbación y de placer.

—*Ah, Ma'mselle est de retour!* —oyó murmurar al viejo camarero a su lado; y acababa de comprender que era sin duda hija de la dueña, cuando llegó junto a él, y oyó su voz. Le estaba hablando. Vezin vio confusamente sus labios rojos y sus dientes blancos y rientes, y mechones sueltos de fino y negro cabello alrededor de sus sienes; en cuanto a lo demás, fue un sueño en el que su propia emoción se alzó como una nube densa ante sus ojos impidiéndole ver con claridad o saber con exactitud lo que hacía. Se dio cuenta de que le saludaba con una leve y encantadora inclinación de cabeza, que sus bellos ojazos miraban escrutadores a los suyos, que el perfume que había percibido en el pasillo a oscuras asaltaba de nuevo su sentido del olfato, y que se inclinaba ligeramente hacia él, con una mano apoyada en la mesa, a su lado. Estaba muy cerca —esto era lo principal que sabía—, y le explicaba que había venido a interesarse por la comodidad de los huéspedes de su madre, y que ahora se presentaba al más reciente: él.

—*M'sieur* lleva aquí ya unos días —oyó decir al camarero; y que a continuación replicaba la voz de ella, dulce como un canto:

—¡Ah!, pero espero que *M'sieur* no irá a dejarnos todavía. Mi madre es demasiado vieja para ocuparse como es debido de la comodidad de nuestros huéspedes, pero ahora estoy yo aquí para remediarlo —se echó a reír deliciosamente—. *M'sieur* estará muy bien atendido.

Vezin, luchando entre su emoción y su deseo de ser cortés, medio se levantó para dar las gracias por tan halagadoras palabras y balbucear alguna respuesta, pero al hacerlo, su mano rozó casualmente la que ella tenía apoyada en la mesa, y su piel le produjo una descarga, exactamente igual a la de la electricidad, que le recorrió el cuerpo. Notó que su alma vacilaba y se estremecía. Descubrió los ojos de ella fijos en los suyos con una expresión singularmente atenta, y al instante siguiente se dio cuenta de que había vuelto a sentarse en su silla sin haber dicho nada, de que la muchacha se alejaba ya hacia el otro extremo de la estancia, y de que estaba intentando tomarse la ensalada con la cuchara de postre y el cuchillo.

Anhelando su regreso, y temiéndolo a la vez, engulló el resto de la cena y se retiró en seguida a su habitación para estar a solas con sus pensamientos. Esta vez los pasillos estaban iluminados y no tuvo sobresaltos; sin embargo, el corredor tortuoso estaba poblado de sombras, y el último tramo, desde el ángulo hasta su cuarto, le pareció más largo que antes. Bajaba como un sendero por la ladera de una montaña, y al recorrerlo de puntillas pensó que en justicia debía haberle llevado fuera de la casa, al corazón de un gran bosque. El mundo cantaba con él. Su cerebro estaba lleno de extrañas fantasías; y una vez en la habitación, y cerrada la puerta con llave, no encendió las velas, sino que se sentó junto a la ventana abierta, abismándose larga,

largamente en pensamientos que de manera espontánea le venían en tropel.

IV

Esta parte del relato se la contó al doctor Silence sin necesidad de sonsacarle, es cierto, aunque con multitud de embarazosos tartamudeos. No entendía en absoluto, dijo, cómo había podido causarle esta joven tan honda impresión, incluso antes de verla. Porque su mera proximidad en el pasillo a oscuras había bastado para inflamarle. No sabía nada de hechizos amorosos, y durante años había vivido ajeno a cuanto pudiera parecerse a unas relaciones sentimentales con algún miembro del sexo opuesto, ya que le tenía enclaustrado su timidez, y conocía demasiado bien sus abrumadores defectos. No obstante, esta criatura joven y hechicera había venido a él deliberadamente. Su actitud era inequívoca, y le buscaba siempre que tenía ocasión. Era casta y dulce sin ningún género de duda; aunque también francamente seductora, y le había conquistado por completo con la primera mirada de sus ojos radiantes, si es que no lo hizo ya en la oscuridad, con la magia de su invisible presencia.

—¿Le pareció totalmente sana y buena? —preguntó el doctor—. ¿No tuvo usted ninguna clase de reacción... por ejemplo, de alarma?

Vezin alzó los ojos con viveza, con una de sus inimitables sonrisitas de disculpa. Tardó en contestar. El mero recuerdo de la aventura le había cubierto el rostro de rubor, y sus ojos castaños buscaron el suelo otra vez, antes de responder.

—No podría afirmarlo categóricamente —explicó a continuación—. Tuve ciertas dudas, después, sentado en mi habitación. Luego llegué al convencimiento de que había algo en ella... ¿cómo diría yo?; bueno, algo impío. No se trataba de ninguna clase de impureza, física o mental quiero decir, sino de algo indefinible que me ponía vagamente la carne de gallina. Me atraía, a la vez que me repugnaba, más que... que...

Vaciló, se puso intensamente colorado, y no pudo terminar la frase.

—Jamás me ha pasado nada igual, antes ni después —concluyó con embarazo—. Supongo que fue, como usted acaba de sugerir, una especie de hechizo. En todo caso, era lo bastante fuerte como para hacerme desear quedarme en ese pueblo terrible durante años, con tal de poderla ver día tras día, y oír su voz, y observar sus maravillosos movimientos y, quizá, tocar su mano alguna vez.

—¿Podría explicarme de dónde le pareció que emanaba su poder? —preguntó John Silence, manteniendo los ojos deliberadamente apartados del narrador.

—Me sorprende que me haga *usted* esa pregunta —contestó Vezin, adoptando el tono más digno de que era capaz—. Creo que ningún hombre puede describir a otro de manera convincente dónde reside la magia de la mujer que le atrapa en sus redes. Desde luego, yo no. Yo sólo puedo decir que esa chiquilla me había hechizado, y que

el saber que vivía y dormía en la misma casa que yo me llenaba de una sensación sumamente placentera.

»Pero sí puedo decirle una cosa —prosiguió con gravedad, con los ojos centelleantes—, y es que parecía resumir y sintetizar en su persona todas las fuerzas extrañas y ocultas que tan misteriosamente actuaban en el pueblo y sus habitantes. Poseía los movimientos sedosos de una pantera: iba y venía silenciosa, callada, de la misma manera oblicua, indirecta que los vecinos del pueblo, ocultando como ellos sus secretos propósitos... propósitos cuyo fin, estaba seguro, era yo. Para placer y terror míos, me tenía constantemente vigilado, aunque con tal destreza y aparente despreocupación que a cualquiera con menos sensibilidad, si me permite decirlo así —hizo un gesto de disculpa—, o menos preparado por lo sucedido antes, le habría pasado inadvertido. Siempre se mostraba sosegada, tranquila, si bien parecía estar en todas partes a la vez, de forma que me era imposible escapar de ella. Tropezaba sin cesar con la mirada y la risa de sus serenos ojazos fijos en mí, en los rincones de las habitaciones, en los pasillos, en las ventanas, o en lo más concurrido de las calles públicas.»

Creció deprisa, al parecer, la intimidad entre los dos a partir de ese primer encuentro que con tanta fuerza había turbado el equilibrio de este hombrecillo. Era de carácter muy formalista, y las personas formalistas viven por lo general en un mundo tan reducido que cualquier cosa que se salga de lo corriente puede sacarles de él, por lo que desconfían instintivamente de lo original. Sin embargo, al cabo de un tiempo Vezin empezó a olvidar sus formalismos. La joven se conducía siempre con modestia; por otro lado, como representante de su madre, tenía que tratar con los huéspedes del hotel como es natural. Nada tiene de particular que surgiera un espíritu de camaradería entre ellos. Además, era joven, era bonita de veras, era francesa y, evidentemente... él le gustaba.

Al mismo tiempo, había algo indescriptible —una atmósfera indefinible de otros lugares, de otros tiempos— que le obligaba a mantenerse en guardia, y a veces le cortaba el aliento con un súbito sobresalto. Era todo como un sueño delirante, mitad delicia mitad pavor, confesó en un susurro al doctor Silence; y en más de una ocasión le sucedió no saber lo que hacía o decía, como si actuase bajo impulsos que apenas reconocía como suyos.

Y aunque periódicamente le venían pensamientos de marcharse, cada vez eran menos insistentes, de manera que iba prolongando su estancia día tras día, cada vez más inmerso en el sopor de este pueblo soñoliento y medieval, al tiempo que su propia personalidad se iba volviendo menos reconocible. Presentía que no tardaría en levantarse el telón de un tremendo impulso, y se descubriría a sí mismo súbitamente aceptado en los secretos fines de la vida oculta que fluía detrás de todo. Sólo que, para entonces, se habría transformado en un ser totalmente diferente.

Y entretanto, percibía pequeños signos que revelaban el deseo de hacerle atractiva la estancia: flores en su dormitorio, una butaca más cómoda en el rincón, y hasta

algún plato especial en su mesa, a la hora de comer. Las conversaciones con «*Mademoiselle Ilsé*», también, se volvieron más frecuentes y placenteras; y aunque raramente se extendían a cosas que no fueran el tiempo o los detalles del pueblo, observó que la joven jamás tenía prisa en terminarlas, y a menudo intercalaba extraños comentarios cuyo sentido jamás llegaba él a comprender, aunque intuía que eran importantes.

Y estos comentarios aislados, llenos de un significado que se le escapaba, indicaban a Vezin que la muchacha tenía algún propósito oculto, y le hacían sentirse desasosegado. Estaba seguro de que todos tenían algún interés en que él prolongase indefinidamente su estancia en el pueblo.

—¿Qué, aún no ha tomado *M'sieur* una decisión? —le dijo suavemente al oído, sentándose junto a él en el patio soleado, antes del *déjeuner*, puesto que su amistad había progresado con bastante rapidez—. ¡Porque si le resulta difícil, podemos intentar ayudarle entre todos!

La pregunta le sobresaltó, dado que expresaba sus propios pensamientos. La había dicho con una risa encantadora; y un tenue mechón de pelo le ocultó un ojo al volverse para mirarle con cierta picardía. Posiblemente no entendió bien la pregunta en francés, porque la proximidad de ella hacía que se le embrollasen lamentablemente sus escasos conocimientos de ese idioma. Sin embargo, sus palabras, su gesto, y algo más que se ocultaba detrás de todo, en su mente, le asustaron. Venía a reforzar su impresión de que el pueblo estaba esperando a que tomase una decisión sobre alguna importante cuestión.

Al mismo tiempo, su voz, y el hecho de estar allí junto a él con su suave vestido negro, le hacían vibrar lo indecible.

—Es verdad que se me hace difícil marcharme —balbuceó, perdiéndose deliciosamente en las profundidades de sus ojos—, sobre todo ahora que ha venido *Mademoiselle Ilsé*.

Se quedó sorprendido ante lo afortunado de su frase, y encantado de su pequeña galantería. Pero al mismo tiempo le dieron ganas de morderse la lengua por haberla dicho.

—Entonces es que le gusta nuestro pueblo; de lo contrario, no querría estar más tiempo —dijo ella, ignorando el cumplido.

—Estoy encantado con este pueblo, y con usted —exclamó; se dio cuenta de que sus palabras escapaban al control de su cerebro. Y estaba a pique de lanzarse a decir toda clase de disparates arrebatados, cuando la muchacha se levantó vivamente de la silla para irse.

—Hoy tenemos *soupe a l'oignon* —exclamó, sonriéndole desde el sol—; ¡voy a ver cómo va! ¡Si no, puede que a *M'sieur* no le guste, y quiera dejarnos!

La vio cruzar el patio, andando con toda la gracia y ligereza de la especie felina: su sencillo vestido negro la cubría, pensó, exactamente como la piel de esos ágiles animales. Se volvió a sonreírle desde la puerta cristalera, y a continuación se detuvo

un momento a hablar con su madre que estaba sentada haciendo punto en su rincón de siempre, justo en el interior del vestíbulo.

Pero ¿por qué, en el momento en que sus ojos descubrieron a esta mujer voluminosa, le parecieron las dos distintas de como eran? ¿De dónde les venía esa dignidad transformadora y esa sensación de poder que las envolvía como un halo mágico? ¿Qué había en esa mujer enorme que de repente la hacía parecer majestuosa, como si estuviese sentada en el trono de algún escenario pavoroso, empuñando un cetro sobre el rojo resplandor de una orgía desenfundada? ¿Y por qué esta chiquilla delgada y graciosa como un sauce, ágil como un leopardo joven, adoptaba de pronto un aire de siniestra dignidad, y andaba como con la cabeza envuelta en llamas y humo, y la oscuridad de la noche bajo sus pies?

Vezin se quedó petrificado, sin respiración. Y seguidamente, casi en el mismo instante de surgir, se desvaneció esta visión extraña, las iluminó el sol del día, y oyó que la muchacha hablaba riendo a su madre de la *soupe d l'oignon*, y la vio dirigirle una mirada por encima del hombro, con una sonrisa que le hizo pensar en una rosa bañada de rocío y mecida por las brisas estivales.

Y, efectivamente, encontró la sopa de cebolla especialmente buena ese día, ya que descubrió otro cubierto en su mesa y, con el corazón palpitante, oyó murmurar al camarero a modo de explicación que «*Ma'mselle* llsé acompañará a *M'sieur* en el *déjeuner*, como acostumbra hacer a veces con los huéspedes de su madre».

Así, pues, estuvo con él durante toda esa delirante comida, hablando tranquilamente con él en un francés sencillo, mirando que estuviese bien atendido, aliñándole la ensalada, y sirviéndole incluso con su propia mano. Después, por la tarde, estando él en el patio fumando, deseoso de verla otra vez en cuanto terminase sus quehaceres, volvió a su lado; y cuando Vezin se levantó para saludarla, se quedó ella en suspenso un momento, mirándole, dominada por una dulce y embarazosa timidez, y dijo:

—Mi madre piensa que debe conocer otras bellezas de nuestro pueblo, ¡y yo también! ¿Le gustaría a *M'sieur* que fuese yo su guía? Puedo enseñárselo todo, porque nuestra familia vive aquí desde hace muchas generaciones.

La muchacha le había cogido la mano antes de que él encontrase una palabra con que expresar su contento, y le condujo sin resistencia a la calle; aunque de manera tan espontánea que pareció un gesto completamente natural, sin el más leve asomo de descaro o atrevimiento. Tenía el rostro encendido de placer e interés, y con su vestido corto y el cabello revuelto parecía totalmente la preciosa chiquilla de diecisiete años que era, inocente y juguetona, orgullosa de su pueblo natal, a cuyas antiquísimas bellezas era más sensible de lo que sus años hacían prever.

Así, pues, recorrieron el pueblo juntos, y ella le mostró lo que consideraba más interesante: la casa ruínosa en la que habían vivido sus antepasados, la mansión sombría y aristocrática que habitó la familia de su madre durante siglos, y la antigua plaza del mercado donde varios cientos de años antes quemaron a docenas de brujas.

Hizo una animada relación de todo, de la que Vezin no entendió ni la quinta parte mientras caminaba cansino a su lado, maldiciendo sus cuarenta y cinco años, y sintiendo revivir y burlarse de él todos los anhelos de su juventud. Y oyéndola hablar, le parecía que Inglaterra y Surbiton se hallaban lejísimos, casi en otra época de la historia del mundo. La voz de la muchacha rozaba algo inmensamente antiguo que llevaba en su interior, algo que dormía dentro de él. Aquietaba la parte superficial de su conciencia, y dejaba que despertase la más vieja. Igual que la gente con su solapado fingimiento, de una vida moderna y activa, se embotaban, se debilitaban, se amortiguaban las capas superiores de su ser, en tanto lo que había debajo empezaba a removerse en su sueño. El gran Telón se estremecía de uno a otro lado. Quizá, a continuación, se levantase del todo...

Al fin empezaba a comprender un poco. Se estaba reproduciendo en él el talante del pueblo. A medida que su yo externo y habitual se desdibujaba, se iba imponiendo esa secreta vida interior, muchísimo más auténtica y vital. Y esta joven era sin duda la suma sacerdotisa de todo ello, y el principal instrumento para su consecución. Nuevos pensamientos, con nuevas interpretaciones, inundaban su cerebro mientras caminaba al lado de ella por las calles laberínticas, y le parecía el viejo pueblo puntiagudo, de colores suaves bajo el sol poniente, más maravilloso y seductor que nunca.

Sólo vino a turbarle y dejarle perplejo un curioso incidente, insignificante en sí mismo, aunque inexplicable, que hizo que el rostro de la chiquilla palidciera de terror, y sus labios sonrientes profirieran un grito. Vezin se había limitado a señalar una columna de humo azulenco que se elevaba de un montón de hojas otoñales que estaban quemando, el cual componía un cuadro precioso contra los tejados rojos; había corrido hasta la tapia, y la había llamado para que viese las llamas que salían de la hojarasca. Sin embargo, al descubrir la hoguera, como si esto la hubiese cogido desprevenida, se le alteró espantosamente la cara, dio media vuelta, y echó a correr como el viento, gritando frases frenéticas mientras corría, sin que Vezin entendiera nada, salvo que el fuego la había asustado, que quería alejarse deprisa de allí, y que se alejara él también.

Sin embargo, cinco minutos más tarde estaba tranquila y contenta otra vez, como si no hubiese sucedido nada que inquietase o alarmase sus pensamientos, y los dos olvidaron el incidente.

Estaban apoyados en la desmoronada muralla, escuchando la música misteriosa de la banda, tal como él la había oído el día de su llegada. Volvió a conmoverle profundamente, como la primera vez, y consiguió recobrar el habla y su mejor francés. La muchacha se asomaba por encima de las piedras junto a él. No había nadie alrededor. Movido por algún mecanismo implacable, Vezin empezó a tartamudear algo —no sabía bien qué— sobre la extraña admiración que ella le inspiraba. Casi a la primera palabra, se incorporó la muchacha vivamente del parapeto y se acercó sonriente a él, que estaba sentado, rozándole las rodillas. Iba sin

sombrero, como de costumbre, y le daba el sol en el pelo y a un lado, en la mejilla y el cuello.

—¡Oh, me alegro *muchísimo*! —exclamó, dándole una suave palmadita en la cara con sus manos menudas—. Muchísimo; porque eso significa que si le gusto, le gustará también lo que hago, y aquello a lo que pertenezco.

Vezin lamentó profundamente haber perdido el dominio de sí. Le asustó la forma de expresarse de ella. Conocía el miedo de adentrarse en un mar desconocido y peligroso.

—Quiero decir que participará de nuestra vida real —añadió con suavidad, en un tono indeciblemente halagador, como si hubiese percibido su encogimiento—. Volverá con nosotros.

Esta chiquilla parecía tenerle dominado ya; Vezin notaba cada vez más fuerte su poder sobre él; emanaba de ella algo que le penetraba por los sentidos y le hacía sentir que su personalidad, pese a su gracia sencilla, estaba dotada de fuerzas majestuosas, imponentes, augustas. Otra vez la vio entre el humo y las llamas, en medio de un escenario abrupto y tempestuoso, alarmantemente fuerte, con su terrible madre al lado. Esta visión brilló vagamente a través de su sonrisa y su aspecto de encantadora inocencia.

—Volverá; lo sé —repitió, subyugándole con los ojos.

Estaban solos en lo alto de la muralla, y la impresión de que ella le dominaba despertaba una impetuosa sensualidad en sus venas. Le atraía furiosamente su mezcla de abandono y reserva; toda su masculinidad se sublevaba y resistía su influjo solapado, al tiempo que la aclamaba con el entusiasmo de su olvidada juventud. Le venían unas ganas irresistibles de interrogarla, de juntar lo que aún le quedaba de su pequeña personalidad en un esfuerzo por conservar el derecho a su yo normal.

La muchacha había vuelto a quedarse callada; ahora, apoyada en el ancho muro, junto a él, miraba hacia la llanura cada vez más oscura, con los codos sobre la albardilla, inmóvil como una figura tallada en piedra. Vezin apeló a todo su valor.

—Dígame, ¿cómo? —dijo, imitando inconscientemente la ronroneante suavidad de su voz, aunque consciente de la absoluta seriedad de sus palabras—, ¿cuál es el sentido de este pueblo, y cuál es la vida real de la que habla? ¿Y por qué la gente me vigila de la mañana a la noche? Dígame, ¿qué significa todo eso? Y dígame —puso más pasión en su voz—, ¿qué es usted realmente... de verdad?

La joven volvió la cabeza y le miró a través de los párpados entornados, mientras su creciente excitación interior se delataba en un débil rubor que cruzó por su rostro como una sombra.

—Me parece —balbuceó, extrañamente, bajo la mirada de ella— que tengo algún derecho a saber...

De repente, ella abrió los ojos del todo:

—Entonces, ¿me quiere? —preguntó con suavidad.

—Lo juro —exclamó él impetuoso, como llevado por la fuerza de una marea

creciente—; jamás había sentido... jamás he conocido una joven que...

—Entonces, sí tiene derecho a saber —interrumpió ella, tranquilamente, su confusa declaración—; porque el amor obliga a compartir todos los secretos.

Hizo una pausa, y una corriente como de fuego recorrió a Vezin de arriba abajo. Las palabras de ella le elevaron del suelo, y sintió una dicha radiante, a la que siguió casi instantáneamente, en horrible contraste, la idea de la muerte. Se dio cuenta de que había vuelto los ojos hacia él, que le estaba hablando otra vez.

—La vida real a la que me refiero —susurró—, es la vieja, la antigua vida interior, la de hace muchísimo tiempo; la vida a la que usted también perteneció una vez, y a la que aún pertenece.

Una vaga agitación de la memoria turbó las profundidades de su alma al penetrar la voz de ella en su ser. Sabía instintivamente que lo que decía era verdad, aunque no acababa de comprender su significado. Su vida actual parecía alejarse de él mientras la escuchaba, y su personalidad se disolvía en otra mucho más grande y antigua. Era esta pérdida del yo actual lo que le hacía pensar en la muerte.

—Usted ha venido aquí —prosiguió ella— a buscarla: la gente se ha dado cuenta de su presencia, y espera a ver qué decide, si se marcha sin haberla encontrado, o si...

Sus ojos se quedaron fijos en él, pero su semblante empezó a cambiar, a hacerse más grande, más oscuro, con una expresión de madurez.

—Son los pensamientos de la gente girando alrededor de su alma lo que le hace imaginar que le vigilan. No le vigilan con los ojos. Son los fines que orientan la vida interior de todos ellos los que le están llamando, los que le reclaman. Usted formó parte de esa misma vida hace mucho, mucho tiempo; ahora quieren que vuelva con ellos.

A Vezin se le encogió su tímido corazón de pavor al oírlo; pero los ojos de la muchacha le retuvieron en una red tan placentera que no quiso escapar. Le fascinaba, le desnudaba de su yo normal, por así decir.

—La gente sola no habría podido atraparle y retenerle —prosiguió—. La fuerza motora no era bastante fuerte; se ha debilitado a lo largo de los años. Pero yo —calló un momento, y le miró, fiando totalmente en sus ojos espléndidos— poseo el hechizo necesario para conquistarle y retenerle: el hechizo del antiguo amor. Puedo conseguir que vuelva y hacer que viva la antigua vida conmigo; porque la fuerza del viejo lazo que ha nacido entre nosotros, si decido utilizarlo, es irresistible. Y he decidido utilizarlo. Aún le necesito. Y, querido camarada de mi oscuro pasado —se apretó tanto contra él que su aliento le pasó por encima de los ojos; y cantó su voz—: quiero tenerle; porque me ama, y está totalmente a mi merced.

Vezin oía, y sin embargo no oía; comprendía, y sin embargo no comprendía. Había pasado a un estado de exaltación. Tenía el mundo debajo, hecho de música y de flores, mientras él volaba muy alto, al sol, de puro deleite. La magia de sus palabras le tenía arrobado, le había dejado sin aliento. Estaba ebrio. No obstante, el terror, la idea espantosa de la muerte, amagaba detrás de estas frases. Porque con la

voz le brotaban llamas de negro humo que le abrasaban el alma.

Y le pareció que se comunicaban entre sí por un proceso de veloz telepatía, puesto que su francés no habría podido transmitir todo lo que decía. Sin embargo, la muchacha le comprendía perfectamente; y lo que ella decía le sonaba a él como un recitado de versos conocidos desde hacía tiempo. Y la mezcla de dolor y dulzura que experimentaba escuchándola era casi más de lo que su alma podía resistir.

—Pero yo he llegado aquí por pura casualidad... —se oyó decir a sí mismo.

—No —exclamó ella con pasión—; usted ha venido porque yo le llamé. Le he estado llamando durante años, y ha venido con toda la fuerza del pasado detrás. Tenía que venir, porque me pertenece, y le reclamo para mí.

Se incorporó otra vez y se acercó, mirándole con cierta insolencia en su semblante: la insolencia del poder.

El sol se había puesto detrás de las torres de la vieja catedral y la oscuridad se elevaba de la llanura y las envolvía. Había cesado la música de la banda. Las hojas de los plátanos estaban inmóviles, pero el frío del atardecer otoñal ascendía entre ellas y hacía tiritar a Vezin. No había otro rumor que el de sus voces y el susurro ocasional del vestido de ella. Vezin podía oír el pulso de su sangre en sus oídos. Apenas se daba cuenta de dónde estaba ni qué hacía. Lina magia terrible de la imaginación le sumergía en las fosas profundas de su propio ser, informándole con voz nada vacilante de que las palabras de ella anunciaban la verdad. Y vio que esta francesita sencilla que hablaba a su lado con tan extraña autoridad se convertía en un ser completamente distinto. Mientras la miraba a los ojos, su imagen se fue haciendo cada vez más intensa dentro de él, alcanzando ante su visión interior tal realismo que no tuvo más remedio que aceptarla. Como le había sucedido ya antes, la vio alta y majestuosa, desenvolviéndose en un escenario quebrado y agreste de selvas y cavernas, con un resplandor de llamas detrás de su cabeza y nubes de inquieto humo a sus pies. Una corona de hojas oscuras ceñía su cabello suelto y flotante, y sus brazos y piernas brillaban entre los harapos con que se vestía. Había otros también, a su alrededor, cuyos ojos ardientes le dirigían miradas delirantes desde todas partes; pero los suyos estaban siempre fijos en Uno, al cual tenía cogido de la mano. Porque era ella quien dirigía la danza, en una orgía tempestuosa, al son de unas voces cantoras; y la hilera que encabezaba giraba en torno a una Figura espantosa y enorme sentada en un trono, la cual presenciaba la escena a través de lívidos vapores, mientras innumerables caras y formas salvajes daban vueltas y vueltas. Pero Vezin sabía que era a él a quien tenía ella cogido de la mano, y que la figura monstruosa del trono era su madre.

Surgió esta visión dentro de él, y le precipitó en los años largo tiempo sepultados, gritándole con la voz de una memoria nuevamente despertada... A continuación se desvaneció la escena, y vio los círculos claros de los ojos de ella fijos en los suyos, y que volvía a ser la hija preciosa de la posadera; y Vezin volvió a recobrar la voz.

—Y dígame —susurró tembloroso—, dígame, criatura de visiones y hechizos,

¿cómo ha hecho para embrujarme de tal modo que la he amado antes de verla?

La muchacha se enderezó a su lado con un gesto de rara dignidad.

—Es la llamada del Pasado —dijo—; además —añadió con orgullo—, en la vida real, soy princesa...

—¡Princesa! —exclamó Vezin.

—¡... Y mi madre es reina!

Ante esto, el pobre Vezin perdió la cabeza. La dicha le embargó el corazón y le elevó al puro éxtasis. El oír esa voz armoniosa y cantarina, el ver esos labios pequeños y adorables revelar tales cosas, trastornó su equilibrio más allá de toda esperanza de control. La tomó entre sus brazos y cubrió su rostro de besos sin que ella ofreciese resistencia.

Pero incluso mientras la besaba, y se dejaba llevar por su ardiente pasión, la notaba sedosa y repulsiva; y notaba que los besos que ella le devolvía le manchaban el alma... Y cuando, poco después, se separó ella y desapareció en la oscuridad, Vezin se quedó allí, recostado en el parapeto, en un estado de estupor, erizado por el contacto de su cuerpo blando y furioso en su interior por esta debilidad que —empezaba a comprender vagamente— podía suponer su perdición.

Y de las sombras de los viejos edificios entre los que había desaparecido ella se elevó, en la quietud de la noche, un grito prolongado y singular que al principio tomó Vezin por una risa, pero que más tarde estaba seguro de haber reconocido como el maullido semihumano de un gato.

V

Vezin permaneció largo rato apoyado en la muralla, a solas con el tumulto de sus pensamientos y emociones. Al fin comprendía que había dado el paso necesario para invocar toda la fuerza de este antiguo Pasado. Porque en esos besos apasionados había reconocido el vínculo de tiempos antiguos, y lo había restablecido. Y le volvió, con un estremecimiento, el recuerdo de aquella caricia suave, etérea, en la oscuridad del corredor de la posada. La muchacha le había dominado primero, y luego le había empujado a dar el paso necesario para su propósito. Habían estado acechándole durante siglos... y le habían atrapado, y conquistado.

Se dio cuenta oscuramente de esto, y trató de planear el modo de huir. Pero de momento, en todo caso, era incapaz de dominar sus pensamientos y su voluntad; porque la dulce, fantástica locura de todo este episodio se le había subido al cerebro como un bebedizo, y se gloriaba de saber que estaba totalmente hechizado, y de que se movía en un mundo mucho más ancho e insensato que aquel al que había estado acostumbrado.

Cuando se incorporó finalmente para irse, la luna emergía pálida y enorme de la

llanura que era como el mar. Sus rayos sesgados dieron a los edificios una nueva perspectiva, de manera que los tejados, ya relucientes de rocío, parecieron elevarse mucho más de lo habitual en el cielo, y sus hastiales y viejas torres descollaron remotas en sus regiones purpúreas.

La catedral, envuelta en una bruma plateada, parecía incorpórea. Vezin echó a andar discretamente, protegiéndose en las sombras, aunque las calles se hallaban desiertas y silenciosas; las puertas estaban cerradas, las contraventanas aseguradas. No se movía un alma. La quietud de la noche lo dominaba todo: era como un pueblo de muertos, un cementerio de lápidas enormes y grotescas.

Preguntándose adónde se habría retirado tan absolutamente toda la vida afanosa del día, se encaminó a la puerta de atrás, que daba acceso a la posada por la cuadra, a fin de llegar a su habitación sin ser visto. Una vez en el patio, lo rodeó pegado a la sombra de la pared. Avanzó furtivamente, andando de puntillas, exactamente como hacían los viejos cuando entraban en la *salle a manger*. Se horrorizó al darse cuenta de que lo hacía instintivamente. Le acometió un extraño impulso que atenazó el centro de su cuerpo, un deseo de dejarse caer a cuatro patas y echar a correr silencioso y veloz. Miró hacia arriba, y le vino la idea de saltar al alféizar de su ventana, que tenía encima, en vez de dar la vuelta por la escalera. Le pareció la forma más espontánea, y la más natural. Fue como el principio de una espantosa transformación de sí mismo en otro ser. Sintió un ahogo espantoso.

La luna estaba ahora más alta, y las sombras eran muy oscuras junto a la pared por donde él caminaba. Siguió por las más densas, y llegó a la puerta cristalera.

Pero aquí había luz; desafortunadamente, aún estaban levantados sus moradores. Confiando en cruzar la entrada y llegar a la escalera sin que le viesan, abrió con sigilo la puerta y entró. Entonces descubrió que el vestíbulo no estaba desierto. Había un bulto grande y negro apoyado contra la pared, a su izquierda. Al principio creyó que eran enseres del servicio doméstico. Luego se movió, y le pareció un gato inmenso, distorsionado de alguna forma por el efecto de la luz y las sombras. Entonces se enderezó ante él, y descubrió que se trataba de la propietaria.

Vezin sólo pudo suponer algo espantoso sobre qué habría estado haciendo esta mujer en dicha postura; pero en cuanto se incorporó y le miró de frente, notó que la envolvía cierta terrible dignidad, y recordó las extrañas palabras de la muchacha, de que era reina. Le pareció enorme y siniestra, allí de pie, bajo la lamparita de aceite: a solas con él en el vestíbulo vacío. En su corazón se agitó el temor, y las raíces de un miedo ancestral. Comprendió que debía inclinarse ante ella y rendirle alguna clase de homenaje. El impulso era violento, irresistible, como debido a un hábito arraigado. Lanzó una rápida mirada a su alrededor. No había nadie más allí. Entonces, lentamente, inclinó la cabeza ante ella. Le rindió homenaje.

—*Enfin! M'sieur s'est donc décidé. C'est bien alors. J'en suis contente.*

Sus palabras le llegaron sonoras, como a través de un gran espacio abierto.

A continuación, la voluminosa figura cruzó súbitamente el suelo enlosado del

vestíbulo, y le cogió sus manos temblorosas. Una fuerza abrumadora se desplazó con ella y se apoderó de él.

—*On pourrait faire un p'tit tour ensemble, n'est-ce pas? Nous y allons cette nuit et il faut s'exercer un peu d'avance pour cela. Ilsé, viens donc id. Viens vite!*

Y le hizo girar con los pasos iniciales de una danza que parecía horrible y extrañamente familiar. Ningún ruido hacía sobre las losas esta pareja dispar. Todo era apagado y silencioso. Y poco después, cuando el aire pareció volverse denso como el humo, y surgió en él un resplandor rojo como la llama, descubrió que se había unido a ellos alguien más, y que la mano que la madre le había soltado se la sujetaba ahora fuertemente la hija. Ilsé había acudido a su llamada, y la vio con hojas de verbena entretejidas en su pelo negro, y vestida con jirones de un extraño vestido, hermosa como la noche, y horrible, odiosamente seductora.

—¡Al aquelarre! ¡Al aquelarre! —gritaban—. ¡Al aquelarre de las brujas!

Bailaban de un extremo al otro del estrecho vestíbulo, las mujeres a ambos lados de él, a un ritmo frenético jamás imaginado por Vezin, aunque le resultaba espantosa, vagamente familiar, hasta que la lámpara de la pared osciló, se apagó, y se quedaron completamente a oscuras. Y el demonio vertió en su corazón mil asechanzas ruines, haciéndole estremecer.

De repente le soltaron las manos, y oyó gritar a la madre que era la hora, y que debían acudir. Vezin no esperó a ver qué dirección tomaban. Sólo sabía que estaba libre, y huyó a tientas en la oscuridad hasta que encontró la escalera, y subió corriendo a su habitación como si el demonio le pisase los talones.

Se arrojó en el sofá, con el rostro entre las manos, y dejó escapar un gemido. Tras considerar rápidamente una docena de maneras de huir en seguida, todas ellas imposibles, concluyó que lo único que cabía hacer de momento era permanecer sentado y esperar. Era preciso ver qué iba a ocurrir. En el aislamiento de su dormitorio, al menos, estaba relativamente a salvo. La puerta estaba cerrada. Cruzó sigiloso la habitación y abrió con suavidad la ventana que daba al patio y desde donde se veía parte del vestíbulo a través de la cristalera.

Y al abrirla, le llegó al oído el rumor de una gran actividad procedente de la calle: era un rumor de pasos y voces amortiguado por la distancia. Se asomó cautelosamente y prestó atención. La luna ahora era clara e intensa, pero su ventana estaba en la sombra, dado que el disco plateado se hallaba detrás de la casa. Y tuvo el irresistible convencimiento de que los habitantes del pueblo, poco antes invisibles tras sus puertas cerradas, salían ahora con alguna secreta e impía misión. Escuchó atento.

Al principio, todo a su alrededor estaba en silencio; pero no tardó en percibir movimientos que tenían lugar en la casa misma. Le llegaban crujidos y chirridos desde el otro lado del patio desierto e inundado de luna. Una multitud de seres elevaba a la noche el rumor de su actividad. En todas partes había movimiento. Un olor acre, penetrante, procedente de no sabía dónde, impregnaba el aire. Luego su

mirada se quedó clavada en las ventanas de enfrente, cuya pared bañaba el suave resplandor de la luna. El tejado que Vezin tenía encima se reflejaba claramente en sus cristales, y veía las siluetas de unos cuerpos oscuros que se movían con largos pasos por las tejas y el caballete. Desfilaban ágiles y silenciosas por el cristal animado como gatos enormes, en interminable procesión, y luego parecían saltar a un plano más bajo donde Vezin los perdía de vista. Oía sólo el golpe blando de sus saltos. A veces sus sombras se proyectaban en la pared blanca de enfrente, y entonces no lograba distinguir si eran sombras de seres humanos o de gatos. Daba la impresión de que cambiaban con rapidez de lo uno a lo otro. El cambio parecía horriblemente real; porque saltaban como personas, y en el aire mismo se transformaban y caían como animales.

Abajo, el patio hervía en movimientos sinuosos de formas oscuras que caminaban en silencio hacia la cristalera. Marchaban tan pegadas al muro que Vezin no podía precisar su verdadera figura; pero cuando vio que se dirigían a la gran asamblea que se estaba reuniendo en el vestíbulo, comprendió que se trataba de las criaturas cuyas sombras había visto reflejadas en los cristales de las ventanas de enfrente. Acudían de todas partes del pueblo, recorriendo tejados y caballetes, y saltando de plano en plano hasta llegar al patio.

A continuación le llamó la atención otro ruido, y vio que se abrían suavemente las ventanas vecinas, y que de cada una de ellas asomaba una cara. Un momento después empezaron a saltar figuras veloces al patio. Figuras que en el momento de salir de las ventanas eran humanas, según veía, pero que al llegar al patio caían a cuatro patas, y se transformaban instantáneamente en... gatos; en gatos enormes y sigilosos. Y corrían a raudales a juntarse con el resto en el vestíbulo.

Así que no habían estado desocupadas las habitaciones de la casa, en definitiva.

Por lo demás, ya no le llenaba de asombro lo que veía. Porque lo recordaba todo. Le era familiar. Ya había ocurrido antes exactamente igual, centenares de veces; y él mismo sabía de la frenética locura que se apoderaba de todos, y había participado en ella. Cambió la silueta del antiguo edificio, se ensanchó el patio, y pareció que él mismo observaba desde una altura muchísimo mayor, a través de vapores humeantes. Y, mientras miraba medio recordando, le acometieron furiosamente, violentos y dulces, los viejos dolores de tiempos ancestrales; y se le excitó horriblemente la sangre al oír otra vez la Llamada de la Danza en su corazón, y le llegó el sabor de la antigua magia de Ilsé girando junto a él.

Se retiró de repente. Un gran gato había saltado sigiloso de las sombras de abajo al alféizar, cerca de su cara, y le miraba fijamente con ojos humanos. «¡Ven —parecía decir—, ven con nosotros a la Danza! ¡Cambia como antes! ¡Transfórmate deprisa, y ven!» Demasiado bien comprendió la muda llamada de esta criatura.

Saltó otra vez abajo como un relámpago, con un levísimo ruido de sus zarpas almohadilladas sobre las losas, y a continuación lo hicieron docenas de otros a este lado de la casa, por delante de sus mismos ojos, transformándose en la caída y

echando a correr, veloces y silenciosos, hacia el lugar de reunión. Y otra vez sintió el terrible deseo de imitarles: murmurar el viejo conjuro, dejarse caer a cuatro patas y tomar carrera para el gran salto en el aire. ¡Ah, cómo crecía esta pasión en su interior como un torrente, quemándole las entrañas, elevando a la noche el ardiente deseo que sentía su corazón de la vieja Danza de las Brujas en el Aquelarre! El torbellino de las estrellas giraba en torno a él: otra vez conoció la magia de la luna. Le azotaba el viento poderoso que surgía del bosque y del abismo y venía saltando de peñasco en peñasco, cruzando valles... Oyó los gritos de los danzantes y sus risas frenéticas; y con esta muchacha salvaje en sus brazos, bailó furiosamente alrededor del Trono donde se hallaba sentada la Figura con su cetro de majestad...

Entonces, de repente, callaron y se inmovilizaron todos, y se enfrió un poco la fiebre en el corazón de Vezin. La serena claridad de la luna inundaba el patio vacío y desierto. Se habían ido todos. La procesión desfiló por los aires. Él se había quedado atrás... solo.

Vezin cruzó la habitación de puntillas y abrió la puerta. A sus oídos llegó el murmullo de la calle, cada vez más fuerte a medida que avanzaba. Caminaba con suma cautela por el corredor. Se detuvo a escuchar en lo alto de la escalera. Abajo, el vestíbulo donde se habían reunido estaba todavía a oscuras; pero a través de las ventanas y las puertas abiertas de la otra parte del edificio llegaba el bordoneo de una gran multitud que se alejaba.

Bajó la crujiente escalera, temiendo y deseando a un tiempo encontrar algún rezagado que le indicase el camino, pero no vio a nadie; cruzó el vestíbulo, tan atestado hacía poco de seres inquietos y llenos de vida, y salió a la calle por la puerta principal. No podía creer que le hubiesen dejado, que le hubiesen olvidado, que le permitiesen escapar. Estaba confundido.

Escrutó a su alrededor con nerviosismo, y hacia uno y otro extremo de la calle; luego, al no ver a nadie, echó a andar despacio por la acera.

El pueblo entero, mientras caminaba, aparecía abandonado y vacío, como si un gran viento hubiese barrido de él toda forma de vida. Las puertas y ventanas de las casas estaban abiertas a la noche; nada se movía; la luna y el silencio inundaban todos los rincones. La noche envolvía a Vezin como un manto. El aire, blando y fresco, acariciaba sus mejillas como el roce de una gran zarpa peluda. Recobró la confianza; apretó el paso, aunque sin salirse del lado de la sombra. En ninguna parte descubría el más leve signo del éxodo impío que sabía que acababa de tener lugar. La luna, en lo alto, recorría un cielo sereno y sin nubes.

Sin darse cuenta apenas de adónde iba, cruzó la plaza del mercado y llegó a la muralla, donde sabía que un sendero bajaba a la carretera por la que podría huir a alguno de los pueblecitos que quedaban al norte, y llegar al ferrocarril.

Pero antes se detuvo a mirar el paisaje a sus pies, donde la gran llanura se extendía como el mapa plateado de un país de ensueño. Su serena belleza le llegó a lo hondo, aumentando su sensación de confusión e irrealidad. No soplabla la más leve

brisa: las hojas de los plátanos estaban inmóviles, los detalles cercanos se recortaban con nitidez diurna contra las sombras oscuras; y a lo lejos, los campos y el bosque se fundían en una neblina trémula.

Pero el aliento se le cortó en la garganta y se quedó petrificado al bajar la mirada del horizonte a la perspectiva cercana del valle que tenía ante sí. Toda la ladera de la colina, oculta al resplandor de la luna, estaba iluminada; y merced a este resplandor, vio una riada de siluetas movientes que marchaban presurosas entre los espacios abiertos de los árboles; mientras arriba, como hojas llevadas por el viento, distinguió infinidad de formas voladoras que se cernían oscuras un instante contra el cielo, y luego, cruzando las ramas, se posaban entre gritos y cánticos misteriosos en la zona de los fuegos.

Se quedó mirando fascinado durante un tiempo que no fue capaz de calcular. Luego, movido por uno de esos terribles impulsos que parecían gobernar toda esta aventura, se subió a lo alto del ancho muro, haciendo equilibrios unos momentos, con el precipicio del valle a sus pies. Pero en ese mismo instante, mientras se mantenía en suspenso, advirtió un súbito movimiento entre las sombras de las casas; y al volverse, vio la silueta de un gran animal que cruzaba veloz el espacio de atrás y aterrizaba de un salto en el muro, algo más allá. Corrió como el viento a los pies de él, y a continuación se incorporó a su lado, apoyándose en la muralla. Un estremecimiento pareció sacudir la luz de la luna; y a Vezin le tembló la vista un segundo. El corazón comenzó a latirle atrozmente. ¡Isé estaba de pie junto a él, mirándole a la cara.

Una sustancia oscura, notó, manchaba el rostro y la piel de la muchacha; una sustancia que brilló a la luz de la luna al extender las manos hacia él: vestía unas ropas hechas jirones que le sentaban sorprendentemente bien; la ruda y la verbená ceñían sus sienes; sus ojos centelleaban con impíos destellos. Vezin reprimió a duras penas un violento deseo de cogerla en brazos y saltar con ella desde el altísimo parapeto al fondo del valle.

—¡Mira! —exclamó Isé, señalando con un brazo, en el que tremolaban al viento sus harapos, hacia el bosque poblado de luces, a lo lejos—. ¡Mira dónde nos esperan! ¡El bosque hierve de vida! ¡Y están allí los Grandes, y pronto empezará la danza! ¡Aquí tienes el ungüento! ¡Embadúrnate, y vamos!

Aunque un momento antes el cielo estaba claro y despejado, se fue oscureciendo la faz de la luna mientras hablaba, y el viento comenzó a agitar las copas de los plátanos, a los pies de Vezin. Las ráfagas esporádicas traían de abajo jirones de cánticos roncós y alaridos; y el olor acre que había percibido ya en el patio de la posada subía a su alrededor.

—¡Transfórmate! ¡Transfórmate! —repitió ella otra vez, elevando la voz como una canción—. Frótate la piel para volar. ¡Ven! ¡Ven conmigo al aquelarre, a la locura de sus placeres furiosos, al dulce abandono de su culto maligno! ¡Mira, allá están los Grandes, y han dispuesto los terribles Sacramentos! Ya está ocupado el Trono. ¡Úntate y ven! ¡Úntate y ven!

Ilsé llegó a la altura de un árbol, junto a él, saltando a la muralla con los ojos llameantes y el pelo desparramado en la oscuridad. Vezin empezaba a cambiar también rápidamente. Las manos de ella le rozaron la piel de la cara y el cuello, trazándole rayas de ardiente bálsamo que transmitieron a su sangre la vieja magia ante cuya fuerza se desvanece todo bien.

A sus oídos llegó un rugido salvaje procedente del corazón del bosque; y la muchacha, al oírlo, saltó sobre la muralla en un raptó de gozo perverso.

—¡Satanás está aquí! —exclamó, precipitándose sobre él y tratando de arrastrarle consigo al borde del muro—. ¡Ha llegado Satanás! ¡Los Sacramentos nos llaman! ¡Ven con tu querida alma apóstata, y le adoraremos y bailaremos hasta que se hunda la luna y el mundo sea olvidado!

Evitando apenas la espantosa caída, Vezin luchó por librarse de las manos de ella, en tanto la pasión rompía sus riendas y casi se adueñaba de él. Profirió un grito, sin saber qué decía, y luego otro. Eran los viejos impulsos, los viejos hábitos que encontraban voz instintivamente; porque, aunque le parecía que gritaba cosas absurdas, las palabras que profería tenían sentido en sí mismas, y eran inteligibles. Era la antigua llamada. Y fue oída abajo. Y respondida.

El viento silbaba en los faldones de su chaqueta mientras el espacio, a su alrededor, se oscurecía de formas voladoras que ascendían en torbellino desde el valle. Un griterío de voces ásperas le hería los oídos, más cerca cada vez. El viento le golpeaba con ráfagas violentas, haciéndole oscilar en el roto coronamiento del muro de piedra, mientras Ilsé se agarraba a él con sus largos brazos relucientes, suaves, desnudos, y se sujetaba con fuerza a su cuello. Pero no era sólo Ilsé: una docena de formas le rodeaban, descendidas de los aires. Le asfixiaba el olor penetrante de los cuerpos embadurnados, incitándole a la vieja locura del aquelarre, donde el baile de las brujas y los brujos rendía honores al Mal personificado del mundo.

—¡Úntate y ve! ¡Úntate y ve! —gritaban en frenético coro a su alrededor—. ¡A la Danza que nunca muere! ¡A la dulce y terrible fantasía del mal!

Un momento más, y habría cedido. Porque su voluntad se iba debilitando; y casi le tenía anulado el torrente de recuerdos apasionados, cuando —así es como una insignificancia puede alterar el curso entero de una aventura— apoyó el pie en una piedra suelta del muro, y cayó aparatosamente al suelo. Pero su caída fue hacia la parte de las casas, al rellano de polvo y adoquines, y no, por fortuna, hacia el valle profundo que se abría al otro lado.

A su vez, cayeron los otros a su alrededor, como moscas sobre un trozo de alimento; pero entonces Vezin se libró por un momento del poder de su contacto, y en ese breve instante de libertad le vino a la mente la súbita inspiración que le salvó. Antes de volver a ponerse de pie vio cómo estas figuras trepaban torpemente a la muralla, como si, a la manera de los murciélagos, sólo pudiesen volar dejándose caer desde una altura, y no fueran capaces de agarrarle en el rellano. Y al verlas encaramadas en fila, como gatos en un tejado, negras y extrañamente informes, con

ojos como lámparas, le volvió el súbito recuerdo de Ilsé aterrada ante la visión del fuego.

Con la rapidez de un relámpago, sacó sus cerillas y prendió las hojas secas que había junto al muro.

Marchitas y secas, prendieron en seguida, y el viento propagó las llamas en una larga línea al pie de la muralla, creciendo al tiempo que avanzaban; y entre gritos y alaridos, la multitud de formas que se había congregado en lo alto desapareció en los aires, con gran ruido de aletazos y alboroto de cuerpos, en dirección al corazón del valle encantado, dejando a Vezin tembloroso y sin aliento en medio de la plazoleta desierta.

—¡Ilsé! —llamó débilmente—. ¡Ilsé! —porque le dolió el corazón al pensar que se había ido al gran Baile sin él, y que había perdido la ocasión de participar en su goce terrible. Pero al mismo tiempo, era tan grande su alivio, y estaba tan confundido y turbado por todos estos acontecimientos, que no sabía qué decía, y gritaba sólo movido por el furioso torbellino de su emoción...

El reguero de fuego seguía propagándose junto a la muralla y volvió a salir la luna, suave y clara, de su eclipse transitorio. Tras una última mirada estremecida al ruinoso parapeto, y una especie de aterrada curiosidad por el valle encantado que se abría al otro lado, donde aún se arremolinaban y volaban formas oscuras, se volvió hacia el pueblo y emprendió despacio el camino del hotel.

Y mientras caminaba, siguió oyendo la gran barahúnda de gritos y alaridos y aullidos abajo en el bosque, más débiles cada vez a causa del viento, mientras él se perdía entre las casas.

VI

—Quizá le parezca brusco y soso este final —dijo Arthur Vezin, mirando con cara colorada y ojos tímidos al doctor Silence que tomaba notas en su cuaderno—; pero lo cierto es que... bueno... a partir de ese momento, parece que me falla la memoria. No tengo un recuerdo claro de cómo llegué a casa, ni de qué hice exactamente.

»Por lo visto, no regresé a la posada. Recuerdo oscuramente que corrí por un camino largo y blanco bajo la luna, que crucé bosques y aldeas calladas y desiertas, que luego empezó a amanecer y vi las torres de un pueblo más bien grande, y que llegué a una estación.

»Pero mucho antes de eso, recuerdo haberme detenido en algún lugar del camino, y que me volví a contemplar el pueblo de mi aventura sobre el cerro, a la luz de la luna, y me pareció que su silueta era exactamente la de un gato monstruoso tumbado en la llanura: sus inmensas patas delanteras extendidas eran las dos calles principales,

y las rotas torres gemelas de la catedral recortaban sus orejas desgarradas sobre el cielo. Aún perdura con toda intensidad esa imagen en mi mente.

»Otra cosa guardo en la memoria de esa huida: el acordarme de repente de que no había pagado la cuenta, y decidir allí mismo, en la polvorienta carretera, que mi pequeño equipaje saldaría de sobra mi deuda.

»Por lo demás, sólo puedo decirle que tomé café con un bollo en un café de las afueras del pueblo al que había llegado; me dirigí seguidamente a la estación, y horas después cogí el tren. Esa misma tarde estaba en Londres.»

—¿Cuánto tiempo —preguntó John Silence quedamente— calcula que estuvo en el pueblo donde le ocurrió la aventura?

Vezin alzó tímidamente los ojos.

—De eso iba a hablar —prosiguió, con agitados gestos de disculpa—. En Londres descubrí que me había adelantado nada menos que una semana entera sobre mis cálculos. Había permanecido alrededor de una semana en el pueblo, y debía haber sido quince de septiembre... ¡sin embargo, estábamos sólo a diez!

—Entonces, ¿estuvo sólo una noche o dos en la posada, en realidad? —preguntó el doctor.

Vezin vaciló antes de contestar. Dio unos pasos inquietos por la alfombra.

—Debí de ganar tiempo en alguna parte —dijo por fin—; en alguna parte, o de algún modo. Seguramente llevaba una semana de adelanto. No puedo explicarlo. Sólo puedo decirle lo que pasó.

—¿Y eso le ocurrió el año pasado, y no ha vuelto usted desde entonces allí?

—El otoño pasado, sí —murmuró Vezin—; y no me he atrevido a volver. No creo que vuelva nunca.

—Dígame —preguntó el doctor Silence por último, al ver que el hombrecillo había llegado claramente al final de su relato, y que no tenía nada más que contar—, ¿ha leído algo sobre las prácticas de brujería durante la Edad Media, o le ha interesado alguna vez ese tema?

—¡Nunca! —declaró Vezin con énfasis—. Jamás he dedicado un solo pensamiento a cuestiones de ese género, que yo recuerde...

—¿O sobre la reencarnación, quizá?

—Nunca... antes de mi aventura; después, sí —contestó en tono significativo.

Sin embargo, este hombre tenía algo más en la conciencia de lo que quería descargarse, aunque encontraba difícil empezar; y sólo después de brindarle el doctor, con un tacto exquisito, infinidad de ocasiones, decidió finalmente valerse de una, y balbuceó que deseaba enseñarle las marcas que aún conservaba en el cuello donde, dijo, la muchacha le había tocado con sus manos untadas.

Se quitó el cuello de la camisa tras interminables y vacilantes manoteos, y se bajó un poco la camisa para que el doctor pudiese ver. Y allí, en la superficie de la piel, había una débil raya rojiza que le recorría el hombro y se extendía un poco por la espalda, hasta la espina dorsal. Desde luego, señalaba exactamente la posición que un

brazo podía haber adoptado al abrazarle. Al otro lado del cuello, ligeramente más alta, había una huella parecida, aunque no tan clara.

—Aquí es donde me sujetó esa noche en la muralla —murmuró, al tiempo que asomaba una luz a sus ojos, y desaparecía.

Unas semanas más tarde tuve ocasión de hablar con John Silence de otro caso extraordinario del que me había llegado noticia, y acabamos hablando de la historia de Vezin. Después de oírla, el doctor había hecho averiguaciones por su cuenta; y uno de sus secretarios había descubierto que, efectivamente, los antepasados de Vezin habían vivido durante generaciones en el mismo pueblo en que le había ocurrido esta aventura. Dos de ellos eran mujeres, y habían sido juzgadas, condenadas por brujas, y quemadas en la hoguera. Por otra parte, no había sido difícil comprobar que la posada donde se había hospedado Vezin fue construida hacia 1700, en el lugar donde fueron levantadas las piras y tuvieron lugar las ejecuciones. El pueblo era una especie de lugar de encuentro de todos los hechiceros y brujas de la región, los cuales, tras ser declarados culpables, fueron quemados por docenas.

—Parece extraño —prosiguió el doctor— que Vezin ignorase todo esto; pero, por otra parte, no es la clase de historia que una familia desea mantener viva a través de generaciones, o contar a sus hijos. Así que me inclino a creer que sigue sin saber nada del asunto.

»Toda la aventura parece haber sido una intensa reviviscencia de recuerdos de una vida anterior, desencadenada al entrar en contacto con las intensas fuerzas que aún subsisten en el lugar y, por singularísima casualidad, con las mismas almas que participaron con él en sucesos de aquella vida particular. Porque esa madre y esa hija que tan extraordinariamente le impresionaron debieron de ser protagonistas principales, junto con él mismo, de las ceremonias y prácticas brujeriles que en aquel entonces dominaban la imaginación de todos los habitantes del país.

»No tenemos más que leer la historia de aquel tiempo para saber que estas brujas afirmaban poseer el poder de transformarse en diversos animales con objeto de disfrazarse, y también para trasladarse velozmente al lugar de sus imaginarias orgías. La licantropía, o poder de convertirse en lobos, era creencia común en todas partes; asimismo, se creía en la capacidad de transformarse en gatos frotándose el cuerpo con determinado ungüento que el propio Satanás les proporcionaba. Los juicios por brujería aportan abundantes pruebas de que tales creencias eran universales.

El doctor Silence citó textualmente un montón de autoridades sobre la materia, y mostró cómo cada incidente de la aventura de Vezin tenía su fundamento en las prácticas de aquellos tiempos oscuros.

—Pero, no me cabe duda de que el asunto entero aconteció subjetivamente, en la conciencia de nuestro hombre —prosiguió, en respuesta a mis preguntas—; porque mi secretario ha estado investigando en el pueblo, y ha visto su firma en el libro de huéspedes, comprobando que llegó el ocho de septiembre y se marchó

inopinadamente sin pagar la cuenta. Se fue dos días después, y aún tenían allí la sucia bolsa marrón y algunas prendas de turista que llevaba. Pagué unos francos para saldar su cuenta, y le he remitido su equipaje. La hija no estaba en ese momento; pero la dueña, una mujer gorda como él la describió, dijo a mi secretario que le había parecido un señor muy extraño y distraído y que, tras su desaparición, abrigó el temor durante mucho tiempo de que hubiera encontrado un final violento en el bosque vecino, donde solía vagar solo.

»Me habría gustado tener una entrevista con la hija para averiguar qué hubo de subjetivo y qué ocurrió efectivamente, con relación a ella, en todo lo que contó Vezin. Porque su miedo al fuego y la visión de las llamas debió de ser, sin duda, una reminiscencia intuitiva de su dolorosa muerte anterior en la hoguera, y eso explicaría por qué imaginó él varias veces que la veía a través del humo y las llamas.»

—¿Y las marcas de su piel, entonces? —pregunté.

—Son meras señales de origen histérico —replicó—; como los estigmas de las *religieuses* o los cardenales que surgen en el cuerpo de los sujetos hipnotizados a los que se les ha dicho que les saldrán. Es muy corriente y tiene fácil explicación. Lo extraño es que duren tanto tiempo esas marcas en el caso de Vezin. Por lo general desaparecen en seguida.

—Seguramente, es que sigue pensando en todo esto, y dándole vueltas, y reviviéndolo una y otra vez —aventuré.

—Es probable. Y por eso me temo que no han acabado aún sus preocupaciones. Volveremos a saber de él. Es un caso en el que, por desgracia, puedo hacer muy poco por aliviarle.

El doctor Silence hablaba gravemente, y con cierta tristeza en su voz.

—¿Y qué piensa del francés del tren —pregunté a continuación—, del hombre que le previno contra el pueblo, *a cause du sommeil et d cause des chais*? Sin duda fue un incidente muy singular, ¿no?

—Muy singular, desde luego —contestó lentamente—; y sólo puedo explicarlo aceptando la posibilidad de una coincidencia sumamente improbable...

—¿Y es?

—Que ese desconocido hubiera estado también en el pueblo y hubiera sufrido allí una experiencia parecida. Me gustaría encontrar a ese hombre para interrogarle. Pero de nada sirve aquí la bola de cristal, dado que no tengo ni la más ligera pista que seguir, y sólo puedo concluir que alguna singular afinidad psíquica, alguna fuerza activa aún en su ser procedente de la misma vida pasada, le acercó a la personalidad de Vezin, permitiéndole intuir qué podía sucederle, y por tanto advertirle como lo hizo.

»Sí —prosiguió un momento después, medio hablando consigo mismo—; sospecho que a Vezin le arrastró un torbellino de fuerzas generado por la intensa actividad de una vida pasada, y que revivió una escena en la que hace siglos desempeñó a menudo un papel destacado. Porque las acciones violentas originan

fuerzas que tardan mucho en agotarse; puede decirse que, en cierto sentido, no se extinguen nunca. En este caso, no eran bastante vitales para que la ilusión fuese completa; de manera que el pobre hombre se encontró inmerso en una confusión angustiosa del presente y el pasado; sin embargo, tuvo la suficiente sensibilidad como para darse cuenta de que era así, y luchar contra la degradación que suponía el retorno —siquiera en la memoria— a un grado de desarrollo pasado e inferior.

»¡Ah, sí! —prosiguió, cruzando la habitación para contemplar el cielo que iba oscureciendo, y totalmente olvidado de mi presencia, al parecer—, los súbitos recuerdos subliminales de ese género pueden ser de lo más dolorosos y, a veces, tremendamente peligrosos. Sólo confío en que esta alma bendita llegue a escapar pronto de la obsesión de un pasado apasionado y tormentoso. Pero lo dudo, lo dudo.»

Su voz se había ido apagando con tristeza; y cuando se volvió otra vez de cara a la habitación había una expresión de profunda ansiedad en su semblante, la ansiedad de un alma cuyo deseo de ayudar es a veces más grande que sus fuerzas.

EL CASO PIKESTAFFE^[5]

I

LA vitalidad de las viejas institutrices merece unas líneas explicativas por parte de un buen fisiólogo. Es asombrosa. Tienden a sobrevivir a los hombres y mujeres adultos y casados a los que enseñaron de pequeños. Resisten a pie firme; como diría con dureza un hombre —esto es, un hombre enseñado por una de ellas en sus tiempos escolares— contestando a una pregunta sobre la suya, cincuenta años después, sin entusiasmo: «Bueno, ahí la tenemos aún, sí. ¡No le falta de nada!».

La señorita Helena Speke había enseñado a los hijos de una distinguida familia; y estos niños distinguidos, ahora con costosa progenie, seguían teniéndola. Se habían puesto de acuerdo, viendo que conservaba una salud maravillosa, y la habían instalado en una casita preciosa donde podía coger huéspedes respetables —preferentemente hombres—, a los que ofrecía cama, baño y desayuno. Y dado que la señorita Speke era una mujer capaz, se defendía bastante bien. No le faltaba de nada. Iba tirando.

Los que llegaban solicitando sus habitaciones, sobre todo la *suite* del primer piso, tenían que traer recomendación. Al que llamaba al timbre sin una carta en el bolsillo lo recibía con cara severa. Nunca ponía anuncios. En realidad, no le hacía falta. Los dos pisos de arriba llevaban años ocupados por los mismos inquilinos: el jefe de una oficina bancaria y un clérigo retirado, respectivamente. Sólo la mejor *suite* «estaba libre de momento» a veces. De las dos guineas todo incluido de antes de la guerra, la señorita Speke la había subido, naturalmente, a cuatro, corriendo a cuenta del inquilino el gas de la estufa, la luz y el baño extra. El desayuno —se enorgullecía legítimamente de sus buenos desayunos— estaba incluido en el precio.

Hacía tiempo que se hallaba libre esta *suite* del primer piso. El coste de la vida preocupaba a la señorita Speke; igual que a la mayoría de la gente. Tenía una criada barata pero incompetente, y en cuanto consiguiera alquilar la *suite* pensaba contratar otra mejor. Los niños distinguidos se habían dispersado por el mundo: uno, el mayor, había muerto en la guerra; otro, una mujer casada, vivía en la India; otro, casado también, soportaba los agobios del divorcio: asunto que resultaba caro; y el cuarto, el último y más generoso, andaba en un procedimiento de quiebra y no la podía ayudar.

Fue en esta situación cuando la señorita Speke, con la vitalidad mermada, decidió poner un anuncio. Aunque incluyó las palabras «imprescindible referencias», en el fondo pensaba hacer uso de su propio criterio, y si se presentaba un caballero bien parecido que se aviniera a pagar lo que ella pedía, estaba dispuesta a aceptarlo.

Consideraba que el clérigo y el empleado de banco de arriba eran una protección. Siempre hablaba de ellos a los solicitantes: «Tengo a un pastor de la Iglesia de Inglaterra en el piso de arriba. Lleva aquí once años. Y el piso de abajo lo ocupa un banquero. La mía es una casa muy tranquila, como ve». Estas palabras formaban parte del ritual que ella recitaba en el recibimiento, frente a los posibles inquilinos, de pie en el linóleo, junto a la percha; y ésas fueron las palabras que dirigió a un hombre alto, delgado, de cara pálida, pelo escaso y camisa impecable, quien le informó que era profesor particular, daba clases de matemáticas superiores a los hijos de varias familias —mencionó algunos apellidos de primera categoría donde podían darle referencias—, además de estudiante, y un poco escritor en sus horas de ocio. Por supuesto, enseñaba a sus alumnos en sus respectivas casas, una de las cuales se hallaba en Belgrave Square y otra en The Albany; sólo después del té, o por la noche, se dedicaba a su propio trabajo. Todo esto lo explicó brevemente, aunque con una actitud muy cortés.

El señor Thorley hablaba muy bien; tenía la voz suave, ojos amables y sagaces, y un aire de criatura solitaria y desamparada que conmovió algún olvidado y seco manantial del precavido corazón de la señorita Speke. Tenía toda la pinta de hombre culto... «y de caballero», como explicó ella después a todo el que le preguntó por él, que fueron muchos y de las clases más inesperadas, y muy insistentes, por no decir desagradables. Pero lo que más la inclinó en su favor fue el hecho, mencionado durante la conversación, de haber sido hacía años asidua visita de la casa de Portman Square, donde ella fue institutriz de la familia distinguida. La señorita Speke no le recordaba exactamente, pero desde luego, él había conocido a lady Araminta, madre de la prole a su cargo.

Así fue como el señor Thorley —John Laking Thorley, Lic. en Artes por el Jesús College de Cambridge— fue admitido por la señorita Speke como inquilino de su mejor *suite* del primer piso, al citado precio, desayuno incluido, ganándose su confianza de forma tan completa que no se molestó siquiera en coger las referencias que él le ofrecía. La agradaba, se sentía segura con él, le compadecía. El señor Thorley no había regateado; no había tratado de que le rebajase el precio. Sólo lo meditó un momento, y luego lo aceptó. Y, a decir verdad, demostró ser un inquilino ejemplar: se acostaba pronto y no se levantaba demasiado temprano; era de costumbres regulares, atento con la costosa criada, cuidadoso con las toallas, la luz eléctrica y las manchas de tinta, puntual en el pago, y no la molestó ni una sola vez con peticiones o quejas, como hacían otros inquilinos, incluidos el banquero y el clérigo. Además, era un hombre ordenado que jamás perdía nada, porque invariablemente ponía las cosas en su sitio, por lo que sabía dónde encontrarlas exactamente. La señorita Speke se dio cuenta en seguida de su meticulosidad.

La señorita Speke le tuvo en especial observación los primeros días de su estancia, como hacía con todos sus inquilinos. Examinaba su habitación cuando se ausentaba «por las mañanas». Y lo hacía con detenimiento, sabedora de que no iba a

presentarse de repente y a interrumpirla inoportunamente. No era fisgona ni entrometida, afirmaba, aunque *sí* curiosa. «Tengo derecho a saber algo sobre el caballero que duerme bajo mi techo», era como ella lo expresaba ante sí misma. Sus ropas, averiguó, eran holgadas, incluso su traje de etiqueta, sus guantes blancos y su clac. Tenía bastantes pares de botas y de zapatos. Su ropa blanca era buena. Su vestuario, a decir verdad, aunque algo descuidado, sobre todo los calcetines, era propio de un caballero. Sólo una cosa la tenía perpleja. El espejo de cuerpo entero sobre patas de caoba —regalo del «niño» generoso ahora metido en un procedimiento de quiebra, pieza elegante y atracción especial de la mejor *suite*—, este precioso espejo, no era evidentemente del agrado del señor Thorley. A la segunda o tercera mañana de mudarse, entró ella en la alcoba antes de que la arreglara la criada, y vio, para su sorpresa, que el espejo estaba de espaldas a la habitación. Había sido colocado en un rincón de cara a la pared, con su poco atractivo revés hacia afuera.

—Me dio un sobresalto verlo así —contó más tarde—. ¡Un mueble tan elegante, además!

La primera idea que se le ocurrió le produjo un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. «¡Lo ha roto!» Pero no estaba roto. Se quedó en suspenso, preguntándose por qué su nuevo inquilino habría hecho esto; luego colocó el espejo en su posición correcta, y salió de la habitación. A la mañana siguiente volvió a encontrarlo de cara a la pared. Y lo mismo al siguiente: lo ponía del derecho, para encontrarlo por las mañanas nuevamente de espaldas a la habitación.

Preguntó a la criada, pero la criada no sabía nada sobre el particular.

—No lo he tocado ni una sola vez.

Tras meditarlo mucho, la señorita Speke concluyó, perpleja, que debía hacer algo para poner esto en claro. Recordaba que el señor Thorley usaba gafas con montura de asta para leer. Olfateaba un misterio. Lo cual le produjo una ligera —una ligerísima— sensación de desasosiego. Bueno, si no le gustaba el elegante espejo, quizá podría utilizarlo ella en su propia habitación. Le dolía un poco verlo menospreciado. No eran muchas las habitaciones amuebladas que podían alardear de un espejo de cuerpo entero, pensó. Unos días más tarde, al encontrarse con el señor Thorley en el linóleo, ante la percha, le preguntó si estaba cómodo y si el desayuno era de su gusto. El señor Thorley se mostró cortés, incluso cordial. Todo era perfecto, le aseguró; jamás había estado tan bien atendido. Y la casa era muy tranquila.

—¿Y la cama, señor Thorley? Espero que duerma bien —se iba acercando al tema del espejo, aunque con cautela. Por alguna razón, encontraba difícil sacarlo a colación. De repente se le ocurrió que había algo raro en la actitud de este hombre con respecto al espejo de cuerpo entero. La señorita Speke no era una institutriz jubilada imaginativa, ni mucho menos; sólo una levísima sospecha de algo raro cruzó por su mente, y se desvaneció. Pero intuía algo. Le resultaba imposible mencionar abiertamente el elegante objeto.

—¿No hay nada en la habitación que desearía cambiar, o modificar? —preguntó

con una sonrisa—, ¿o poner de otra manera, quizá?

El señor Thorley vaciló un momento. Una expresión singular, mitad triste mitad ansiosa, pensó la señorita Speke, iluminó un segundo su rostro meditabundo, y se apagó. La idea de quitar algo le pareció desagradable.

—Nada, señorita Speke, muchas gracias —replicó cortésmente, aunque con presteza—. Todo está *exactamente* como a mí me gusta —luego, tras una ligera inclinación de cabeza, preguntó—: espero que no moleste a nadie mi máquina de escribir. Por favor, hágamelo saber si es así.

La señorita Speke le aseguró que a nadie le importaba lo más mínimo la máquina de escribir; y tras otra inclinación y una sonrisa, el señor Thorley se marchó a dar sus lecciones de matemáticas superiores.

«¡Vaya!», pensó la señorita Speke; «¡al final no se lo he preguntado!». Le había sido imposible.

Observó desde la ventana cómo se alejaba por la calle, con la cabeza inclinada, evidentemente ensimismado, con los libros bajo el brazo, y toda la pinta, pensó, del caballero y hombre sabio que sin duda era. Su personalidad había dejado honda huella en la señorita Speke. A veces se descubría a sí misma pensando en él. Cuando torció la esquina, dos cosas acudieron simultáneamente a la mente de la señorita Speke: primera, el alivio de que el inquilino fuera a estar ausente todo el día, y contar así ella con que no regresaría de manera inesperada; y segunda, que le interesaba entrar a averiguar qué clase de libros leía. Un minuto después estaba en su gabinete. Ya se encontraba barrido y limpio de polvo, había sido retirado el servicio del desayuno y los libros, vio, estaban parte sobre la mesa donde él los había dejado y parte en la ancha repisa de la chimenea que utilizaba como estante. La señorita Speke estaba sola; la criada se hallaba abajo en la cocina. Hojeó los libros del señor Thorley.

El examen la dejó perpleja y sin saber qué pensar. «No entiendo de qué tratan», se dijo. Pero eran evidentemente lo que ella llamaba libros caros, y eso le gustó. «Algo relacionado con su trabajo, supongo: matemáticas y demás», concluyó, tras volver las páginas repletas de una especie de jeroglíficos, dado que «símbolos» era un término que ella no relacionaba con eso. No había texto, no había frases, no había nada a lo que ella pudiera recurrir; y le pareció que los diagramas eran de Euclides, o posiblemente astronómicos. La mayoría de los nombres eran raros y totalmente desconocidos para ella. ¡Gauss! ¡Minowski! ¡Lobatchewski! Y la ofendía que algunos de estos nombres fuesen alemanes. El predilecto de su inquilino era un autor llamado Einstein, lo cual le pareció lamentable, al tiempo que un detalle de mal gusto. Todo esto la alarmó un poco; o más bien sintió un atisbo de respeto, casi de temor, debido a ese mundo que ella percibía enteramente fuera de su alcance. Se alegró de dar por concluida —era su deber— la inspección.

«Aquí no hay nada», pensó, refiriéndose a que no había nada que explicase la aversión al espejo. Y decepcionada, aunque con un ligero alivio, se dirigió a sus papeles personales. Éstos —se trataba de un hombre ordenado— estaban en un cajón.

El señor Thorley jamás dejaba nada por ahí. Bueno: en la vida se le ocurriría a la señorita Speke leer una carta; pero papeles, sobre todo de carácter científico, era otra cuestión. La conciencia, no obstante, le dio una débil punzada cuando se puso a hojear precavidamente, mazo tras mazo, los grandes pliegos blancos cubiertos de dibujos y curvas y figuras a tinta —la tinta que jamás derramaba—, sin duda trazados todos recientemente por él. Y entre estos pliegos, tropezó de repente con una lámina que le llamó la atención, y hasta la asustó. En el centro, rodeado de jeroglíficos, números, curvas y rayas sin sentido para ella, vio un dibujo del espejo de cuerpo entero. Algunas de las curvas entraban en él y lo atravesaban, saliendo por el otro lado. Supo que era el espejo porque tenía las medidas exactas anotadas en tinta roja.

Esto, como se ha dicho, la sobresaltó. ¿Qué podía significar? Se preguntó, mirando fijamente la curiosa lámina, como si pudiese entregar su secreto merced a una prolongada aunque ignorante indagación. «Parece un experimento, o algo así», fue lo más que su mente pudo ahondar en el misterio; aunque esto, admitió, no era demasiado. Examinó con curiosidad la hoja sosteniéndola en diversas posiciones, incluso boca abajo; luego la dejó otra vez en el lugar exacto de donde la había cogido. Aquel débil soplo de alarma había vuelto a rozar su alma, como si se hubiese acercado a un misterio que era preferible dejar sin resolver.

«Es muy extraño... —empezó, cerrando con cuidado el cajón, aunque incapaz de completar la frase incluso en su mente—. Creo que no me gusta», y se volvió para salir. Fue entonces cuando algo le rozó la cara, produciéndole picor en una mejilla, algo fino como una telaraña, algo que flotaba en el aire. Lo apartó. Era un hilo de seda extremadamente fino; tan fino, en realidad, que casi podía haber sido un hilo de araña como los que se ven flotando en el césped del jardín una mañana de sol. La señorita Speke lo barrió con la mano, sin concederle mayor importancia, y fue a atender sus quehaceres diarios.

II

Pero en su espíritu se alojó ahora una vaga inquietud; aunque tan vaga que al principio se negó a admitirla. Su pensamiento se detuvo de repente. «Pero, ¿qué me ocurre?», se preguntó. «Algo me pasa en la cabeza. ¿Qué se me ha olvidado?» Surgió la imagen del inquilino del primer piso, y en seguida comprendió. «¡Ah, ya sé!; son el espejo y los dibujos, naturalmente.» Algún tenso cable de alarma vibró en el fondo de su cerebro. Fue como esas alarmas infantiles pertenecientes a los grandes misterios inexplicables que ningún padre puede desentrañar porque ningún padre conoce. «Eso sólo puede saberlo Dios», dice el padre, eludiendo el problema insoluble. «Será mejor que no piense más en ello», fue la análoga conclusión a que llegó la señorita Speke. Entretanto, la huella que la personalidad del nuevo inquilino había dejado en su

mente se hizo sensiblemente más honda. Le parecía lleno de poder, por encima de las cosas insignificantes, un hombre de intensa y misteriosa vida mental. Lo tenía constante y un poco posesivamente en el pensamiento. Sólo pensar en él, descubrió, la estimulaba.

Fue poco antes del almuerzo, al regresar ella de la compra matinal, cuando la criada le llamó la atención sobre ciertas marcas que había sobre la alfombra del gabinete del señor Thorley. Las había descubierto al ir a pasar la aspiradora: se trataba de unas rayitas pequeñas, débiles, cortas, trazadas con tiza oscura o carboncillo, en forma de ángulos superiores o inferiores de unos paréntesis cuadrados; de trecho en trecho, se veía alguna flechita, también. De trecho en trecho, había alguna otra marca que la señorita Speke reconoció como los jeroglíficos que ella llamó garabatos. Señora y criada las examinaron agachadas. Descubrieron otras en la alfombra del pie de la cama, también; sólo que éstas no eran rectas: eran minúsculas líneas curvas; y a los pies del espejo de cuerpo entero, segmentos de círculos, unos amplios, otros pequeños. Parecía como si alguien se hubiese estado cortando rizos, o las uñas, con unas tijeras afiladas; sólo que eran bastante más grandes y tan débiles, que sólo se veían cuando el sol las iluminaba.

—Me di cuenta de que estaban dibujadas —dijo Sarah, perpleja, aunque orgullosa de haberlas descubierto—, porque no se iban con el polvo y la pelusa.

—Yo hablaré con el señor Thorley —fue el único comentario que hizo la señorita Speke—. Se lo diré —su voz no sonó muy firme, pero la muchacha no notó nada, al parecer.

—Y está esto otro, también, señora —señaló varios hilos de seda que había recogido en una hoja de periódico para tirarlos después a la basura—. Estaban prendidos en las paredes y en la puerta del armario, y extendidos por toda la habitación; aunque bastante altos. Los he visto por casualidad. Uno me ha pegado en la cara.

La señorita Speke se quedó mirando, los tocó, los examinó unos segundos sin decir nada. Se acordó del hilo que le había rozado la mejilla. Miró inquisitiva por toda la habitación; y la sirvienta, a petición suya, indicó dónde los había visto pegados a las paredes y los muebles. Pero no quedaba ninguna señal, ni se veía daño alguno.

—Hablaré de todo esto con el señor Thorley —dijo su señora brevemente, ya que no deseaba tratar el asunto con la nueva criada, y mucho menos admitir que estaba preocupada—. El señor Thorley —añadió, como si no hubiese nada raro en todo esto— es un gran matemático. Hace mediciones... y cálculos de esa clase —no dominaba bastante su voz para ser más explícita, y salió de la habitación consciente de que, sin saber por qué, estaba temblando. Previamente había recogido los hilos, con idea de enseñárselos a su inquilino cuando le pidiese una explicación. Pero la explicación quedó aplazada; porque, para decirlo de una vez, tuvo miedo de preguntárselo. Lo dejó para el día siguiente, y luego para el siguiente, y por último decidió no decir

nada sobre el asunto. «Quizá sea mejor dejarlo estar, en realidad», se disuadió a sí misma. «De todas maneras, no hay nada malo en ello. Es mejor no preguntar.» Sin embargo, no le hacía gracia. Al final de la semana, no obstante, pudo enorgullecerse de su discreción y tacto: no volvieron a aparecer las marcas de la alfombra, cepilladas por la sirvienta, y no volvió a haber hilos de seda extendidos en el aire, de los muebles a las paredes. Evidentemente, el señor Thorley vio que se los habían quitado, y había renunciado a lo que comprendió que era un comportamiento indeseable. Era un hombre culto y un caballero. Pero era algo más. Era franco y directo: una mañana solicitó ver a su patrona, y le habló del particular.

—¡Ah! —dijo con el gesto más alegre y natural, al verla en la habitación—; quería hablarle, señorita Speke (en realidad, hace tiempo que pensaba hacerlo), de las marcas que tracé en su alfombra —esbozó una sonrisa de disculpa—, y de los hilos de seda que extendí. Utilizo esas cosas en mis mediciones... para problemas que les pongo a mis alumnos; el otro día me lo dejé todo sin darme cuenta. Las marcas se borran con facilidad cepillándolas. Pero la próxima vez las haré con papel recortado. Puedo prenderlas con alfileres, si es usted tan amable de decirle a su excelente criada que no las toque; son... son bastante importantes para mí —sonrió otra vez de manera encantadora, y su semblante adquirió esa expresión triste, anhelante que tanto la había conmovido ya; tenía los ojos muy brillantes, observó sorprendida—. Aunque le aseguro que no pueden causar ningún daño, en realidad... Por supuesto, la compensaré, señorita Speke.

—Muchas gracias, señor Thorley —fue todo lo que la señorita Speke consiguió decir, tan confuso tenía el cerebro a causa de los turbadores pensamientos e interrogantes que no se atrevía a formular—. Naturalmente, es mi mejor *suite*, como sabe.

Todo quedó acordado en los términos más amistosos y agradables.

—Esto... ¿han llegado mis libros? —preguntó él, al tiempo que salía—. ¡Ah, ahí están, creo! —exclamó, porque a través de la puerta principal abierta vio que una furgoneta estaba descargando un cajón enorme.

—¿Sus libros, señor Thorley? —murmuró la señorita Speke, observando con alarma el tamaño del cajón—. Pues me temo que no va a tener sitio donde ponerlos —tartamudeó—. Las habitaciones... esto... —no quería hacerlas de menos—, son pequeñas... ¿no?

El señor Thorley sonrió encantado. «¡Por favor, no se preocupe por eso! —dijo—. Ya encontraré sitio, se lo aseguro. Es sólo cuestión de saber cómo y dónde ponerlos», y fue a dar instrucciones al hombre.

Unos días más tarde llegó un segundo cajón.

—Estoy esperando algunos instrumentos, también —comentó de pasada—; instrumentos matemáticos —y volvió a rogar a la señorita Speke, con su sonrisa de confianza, que no se preocupase en absoluto por el espacio. No haría agujeros en las paredes ni rayaría los muebles. Siempre había sitio, volvió a recordarle afablemente,

con tal que uno supiese cómo ordenar las cosas. Necesitaba los libros y los instrumentos para su trabajo. La señorita Speke no tenía por qué sentir la menor preocupación.

Pero la señorita Speke sentía algo más que preocupación: sentía inquietud, sentía un extraño y creciente temor. Lo llevaba dentro como una semilla de angustia, y empezaba a germinar a toda prisa. Todo llegó como el señor Thorley había anunciado; fue desempaquetando caja tras caja en su habitación con sus propias manos. La viruta y la madera las utilizó ella para el fuego; no quedaron residuos, ni basura, ni desorden, ni dañó las paredes o los muebles en ningún sentido. Lo que hizo que su temor se convirtiese en algo cercano a la auténtica alarma fue el hecho de que, al inspeccionar las habitaciones del señor Thorley mientras estaba ausente, no descubrió rastro alguno de las cosas que habían llegado. No había el menor vestigio de libros ni de instrumentos. ¿Dónde los había guardado? ¿Acaso estaban escondidos? Se hizo un sinfín de preguntas, pero no encontró respuesta a ninguna. Todo ese material, capaz de llenar y obstruir por sí mismo la habitación, había entrado por la puerta del gabinete. Era imposible que lo hubiese sacado otra vez. No había salido. Sin embargo, no se veía el menor rastro de él. Era muy extraño, pensó; en realidad, era más que extraño. Se sentía excitada. Experimentaba un atisbo de alarma histérica.

A todo esto, había en el suelo, prendidas con alfileres, tiras de papel blanco en formas de rectas, curvas o ángulos; finísimos hilos de seda extendidos en lo alto, que iban del dintel de la puerta a la ventana, de la parte superior del armario a la barra de la cortina..., aunque demasiado altos para que nadie se enredase con ellos al andar por la habitación. Y el espejo de cuerpo entero seguía de cara a la pared.

El misterio de esta maraña aérea aumentó considerablemente la alarma de la señorita Speke. ¿Qué finalidad podía tener? «¡Gracias a Dios», pensó, «no estamos en tiempos de guerra!». Sabía lo bastante como para comprender que no se trataba de una «emisora de radio». Intuía vagamente que guardaba alguna relación con las líneas de la alfombra y las figuras y curvas trazadas sobre el papel. Pero todo esto la desconcertaba y la hacía sentirse tonta. La desaparición de todos los libros e instrumentos hizo crecer su perplejidad. Estaba cada vez más turbada. Era peor un temor vago e indeterminado que algo concreto a lo que poder enfrentarse y combatir. Su miedo iba en aumento. Y entonces, de repente, aunque con una excusa razonable, Sarah se despidió.

Por alguna razón, la señorita Speke no discutió con la muchacha. Prefirió dejar sin explicar los verdaderos motivos de su marcha. Simplemente, dejó que se fuera. Pero el hecho la turbó extraordinariamente. Sarah le había dado toda suerte de satisfacciones, no había habido la menor sombra de agravio o de queja, el trabajo no era excesivo y el salario le parecía bueno. Era, sencillamente, que prefería irse. La señorita Speke lo achacó al señor Thorley. Cada vez se sentía más nerviosa. Se daba cuenta, también, de que cada vez evitaba más a su inquilino, cuyos hábitos regulares

hacían que esto resultase fácil. Sabiendo las horas de salida y de entrada, procuraba no encontrarse con él. El mero rumor de sus pasos la hacía ponerse a cubierto. La nueva criada, una campesina joven y tonta aunque no incompetente, no mostró ninguna clase de reacción; al menos, de reacción desfavorable. Una vez recibidas sus instrucciones, Lizzie cumplía su trabajo sin quejarse de una parte ni de otra. Ni quitaba los papeles y los hilos, ni los mencionaba para nada. Parecía exactamente lo que era: una paleta. La señorita Speke, no obstante, comenzó a tener noches desasosegadas. Contrajo un hábito desagradable: permanecer en la cama desvelada... escuchando.

III

A causa de esas noches de insomnio, llegó a la súbita conclusión de que sería más feliz sin el señor Thorley en casa... sólo que no tenía el valor de pedirle que se fuera. La verdad es que no tenía valor para hablar con él, así que mucho menos para despedirle, aunque fuese con educación.

Después de mucho meditar, se le ocurrió un plan que prometía ser eficaz: le enviaría una carta cuidadosamente redactada explicándole que, debido al aumento del coste de la vida, se veía obligada a subir el precio acordado. El «aumento» fue más que notable: fue exagerado. Pero el señor Thorley le pagó lo que pedía, enviándole un cheque en concepto de adelanto por tres meses, con sus mejores saludos. La carta la hizo temblar. Fue en esa etapa cuando la señorita Speke tuvo conciencia por primera vez de la existencia en su propio interior de otros sentimientos, aparte de los de malestar, desasosiego y alarma. Estos otros sentimientos, al contrario que su miedo, eran difíciles de determinar, pero su consecuencia era clara: quería de veras que el señor Thorley se marchara. Sus amables «saludos», su negativa a recoger su insinuación, le produjeron un secreto placer. No era el cheque con el aumento del precio lo que la complacía; era, simplemente, el hecho de que su inquilino quisiera seguir en su casa.

Podría pensarse que se removió en ella algún tardío sentimiento romántico, pero no era éste el caso en realidad. Su complacencia tenía otro origen, aunque un origen particularmente oscuro, y muy extraño. Le tenía miedo, tenía miedo de su presencia; sobre todo, tenía miedo de entrar en su habitación, si bien había algo en la mera idea del señor Thorley que la fascinaba. Otra cosa hay que añadir a renglón seguido —que ella llevó a cabo intrépidamente—: entraría en su temido gabinete cuando se ausentase y se demoraría allí todo lo que la apeteciera. Había en esa habitación una atmósfera que le producía placer; más que placer: felicidad. Estaría rodeada por los enigmas de su personalidad, las rectas y curvas de papel blanco prendidas con alfileres en la alfombra, la maraña de hilos de seda por encima de su cabeza, los

libros misteriosos y los más que misteriosos dibujos del cajón... Pero todo esto, incluso la oscura perplejidad que le producían el rechazo del espejo y los objetos desaparecidos, quedaba olvidado ante la singular sensación de felicidad que la invadía sentada en el gabinete. Su miedo contenía este otro notable ingrediente: una inusitada sensación de gozo, de desasimiento, de libertad. Se sentía *exaltée*.

No podía explicárselo, ni trataba de hacerlo. Entraba temblando, estremeciéndose, en su habitación, y unos minutos después la invadía esta sensación de inusitada felicidad —de liberación, casi de huida, casi de evasión, le parecía—, como si irrumpiese en pleno invierno el manantial helado y seco de su alma, como si, de pronto, gloriosamente, encontrase alas un ser habituado a arrastrarse. Un júbilo indescriptible la dominaba.

Bajo este influjo, la sórdida calle se volvía en cierto modo radiante, y la puerta principal de su modesta casa de huéspedes se abría ante mares azules, playas amarillas y montañas tapizadas de flores. Su vida entera, dolorosamente reprimida y aplastada en el servicio gris de seres insignificantes y convencionales, se inundaba de color, de movimiento y aventura. Nada la confinaba. Ya no se sentía limitada. Sabía avanzar en todas las direcciones posibles. Conocía las estrellas. ¡Y sabía escapar!

Hemos tratado de describir por ella lo que ella jamás habría podido describir por sí misma.

La reacción, al salir, era dolorosa. Su vida pasada como institutriz —poco más que una sirvienta—; su vida actual como patrona de una casa de huéspedes; su pelea con las criadas, sus impuestos, sus gastos diarios; su conciencia de que no tenía delante otro futuro que un mero «ir tirando» hasta que bajara a la tumba... estas cosas la abrumaban, le producían una intensa depresión que el contraste volvía casi insoportable. En cambio, en la habitación de él encontraba perfume, libertad, desasimiento y maravilla... la maravilla de una existencia enteramente nueva.

En pocas palabras: si bien la señorita Speke deseaba fervientemente que el señor Thorley dejara su casa, acabó obsesionándola la posibilidad de que se *marchara* de verdad. Como se ve, se le había trastornado sobremanera el juicio: y la causa estaba sin duda alguna en la presencia de su inquilino. Sus noches ahora eran más que desasosegadas; eran de insomnio. ¿De dónde le venía, se preguntaba una y otra vez en sus oscuras vigiliass, este miedo? ¿De dónde le venía, también, este extraño arrobamiento?

Fue entonces cuando se le ocurrió un nuevo motivo de perplejidad. La señorita Speke, como se ha visto, era honrada por naturaleza: respetaba los derechos de los demás, así como sus propiedades. Sin embargo, entrañado en el singular estado placentero que la habitación y su atmósfera le producían, había también un sentimiento errabundo, inasible de que lo íntimo, lo personal —sobre todo, lo personal— había perdido su primitiva rigidez. Los pequeños secretos individuales, la intimidad, no poseían ya su significado familiar. Se iba abriendo paso en ella la idea de que debían compartirse la mayoría de las cosas en la vida. Un «secreto», para este

estado de ánimo expansivo, era una puerilidad.

El caso es que, un día en que se hallaba en el atrayente gabinete de su inquilino —lo que se había convertido en un hábito ahora—, hizo algo que la sorprendió, aunque no la escandalizó. Vio una carta abierta sobre la mesa... y la leyó.

Más que carta parecía una esquila, una nota, en realidad. Empezaba: «A J. L. T.».

Redactada en una letra infantil, se le escapaba por completo el sentido de su mensaje. Entendió tan poco las extrañas palabras como las fases de la luna, aunque, al mismo tiempo, su lectura le produjo una impresión de misteriosa belleza, como las emociones que los cambios de ese bello satélite despertaban en ella.

«A J. L. T.:

»He seguido sus instrucciones, aunque con enorme esfuerzo y dificultad. Me desperté a las cuatro. Unos diez minutos después, como dijo usted que ocurriría, me desperté por *segunda vez*. El cambio al segundo estado fue tan grande como el del sueño a la vigilia, en el sentido corriente de estas palabras. Pero no logré permanecer “despierto”. Volví a dormirme otra vez al cabo de un minuto; quiero decir, que volví al habitual estado vigil. Como sabe, es imposible describirlo con palabras. Lo que he experimentado es demasiado terrible para soportarlo durante mucho tiempo. La nueva energía me habría *quemado* en cuestión de poco. Me asusté... como me previno usted que me ocurriría. Y ese miedo ha sido, sin duda, la causa de que volviera a “quedarme dormido” tan rápidamente.

»¿No podríamos tener prevista una Llamada de Socorro para futuras ocasiones como ésta?

G. P.»

Junto a esta nota, el señor Thorley había trazado varios «garabatos» extraños: matemáticas superiores, supuso la señorita Speke. En el otro margen, también con la letra de su inquilino, había estas palabras:

«Debemos convenir en utilizar una llamada, en caso de miedo. La mejor, quizá, es *socorro*, o *ayúdenme*.»

El señor Thorley había añadido algunas anotaciones más. Las leyó sin el menor remordimiento de conciencia. Aunque no entendió una palabra, le transmitieron un profundo estremecimiento de placer:

«Equivale, por supuesto, a una nueva dirección; una dirección en ángulos rectos, por lo que sabemos; una nueva dirección en uno mismo, una nueva dirección... en vida. Pero quizá el intelecto pueda traducirla a términos

matemáticos. Esto, sin embargo, es un símil cuando más. No puede experimentarse de ese modo. La experiencia real sólo es posible con el *cambio de conciencia*. Pero es bueno acostumbrarse matemáticamente a ello. Los experimentos matemáticos merecen la pena. Inclinan a la mente, en todo caso, a persistir en la nueva dirección. Esto ayuda...»

La señorita Speke dejó la carta exactamente donde la había encontrado. No sentía ningún rebozo. «G. P.», sabía, significaba Gerald Pikestaffe: era uno de los mejores alumnos de su inquilino, el que vivía en Belgrave Square. Su misteriosa sensación de júbilo, como se ha dicho ya, hacía que todas estas cosas pareciesen pequeños secretos o minúsculas intimidades personales. Había leído una carta privada sin remordimiento. Una única sensación despertó en ella cierta emoción normal: la de que, mientras la leía, su inquilino estaba allí, observándola. Le pareció que lo tenía detrás, mirando por encima de su hombro incluso, observando sus actos, su estado de ánimo, incluso sus pensamientos... aunque sin reprobarlos. Sabía, en todo caso, qué hacía ella...

Fue entonces cuando se acordó de su viejo inquilino, el clérigo retirado del piso de arriba; y se le ocurrió pedirle ayuda. El consuelo de hablar con alguien supondría mucho; aunque cuando empezó a hablar, todo lo que consiguió decir fue que tenía turbado el espíritu, el corazón no del todo normal, y que «no sabía qué hacer al respecto». Por mucho que quiso, no logró encontrar palabras más concretas. Y le fue totalmente imposible mencionar al señor Thorley.

—La oración —la interrumpió a mitad el anciano—; la oración, mi querida señora. La oración, digo yo —repitió suavemente—, es siempre el mejor recurso en todas nuestras tribulaciones y perplejidades. Déjelo en manos de Dios. Él lo sabe todo. Y en el momento en que El juzgue oportuno, la escuchará.

Le aconsejó que leyese la Biblia y a Longfellow. Ella añadió a la lista Florence Barclay, y siguió su consejo. Sin embargo, los libros le trajeron muy poco consuelo.

Tras alguna vacilación, probó con el otro inquilino. Pero el «banquero» la detuvo incluso antes que el clérigo. MacPherson fue rápido en su respuesta:

—Sólo puedo pagarle diez chelines, o tal vez media guinea —dijo con presteza—. Son tiempos difíciles, lo sé. Pero no puedo hacer más. Si le parece suficiente, estaré encantado de seguir aquí... —y con una inclinación de cabeza y una viva sonrisa que daba por zanjada la cuestión, traspuso la puerta y bajó la escalera camino de su oficina.

Estaba claro que la señorita Speke debía afrontar sola sus preocupaciones; cosa que, por lo demás, ya le había enseñado la vida. El leal y valeroso espíritu que había en ella aceptó la situación. Los alternativos estados de ánimo de dicha y de depresión, entretanto, empezaban a hacer mella en su espíritu. «¡Ojalá se fuera el señor Thorley! ¡Ojalá no se fuera el señor Thorley!» Durante las últimas semanas, había conseguido evitarle. No pedía ni reclamaba nada. Sus hábitos eran regulares como la salida del

sol, igual que sus pagos. Ni siquiera la criada hablaba de él. Se había convertido en una sombra de la casa.

Luego, con la llegada del verano, comenzó a regresar a casa una hora más temprano que de costumbre, por así decir. Trabajaba invariablemente de 5,30 a 7,30, momento en que salía a cenar. El té lo tomaba siempre en casa de un alumno. Un atardecer en que aún había mucha luz, debido al adelanto de una hora del reloj, la señorita Speke se estaba zurciendo su ropa interior en la ventana, cuando divisó súbitamente la figura del señor Thorley que venía por la calle.

Le observó fascinada. De los dos impulsos que experimentó —ocultarse o esperar allí para mirarle a los ojos—, obedeció al segundo. Hacía semanas que no le veía y sintió un profundo estremecimiento de placer. Caminaba de una forma rara, notó inmediatamente: no en línea recta. Su alta y delgada figura avanzaba por la acera en largas, onduladas curvas, aunque con firmeza. No estaba ebrio. Se acercó; no se hallaba ya a más de veinte pies; al llegar a unos diez pies de ella, la señorita Speke vio claramente su cara y sufrió un sobresalto. Estaba agotado, flaco, consumido; aunque había una luz de felicidad, incluso de algo más que felicidad, en él. Llegó a la altura de la verja. Miró hacia arriba. Su rostro parecía encendido. Se encontraron sus miradas: la de él, con un sobresalto de reconocimiento; la de ella, con una fijeza de asombro. La señorita Speke corrió al pasillo, y antes de que el señor Thorley tuviera tiempo de utilizar la llave, le abrió la puerta. Poco sabía ella, mientras estaba allí temblando, que se encontraba también en el umbral de una aventura asombrosa.

Enfrentada a él, su presencia de ánimo la abandonó. No pudo hacer otra cosa que quedarse mirando ese rostro consumido y cansado, esos ojos brillantes, severos, dichosos, en los que ardía una extraña expresión de melancólico anhelo, de raro asombro, de algo que no parecía totalmente de este mundo. Jamás había visto tal expresión en ningún semblante humano. Su luz la deslumbró. Había un fuego inusitado en esos ojos. La cautivaba. Y en ese mismo instante, mientras le miraba sin decir una palabra de saludo o de pregunta, se le ocurrió que necesitaba algo de ella. Necesitaba ayuda, su ayuda. Era una idea peregrina, lo sabía bien, pero le vino al pensamiento de manera irresistible. Era una íntima convicción; más íntima que su propio ser.

Fue el saber eso, indudablemente, lo que le permitió oír sin ofenderse las extrañas palabras que él pronunció a continuación:

—¡Ah!, gracias, señorita Speke; gracias —sus labios delgados se abrieron en una sonrisa; sus ojos se iluminaron con una emoción de agradecimiento más que ordinaria—. No sabe usted el alivio que es para mí verla. Tan sana, tan fresca, tan corriente, tan... (perdóneme la palabra) vulgar.

Había cruzado ante ella, escaleras arriba, a su cuarto de estar. La señorita Speke oyó girar la llave. Se dio cuenta de que no había cerrado la puerta de la calle. La cerró; luego regresó temblando, feliz, asustada, a su propia habitación. Tuvo una extraña, intensa sensación, a la vez horrible y desconcertante, de que no la contenía la

habitación... Seguía sentada, dos horas más tarde, cuando oyó los pasos del señor Thorley que bajaba y salía. Aún no se había movido de su silla cuando le oyó regresar, abrir la puerta con su llave y subir a su gabinete. Lo mismo podían haber transcurrido dos minutos que dos semanas, en vez de dos horas solamente. Y durante todo ese tiempo, tuvo la asombrosa sensación de que no la contenía la habitación. De que no la encerraban las paredes y el techo. De que estaba fuera. Tenía muy cerca de sí la evasión. Estaba fuera de la casa... y de sí misma...

IV

Se fue a la cama temprano, llevándose consigo la Biblia esta vez. Se le habían pasado las extrañas sensaciones: la habían abandonado poco a poco. Se había hecho una taza de té, había tomado un huevo pasado por agua y pan con mantequilla. Volvía a sentirse más normal; pero tenía los nervios extraordinariamente sensibilizados. Era un consuelo saber que había dos hombres en la casa con ella, dos hombres respetables: uno clérigo y otro banquero. La Biblia, el banquero, el clérigo, con Florence Barclay y Longfellow no lejos de su cabecera, eran desde luego fuente de consuelo para ella. Fue disminuyendo el tráfico, cesó el rumor lejano de los autobuses y, con el paso de las horas, la noche se volvió intensamente callada.

Era abril. Tenía abierta la parte superior de la ventana y podía oler el aire fresco y húmedo de la incipiente primavera. Tranquilizada por los libros, empezaba a sentirse soñolienta. Miró el reloj —eran las dos en punto—; luego apagó la vela de un soplo y se dispuso a dormir. Sus pensamientos se orientaron maquinalmente hacia el señor Thorley, durmiendo en el piso de arriba con todos sus hilos y misteriosas figuras a su alrededor... cuando de repente una voz traspasó el silencio pidiendo auxilio. Era una voz de hombre, y sonó muy lejana. Pero la reconoció instantáneamente, y saltó de la cama sin la menor sombra de temor. Era el señor Thorley llamando, y había angustia en su voz.

«¿Está en apuros! ¿En peligro! ¿Necesita ayuda? ¿Lo sabía!», cruzaron veloces los pensamientos por su mente mientras encendía la vela con dedos que no temblaban. El reloj señalaba las tres. Había dormido una hora entera. Abrió la puerta y se asomó al pasillo, pero no vio a nadie allí; la escalera estaba desierta, también. No se repitió la llamada.

—¿Señor Thorley! —dijo en voz alta—. ¿Señor Thorley! ¿Necesita algo? —y por lo fuerte de su voz, comprendió cuán lejana y amortiguada había sonado la de él—. ¡Ya voy!

Esperó, pero no obtuvo respuesta. No oía nada. Se dio cuenta de la extraordinaria quietud de la noche.

—¿Me ha llamado? —probó otra vez, aunque menos segura—. ¿Puedo hacer algo

por usted?

Tampoco hubo respuesta; nada se movió; la casa estaba silenciosa como una tumba. Sentía el frío del linóleo bajo sus pies descalzos, y regresó a ponerse las zapatillas y una bata, mientras pasaban por su cabeza, a un tiempo, un centenar de posibilidades. Por extraño que parezca, no se le ocurrió pensar ni una sola vez en ladrones, en incendios, ni en ningún percance normal que requiriese ayuda. No sabía por qué. Ningún temor ordinario, en todo caso, la asaltó en ese momento, ni sintió el más ligero nerviosismo sobre su propia seguridad.

«¿Habrà sido... un sueño?», se preguntó mientras se envolvía con la bata. «¿Habrè soñado esa voz...?», cuando irrumpió otra vez el grito penetrante, sobresaltándola de tal manera que estuvo a punto de soltar la vela.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ayúdenme!

Muy clara, aunque como amortiguada por la distancia, era sin lugar a dudas la voz del señor Thorley. Lo que antes le había parecido angustia, ahora lo reconoció como terror. Sonaba en el piso de arriba; sin duda era la puerta cerrada lo que producía este efecto de lejanía.

La señorita Speke echó a correr inmediatamente por el pasillo, y con extraordinaria agilidad para una mujer de sus años; estaba a mitad de la escalera cuando, justo en el instante en que llegaba al descansillo del cuarto de baño y se volvía hacia el segundo tramo, le llegó de nuevo la llamada: «¡Auxilio! ¡Auxilio!», pero con la diferencia ahora, para ser sinceros, de que empezaron a temblarle los nervios. Porque fueron dos voces en vez de una, y no provenían en absoluto de arriba. Las dos salían de abajo, del pasillo por el que acababa de pasar. Sonaron detrás, muy cerca. Una de ellas, además, no era del señor Thorley. Tenía el inconfundible timbre de soprano de un niño. Las dos pedían auxilio a la vez, y las dos contenían una nota de terror que le encogía el alma.

En tal coyuntura, puede perdonársele a la señorita Speke que perdiera el equilibrio y se tambalease hacia la pared, agarrándose un momento a la barandilla para sostenerse. Sin embargo, no desfalleció su ánimo. Se volvió en seguida y bajó a toda prisa... para encontrar el pasillo vacío de toda presencia viviente. No se veía a nadie. Sólo había silencio, una percha inmóvil, la puerta de su propia habitación ligeramente entreabierta, y sombras.

—¡Señor Thorley! —llamó—. ¡Señor Thorley! —con voz no tan fuerte y segura como antes. Le salió como un susurro. Repitió las palabras, en tono aún más bajo. Sólo le llegaron en respuesta débiles ecos que parecieron prolongarse más de lo debido. Se asomó a su propia habitación y la vio exactamente como la había dejado. El comedor, que estaba enfrente, se hallaba desierto también. Sin embargo, un momento antes había oído claramente dos voces pidiendo auxilio a pocas yardas de donde estaba ella. ¡Dos voces! ¿Qué podía significar? Notó ahora, por primera vez, un frescor especial en el aire, una claridad sutil, casi una fragancia, como si todas las ventanas estuviesen abiertas de par en par y entrase en la casa la brisa de la primavera

reciente.

El terror, aunque lo tenía muy próximo, no había hecho presa en ella. Se le ocurrió que se había vuelto loca, pero desechó tal idea. Estaba totalmente en su juicio, y era dueña de sí. No encontraba explicación al cambio de dirección de las voces, pero estaba segura de que debía de haber alguna. La singular frescura del aire era reconfortante, y pareció devolverle el ánimo. No; aún no había hecho presa en ella el terror. Desechó asimismo la idea de llamar a la criada, al clérigo o al banquero. No era una ayuda corriente lo que se necesitaba; no la de ellos, en todo caso. Subió, valerosa, la escalera, y llamó a la puerta del dormitorio del señor Thorley. Llamó otra vez, y otra, lo bastante fuerte como para despertarle, en caso de que hubiese estado dando voces en sueños, aunque no para despertar a los otros inquilinos. No le llegó ninguna respuesta. No se oía ningún ruido dentro. No se veía ninguna luz a través de las rendijas. Su gabinete se hallaba igualmente en silencio.

Fue lo extraño de la segunda voz lo que ahora le inspiraba un terror mortal. Se dio cuenta de que temblaba y tenía frío. Cuando, por último, bajaba la escalera despacio, volvieron a sonar los gritos de súbito. Oyó las dos voces: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ayúdenme!». Luego, silencio. Esta vez sonaron más débiles. Provenían de más lejos, como si hubiesen retrocedido extrañamente a alguna remota distancia, aunque denotaban la misma angustia, el mismo terror. Ahora, sin embargo, no pudo determinar la dirección. En cierto modo, parecían a la vez cercanas y remotas, sonar arriba y abajo; parecían —era la única forma en que podía describir el asombroso fenómeno— provenir de cualquier punto, o de todos los puntos.

La señorita Speke, al final, se sintió realmente asustada. Un extraño, completo horror se apoderó de ella, helándole el corazón: las dos voces, el terror que manifestaban, la extraordinaria impresión de que se habían alejado a una distancia asombrosa... todo esto la venció. Estaba aterrada. Entró tambaleante en su habitación, llegó a la cama, y se desplomó en ella inconsciente como un fardo. Se había desmayado.

V

Durmió hasta muy tarde, probablemente debido a sus nervios agotados. Aunque solía levantarse a las siete y media, eran más de las nueve cuando la despertó la criada: mitad extendida en la cama, mitad fuera. En la alfombra yacía la vela, que afortunadamente se había apagado al caer. Poco a poco le volvieron a la memoria los sucesos de la noche, mientras miraba la cara de la criada. La muchacha estaba pálida y temblorosa.

—¿Se encuentra mal, señora? —preguntó Lizzie, inquieta, en un susurro; luego, sin esperar respuesta, soltó lo que en realidad había entrado a decir—: ¡El señor

Thorley, señora! No puedo entrar en su habitación. No contesta —la muchacha estaba muy asustada.

El señor Thorley desayunaba a las ocho, y salía de casa puntualmente a las nueve menos cuarto.

—¿Crees que se habrá puesto enfermo durante la noche... quizá? —dijo la señorita Speke. Fue lo más que pudo acercarse a preguntar si la muchacha había oído las voces. Ahora tenía un admirable control sobre sí misma. Se levantó, todavía en bata y zapatillas.

—No que yo sepa, señora —fue la respuesta.

—Vamos —dijo el ama con firmeza—. Entremos a ver —subieron juntas.

La puerta del dormitorio, como había dicho la muchacha, estaba cerrada; pero la del gabinete estaba abierta. La señorita Speke entró delante. Aún perduraba el aire fresco de la noche, notó, aunque las ventanas estaban cerradas. Había una claridad intensamente estimulante, un frescor delicioso, como de espacio abierto. La señorita Speke recalca esto especialmente. Sobre la alfombra, como de costumbre, estaban las tiras de papel blanco sujetas con alfileres; y los hilos de seda, como de costumbre también, se extendían del dintel al armario, y de la ventana a la cornisa del techo. La señorita Speke se apartó unos cuantos de la cara.

Abrió la puerta que daba al dormitorio y entró decidida, seguida más precavidamente por la muchacha. «No hay de qué tener miedo», dijo su ama con firmeza. Vio que no había dormido en la cama. Todo estaba arreglado y en orden. El espejo estaba arrimado contra la pared, mostrando su feo dorso como de costumbre, con las cuatro patas cercadas por un montón de tiras curvas de papel, a las que la señorita Speke se había acostumbrado ya.

—Sube las persianas, Lizzie —dijo en voz baja.

La luz permitió ahora verlo todo con claridad. Observó que había hilos de seda extendidos de la cama a la ventana; y aunque las dos ventanas estaban cerradas, reinaba en el aire esa singular fragancia de jardín en primavera. La aspiró con una extraña sensación de placer, de libertad, de desasimiento; aunque Lizzie, al parecer, no notaba nada de esto.

—Aquí está su sombrero y su impermeable —susurró la muchacha con voz asustada, señalando la percha de detrás de la puerta—. Y el paraguas, en el rincón. Pero no veo sus botas, señora. No las ha sacado para que se las limpie.

La señorita Speke se volvió a mirarla, completamente dueña de su voz y su ademán. «¿Qué quieres decir?», preguntó.

—Que el señor Thorley no ha salido, señora —fue la respuesta en tono tembloroso.

En ese mismo instante se oyó un grito lejano, con voz de hombre: «¡Auxilio! ¡Auxilio!». Inmediatamente a continuación, otra voz de soprano, más débil, gritó desde lo que parecía una distancia más grande aún: «¡Ayúdenme!». No pudo localizar la dirección. Las dos parecían sonar en la habitación, y al mismo tiempo muy lejos,

en el espacio exterior que se extendía sobre los tejados. Una mirada a la muchacha convenció a la señorita Speke de que no había oído nada.

—El señor Thorley no está *aquí* —susurró la señorita Speke, con una mano en la barandilla de bronce de la cama, para apoyarse.

La habitación estaba incuestionablemente vacía.

—Déjalo todo como está —ordenó su ama mientras salían. Con lágrimas en los ojos, se detuvo un momento en el umbral; pero no se repitieron las voces—. Exactamente como está —repitió, cerrando la puerta del dormitorio, y luego la del gabinete, tras ellas. Cerró éste último con llave, y se la guardó en el bolsillo. Dos días después, el señor Thorley no había regresado, informó la señorita Speke a la policía. Pero el señor Thorley no regresó jamás. Había desaparecido por completo. No dejó rastro alguno. No volvió a oírse hablar de él, aunque fue visto... una vez.

Aunque quizá no es esto exacto del todo; porque fue visto dos veces, en el sentido de que le vieron dos personas; y aunque no «se oyó hablar» de él, desde luego él sí fue oído. La señorita Speke oía su voz periódicamente. La oía de día o de noche, pidiendo ayuda, y siempre con las mismas palabras que le había oído al principio: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ayúdenme!». Sonaba muy lejana, a una distancia inmensa; distancia siempre en aumento. A veces oía la voz del chico también: llamaban juntos; nunca oía la voz de soprano sola. Aunque ya no contenían la angustia y el terror que había notado en ellas al principio. Habían perdido la alarma. Era más una especie de eco lo que oía. Durante todo el jaleo, confusión y engorro de la investigación e interrogatorios policiales, le estuvo llegando la voz, o las voces; aunque no dijo nada de esto a ningún alma viviente, ni siquiera a sus viejos inquilinos, el clérigo y el banquero. Los dos siguieron conservando sus habitaciones, lo cual era cuanto ella podía haberles pedido. No volvió a alquilar su mejor *suite*. La conservó cerrada con llave y vacía. Almacenando polvo. El espejo de cuerpo entero siguió de cara a la pared, intacto.

Entretanto, las voces se fueron volviendo más débiles; la distancia parecía continuar en aumento; no tardó en dejarse de oír la voz del niño; y sólo la del señor Thorley, su misterioso aunque irreprochable inquilino, gritaba a lo lejos, de tarde en tarde, ya fuese de día o en la callada oscuridad de las horas nocturnas. La dirección en que sonaba seguía siendo, también, indeterminada como antes. Provenía de cualquier punto, y de todos: de arriba, de abajo, de todos lados. Había adquirido, además, un acento agradable, incluso feliz; estaba totalmente exenta de miedo. Los intervalos se hicieron más largos, también; al principio pasaba días sin oírla; después, fueron semanas. E invariablemente, tras uno de esos largos intervalos, la voz sonaba más apagada, más débil, a una distancia más remota. Con los días cálidos de la primavera, se volvió casi inaudible. Por último, cuando llegaron los rigores del verano, enmudeció por completo.

VI

Pero la desaparición en sí del señor Thorley no causó revuelo, hasta que se relacionó con la de su alumno, el hijo del sir Mark Pikestaffe. El caso Pikestaffe se convirtió en un enigma que llenaba los periódicos a diario. El señor Thorley era una persona insignificante, mientras que sir Mark era una personalidad a los ojos de la gente.

La vida del señor Thorley, como probó la encuesta, carecía de misterio. Había dejado todas las cosas en orden. No debía un solo penique. En realidad, poseía un patrimonio considerable, en tierras y valores, y la enseñanza de las matemáticas, sobre todo a alumnos prometedores, había sido un mero pasatiempo, al parecer. Finalmente, llamaron a un hermanastro suyo para que se hiciese cargo de sus pocas pertenencias; en cuanto a los libros e instrumentos que había traído a la casa de huéspedes, no fueron encontrados nunca. Fue un hombre culto y un caballero hasta el final, y persona, al parecer, de inmensos conocimientos y talento poco común; uno de los más grandes cerebros matemáticos —si había que creer lo que decían las modestas esquelas necrológicas— que el mundo había conocido. Su nombre, a continuación, cayó en el olvido. No dejó constancia alguna de sus investigaciones y logros. Movida por algún sentimiento de lealtad o deseo de protección, la señorita Speke no mencionó jamás sus singulares hábitos personales. Quitó cuidadosamente las tiras de papel, así como los hilos de seda, y lo destruyó todo mucho antes de que la policía llegase para efectuar el registro de sus habitaciones...

Pero la desaparición del joven Gerald Pikestaffe produjo una tremenda sensación. Fue unos días antes de que se relacionasen las dos desapariciones —al haber ocurrido ambas en la misma noche, como entonces se comprobó—. El chico, un jovencito de gran talento, con un futuro prometedor, y alumno predilecto del señor Thorley, no había salido siquiera de su casa. Su habitación estaba vacía: eso era todo. No dejó ningún rastro, ninguna pista. Como es natural, corrieron terribles rumores y conjeturas, aunque sin la menor sombra de prueba que los sustentase. Gerald Pikestaffe y el señor Thorley habían desaparecido de la faz de la tierra en el mismo instante de la misma noche, y no se les volvió a ver nunca más. El caso terminaba ahí. El único vínculo entre ellos parecía haber sido una excepcional aptitud para las matemáticas superiores. El caso Pikestaffe no hacía sino sumar uno más a los misterios insolubles que salpican la vida diaria.

Como de un mes a seis semanas después de este suceso, la señorita Speke recibió una carta de uno de los niños que había tenido a su cargo, del más generoso, que a la sazón había concluido satisfactoriamente su procedimiento de quiebra. Había saldado honrosamente sus deudas; ahora le iban bien las cosas; escribía a la señorita Speke para pedirle alojamiento por una semana o dos. «Y, *por favor*, cédame la habitación del señor Thorley —rogaba—. El caso me ha emocionado y me gustaría dormir en

esa habitación. Recordará que siempre me entusiasmaron los misterios... y hay algo muy misterioso en este caso. Además, conocía un poco al joven P.: un genio donde los hubiera.»

Aunque le costó mucho esfuerzo, y más vacilaciones, accedió finalmente. Preparó las habitaciones ella misma. Tenía criada nueva, ya que Lizzie se había despedido el día después de la desaparición, y no podía confiar tan delicada tarea a la mujer madura que ahora atendía al clérigo y al banquero. Al entrar de puntillas la señorita Speke en las habitaciones vacías, sintió una extraña inquietud en el corazón; pero ese mismo corazón de inquebrantable valentía levantó las persianas, barrió el piso, limpió el polvo de los muebles e hizo la cama. Todo lo realizó con sus propias manos. Sólo dejó como estaba el espejo de cuerpo entero. Cualquier terror que abrigara su alma se relacionaba con este hermoso mueble. Estaba encantado por los recuerdos. Para ella seguía siendo maravilloso y terrible a la vez, en cierto modo. El espectro de su extraña experiencia se ocultaba invisible en sus bruñidas aunque ahora invisibles profundidades. No se atrevió a tocarlo, y mucho menos a moverlo de su sitio, donde descansaba en paz. Allí lo habían colocado las manos de *él*. Para la señorita Speke, era sagrado.

Se lo había regalado el coronel Lyle, que ahora ocuparía la habitación, pisaría la alfombra prodigiosa, y se movería en el espacio donde un día flotaron misteriosos hilos de seda, y dormiría en la mismísima cama.

Que hiciera todo eso; pero no debía tocar el espejo.

«Se lo explicaré un poco. Le pediré que no lo mueva. Es muy comprensivo», se dijo, mientras salía a comprar flores para el gabinete. Esperaba al coronel Lyle esa misma tarde. Recordaba que siempre le habían gustado las lilas. Tardó más de lo que había pensado en encontrar un ramo fresco, del color preferido de él, y cuando volvió era hora de pensar en el té. Los rayos de sol caían sesgados en la calle sucia, inundándola de radiante oro. Tenía la cabeza absorta en esto, y en la tetera, y en qué jarrón iría mejor con las flores, cuando cruzó el linóleo del pequeño recibimiento... Entonces descubrió súbitamente un sombrero y un gabán nuevos que colgaban de la percha habitualmente vacía. El coronel Lyle había llegado antes de hora.

«Ya está aquí», se dijo la señorita Speke con un pequeño ahogo. Un temor sordo se apoderó instantáneamente de su espíritu. Se quedó un momento en el pasillo, inmóvil, con las lilas en la mano. Escuchando.

—Ha llegado el caballero, señora —oyó decir a la criada; y en ese instante la vio en el remate de la escalera de la cocina que daba al recibimiento—. Ha subido a su habitación.

La señorita Speke le tendió las flores. Con un esfuerzo que hizo que su voz sonase normal, le dio instrucciones sobre ellas. «Póngalas en agua, Mary, por favor. En el jarrón doble irán bien». Observó a la mujer mientras se las llevaba, despacio, terriblemente despacio. Pero su mente estaba en otro sitio. Escuchaba. Y cuando la mujer hubo vuelto a bajar a la cocina, despacio, terriblemente despacio, aún siguió

unos minutos de pie, inmóvil, escuchando, escuchando atenta. Pero ningún ruido quebraba la quietud de la tarde. Sólo oía los ruidos torpes que hacía la mujer abajo en la cocina. En el piso de arriba había... silencio.

La señorita Speke dio media vuelta y subió.

Ahora bien, la señorita Speke confiesa con franqueza que se hallaba «en un estado»; lo que quería decir sin duda que tenía los nervios a flor de piel. El corazón le latía con violencia; sus oídos y sus ojos se esforzaban al máximo; tenía las manos, recuerda, un poco frías, y notaba las piernas inseguras. Sin embargo, niega que su «estado», aunque quepa describirlo como nervioso, la hubiera hecho caer en la invención o la ilusión. Vio lo que vio, y nada puede hacer tambalear su convencimiento. Ahí está, además, el coronel Lyle para corroborar sus líneas generales; y desde luego, el coronel Lyle, al entrar en la habitación, no lo hizo «en un estado», sean cuales fuesen las excusas que dio después para tranquilizarla. Además, en contraste con su agitación, la señorita Speke dice que al abrir la puerta del todo —estaba ya entornada— recibió en la cara aquella original atmósfera de júbilo, con su exaltación prodigiosa y liberadora. Ésta modificó su temor. Afirma que se sintió inundada de gozo y que en ese instante se olvidó por completo de sus «nervios».

—Vi lo que vi —sigue siendo su decidido e inquebrantable testimonio—. Y lo vi... todo.

Lo primero que vio, desde luego, no admitía dudas. El coronel Lyle yacía como un fardo junto a la pared del fondo, mitad en la alfombra y mitad apoyado en el zócalo. Estaba inconsciente. Tenía un brazo extendido hacia el espejo, y su mano aún agarraba una de sus patas de caoba. Y el espejo había sido movido. Ahora estaba ligeramente vuelto hacia la habitación.

La escena, desde luego, explicaba por sí misma la historia de lo ocurrido; historia que el coronel Lyle repitió después, al recobrarse. Le había sorprendido encontrar el espejo —su espejo— de cara a la pared; quiso colocarlo correctamente; y al hacerlo, lo miró; vio algo y... lo siguiente que recuerda es que la señorita Speke le estaba reanimando.

Ella confiesa, además, que su irresistible deseo de mirar el espejo —como había hecho el coronel Lyle—, le impidió prestar inmediata ayuda al caballero; como incuestionablemente habría hecho. En vez de eso, cruzó la habitación, pasó por encima del cuerpo tendido, giró el espejo un poco más hacia ella, y lo miró directamente.

El ojo, al parecer, capta mucho más de lo que la mente tiene conciencia de haber «visto» en su momento. La señorita Speke afirma que lo vio todo. Pero los detalles le llegaron a la memoria después; detalles de los que no se había dado cuenta entonces. En ese instante, sin embargo, sus impresiones, aunque extremadamente vividas, se limitaron a ciertas particularidades sobresalientes. Dichas particularidades son: que no vio su propia imagen, o sea que no se reflejaba su figura; que estaban allí el señor Thorley y el chico —reconoció a Pikestaffe por las fotografías que había visto en los

periódicos—, y que el espacio más cercano estaba ocupado en su mayor parte por gran cantidad de libros e instrumentos que obstruían el primer término. Más allá, detrás, extendiéndose en todas direcciones, afirma, había un espacio vacío que le hizo el efecto de un cielo infinito visto en una noche clara. Este espacio era prodigioso; aunque, en cierto modo, no alarmante. No era aterrador; más bien infundía consuelo y, en cierto sentido, animación. Una difusa luminiscencia inundaba el inmenso panorama. No había sombras, no había focos de luz.

Curiosamente, sin embargo, la ausencia de imagen de sí misma no le pareció al principio en absoluto excepcional; notó que era así, nada más; quizá se debió, naturalmente, a la impresión sufrida al ver al señor Thorley y al chico, que la dejó estupefacta y paralizó sus facultades como si se le hubiesen congelado.

El señor Thorley andaba de un lado para otro, con el cuerpo encorvado y una mano extendida hacia delante. Parecía tan natural como en vida. Se movía sin parar, como con un fin; unas veces se acercaba, otras se alejaba, pero con el cuerpo siempre inclinado como si estuviese atento a algo que llevara en las manos. El chico se movía también, pero más blandamente, con menos vigor, con un movimiento que hacía pensar que flotaba. Seguía de cerca a la figura más alta, y alzaba el rostro de vez en cuando como si su compañero le hablase. La expresión que revelaba era sosegada, apacible, feliz, atenta. Estaba absorto en lo que hacía en ese momento. Luego, de repente, el señor Thorley se enderezó. Se volvió. La señorita Speke vio su cara por primera vez. Él la miró a los ojos. Su rostro se iluminó. Fue una mirada directa, plena, cabal. Denotaba reconocimiento. El señor Thorley le sonrió.

En muy pocos segundos captó todo esto; o al menos, los aspectos más destacados. Vio las figuras vivas moviéndose en medio de este espacio excepcional y prodigioso. La tremenda sorpresa sufrida le impidió, al parecer, experimentar la más ligera impresión de alarma; al principio, efectivamente, no sintió miedo. Fue al mirarla el señor Thorley, con sus ojos brillantes y su sonrisa radiante, cuando le dio un vuelco el corazón, dejó de latirle una o dos veces, y luego comenzó a golpear contra sus costillas como una maquinaria que se descontrola de repente. Se dio cuenta del halo de felicidad de su rostro, un rostro flaco y demacrado, casi traslúcido, aunque dotado de una expresión que no era ya terrenal. A continuación, mientras sonreía, se dirigió hacia ella; la saludó; extendió ambas manos, mientras el chico alzaba los ojos y miraba.

El movimiento del señor Thorley reveló ahora dos particularidades turbadoras: para acercarse, no se desplazó en línea recta, sino describiendo una curva. Como un patinador ejecutando «giros», aunque con los dos pies en vez de con uno, se deslizó graciosamente y a increíble velocidad en dirección a ella. La otra fue que, a cada paso que daba hacia ella, su figura se hacía más pequeña. Disminuía de estatura. A decir verdad, parecía desplazarse en dos direcciones al mismo tiempo. Se volvió diminuto.

La visión debía haberla paralizado en justicia; sin embargo, en vez de terror, volvió a producirle un efecto de alegría que ella misma no se explicaba. Nuevamente

le inundó el espíritu ese júbilo sutil. No sólo se disipó en ella todo deseo de resistir casi antes de nacer, sino que, más aún, experimentó un sentimiento opuesto: un deseo irresistible de reunirse con él. Aún le tendía el señor Thorley sus manos diminutas para atraerla, para recibirla; la sonrisa de su rostro minúsculo, a medida que se acercaba, se hacía más encantadora. Y entonces oyó su voz:

—¡Vejiga, venga con nosotros! Aquí la realidad está más cerca; ¡y hay libertad...!

La voz sonó muy próxima y fuerte, como en la vida normal; aunque no enfrente. La oyó detrás. Junto a sus mismos oídos sonó, a su espalda. Dio un paso adelante; alzó los brazos. Sintió que estaba siendo absorbida... hacia ese espacio glorioso. Hubo un cambio inefable en todo su ser.

El efecto acumulado de tantos sucesos asombrosos, contrarios todos a la naturaleza, tenía que haberle hecho perder la razón. Su impacto combinado tenía que haberle dislocado alguna parte del sistema nervioso, hundiéndola en la inconsciencia. Pero parece que cada individuo tiene un límite de resistencia diferente. Su sistema nervioso, en efecto, se dislocó, y un momento después se desmoronó, aunque no a causa de la figura, la voz, o la deslizante manera de acercarse del señor Thorley. Fue un detalle insignificante de egoísmo humano lo que la venció. Porque en ese mismo momento *se dio cuenta* por primera vez de la ausencia de su propia imagen en el espejo. Este hecho, aunque lo había notado ya antes, no le había llegado al cerebro como tal. Ahora lo captó claramente. No se reflejaban los brazos que ella levantaba a modo de saludo. Su imagen, comprobó con un sobresalto de terror, no estaba allí. Y entonces cayó como un animal fulminado, con una mano extendida y agarrada al marco del espejo.

—¡Dios mío! —se oyó gritar a sí misma, al tiempo que se derrumbaba. Y oyó, también, el estrépito del espejo que arrastró con ella.

Si fue el ruido lo que hizo volver en sí al coronel Lyle, o le despertó el peso combinado de la señorita Speke y del precioso mueble con sus patas, es algo que carece de importancia. Se removió, abrió los ojos, se desembarazó y procedió a prestar primeros auxilios, no sin asombro, a la dama inconsciente.

Poca importancia tienen, también, las explicaciones que siguieron. Su propio desvanecimiento, pensó, se había debido sobre todo al cansancio, a una fuerte indigestión y al prolongado procedimiento de quiebra. Así se lo aseguró, en todo caso, a la señorita Speke. Añadió, sin embargo, que el hermoso mueble le había causado una fuerte impresión; porque, sorprendido al verlo de cara a la pared, le había dado la vuelta y se había mirado en él; pero no se había visto reflejado. Esto le había asombrado lo indecible, pero aún le asombró más ver moverse algo en las profundidades del espejo. «Vi una cara, una cara conocida. Era Gerald Pikestaffe. Detrás de él había otra figura; la figura de un hombre cuyo rostro no pude ver.» Una bruma se alzó ante sus ojos, la cabeza le dio vueltas y, evidentemente, se mareó por alguna inexplicable razón. Fue el golpe recibido al caer lo que le dejó inconsciente unos momentos.

Estaba inclinado junto a la señorita Speke, y le abanicaba la cara; el desvanecimiento de la señorita Speke fue breve; se recobró en seguida: escuchó sus explicaciones con la mente serena. El efecto de un asombro demasiado grande no deja lugar a emociones más pequeñas, y aún quedaban en su corazón y en su alma vestigios del gozo que había experimentado.

—¿Se ha roto? —fue lo primero que preguntó; a lo cual el coronel no contestó, limitándose a señalar la alfombra donde yacía el marco, roto en grandes trozos.

—Como ve, no había espejo —dijo a continuación. Él, también, estaba sereno, y con una actitud muy seria; su voz, aunque contenida como por algún temor, delataba cierta tensa excitación interior que encendía sus ojos—. Lo había quitado hacía tiempo, naturalmente. Utilizaba sólo el marco.

—¿Eh? —dijo la señorita Speke, mirando con incredulidad, pero sin descubrir rastro alguno de fragmentos de cristal en el suelo.

Su compañero sonrió. Lo descubriremos en alguna parte, si buscamos —dijo con tranquilidad, lo que, efectivamente, resultó ser cierto: estaba tumbado bajo la alfombra de la cama—. Sus mediciones y cálculos le condujeron (probablemente de manera fortuita) al espejo —parecía hablar para sí, más que para la asombrada oyente—. Por casualidad, o no —prosiguió—, le condujeron al espejo... y luego, *a través* de él —miró a la señorita Speke y se echó a reír brevemente—. Y al igual que Alicia, cruzó el espejo, llevándose sus libros y sus instrumentos, y al chico, consigo. Es decir, el chico fue a sabiendas.

—Yo sólo sé una cosa —dijo la señorita Speke, incapaz de seguirle, o de encontrar sentido a sus palabras—: que nunca más alquilaré estas habitaciones. Las cerraré con llave.

Su compañero recogió los trozos del marco, e hizo un haz con ellos.

—Y rezaré por él —añadió la señorita Speke, mientras el coronel Lyle la ayudaba a bajar la escalera y la conducía a sus propias habitaciones—. Nunca dejaré de rezar por él, mientras viva.

—No lo necesita —murmuró el coronel Lyle, aunque para sí—. Hace tiempo que le abandonaron los primeros terrores. Ha encontrado la nueva dirección... y va en ella.

EL SEÑUELO^[6]

PERTENECÍA a la categoría de casas feas en torno a las cuales persiste alguna superstición desagradable, debido tal vez a su incapacidad para inspirar interés por sí mismas. Su aspecto era demasiado vulgar para reflejar personalidad, y mucho menos para ejercer cualquier tipo de influjo. Sólida y destartalada, con su enorme mole empequeñeciendo los árboles del parque, su rasgo más destacado era negativo: carecía de pretensiones.

Desde la pequeña loma, asomaba sus ventanas inexpresivas por encima del bosque de Kent, indiferente al tiempo, triste en invierno, desolada en primavera, desventurada en verano. Una mano colosal la había arrojado allí, y luego había dejado que se muriera de hambre; mansión campestre que muy bien podía agotar los adjetivos de las empresas anunciadoras, y difícilmente encontrar herederos. Unos decían que su alma había huido; otros que se había suicidado; esto último lo pensaba un heredero, que después se quitó la vida en la biblioteca, impulsado, al parecer, por una tara familiar. Pues otros dos herederos habían seguido su ejemplo, con un intervalo de veinte años entre uno y otro, sin que hubiese un motivo claro que explicara las tres tragedias. En realidad, sólo el primer propietario vivió de manera permanente en la casa; los otros la habían utilizado durante los meses de verano, para abandonarla después con alivio. Así que cuando John Burley, actual heredero, tomó posesión de ella, entró en una casa en torno a la cual había una superstición fundada en una serie de hechos innegablemente desagradable.

Este siglo trata con acritud a los supersticiosos, a los que tiene por locos o charlatanes; no los trataba así John Burley, hombre robusto y despreciativo de las medias tintas. Sencillamente, porque no los trataba en absoluto. Apenas sabía de su existencia. Los ignoraba como ignoraba, por ejemplo, a los esquimales, los poetas y demás ejemplares humanos ajenos a su esquema de vida. Un boyante hombre de negocios se concentraba en lo que era real: trataba con la gente de negocios. Su filantropía, a gran escala, era asimismo real; sin embargo, aunque lo habría negado con vehemencia, tenía también sus supersticiones. No hay hombre que no lleve alguna mancha de superstición en la sangre: la herencia racial es demasiado rica para poder escapar a ella por entero. La de Burley adoptaba esta forma: que a menos que diese su diezmo a los pobres, no prosperaba. Esta fea mansión, concluyó, iba a convertirla en una casa de convalecencia ideal.

—Sólo los cobardes y los lunáticos se quitan la vida —sentenció con rotundidad cuando le criticaron el destino de esta casa—. Y yo no soy ni lo uno ni lo otro —dejó escapar su risa fuerte, estrepitosa. En su ambiente estimulante, tal debilidad parecía desdeñable; igual que la superstición, en su presencia, parecía débil ignorancia—. No concibo —tronó—, no puedo imaginar siquiera —añadió con énfasis—, el estado de

ánimo en que un hombre es capaz de *pensar* en el suicidio, y mucho menos de llevarlo a cabo —y sacó el pecho con aire de desafío—. Te lo aseguro, Nancy: o es cobardía o es manía. Y no soporto ninguna de las dos cosas.

Sin embargo, se mostraba tolerante y jovial en su condena. Admitía sus limitaciones con una risa franca que su mujer calificaba de estruendosa. Así, era indulgente con los temores fantásticos de los marineros; incluso le habían oído hablar de barcos encantados pertenecientes a su compañía. Aunque siempre en términos de tonelaje o de libras-chelines-peniques. Sus miras eran amplias; los detalles se quedaban para sus empleados.

Su consentimiento en pasar una noche en la mansión fue el gesto propio del hombre de negocios práctico y filantrópico que condesciende a tratar con la estúpida naturaleza humana. Se fundaba en la lógica del tonelaje y las libras-chelines-peniques. Los periódicos locales habían desenterrado la ridícula historia de los suicidios, llamando la atención sobre el efecto de dicha creencia en la fortuna de la familia y, posiblemente, en la de su actual propietario. Pero la mansión, o sea el elefante blanco, era justamente ideal para su propósito, y una insignificancia como pasar una noche en ella no iba a ser un obstáculo. «Debemos tomar a la gente como es, Nancy.»

Por supuesto, su joven esposa tenía motivos propios para tal proposición; y si ella se divertía en lo que llamaba «caza de fantasmas», no veía él razón alguna para negarle tal capricho. La amaba, y la tomaba tal como la había encontrado... ya metido en años. Para calmar las supersticiones del futuro personal, pacientes y cooperadores, de todos aquellos, en fin, cuya disposición favorable era imprescindible para el éxito del establecimiento, afrontó el engorro de pasar una noche en el edificio antes de que se anunciase su inauguración. «Escucha, John: si tú, el propietario, haces eso, cortarás de raíz toda habladuría. Porque si ocurriera algo más adelante, podrían atribuirlo a esa obsesión suicida, a ese influjo pernicioso. La casa tendría mala fama desde el principio. Sería un continuo problema. Un fracaso.»

—¿Crees que el hecho de pasar yo una noche en ella acabará con esas estupideces? —preguntó.

—Según la vieja leyenda, eso rompe el encanto —replicó ella—. Es la condición, en todo caso.

—Pero es seguro que tarde o temprano morirá alguien en ella —objetó él—. No podemos evitar eso.

—Podemos evitar que la gente ande diciendo que no murió de muerte natural —Nancy le explicó cómo funcionaba la mentalidad de la gente.

—Comprendo —replicó él, curvando el labio, aunque calculando con presteza la verdad de lo que ella decía sobre el instinto colectivo.

—A menos que te envenenes en el vestíbulo —añadió, riendo—, o decidas ahorcarte del perchero con tus tirantes.

—De acuerdo —aceptó, tras meditar un momento—. Velaré contigo. Será como

una nueva luna de miel: tú y yo de juerga, ¿no? —ahora se mostró incluso animado; quizá se removió su parte juvenil; pero se le enfrió el entusiasmo al explicarle ella que era mejor que fuesen más de dos en la expedición.

—Yo lo he hecho a menudo antes, John. Éramos siempre tres.

—¿Quiénes? —preguntó él con brusquedad. La miró inquisitivamente; pero ella contestó que si ocurría algo, un grupo de tres podía tener mayor margen de ayuda.

Era bastante evidente. John la escuchó y aceptó. «Llevaré al joven Mortimer —sugirió—. ¿Te parece bien?»

Nancy vaciló. «Bueno... es alegre; le interesará también. Sí, es tan bueno como cualquiera.» Pareció indiferente.

—Y nos entretendrá con sus historias —añadió su marido.

Así que se designó al capitán Mortimer, ex oficial de un destructor torpedero, «joven alegre» que no tenía miedo de nada, primo de la señora Burley, y que ahora ocupaba un buen puesto en las oficinas de la compañía en Londres, como tercer integrante de la expedición. Pero el capitán Mortimer era joven y ardiente, la señora Burley joven, bonita y mal emparejada; en cuanto a John Burley, era un marido negligente y satisfecho de sí mismo.

El destino tendió la trampa con astucia; y John Burley, ciego, descuidado en los detalles, cayó en ella. También salió de ella; pero de una forma que nadie habría esperado en él.

Al final, John Burley se las arregló para que la noche acordada fuese casi la más corta del año: la del 18 de junio, en que el sol se ponía a las ocho y dieciocho minutos y salía hacia las cuatro menos cuarto. Había tres horas escasas de completa oscuridad. «Tú eres la entendida —reconoció, cuando ella le explicó que sólo había que permanecer sentados durante la oscuridad completa, y que no hacía falta que fuese desde la puesta a la salida del sol—. Lo haremos bien. A Mortimer no le ha entusiasmado la idea; tenía un baile o algo así —añadió; observó la expresión de contrariedad que asomó fugazmente a los ojos de ella—; pero ha renunciado a él. Vendrá —le divirtió el mohín de la mujer mimada—. Bueno, pero no ha habido que insistirle mucho, en realidad —aseguró—. Supongo que habrá por medio alguna chica. Ten en cuenta que es joven»; a lo cual no hubo ningún comentario; aunque la implícita comparación la hizo enrojecer.

Se trasladaron en coche a South Audley Street, después de tomar el té a hora temprana, pasando por Sevenoaks y cruzando el bosque de Kent. Y a fin de que se difundiese debidamente la necesaria noticia, dejaron al chófer en la posada, advirtiéndole terminantemente que guardase secreto sobre el objeto de la visita, con la orden de que pasase a recogerles una hora después de salir el sol; desayunarían en Londres. «Se lo contará a todo el mundo —dijo su práctico y cínico señor—; el periódico local sacará la noticia por la mañana. Vale la pena pasar unas horas de incomodidad, si con ello acabamos con esas tonterías. Leeremos, fumaremos, y Mortimer nos contará historias de la mar.» Entró en la casa con el conductor para

supervisar los arreglos de la habitación, luces, cestas de la comida y demás, dejando a la pareja en el césped.

—No es mucho cuatro horas; pero algo es algo —susurró Mortimer, a solas con ella por primera vez desde que habían salido—. Es realmente estupendo que hayas conseguido incluirme en esto. Estás divina esta noche. Eres la mujer más maravillosa del mundo —sus ojos azules centellearon de un ávido deseo que él mismo interpretaba como amor. Parecía como si acabara de desembarcar: tenía la piel curtida, y un poco descolorido por el sol su cabello rubio. La cogió de la mano y la apartó del sol sesgado, llevándosela hacia los rododendros.

—No he sido yo, tonto. Es a John a quien se le ha ocurrido que vinieras tú también —soltó la mano con fingido esfuerzo—. Además, has exagerado... al simular que tenías un baile.

—Podías haberte opuesto —dijo él, ansioso—; pero no lo has hecho. ¡Ah, estás preciosa, estás adorable! —la besó de repente, con pasión. Hubo un débil forcejeo, tras el que se rindió con demasiada facilidad, le pareció a él.

—¡Harry, eres idiota! —exclamó jadeando, cuando él la soltó—. ¡Desde luego, no sé cómo te atreves! Siendo John amigo tuyo. Además, sabes... —miró a su alrededor con viveza— que no estamos seguros aquí —los ojos de ella chispeaban de felicidad; tenía las mejillas encendidas. Parecía lo que era: un animal joven, bello, lleno de deseo, traidor a los ideales, fiel solamente a la pasión egoísta—. Afortunadamente —añadió—, confía en mí demasiado plenamente para imaginar nada.

El joven, con la adoración en los ojos, rió alegremente: «No hay ningún mal en un beso —dijo—. Eres una niña para él; nunca piensa en ti como mujer. De todos modos, tiene la cabeza llena de barcos y manías y lacre —la tranquilizó, al tiempo que la respetaba, obedeciendo a un súbito instinto que le advertía que no la volviese a tocar—, y nunca ve nada. Ni siquiera a diez yardas...».

Una voz poderosa le interrumpió a veinte yardas de distancia, al tiempo que John Burley salía de una esquina y cruzaba el césped en dirección a ellos. El chófer, anunció, había dejado las cestas en el salón del primer piso y había regresado a la posada.

—Demos una vuelta —añadió, uniéndose a ellos—, y veamos el jardín. Entraremos a comer cinco minutos antes de que se ponga el sol —se echó a reír—. Tenemos que hacerlo con toda fidelidad, ¿verdad, Nancy? De la noche a la madrugada, recuerda. Vamos, Mortimer —cogió al joven del brazo—; hagamos una última ronda, ¡antes de entrar a ahorcarnos del perchero que hay junto al despacho de la enfermera jefe! —alargó la mano libre hacia su esposa.

—¡Ah, calla, John! —dijo ella con viveza—. No tiene ninguna gracia... sobre todo ahora que está cayendo la tarde —se estremeció, como por un sincero escalofrío, apretando deliciosamente los labios al hacerlo; a lo cual, su marido la atrajo hacia sí, diciendo que lo sentía, y la besó exactamente donde había sido besada dos minutos antes, mientras miraba al joven Mortimer—. Te protegeremos entre los dos —dijo.

Por detrás de su ancha espalda, la pareja intercambió una fugaz mirada de entendimiento; porque había algo en su tono que imponía cautela y sugería que quizá no estaba tan ciego como parecía. Tenían su lenguaje cifrado, los dos. «Todo va bien —transmitió—; ¡pero sé más precavido la próxima vez!»

Aún quedaban unos minutos de sol, antes de que el enorme disco rojo se hundiese tras las colinas boscosas; y el trío, charlando ociosamente, con un aleteo de excitación en dos de los corazones, anduvo paseando entre los rosales. El atardecer era perfecto, cálido, perfumado, sin viento. Unas sombras alargadas y sin cabeza les precedían en el césped, y una de las paredes del gran edificio estaba ya oscura; los murciélagos daban pasadas, las mariposas nocturnas revoloteaban veloces sobre los macizos de rododendros y azaleas. La conversación giraba principalmente en torno al destino de la mansión como casa de convalecencia, su probable coste de mantenimiento, el personal conveniente, y demás.

—Vamos —dijo John Burley poco después, deteniéndose de pronto y dando la vuelta—; tenemos que estar dentro, literalmente, antes de que se oculte el sol. Hay que cumplir los requisitos con toda fidelidad —repitió, como si le gustase la frase. Se tomaba en serio todas las cosas de la vida, grandes o pequeñas, una vez que intervenía en ellas.

Entró, este trío incongruente de cazadores de fantasmas, sin pensar en realidad en el asunto entre manos, y subieron despacio a la gran estancia donde se encontraban las cestas. El vestíbulo estaba ya lo bastante oscuro como para hacer uso de sus linternas eléctricas, lo que les permitió avanzar con precaución, iluminando un rincón tras otro. El aire, en el interior, era frío y húmedo. «Como en un museo sin inaugurar —dijo Mortimer—. Puedo oler los ejemplares.» Miraron alrededor, olfateando. «Es olor a humanidad —declaró su anfitrión, patrono y amigo—, unido al del cemento y la cal»; y los tres se echaron a reír cuando dijo la señora Burley que le habría gustado cortar unas rosas y haberlas traído. Estaba ya su marido ante la ancha escalera, con Mortimer inmediatamente detrás, cuando alzó ella la voz: «No me gusta ser la última —exclamó—. El vestíbulo está completamente oscuro detrás de mí. Iré entre los dos»; y el marino le cogió la mano que extendía, apretándosela, al pasar delante. «Hay una figura, recuerda —dijo ella apresuradamente, volviéndose hacia su marido para atraer la atención, como cuando tocaba madera, en casa—. Una figura que se ha visto, y forma parte de la historia. Una figura de hombre.» Experimentó un pequeño estremecimiento de placer; medio imaginó alarma al cogerlo del brazo.

—Espero que la podamos ver —dijo él, prosaicamente.

—Espero que no —replicó ella con énfasis—. Sólo se le ve... cuando va a pasar algo.

Su marido no dijo nada, mientras que Mortimer comentó jocoso que sería una lástima tomarse todas las molestias para nada.

—No puede pasarnos nada a los tres —dijo con frivolidad, mientras entraban en una gran habitación donde los empapeladores habían dejado oportunamente una tosca

mesa de simples tablas. La señora Burley, absorta en sus propios pensamientos, empezó a sacar los emparedados y el vino. Su marido se dirigió a la ventana. Parecía inquieto.

—Así que aquí —su voz profunda la sobresaltó— es donde uno de nosotros —miró a su alrededor— va a...

—¡John! —le detuvo ella con brusquedad—. Te lo he pedido ya varias veces —su voz sonó aguda y quejumbrosa en la habitación vacía, con un acento nuevo. Empezaba a sentir la atmósfera del lugar, quizá. En un césped soleado, no le habría afectado en absoluto; pero ahora, con el anochecer, la notaba, mientras crecían las sombras y el reino de las tinieblas aumentaba su dominio. Como una gran galería de susurros, el edificio entero escuchaba.

—Palabra, Nancy —dijo John Burley con contricción, mientras regresaba a sentarse junto a ella—, que se me ha vuelto a olvidar. Es que no acabo de tomármelo en serio. Me resulta totalmente inconcebible que un hombre...

—Pero ¿por qué sacas a relucir esa idea? —insistió ella en un tono bajo que sonó como un estallido, a pesar de su debilidad—. Al fin y al cabo, las personas no hacen ese tipo de cosas porque sí.

—No lo sabemos todo en el universo, ¿verdad? —intervino Mortimer, tratando de apoyarla con torpeza—. Yo lo único que sé ahora es que tengo un hambre que me muero, y que este pastel de ternera y jamón está delicioso —estaba atareado con el cuchillo y el tenedor. Su pie descansaba levemente sobre el de ella, debajo de la mesa; no podía apartar la mirada de su cara; no paraba de pasarle porciones de comida.

—No —convino John Burley—, no todo. En eso tienes razón.

Nancy dio un suave puntapié al joven, dirigiéndole una mirada de advertencia al mismo tiempo, mientras su marido, vaciando su vaso con la cabeza echada hacia atrás, les observaba por encima del borde, aparentemente sin ver nada. Se pusieron a fumar un cigarrillo alrededor de la mesa; Burley encendió un grueso cigarro. «Háblanos de esa figura, Nancy —pidió—. Al menos no hay nada malo en eso. Es algo nuevo para mí. No sabía que se aparecía una figura.» Y así lo hizo ella de buena gana, apartando su silla del peligroso e imprudente pie. Mortimer no alcanzaba a tocarla, ahora. «Sé muy poco —confesó—; sólo lo que dijeron los periódicos. Es un hombre... Y cambia.»

—¿Cómo cambia? —preguntó su marido—. ¿Te refieres a sus ropas, o a qué?

La señora Burley rió, como si agradeciese poder reír. Luego contestó: «Según la historia, se parece siempre al hombre...».

—¿Al hombre que...?

—Sí, sí, por supuesto. Al hombre que muere... como él.

—¡Humm! —gruñó su marido, sinceramente perplejo. Se quedó mirándola.

—Cada vez, el individuo ve a su doble —medió Mortimer, prestando oportuna ayuda—, antes de cometer la acción.

Siguió una larga explicación —con abundante jerga parapsicológica— por parte de la señora Burley, que fascinó e impresionó al marino, el cual pensó que era maravillosa, a la vez que adorable, y lo manifestó con sus miradas de manera ostentosa. La atención de John Burley fluctuaba. Se levantó y fue a la ventana, dejando que terminasen ellos dos la discusión; no participó, ni hizo el menor comentario siquiera; se limitó a escuchar ociosamente, y a observarles con aire abstraído a través de la nube de humo de su cigarro que le envolvía la cabeza. Iba de una ventana a otra, acodándose en cada alféizar, examinando las uniones, midiendo el grosor de los muros con su pañuelo. Parecía inquieto, aburrido, evidentemente descentrado, en esta ridícula expedición. Había una expresión resignada, tranquila, en su rostro grande y espeso que su esposa jamás había visto. Se dio cuenta ahora, cuando, terminada la charla, la pareja retiró los *débris* de la comida, encendieron el infiernillo de alcohol para el café, y prepararon una cena que les iba a venir muy bien de madrugada. Una ráfaga de aire cruzó la habitación, agitando los papeles de la mesa. Mortimer bajó con cuidado la llama humeante del quinqué.

—Se está levantando un poco de viento: del sur —comentó Burley desde su hueco, cerrando una mitad de la ventana. Para hacerlo, se volvió un momento de espaldas, manipulando el pestillo unos segundos, mientras Mortimer, al darse cuenta, aprovechó esta inesperada ocasión con el insensato abandono de su edad y temperamento. Ni él ni su víctima se percataron de que, contra la oscuridad exterior, el interior de la habitación se reflejaba con claridad en el cristal de la ventana. Imprudente el uno, aterrada la otra, aprovecharon el goce temerario que, en definitiva, podía haberse prolongado medio minuto más, porque la cabeza que temían, seguida de los hombros, se asomó por la mitad de la ventana aún abierta, y permaneció fuera, aspirando el aire de la noche.

—Hay un aire espléndido —dijo su voz profunda, al tiempo que retiraba la cabeza—. Me encantaría estar en la mar una noche como ésta —dejó la hoja abierta y cruzó la habitación en dirección a ellos—. Bueno —dijo alegremente, arreglándose el asiento—, pongámonos cómodos para pasar la noche. Mortimer, esperamos que nos cuentes historias sin parar, hasta que lleguen los fantasmas, o el amanecer. Historias horribles de cadenas y hombres sin cabeza, ya sabes. Haz que no olvidemos fácilmente esta noche —soltó una carcajada.

Se acomodaron en sus sillas, con otras delante para poner los pies, y Mortimer tomó como escabel una cesta; el aire se iba espesando con el humo del tabaco; las miradas centelleaban y se respondían, y quizá se vigilaban también; los oídos escuchaban, y quizá se aguzaban; de vez en cuando, al golpetear la ventana, se sobresaltaban y se volvían para mirar; a veces sonaban ruidos en la casa, cuando el viento, colándose por alguna ventana rota o abierta, hacía repiquetear algún objeto suelto.

Pero la señora Burley vetó con determinación las historias horripilantes. Una mansión enorme, vacía, y aislada en el campo, incluso con el alivio de John Burley y

un amante, tiene su atmósfera. Las habitaciones amuebladas son muchísimo menos espectrales. Esta atmósfera provenía ahora de todas partes, atravesando salones espaciosos y suspirantes corredores, silenciosa, invisible, pero penetrante; sólo John Burley era insensible a ella, y no percibía su solapado ataque a los nervios. Posiblemente entró con el aire de la noche veraniega, o posiblemente estaba allí desde siempre... Y la señora Burley miraba a menudo a su mando, sentado cerca de ella, en una esquina: la luz le daba de lleno en su cara fuerte y agradable; notaba que, aunque parecía sereno y tranquilo, en realidad estaba muy inquieto; había algo en él que era un poco distinto; no podía precisar en qué consistía: tenía la boca apretada como con esfuerzo; parecía, cosa que le chocaba, paciente y muy solemne; era un encanto, en realidad. ¿Por qué su cara le parecía ahora inescrutable? Los pensamientos de la señora Burley vagaban errabundos, inquietos, desasosegados, mientras le hervía dentro —había tomado su parte de vino— su sangre caliente.

Burley se volvió hacia el marino para pedirle que contase más historias. «Con mar y viento —sugirió—. ¡Nada de horrores!, ¿recuerda?» Y Mortimer contó una historia sobre la escasez de habitaciones en la costa galesa, donde las que había disponibles tenían precios fabulosos, y sólo un hombre se negaba a alquilar las suyas, un capitán retirado, desembarcado de un mercante de los mares del Sur, pobre, y algo chiflado al parecer. Tenía dos habitaciones amuebladas en su casa que podían valer veinte guineas a la semana. Daban al mediodía, y las tenía siempre llenas de flores; pero no las quería alquilar. Nadie sabía el porqué de esta ingenua terquedad, hasta que Mortimer —pescaban juntos— se ganó su confianza. «Las ocupa el viento del Sur —le dijo el viejo—. Las conservo libres para ella.»

—¿Para *ella*?

—Con el viento del Sur vino mi amada —dijo el otro suavemente—, y con el viento del Sur me dejó...

Era un extraño relato para ser contado en semejante reunión, pero lo contó bien.

«Es hermoso», pensó la señora Burley. En voz alta, dijo: «Gracias. Por “dejó” supongo que querría decir que murió, o que se fue, ¿no?».

John Burley alzó los ojos con cierta sorpresa. «Te pedimos una historia —dijo—, y tú nos recitas un poema —rió—. Tú estás enamorado, Mortimer —dijo—; y probablemente de mi mujer».

—Por supuesto, señor —replicó el joven con galantería—. Ya conoce lo que es el corazón de un marino —en tanto el rostro de la mujer se ponía rosado, y luego blanco. Conocía a su marido más íntimamente que Mortimer, y había algo en su tono, en sus ojos, en sus palabras, que no le gustaba. Harry había metido la pata al elegir esa historia. Un irritado malestar, cercano al enfado, se agitó en su interior. «De todos modos, es mejor que una de horror», se apresuró a decir.

—Bien —intervino su marido, dejando escapar una pequeña risa—, es posible, en todo caso. Aunque tan disparatado es lo uno como lo otro —no estaba claro lo que quería decir—. Si un hombre ama realmente —añadió sin ambages—, y ella le

engaña, cabe imaginar que...

—No empieces con sermones, John, por lo que más quieras. Te pones aburrido, en el púlpito —pero la interrupción sólo sirvió para subrayar la frase que, de otro modo, habría pasado inadvertida.

—Cabe imaginar que encuentre la vida indigna —insistió el otro—, que... —vaciló—. Pero vaya, he prometido no hablar del asunto —prosiguió, echándose a reír de buen humor. Luego, de repente, como a pesar de sí mismo, como si le forzasen—: con todo, en una situación así, podría mostrar su desprecio de la naturaleza humana y la vida.

Un minúsculo gritito le detuvo esta vez.

—John, te odio, te aborrezco cuando hablas así. Y has roto tu promesa otra vez —estaba más que enfadada; en su voz sonaba una nerviosa irritación. Fue el modo en que había hablado su marido, mirando hacia la ventana, lo que la había hecho estremecerse. De pronto, le vio como hombre; sintió miedo de él.

El marido no contestó; se levantó y consultó su reloj inclinándose hacia el quinqué, de manera que el semblante quedó en sombra. Son las dos —anunció—. Creo que voy a dar una vuelta por la casa. Quizá descubra algún obrero dormido o algo por el estilo. De todos modos, no tardará en apuntar el día —rió; la expresión de su rostro, el tono de su voz, la aliviaron momentáneamente. Salió. Oyeron el eco de sus pasos pesados por el largo corredor sin alfombra.

Mortimer empezó inmediatamente. «¿Habrá querido decir algo? —preguntó sin aliento—. Desde luego, no te quiere ni pizca. Nunca te ha querido. Yo sí. No sabe lo que vales. Me perteneces.» Sus palabras fluían impetuosas. Le cubrió el rostro de besos. «¡Yo no quería decir *eso!*», oyó, mientras la besaba, que decía.

El marino la dejó, y se quedó mirándola. «¿Entonces qué? —susurró—. ¿Crees que nos habrá visto en el césped? —calló un momento, al no contestar ella. Aún se oían los pasos a lo lejos—. ¡Ya sé! —exclamó él de pronto—. Es esta maldita casa lo que nota. Eso es lo que pasa. No le gusta.»

El viento suspiró a través de la habitación, haciendo tremolar los papeles; algo repiqueteó; y la señora Burley se llevó un sobresalto. Un cabo de cuerda suelto, que oscilaba colgando de la escala del empapelador, atrajo su atención. Se estremeció ligeramente.

—Está distinto —replicó ella en voz baja, acurrucándose otra vez—. ¿Has oído lo que ha dicho: que comprende que en determinadas circunstancias un hombre —vaciló— pueda hacerlo? —concluyó, bajando súbitamente la voz—. Harry —le miró directamente a los ojos—, eso no es propio de él. Eso no lo ha dicho por decir.

—¡Tonterías! Está aburrido como una ostra. Y la casa le crisa los nervios, además —la besó tiernamente. Luego, al notar que ella respondía, la atrajo hacia sí y la estrechó con pasión, murmurando palabras incoherentes, entre las que pudo distinguirse «no hay nada que temer». Entretanto, los pasos se iban acercando. Ella le rechazó. «Debes portarte bien. Por favor. Tienes que hacerlo, Harry.» A continuación

se refugió en sus brazos, hundiendo la cara en el cuello de él... sólo para separarse al instante siguiente y quedarse apartada. «Te odio, Harry —exclamó con energía, al tiempo que una expresión de enfado cruzaba fugazmente por su semblante—. Y me odio a mí misma. ¿Por qué me tratas...? —se interrumpió al oír los pasos cerca, se alisó el cabello, y se dirigió a la ventana abierta.»

—En realidad, creo que sólo estás jugando conmigo —dijo él rabioso. La miró con sorprendido desencanto—. Es a él a quien amas de verdad —añadió celoso. Se comportaba y hablaba como un joven consentido y enojadizo.

La señora Burley no volvió la cabeza. «Él siempre ha sido leal, amable y generoso conmigo. Jamás me reprocha nada. Dame un cigarrillo y deja de hacer el héroe de opereta. Tengo los nervios de punta, te lo digo en serio.» Su voz chirriaba ásperamente; y mientras encendía el cigarrillo, Mortimer observó que le temblaban los labios; su propia mano temblaba también. Aún sostenía la cerilla para ella, junto al antepecho de la ventana, cuando los pasos transpusieron el umbral y entró John Burley en la habitación. Fue directamente a la mesa y bajó la llama del quinqué. «Estaba haciendo humo —explicó—. ¿No os habéis dado cuenta?»

—Lo siento, señor —y Mortimer se precipitó, demasiado tarde, a ayudarlo—. Ha sido la corriente de aire, al abrir usted.

El hombre corpulento dijo: «¡Ah! —y acercó una silla, sentándose frente a ellos—. Es la casa ideal —les dijo—. He recorrido las habitaciones de este piso. Será una hermosa residencia, con muy pocas modificaciones —se volvió en su crujiente silla de mimbre y miró a su esposa, que estaba sentada en el alféizar de la ventana, fumando y balanceando las piernas—. Se salvarán vidas entre estos viejos muros. Es una buena inversión —prosiguió, hablando consigo mismo, al parecer—. Morirá gente aquí, también...».

—¡Escuchad! —le interrumpió la señora Burley—. Ese ruido... ¿qué es? —se oía un ruido débil, apagado, en el corredor o en la habitación vecina: hizo que los tres volbiesen rápidamente la mirada, atentos a su repetición, que no se produjo. Los papeles temblaron sobre la mesa y los quinqués humearon un instante.

—El viento —comentó Burley tranquilamente—; nuestro buen amigo el viento del Sur. Habrá agitado algo otra vez; eso es todo —pero, curiosamente, se levantaron los tres—. Iré a ver —prosiguió—. Están abiertas todas las puertas y ventanas para que se seque la pintura.

Pero no se movió; se quedó allí, observando una mariposa blanca que daba vueltas y vueltas alrededor del quinqué, dando pesados aletazos, de vez en cuando, sobre la desnuda mesa de pino.

—Deje que vaya yo, señor —intervino Mortimer ansiosamente. Se alegró de aprovechar esta oportunidad; por primera vez, también él se sentía incómodo. Pero había otro, al parecer, que sufría un malestar más grande que el suyo y que, consiguientemente, se alegraba más de poder ausentarse. «Yo iré —anunció la señora Burley con decisión—. Me apetece. No he salido de esta habitación desde que

llegamos. No estoy nada asustada.»

Fue extraño que, por un momento, no hiciera ademán alguno; parecía como si esperase algo. Durante unos quince segundos, quizá, nadie se movió ni dijo nada. La señora Burley se dio cuenta, por la expresión de sus ojos, de que su amante había percibido un leve, indefinido cambio en la actitud de su marido, y de que estaba alarmado. Su temor suscitó el desdén en ella: de repente, sintió desprecio del joven, y un extraño anhelo de su marido; sobre ella actuaba una fuerza anónima que turbaba todo su ser. La habitación ha experimentado un cambio, pensó; había entrado algo. El trío seguía atento, escuchando el viento suave del exterior, esperando que se repitiera el ruido: dos amantes jóvenes, inconscientes y apasionados, y un hombre estaban expectantes, atentos, vigilando la habitación; sin embargo, parecía que había cinco personas y no tres; porque dos conciencias culpables permanecían aparte, separadas de sus dueños. John Burley rompió el silencio.

—Sí, ve tú, Nancy. No hay nada que temer... por ahí. Es sólo el viento —lo dijo convencido.

Mortimer se mordió los labios. «Iré contigo —dijo instantáneamente. Estaba confundido—. Vayamos los tres. Creo que no debemos separarnos.» Pero la señora Burley estaba ya en la puerta. «Insisto en ir sola —dijo, con una risa forzada—. Llamaré, si tengo miedo», mientras su marido, callado, la observaba desde la mesa.

—Llévate esto —dijo el marino, encendiendo su linterna eléctrica al tiempo que corría para alcanzarla—. Dos son mejor que una.

Vio su figura exquisitamente recortada contra el negro corredor de detrás; era evidente que ella quería ir; cualquier nerviosismo que sintiera estaba dominado por una emoción más fuerte aún; se alegraba de alejarse un momento de la presencia de los dos hombres. El marino había esperado obtener de ella unas palabras de explicación en el corredor, pero su gesto le contuvo. Algo más le contuvo, también.

—La primera puerta a la izquierda —dijo en voz alta, y su voz resonó en el oscuro vacío—. Ésa es la habitación de la que provenía el ruido. Grita si nos necesitas.

La vio alejarse, con la luz decididamente enfocada delante, pero no le contestó; dio media vuelta y descubrió a John Burley en el instante de encender un cigarro en el tubo del quinqué, acercando la cara. Le observó un segundo, mientras sus labios chupaban el cigarro para encenderlo; la fuerza de sus facciones se acentuaba hasta la severidad. Habría querido permanecer junto a la puerta, escuchando los más leves ruidos de la habitación contigua, pero ahora se dio cuenta de que toda su atención se concentraba en el rostro que estaba sobre el quinqué. En ese minuto comprendió que Burley había querido —había pretendido— que fuese su mujer. En ese minuto, también, se olvidó de su amor, de su pequeña, egoísta y desvergonzada amante, y de su pequeño, vano y desvergonzado yo. Porque John Burley alzó los ojos. Se enderezó lentamente, dando rápidas chupadas para que prendiera bien el cigarro, y le miró de frente. Mortimer entró en la habitación, cohibido, turbado, frío.

—Naturalmente, sólo era el viento —dijo con ligereza; su único deseo era llenar el intervalo, mientras estaban solos, con algún lugar común. No quería que hablase el otro—. El viento de la madrugada, probablemente —miró su reloj de pulsera—. Son las dos y media ya, y el sol sale a las cuatro menos cuarto. Me parece que hay ya claridad. La noche más corta nunca es oscura del todo.

Divagaba confusamente, porque la mirada fija y muda de los otros le turbaba. Un ruido débil de la señora Burley andando por la otra habitación le hizo callar un momento. Se volvió instintivamente hacia la puerta, deseoso de tener una excusa para salir.

—No es nada —dijo Burley, hablando finalmente con voz firme y sosegada—. Sólo es mi mujer, contenta de estar sola... mi joven y hermosa mujer. Está bien. Sé que se encuentra mejor que tú. Entra y cierra la puerta.

Mortimer obedeció. Cerró la puerta; se acercó a la mesa y se detuvo frente al otro, que prosiguió a continuación:

—Si yo creyera —dijo con esa voz sosegada y profunda— que ibais en serio los dos —pronunció estas palabras muy despacio, con énfasis, con suma gravedad—, ¿sabes qué haría? Te lo voy a decir, Mortimer. Me gustaría que uno de los dos, o tú o yo, se quedase en esta casa... muerto.

Sus dientes atenazaban el cigarro con fuerza; sus manos estaban agarrotadas; siguió hablando con la boca medio cerrada. Sus ojos centelleaban continuamente.

—Confío en ella tan absolutamente, ¿comprendes?, que mi fe en las mujeres, en los seres humanos, se vendría abajo. Y con mi fe, mi deseo de vivir. ¿Comprendes?

Cada palabra era una bofetada para el joven irreflexivo; aunque una bofetada de lo más blanda, el relámpago de un corazón grande y profundo que hería cuanto podía. A Mortimer se le ocurrieron una docena de respuestas —negar, explicar, confesar, cargar con toda la culpa—, sólo para rechazarlas a continuación. Se quedó inmóvil, callado, mirando al otro fijamente a los ojos. No salió una sola palabra de sus labios; no hubo tiempo, de todos modos. Fue en esa situación como les sorprendió, al entrar, la señora Burley. Vio el rostro de su marido; el otro hombre estaba de pie, de espaldas a ella. Entró con una risa nerviosa. «Es un cordón de campanilla que balancea el viento, y golpea una plancha metálica delante de la chimenea», les informó. Y se echaron a reír los tres, aunque cada risa tuvo un sonido diferente. «Pero odio esta casa —añadió—. Ojalá no hubiese entrado nunca en ella.»

—En cuanto haya luz en el cielo —comentó sosegadamente su marido—, nos podremos marchar. Ése es el trato; cumplámoslo. Media hora más, y habremos terminado. Siéntate, Nancy, y toma algo —se levantó y le acercó una silla—. Yo creo que voy a dar otra vuelta —se dirigió lentamente a la puerta—. A lo mejor salgo un poco al césped, a ver si aclara el cielo.

Tardó menos de medio minuto en decir esas palabras; sin embargo, a Mortimer le pareció que no iba a terminar nunca su voz. Tenía el cerebro confuso y turbado. Se odiaba a sí mismo, odiaba a la mujer por la cual se había metido en este embarazoso

enredo.

De repente, la situación se había vuelto extremadamente angustiosa; jamás había imaginado una cosa así; el hombre que él había creído que estaba ciego lo había visto todo en realidad: se había enterado, les había vigilado, y había esperado. Y la mujer, ahora estaba seguro, amaba a su marido; le había tomado el pelo a él, a Mortimer, para divertirse.

—Permítame que vaya con usted, señor —dijo de pronto. La señora Burley se quedó pálida, rígida, entre los dos. Parecía asustada. Evidentemente, se preguntaba qué habría pasado.

—No, no, Harry —le llamó «Harry» por primera vez—. Tardaré unos cinco minutos, todo lo más. Y mi mujer no debe quedarse sola —y salió.

El joven esperó a que se alejase el rumor de las pisadas por el corredor; luego se volvió, pero no dio un solo paso; por primera vez dejó de aprovechar lo que él llamaba «la ocasión». Se había disipado su pasión; su amor, como en otro tiempo lo había considerado, había desaparecido. Miró a la preciosa mujer que tenía cerca, preguntándose perplejo qué había visto en ella para sentirse tan violentamente atraído. Pidió al Cielo que le librase de todo esto. Deseaba estar muerto. De repente, las palabras de John Burley le hicieron palidecer.

Una cosa vio con claridad: ella estaba asustada. Esto le hizo abrir la boca.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y su voz susurrante eludió pronunciar su nombre familiar—. ¿Has visto algo? —y señaló con la cabeza la habitación contigua. Fue el sonido de su propia voz, hablándole fríamente, lo que le hizo verse de repente como era de veras, pero fue la respuesta de ella, sinceramente expresada, con voz débil, suave, lo que le hizo comprender que ella también se veía a sí misma con igual claridad. ¡Dios mío, pensó, qué revelador puede llegar a ser el tono de una simple palabra!

—No he visto... nada. Sólo que me siento inquieta... cariño —este «cariño» sonó como una llamada de auxilio.

—Escucha —exclamó él, tan fuerte que ella alzó un dedo de advertencia—; ¡he sido un imbécil, un bribón! Estoy abochornado. Haría lo que fuera, lo que *fuera*, con tal de enmendarlo —se sentía frío, desnudo, veía desnuda ante sí su propia mezquindad; y se daba cuenta de que ella sentía lo mismo. De repente se apartaban el uno del otro. Sin embargo, no sabía exactamente cómo ni por qué razón había sobrevenido este cambio repentino, sobre todo a ella. Notaba que les dominaba una grande, una profunda emoción que no acababa de comprender, haciendo que pareciesen vacías, triviales, indignas sus meras relaciones físicas. Su frío aumentó ante esta completa ignorancia.

—¿Inquieta? —repitió, sin saber exactamente, quizá, por qué lo hacía—. Dios mío, pero él sabe cuidar de sí mismo...

—Él es un hombre —le interrumpió ella—; sí.

Se oyeron pasos, firmes, pesados, que regresaban por el corredor. A Mortimer le

pareció que venía escuchando toda la noche este rumor, y que lo seguiría oyendo hasta su muerte. Se acercó al quinqué y encendió un cigarrillo, con cuidado esta vez, bajando después la llama. La señora Burley se levantó también, se dirigió a la puerta, para alejarse de él. Escucharon un momento los pasos firmes y pesados, el andar de un hombre, de John Burley. Un hombre... y un mariposón, cruzó por el cerebro de Mortimer como un relámpago contrastando a los dos con feroz desprecio de sí mismo. Las pisadas se hicieron menos audibles, aumentó su distancia. Se dirigían hacia alguna parte.

—¡Vaya! —exclamó ella, con voz apagada—. Ha entrado.

—¡Tonterías! Ha pasado por delante de la puerta. Va a salir al césped.

La pareja escuchó un momento con el aliento contenido, cuando les llegó claramente el ruido de pasos de la habitación contigua, que cruzaban el entarimado y se dirigían a la ventana, al parecer.

—¡Vaya! —repitió ella—. Ha entrado.

Siguió un silencio de un minuto, quizá, en el que escucharon sus mutuas respiraciones. «No me gusta que esté solo... ahí dentro.» La señora Burley habló con una voz tenue, vacilante, e hizo ademán de salir. Tenía ya la mano en el pomo de la puerta cuando Mortimer la detuvo con un gesto violento.

—¡No salgas! ¡Por el amor de Dios, no salgas! —exclamó, antes de que ella lo hiciese girar. Echó a correr. En el momento en que le ponía la mano sobre el brazo se oyó un golpe sordo a través de la pared. Fue un ruido pesado; y esta vez no había viento que lo causara.

—Sólo es el balanceo de algo colgando en el aire —susurró él con torpeza; una confusión espantosa le embotaba el pensamiento y la palabra.

—No había nada colgado en el aire —dijo ella con voz desfallecida; luego se tambaleó y osciló hacia él—; ha sido invención mía. No había nada.

Al cogerla, viéndola mirar con desamparo, le pareció que un rostro de párpados abiertos se precipitaba hacia él. Vio sus ojos aterrados en una mancha espantosamente blanca. A continuación oyó el susurro de ella, al caer en sus brazos: «Es John, que...».

En ese instante, con la culminación del terror, volvió a hacerse súbitamente audible el ruido de pisadas: los pasos firmes y pesados de John Burley que desembocaban otra vez en el corredor. Fue tal el asombro y alivio de los dos que no se movieron ni hablaron. Se acercaban los pasos. La pareja parecía petrificada; Mortimer no movió sus brazos, ni la señora Burley intentó soltarse. Se quedaron mirando la puerta, esperando. Un segundo después se abrió del todo, y John Burley se detuvo ante ellos. Tan cerca que casi podía tocarlos: allí, en brazos el uno del otro.

—¡Jack, cariño! —exclamó su esposa, con una ternura ansiosa que hizo que sonase extraña la voz.

John Burley miró a uno y a otro. «Voy a salir al césped un momento», dijo con tranquilidad. No había expresión ninguna en su rostro; ni sonrisa, ni ceño; no

manifestaba ningún sentimiento, ninguna emoción; simplemente les miró a los ojos y luego dio la vuelta al canto de la puerta antes de que ninguno de los dos tuviese tiempo de pronunciar una palabra de respuesta. Se cerró la puerta tras él. Se había ido.

—Va a salir al césped. Ya lo había dicho —era Mortimer el que hablaba. La señora Burley se había separado. Ahora estaba junto a la mesa, callada, mirando con los ojos fijos en el vacío, los labios entreabiertos, la expresión ausente. Otra vez había percibido un cambio en la habitación: algo acababa de salir... Mortimer la observó un segundo, sin saber qué decir o hacer. Era el rostro de una persona ahogada, se le ocurrió. Algo intangible, aunque casi visible, se alzaba en el reducido espacio que mediaba entre ellos. Algo había terminado, allí ante sus ojos; y había terminado definitivamente. La barrera que se alzaba entre los dos se había vuelto más alta, más espesa. A través de esta barrera, le llegaron las palabras de ella con una lejanía extraña, susurrante.

—Harry... ¿Has visto? ¿Te has dado cuenta?

—¿A qué te refieres? —dijo él con brusquedad. Trató de mostrarse irritado, desdenoso, pero se le cortó el aliento absurdamente.

—Harry... está distinto. Los ojos, el cabello, la... —el rostro de ella estaba mortalmente lívido.

—¿De qué demonios estás hablando? Serénate —vio que estaba temblando de pies a cabeza, y se apoyaba en la mesa para sostenerse. Sentía inseguras sus propias piernas. La miró con atención.

—Está cambiado, Harry... cambiado —su susurro sobrecogido traspasó a Mortimer como un cuchillo. Porque era cierto. También él había notado algo en el aspecto del marido que no era del todo normal. Sin embargo, incluso mientras hablaban, le oyeron bajar por la escalera sin alfombra; cesaron los ruidos cuando cruzó el vestíbulo; luego oyeron el golpe de la puerta de entrada, los ecos, incluso, en la habitación donde estaban.

Mortimer acudió junto a ella. Sus pasos eran irregulares.

—¡Cariño! ¡Por el amor de Dios... eso no son más que tonterías! No te pongas así. Yo hablaré con él y lo aclararé todo... es culpa mía —vio, por su rostro, que no comprendía sus palabras: le estaba diciendo exactamente lo contrario; el pensamiento de ella estaba en otra parte—. Él está bien —prosiguió Mortimer apresuradamente—. ¡No está en el césped, ahora!

Se interrumpió al verla: el horror que le atenazaba el cerebro dotaba a su rostro de una palidez mortal.

—Ése no era John —exclamó la señora Burley, con un gemido de angustia y terror en su voz. Corrió a la ventana, y él la siguió. Para inmenso alivio de Mortimer, abajo, claramente visible, había una figura. Era John Burley. Le vieron cruzar el césped, a la luz grisácea del amanecer, y alejarse de la casa. Desapareció.

—¡Allí va! ¿Lo ves? —susurró Mortimer tranquilizador—. Estará de vuelta

dentro de... —cuando un ruido en la habitación contigua, más pesado, más fuerte que el de antes, le cortó espantosamente la palabra; y la señora Burley, con un grito lastimero, cayó hacia atrás, en sus brazos. La cogió justo a tiempo, porque estaba helado, atontado por un terror que no comprendía, y desamparado como un niño.

—Cariño, mi vida... ¡Dios mío! —se inclinó, besándole la cara frenéticamente. Estaba enloquecido.

—¡Harry! Jack... ¡oh, oh! —gimió angustiada—. Ha tomado su apariencia. Nos ha engañado... para darle tiempo. Lo ha hecho.

La señora Burley se incorporó de repente. «¡Ve!», dijo, señalando hacia la habitación del otro lado; luego se desmoronó, desvanecida, como un peso muerto en brazos de él.

Mortimer llevó el cuerpo inconsciente a una silla; luego entró en la habitación contigua, y su linterna iluminó el cuerpo de su marido, que colgaba de un soporte de la pared. Cortó la soga cinco minutos tarde.

LA MANGA VACÍA^[7]

I

LOS hermanos Gilmer eran un par de solterones viejos y quisquillosos, de talante retraído, por no decir tímido. Abundaba el gris en la barba puntiaguda de John, el mayor, y si a William le hubiese quedado pelo, seguramente habría sido de ese mismo matiz. Contaban con recursos personales. Su principal interés en la vida era coleccionar violines, para lo que tenían el *olfato* instintivo de los verdaderos entendidos. Ni John ni William, sin embargo, sabían tocar una sola nota. Sólo sabían pulsar la cuerda no pisada. Producir tono, cosa tan necesaria antes de comprar, lo hacía otro por ellos.

La única pega que encontraban al gran edificio cuyo espacioso ático ocupaban era que, a partir de las seis de la tarde, Morgan, el ascensorista y portero, se empeñaba en añadir un sombrero hongo a su uniforme, con desastrosos resultados para la belleza del universo. Porque el «señor Morgan», como le llamaban entre ellos, tenía una cara redonda y pastosa en lo alto de un cuerpo redondo y cónico. No obstante, puesto que el hombre tenía otras raras cualidades —entre las que estaba su lealtad a ambos— no era grave tal objeción.

Otra particularidad suya les divertía. Cuando se le censuraba algo, no daba ninguna explicación, sino que se limitaba a repetir las palabras de la queja.

—¡El agua del baño no estaba bastante caliente esta mañana, Morgan!

—¿No estaba bastante caliente el agua del baño, señor?

O de William, que era algo maniático:

—Ayer me subieron tarde mi jarra de leche agria, Morgan.

—¿Ayer le subieron tarde su jarra de leche agria, señor?

Puesto que la presentación de una queja traía como invariable consecuencia su reparación, los hermanos habían aprendido a no hacer más indagaciones. A la mañana siguiente, el baño *estaba* caliente, o la leche agria «*era* subida» con puntualidad. Aunque el uniforme y el sombrero hongo seguían siendo una ofensa para la vista y una fuente de opresión.

Esta noche particular John Gilmer, el mayor, al regresar de una reunión masónica, entró en el ascensor y encontró al señor Morgan con la mano presta en la palanca.

—La niebla es muy espesa fuera —dijo el señor John Gilmer alegremente; y el ascensor había efectuado una tercera parte de su recorrido, antes de que Morgan completase su acostumbrada repetición: «La niebla es muy espesa fuera, sí señor». A continuación, el señor Gilmer le preguntó de pasada si su hermano estaba solo, y

recibió la respuesta de que había llegado el señor Hyman, y aún no se había ido.

Ahora bien, este señor Hyman era hebreo, y, como todos los hebreos, entendido en violines; pero a diferencia de ellos, que sólo coleccionaban violines para admirarlos, era un hábil y exquisito violinista. Era la única persona a la que permitían manejar sus nobles instrumentos, sacarlos de los fanales donde descansaban en silencioso esplendor, y extraerles el sonido de sus portentosos corazones pintados con dorado barniz. Los hermanos detestaban ver cómo los tocaba con sus dedos, aunque les embargaba oír sus voces en la habitación, porque éstas corroboraban su buen juicio como coleccionistas, y les confirmaban que estaba bien empleado su dinero. Hyman, sin embargo, no hacía nada por ocultar su odio y desprecio hacia el mero coleccionismo. La atmósfera de la habitación vibraba perceptiblemente con estas fuerzas opuestas de muda emoción cuando tocaba Hyman y los Gilmer escuchaban a la vez contraídos y admirados. No eran frecuentes, empero, estas ocasiones. El hebreo sólo acudía cuando se le invitaba, y cuando los hermanos consideraban obligado hacerlo. Era un acto muy solemne: casi un rito sagrado.

Así que John Gilmer se quedó no poco sorprendido ante la información que Morgan acababa de darle. En primer lugar, tenía entendido que Hyman estaba en el Continente, de viaje.

—¿Aún está en casa, dice? —repitió, tras meditar un momento.

—Aún está, señor.

Luego, ocultando su sorpresa ante el ascensorista, volvió a su costumbre de quejarse benévolamente del sombrero hongo y el uniforme.

—¡Debería tener presente, Morgan —dijo, aunque con amabilidad—, que ese sombrero no va con el uniforme!

El semblante pastoso de Morgan no reveló la más ligera expresión.

—No va con el uniforme —repitió, quitándose el despreciable sombrero y sustituyéndolo por un gorro con galón dorado que colgaba de una percha—. No señor, no va. ¿Eh, señor? —añadió enigmáticamente, sonriendo ante la transformación así operada.

Y a continuación se detuvo el ascensor, con una sacudida violenta, en el último piso. El rellano estaba a oscuras por descuido de alguien; para colmo, Morgan, al maniobrar la palanca con torpeza, hizo que saltara de la percha el sombrero hongo; y al ir a recogerlo se le enganchó la manga en la llave de la luz, dejando el entorno momentáneamente sumido en completa oscuridad.

Y fue entonces, en el instante de salir, antes de volver a encender la luz, cuando John Gilmer tropezó con alguien que cruzó corriendo el rellano y pasó ante la puerta abierta. Primero creyó que era un chico, luego un hombre, luego... un animal. Sus movimientos eran rápidos aunque sigilosos. Al retroceder instintivamente para dejar paso, Gilmer chocó a oscuras con Morgan, y éste no pudo reprimir un grito. Hubo un momento de estúpida confusión. Se estremeció un poco la pesada estructura del ascensor, como si hubiese entrado alguien en él y hubiese saltado afuera otra vez.

Siguió un rumor como de pasos precipitados, aunque al mismo tiempo parecían pisadas acolchadas: de alguien en zapatillas o en calcetines, con mucha prisa. Luego quedó todo en silencio otra vez. Morgan salió rápidamente al rellano y encendió la luz eléctrica. El señor Gilmer, en ese mismo instante, hizo lo mismo en el ascensor. La luz inundó la escena. No había nada fuera de lo normal.

—Era un perro o un gato, o algo por el estilo, supongo, ¿no cree? —exclamó Gilmer, saliendo tras el hombre y mirando por todo el rellano con perplejidad. Se daba perfecta cuenta, mientras hablaba, de que era un comentario estúpido.

—Un perro o un gato, sí señor; o... algo por el estilo —repitió Morgan, con los ojos achicados como puntas de alfiler, agrandándosele luego; pero con la cara impasible.

—La luz tenía que haber estado encendida —dijo el señor Gilmer con cierta dureza. El pequeño incidente había alterado extrañamente su ecuanimidad. Se sentía molesto, alterado, inquieto.

Durante una pausa perceptible, el ascensorista no contestó; y el señor Gilmer, al levantar la vista, vio que además de nervioso tenía una coloración pálida alrededor de la boca. Su voz, al hablar, carecía de su natural desparpajo. Esta vez no se limitó a repetir. Explicó:

—¡Estaba encendida, señor, la última vez que he subido! —dijo con énfasis; evidentemente decía la verdad—. Y ha sido hace un momento —añadió.

El señor Gilmer, por alguna razón, no tuvo ganas de pedir explicaciones. Decidió ignorar el asunto.

A continuación, el ascensor volvió a bajar a las profundidades como una campana de buzo en el agua; y John Gilmer, deteniéndose un momento a reflexionar, abrió la puerta suavemente con su llave; y, tras colgar el sombrero y el abrigo en el perchero del vestíbulo, entró en el gran cuarto de estar que compartían él y su hermano.

La niebla de diciembre que cubría Londres como una manta sucia, descubrió, había penetrado en la habitación. Los objetos estaban medio envueltos en la familiar bruma amarillenta.

II

William Gilmer, en bata y zapatillas, casi invisible en su butaca junto a la estufa de gas, al otro extremo de la habitación, habló en seguida. Su rostro brillaba a través de la espesa atmósfera, mostrando una pipa apagada que le colgaba de los labios. Su tono denotaba emoción —emoción que él trataba de reprimir—; aunque de una calidad difícil de definir.

—Hyman ha estado aquí —anunció sin más—. Debes de haberte cruzado con él. Acaba de salir en este instante.

Era fácil notar que había sucedido algo, porque las «escenas» suelen dejar una turbulencia en el ambiente. Pero John no hizo inmediata alusión a esto. Contestó que no había visto a nadie —lo que era rigurosamente cierto—, a lo cual su hermano, enderezándose en su butaca, se volvió vivamente y se le quedó mirando. Su tez, en el aire brumoso, parecía más pálida de lo normal.

—Qué raro —dijo nervioso.

—¿Qué es raro? —preguntó John.

—Que no hayas visto... a nadie. Tenéis que haberos cruzado en el umbral —su mirada recorrió atenta la habitación. Estaba visiblemente desasosegado—. ¿Seguro que no has visto a nadie? ¿Le ha bajado Morgan antes de que llegaras tú? ¿Le ha visto Morgan? —hizo varias preguntas a la vez.

—Al contrario, Morgan me ha dicho que aún estaba aquí contigo. Seguramente ha bajado andando, sin esperar el ascensor —contestó—. Eso explica que no le hayamos visto ni él ni yo —decidió no decir nada sobre el incidente del ascensor, porque veía que su hermano tenía los nervios de punta.

A continuación se levantó William, y la piel de su rostro cambió de color; porque si bien hacía un momento era pálida, ahora adquirió un tinte entre blanco y grisáceo. El hombre luchaba con un terror interior. Durante un momento, se miraron a los ojos estos dos hermanos maduros. Luego habló John:

—¿Qué ocurre, Billy? —preguntó con voz tranquila—. Algo te ha alterado. ¿Qué ha impulsado a Hyman a venir así... inopinadamente? Yo creía que aún estaba en Alemania.

Los hermanos, afectuosos y comprensivos, se entendían de maravilla. No tenían secretos. Sin embargo, durante unos minutos, el más joven no contestó. Al parecer le costaba trabajo escoger las palabras.

—¿Ha venido a tocar... los violines? —le ayudó John, preguntándose inquieto cuál iba a ser la noticia. No le gustaba el individuo en cuestión, aunque su talento era de gran utilidad para ellos.

El otro asintió con la cabeza, y se puso a farfullar atropelladamente, hablando en voz baja como si temiera que les oyese alguien. Miró por encima del hombro hacia la habitación brumosa; hizo que se acercara su hermano.

—Ha venido —empezó— de improviso. Sin anunciarse, y sin que yo le hubiese invitado. Tú tampoco, ¿no?

John negó con la cabeza.

—Me lo he encontrado en el pasillo al salir del comedor. La criada estaba retirando los platos; le había dejado entrar, puesto que estaba entornada la puerta de fuera. Una frescura, ¿no te parece?

—Es un hombre original —dijo John, encogiéndose de hombros—. ¿Y le has recibido? —preguntó.

—Le he dicho que pasara, claro. Me ha explicado que tenía algo espléndido que quería que oyese. Lo había tocado Silenski por la tarde, y había comprado la

partitura. Pero el «Strad» de Silenski carece de fuerza, recordarás que flojea, es desigual, irregular, en la cuerda más alta; y dijo que ningún instrumento del mundo podía hacerle justicia más que nuestro «Joseph»... el pequeño Guarnerius, el cual jura que es el más perfecto del mundo.

—¿Y qué ha pasado? ¿Ha tocado? —preguntó John, más inquieto cada vez, a medida que aumentaba su interés. Miró con alivio a su alrededor y vio el pequeño e incomparable instrumento reposando sano y salvo en su fanal, cerca de la puerta.

—Ha tocado... divinamente: era una «Canción de cuna» de Zigeuner; una pieza bella, apasionada, de arrolladora inspiración, extrañamente titulada «Canción de cuna». Y figúrate: ¡la ha tocado entera de memoria! Andaba de puntillas por la habitación mientras tocaba, quejándose de la luz...

—¿Quejándose de la luz?

—Dijo que la pieza era crepuscular y que necesitaba que hubiera oscuridad para conseguir pleno efecto. Apagué las luces una tras otra, hasta que finalmente no quedó más que el resplandor de los troncos de la estufa de gas. Se empeñó. Ya sabes cómo es. Luego me ha hecho ceder en otra cosa: dejarle utilizar unas cuerdas especiales que traía, y las ha puesto; eran más gruesas que la *la* y la *mi* que usamos nosotros.

Porque, aunque ninguno de los dos era capaz de sacar una nota, estaban orgullosos de conservar los instrumentos en perfecto estado para ser tocados, escogiendo el exacto grosor y calidad de cuerda que más se acomodaba al temperamento de cada violín; y el pequeño Guarnerius en cuestión «cantaba» siempre mejor, sostenían los Gilmer, con cuerdas finas.

—Infernal insolencia —exclamó el hermano que escuchaba, preguntándose qué más habría—. Aunque habrá tocado bien, supongo, esa dichosa canción de cuna —añadió, viendo que William vacilaba. Mientras hablaba, se fue acercando, y se sentó junto a su hermano, en una butaca de cuero.

—¡Magníficamente! ¡Es un puro genio! —fue su entusiasmada respuesta, al tiempo que bajaba la voz—. Un *staccato* como un martillo de plata; una armonía como de flautas: suave, limpia, vibrante; y el tono... bueno, la *sol* era una barítona y los registros más altos eran cremosos y tiernos como la voz de un niño. John —añadió—, ese Guarnerius es la cumbre misma del período, y... —otra vez vaciló— Hyman está enamorado de él. Daría su alma por tenerlo.

Cuanto más oía John, más inquieto estaba. Siempre había sentido aversión hacia este hebreo genial; porque en lo más íntimo de su ser sabía que le temía y desconfiaba de él. A veces casi le daba miedo; era demasiado imponente la vigorosa personalidad de este hombre para que fuese agradable. El suyo era un carácter oscuro y siniestro, con una voluntad violenta que rara vez dejaba de satisfacer su deseo.

—Me habría gustado oírle tocar —dijo por fin, ignorando el último comentario de su hermano, y pasando a los detalles más realistas que podían ocurrírsele—. ¿Ha utilizado el arco Dodd, o el Tourte? Ese Dodd que compré el mes pasado es lo más equilibrado que he visto en mi vida...

Se detuvo de repente, porque William se había levantado y paseaba la mirada por toda la habitación. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de John, al observarle.

—¿Qué pasa, Billy? —le preguntó bruscamente—. ¿Has oído algo?

William siguió mirando a su alrededor, a través del aire denso. «No es nada, probablemente —dijo, con un raro acento en la voz—; sólo que... sigo teniendo la sensación de que hay alguien escuchando. ¿Crees que puede haber —miró por encima del hombro— alguien en la puerta? Quisiera... quisiera que echases una mirada, John.»

John obedeció, aunque sin mucha gana. Cruzó despacio la habitación, abrió la puerta y luego encendió la luz. El pasillo, que cruzaba por delante del cuarto de baño y conducía a los dormitorios, estaba vacío. Los abrigos colgaban inmóviles de sus perchas.

—No hay nadie, por supuesto —dijo mientras cerraba la puerta y volvía junto a la estufa. Dejó encendida la luz del pasillo. Era curiosa esta impresión que tenían los dos hermanos de no estar solos; aunque sólo uno de ellos la había expresado con palabras.

—¿Ha empleado el Dodd o el Tourte, Bill? —repitió John, en el tono más natural que fue capaz de adoptar.

Pero en ese mismo instante se le llenaron los ojos de agua. Su hermano, comprendió, tenía en la punta de la lengua lo que iba a decir. Pero se había contenido.

III

Se serenó John Gilmer con gran esfuerzo, y permaneció en su butaca. Encendió un cigarrillo con meticulosa parsimonia, observando con atención a su hermano por encima de la llama de la cerilla mientras lo hacía: sentado junto a la chimenea, en bata y zapatillas, estaba con los ojos bajos, mientras sus dedos jugaban distraídos con la borla roja. La luz eléctrica proyectaba densas sombras en su cara. Entonces, de repente —porque la emoción puede a veces encontrar más clara expresión en la actitud que en las palabras—, el hermano mayor comprendió que Billy estaba a punto de decirle algo inconcebible.

Obedeciendo a un impulso, se puso a su lado, de manera que los dos tuvieron ante sí la misma perspectiva del salón.

—Adelante, muchacho —dijo, en un esfuerzo por mostrarse natural—. Cuéntame lo que has visto.

Billy corrió un poco la butaca, y quedaron el uno junto al otro, de cara a la habitación inundada de niebla.

—Ha ocurrido así —empezó suavemente—, sólo que yo estaba de pie, en vez de sentado, mirando hacia esa puerta que estamos viendo ahora: Hyman iba de un lado

para otro, mientras los troncos artificiales de la estufa proyectaban su resplandor contra la pared opuesta, tocando esa pieza «crepuscular» de la manera más inspirada, al extremo de que la música parecía brotar de él, más que de esa pieza de madera brillante que tenía bajo la barbilla, cuando... he sentido algo que se... —vaciló, buscando la palabra—, que no se debía *enteramente* a la música —terminó bruscamente.

—Te ha hipnotizado un poco su personalidad, ¿no?

William se encogió de hombros.

—El aire era bastante denso a causa de la niebla, y el apagado resplandor le daba desde abajo, desde la estufa —prosiguió—. Todo eso lo admito. Pero no había luz suficiente para que hubiese sombras, y...

—¿Parecía raro Hyman? —dijo el otro con rapidez, ayudándole.

Billy asintió con la cabeza, sin volverse.

—Ha cambiado; ahí, ante mis propios ojos —susurró—: se ha transformado en animal...

—¿En animal? —John sintió que se le erizaba el cabello.

—Ésa es la única manera en que puedo describirlo. Su cara, sus manos, su cuerpo han perdido su aspecto normal. He dejado de oír el ruido de sus pies. Al pasar la mano del arco o la que pisaba las cuerdas ante el resplandor, las he visto —dejó escapar una risita blanda, temblona— cubiertas de pelo, con los dedos extrañamente separados: parecían pegados. Y sus pasos eran furtivos. A cada instante pensaba que iba a estrellar el violín contra el suelo y a saltar sobre mí.

—Mi querido muchacho...

—Se movía con esos pasos largos, ágiles, enérgicos que vemos... —John contuvo el aliento en la breve pausa, atento—, que vemos dar a las grandes bestias enjauladas cuando se les despiertan las ganas de comer o de escapar o... o la feroz pasión de algo que desean con toda su naturaleza.

—¡Los grandes felinos! —susurró suavemente John.

—Y cada vez se acercaba más a la puerta, como si pensara abalanzarse contra ella y salir corriendo como fuera.

—¿Con el violín? ¡Naturalmente, le has detenido!

—Al final. Pero durante mucho rato, te lo juro, me ha sido difícil saber qué hacer, incluso moverme. No conseguía proferir palabra de ninguna clase; estaba como hechizado.

—*Era un hechizo* —sugirió John con firmeza.

—Luego, mientras se movía, sin parar de tocar —continuó el otro—, me ha parecido que se hacía pequeño: menguaba al resplandor de la estufa de gas. Creía que iba a desaparecer por completo ante mis ojos. He encendido la luz de repente. Y él se ha quedado ahí, junto a la puerta... encogido.

—¿Tocando de rodillas, quieres decir?

William cerró los ojos en un esfuerzo por visualizarlo otra vez.

—Encogido —repitió finalmente—, cerca del suelo. Al menos, eso creo. Todo ha ocurrido muy deprisa; yo estaba tan perplejo que me resultaba difícil ver bien. Pero al principio, habría jurado que era la mitad de su tamaño natural. Le he gritado, creo que le he maldecido... no recuerdo exactamente qué, y de repente se ha enderezado y se ha plantado delante de mí, ahí, a la luz —señaló la puerta, al otro lado de la habitación—, con los ojos relucientes y la cara blanca como la pared, sudando como en pleno agosto, y creciendo, estirándose, o como quieras llamarlo, poco a poco, hasta volver a su tamaño y aspecto naturales otra vez. Ha sido lo más horrible que he visto nunca.

—¿Y le veías como... animal, aún?

—No, era humano otra vez. Sólo que mucho más bajo.

—¿Qué ha dicho?

Billy reflexionó un momento.

—Nada, que yo recuerde —replicó—. Todo ha ocurrido en pocos segundos. A plena luz, me he sentido un poco idiota, y perplejo al principio. El verle normal otra vez me ha desconcertado. Y antes de que me recobrara, ha salido al pasillo, y he oído el golpe de la puerta de fuera. Un minuto después, casi en el mismo segundo me ha parecido, has entrado tú. Sólo recuerdo haber recogido el violín y haberlo guardado de nuevo en su fanal. Aún vibraban sus cuerdas.

La historia había terminado. John no hizo más preguntas. Ni dijo una sola palabra sobre el ascensor, sobre Morgan, ni sobre la luz apagada del rellano. Cayó un prolongado silencio entre los dos hombres, y a continuación, mientras se servían una generosa porción de whisky con soda antes de irse a acostar, John alzó los ojos y habló:

—Si te parece, Billy —dijo sosegadamente—, voy a escribir a Hyman notificándole que ya no necesitamos sus servicios.

Y Billy, tras mostrarse de acuerdo, añadió una frase que expresaba un poco el pavor singular que flotaba medio oculto en la atmósfera de la habitación, y quizá también en sus cerebros.

—Pero díselo de una manera que no sea ofensiva para él.

—Por supuesto. No hay por qué ser descorteses, ¿verdad?

Así que escribió John la carta a la mañana siguiente; y sin decir nada a su hermano, la llevó en persona a casa del hebreo, cerca de Euston. La respuesta que él temía fue la siguiente:

—El señor Hyman aún sigue fuera —le dijeron—. Pero le haremos llegar su carta, sí. O si prefiere, puedo darle sus señas.

La carta, por tanto, fue remitida al número así obtenido de Königstrasse, Munich.

Luego, de regreso de la Compañía de seguros donde fue a aumentar la póliza que protegía el pequeño Guarnerius contra su pérdida por incendio, robo o accidente, John Gilmer pasó por las oficinas de ciertos agentes musicales, donde averiguó que el violinista Silenski se hallaba actualmente dando conciertos en Munich. Sólo unos

días más tarde, sin embargo, tras diligentes averiguaciones, comprobó que en el concierto de determinada fecha, el famoso virtuoso había interpretado una «Canción de cuna» de Zigeuner: la fecha en que él mismo había asistido a un ensayo masónico en el Mark Masons' Hall.

John, sin embargo, no dijo nada de estos descubrimientos a su hermano William.

IV

Como una semana más tarde, llegó respuesta de Munich: una carta redactada en términos un tanto ofensivos, aunque no contenía palabras ni frases que pudieran considerarse improcedentes. Isidore Hyman estaba dolido y enojado. A su regreso a Londres, un mes más tarde, anunció su visita para hablar del particular. La parte impertinente de su carta consistía, quizá, en su concreta suposición de que podía persuadir a los hermanos para que reanudasen su antigua amistad. John, sin embargo, le escribió una breve respuesta, comunicándole que habían decidido no comprar más violines; puesto que consideraban completa su colección, no habría más ocasiones para requerir sus servicios como músico. Eso fue el final. No recibió ninguna respuesta, y el asunto pareció quedar zanjado. Ni un solo momento, empero, podía apartarlo John Gilmer de su conciencia. Hyman había dicho que volvería, y sin duda lo haría. Dio secretamente instrucciones a Morgan para que en adelante dijese siempre al hebreo, cuando se presentara, que su hermano estaba «fuera».

—Debió de volver a Alemania casi inmediatamente después de venir aquí esa tarde —comentó William; John no contestó.

Una noche, hacia mediados de enero, los dos hermanos regresaron juntos de un concierto en el Queen's Hall y permanecieron levantados más tarde de lo habitual, charlando en el cuarto de estar, con su whisky y su tabaco, sobre los méritos de las piezas y de sus intérpretes. Sería más de la una cuando apagaron las luces del pasillo y se retiraron a dormir. El aire estaba quieto y frío, con la luna iluminando los tejados... Era una de esas noches secas y crudas de invierno que ahora parecen visitar Londres raramente.

—Como cuando éramos pequeños —comentó William, deteniéndose un momento ante la ventana del pasillo y mirando al exterior, por encima de millas de tejados centelleantes y plateados.

—Sí —añadió John—: las charcas heladas en los campos, escarcha en las ventanas de la habitación de los niños y ruido de herraduras acercándose por el camino, ¿eh?

Sonrieron ante el recuerdo; luego se dieron las buenas noches, y se separaron. Sus habitaciones estaban a uno y otro extremo del pasillo; entre ellas mediaban el cuarto de baño, el comedor y el cuarto de estar. Era un piso largo, desparramado. Media hora

después, los dos hermanos estaban profundamente dormidos, y el piso se hallaba en silencio; sólo un murmullo apagado se elevaba de la gran ciudad, y la luna descendía lentamente a la altura de las chimeneas.

Habían transcurrido dos horas, quizá tres, cuando John Gilmer, incorporándose en la cama de un salto, asustado y completamente despierto, tuvo conciencia de que alguien andaba en una de las tres habitaciones que había entre él y su hermano. No tenía la más remota idea de por qué se había sobresaltado, porque ningún sueño ni pesadilla parecía haber emergido de su subconsciente; sin embargo, se daba cuenta de que el miedo que sentía no era en absoluto necio e irracional. Tenía su causa y razón. Peor aún: estaba plenamente justificado. Algo había ocurrido durante su sueño, olvidado en el instante de despertar, que había alertado cada nervio de su cuerpo. Sólo estaba seguro de dos cosas: primera, que había sido la entrada de esta persona que andaba furtiva por el piso lo que le había producido frío en la espina dorsal; y segunda, que dicha persona *no* era su hermano William.

John Gilmer era un hombre tímido. La aparición de un ladrón con los ojos enmascarados frente a él en el pasillo le habría privado muy probablemente de toda capacidad de decisión... hasta que el ladrón le matara o huyera. Pero ahora, un instinto le decía que no se trataba de ningún ladrón, y que la intensa angustia que experimentaba no se debía al mensaje de un miedo físico ordinario. El ser que había logrado introducirse en su piso mientras él dormía había entrado en primer lugar — estaba seguro— en su habitación; y había pasado muy cerca de su cama, antes de seguir. Luego, sin duda había ido a la habitación de su hermano, para comprobar que los dos dormían. Y su mero paso por la habitación había bastado para despertarle y hacer que su piel se cubriera de gotas de sudor. Porque era —cada fibra de su cuerpo lo sentía así— un ser hostil.

La idea de que en este mismo instante podía estar en la habitación de su hermano, sin embargo, le puso en pie sobre el frío suelo y le hizo dirigirse a la puerta con toda la decisión de que pudo haber acopio. Se asomó precavidamente al pasillo a oscuras; luego lo recorrió de puntillas. Colgadas en la pared había armas antiguas que pertenecieron a su padre; y al rozar un sable curvo y sin vaina, llegado en otro tiempo de alguna campaña turca, sus dedos se cerraron en torno a él, y lo descolgó en silencio de las tres esparpadas que lo sostenían. Cruzó las puertas del baño y del comedor, y se dirigió instintivamente al cuarto de estar, donde guardaban los violines en sus fanales. El frío le atenazaba. Los ojos le escocían de tanto forzarlos para ver en la oscuridad. Una vez delante de la puerta cerrada, vaciló.

Acercó el oído a la rendija y prestó atención. Le llegó un ruido débil de alguien que andaba dentro. En ese mismo instante sonó el «pin» agudo, delicado, de una cuerda de violín al ser pulsada; y John Gilmer, con los nervios estremecidos como las vibraciones de esa misma cuerda, abrió la puerta de golpe al tiempo que encendía la luz. Aún temblaba débilmente en el aire el eco de la cuerda pulsada.

La sensación que tuvo en el umbral fue de que habían estado sucediendo cosas en

el cuarto de estar que su aparición repentina había interrumpido de repente. Un segundo antes, lo habría sorprendido *in fraganti*. Aún perduraba en el aire la sensación del movimiento precipitado, silencioso, con que las cosas habían regresado a su posición inmóvil normal. La inmovilidad de los muebles era meramente una actitud adoptada a toda prisa, y tan pronto como les diese la espalda volverían a reanudar lo que habían estado haciendo, fuera lo que fuese. A esta impresión, sin embargo —puramente imaginativa—, sucedió rápidamente otra.

Porque uno de los objetos, menos veloz que los demás, no había logrado recobrar a tiempo su «actitud» de reposo. Aún se movía. Lo descubrió deslizándose despacio por el suelo, bajo las cortinas de la ventana de la derecha, no lejos del estante donde estaban los violines en sus fanales de cristal. Y en cuanto lo descubrió su mirada, se detuvo.

Y mientras el sudor frío volvía a cubrirle el cuerpo, se dio cuenta de que este objeto que aún se movía era la causa de que se hubiera despertado, y de su terror. Ésta era la perturbación cuya presencia en el piso había adivinado, sin llegar a percibirla efectivamente, y cuyo paso por su habitación, mientras dormía, había helado cada nervio de su cuerpo. Apretando con fuerza su espada turca, retrocedió con la mayor cautela hasta la pared y se puso a observar; porque tenía la singular impresión de que dicho movimiento no era el de una persona agachada, sino más bien el de un ser perteneciente al mundo animal. Recordó, como en un relámpago, el movimiento de los reptiles, el de los grandes felinos, el ondulado deslizarse de las enormes serpientes. De momento, sin embargo, no se movía; y estaban frente a frente.

El extremo opuesto de la habitación se hallaba muy poco iluminado, y el ruido que hizo él al encender otra luz motivó que el ser saliese disparado... hacia él. Parece absurdo que en ese momento pensara en un detalle tan pequeño, pero recordó que estaba descalzo y, verdaderamente asustado, saltó sobre una silla, hendiendo el aire con la espada a su alrededor. En esta posición más ventajosa, y con la ayuda de una mayor iluminación, vio dos cosas: primero, que la vitrina que habitualmente cubría el Guarnerius estaba abierta; y segundo, que ese ser se estiraba lentamente hacia arriba. En postura semierecta, aunque, extrañamente, más parecida a la de un animal sobre sus patas traseras, echó a correr hacia él. Se dirigió a la puerta... para escapar.

La confusión del miedo espectral se apoderó en cierto modo de él, de manera que estaba demasiado desconcertado para ver con claridad; pero tuvo el suficiente dominio, al parecer, para recobrar cierta capacidad de acción; porque en el instante en que la figura estuvo lo bastante cerca para hierirla, la curvada cimitarra centelleó y silbó a su alrededor; con tan mal orientada fuerza, no obstante, que no sólo erró el golpe, sino que perdió el equilibrio y cayó de la silla en la que se había encaramado... directamente sobre el ser.

Y entonces sucedió lo más extraño de todo; porque al caer, la figura cayó también, se encorvó, se agachó, disminuyó asombrosamente de tamaño, pasó corriendo por delante de él como un animal de cuatro patas. John Gilmer, sin poder

contenerse más, profirió un grito. Tropezando con la silla al volverse para seguirlo, cortando y tajando frenéticamente con la espada, vio en mitad del oscuro corredor la silueta fugitiva de lo que parecía ser un enorme... ¡gato!

La puerta que daba al rellano de fuera estaba entreabierta, y un segundo después la bestia había salido; pero antes, el acero cayó con un chasquido sobre una de las patas delanteras, casi cercenándola.

Fue horrible. Encendiendo luces mientras corría, lo siguió al rellano de la escalera. Pero el ser al que perseguía estaba ya bastante lejos, y oyó en el piso de abajo el mismo susurro deslizante, furtivo, aunque presuroso, que había oído semanas antes, cuando algo pasó ante él en el ascensor, y Morgan, aterrado, había gritado también.

Durante un rato, permaneció en el rellano a oscuras, escuchando, pensando, temblando; luego entró en el piso y cerró la puerta. Una vez en el cuarto de estar, volvió a colocar el fanal sobre el valioso violín, perplejo hasta el estupor, y extrañamente confundido. Porque el violín había sido desplazado varias pulgadas de su lecho de terciopelo.

A la mañana siguiente, sin embargo, no hizo alusión alguna a lo ocurrido durante la noche. Su hermano, al parecer, no había oído nada.

V

Lo único que requirió una explicación —explicación dada de no muy buena gana— fue el extraño aspecto del semblante del señor Morgan. El hecho de que este individuo presentara su renuncia a los dueños del edificio, y se marchara al terminar el mes para ocupar un nuevo puesto, llegó, como es natural, a conocimiento de los dos hermanos; mientras que la explicación que dio del estado de su cara la oyó sólo el que le preguntó al respecto: John. Y John, por razones que sólo él conocía, no la transmitió al otro. Además, por las razones que sólo él conocía, no interrogó al ascensorista sobre esas curiosas marcas, ni denunció el asunto a la policía.

La cara pastosa del señor Morgan presentaba grandes arañazos, con rayas rojas que le bajaban de la mejilla hasta el cuello, y parecían producidas por afiladas puntas furiosamente aplicadas: garras. Dijo que, como a las tres de la madrugada, le había despertado un ruido en el vestíbulo. Había seguido una pelea en la oscuridad, pero el intruso había logrado huir...

—Sin duda fue un gato, o algo por el estilo —sugirió John Gilmer, al final de la breve relación. Y Morgan replicó, a su manera habitual: «Un gato, o algo por el estilo, señor; sin duda».

De todos modos, no quiso correr el riesgo de tener un segundo encuentro; así que se marchó a exhibir su sombrero hongo y su uniforme a edificios menos embrujados.

Hyman, entretanto, no hizo intento alguno de ir a hablar de su despido. La razón era sólo aparente. Sin embargo, varios meses después, cuando se dirigían a Piccadilly en autobús, los dos hermanos se dieron cuenta de que iban sentados frente a un hombre con barba negra y lentes azules. William Gilmer se apresuró a tocar el timbre, y se apeó, diciendo algo apenas audible sobre que se iba a marear. John le siguió.

—¿Has visto quién era? —susurró a su hermano en cuanto estuvieron en la acera. John asintió.

—Era Hyman, con gafas. Se ha dejado barba, también.

—Sí, pero ¿no notaste...?

—¿Qué?

—Tenía una manga vacía.

—¿Una manga vacía?

—Sí —dijo William—; ha perdido un brazo.

Hubo una larga pausa antes de que John hablase. En la puerta de su club, el hermano mayor añadió:

—¡Pobre hombre! Nunca volverá a tocar el... —luego, cambiando súbitamente el artículo concluyó—: *¡un violín con abolengo!*

Y esa noche, en el piso, después que se hubo ido William a la cama, consultó un libro antiguo y curioso que descubrió una vez en una librería de lance, y leyó en él extrañas descripciones sobre cómo «el deseo físico de un hombre violento» puede adoptar forma animal y actuar sobre la materia concreta incluso a distancia; y, más aún, cómo una herida infligida a esa encarnación puede reproducirse en su propio ser físico en virtud del misterioso fenómeno llamado de «repercusión».

MAGIA CHINA^[8]

I

EL doctor Owen Francis sintió una súbita oleada de placer y admiración al verla entrar en el salón. Estaba a punto de irse; de hecho, se había despedido ya de la anfitriona, contento de huir de la parloteante multitud, cuando pasó la joven, alta y graciosa, por delante de él. Su porte era espléndido; con unos ojos negros dotados de centelleante alegría; una boca exquisita. Alrededor del cuello, pese a que la tarde era cálida, llevaba una cosa suave de piel o de plumas; y al echársela hacia atrás para estrechar la misma mano que él acababa de estrechar, una punta le rozó la mejilla. Las miradas de ambos se encontraron de lleno. El doctor Owen sintió como si su mirada le rozase también.

Cambiando de idea, se demoró otros diez minutos charlando con diversas damas a las que no recordaba en absoluto, las cuales sí se acordaban de él. Su deseo no era, evidentemente, intercambiar banalidades con estas otras señoras, aunque lo hizo con bastante galantería. Si le encontraron distraído, le disculparon por tratarse del famoso psiquiatra al que todo el mundo estaba orgulloso de conocer. Entretanto, sus ojos no se apartaban de la figura alta y graciosa que le atraía casi hasta el punto de hechizarle.

Su primera impresión se iba haciendo más firme mientras miraba. Tenía conciencia de su propia excitación, de su curiosidad, de su deseo; sentía incluso un atisbo de exaltación; sin embargo, no hizo nada por que se la presentasen, cosa que le habría sido bastante fácil. Se contuvo, aunque con esfuerzo. Sus miradas se cruzaron varias veces de un extremo al otro del concurrido salón; y se atrevió a creer —lo notó instintivamente— que su interés era correspondido. A decir verdad, fue algo más que instintivo, porque la joven había reparado en él; incluso vio que le señalaba, evidentemente preguntando quién era, a la mujer con la que estaba hablando. Una de las veces medio la saludó con la cabeza, y otra llegó incluso a sonreírle, a pesar de sí mismo, y percibió en respuesta —estaba seguro— un débil, delicioso centelleo de ojos. Le pareció adivinar una expresión de anhelo en su rostro. La joven le fascinaba lo indecible; la misma manera de moverse le encantaba. No obstante, se marchó por fin del salón sin saber su nombre. Eligió el momento en que estaba vuelta de espaldas. Era típico de él.

Porque Owen Francis consideraba el matrimonio, por lo que a él se refería al menos, un desastre que podía evitarse. Estaba enamorado de su trabajo; trabajo que era necesario para la humanidad. Que otros perpetuasen la especie: él tenía que sanarla. Había llegado a considerar el amor como el cebo con que la Naturaleza arma

su trampa para llevar a cabo sus fines. Un hombre enamorado era un hombre que sufría una ilusión, un iluso. En su caso —y ya tenía cerca de cuarenta y cinco años—, tal regla había funcionado admirablemente, y aún no le había turbado la peligrosa excepción que la confirmaba.

«Al fin se ha presentado... creo», pensó para sí, mientras regresaba a casa con una emoción nueva y tumultuosa en la sangre; «la excepción, perfectamente posible, se ha presentado al fin. Me pregunto...»

Y pareció que se lo decía a la figura alta y graciosa, junto a él, que alzaba sus ojos rientes y oscuros para mirar los suyos, y cuyos labios repitieron suavemente sus dos últimas palabras: «Me pregunto...».

La experiencia, nueva para él, fue desconcertante. Una parte de su naturaleza, dormida durante mucho tiempo, recibió la sacudida propia de la juventud. Era hombre de costumbres sobrias, abstemias. La reacción fue vehemente. Esta parte dormida suya se volvió turbulenta. Pensó en su edad, en su aspecto físico, en sus posibilidades; aparentaba treinta y ocho años, no era feo, tenía una posición segura, incluso notable. Esa joven espléndida —la calificó de espléndida— le había subyugado. Jamás olvidaría esa cara, esos ojos. Era extraordinario: la había dejado allí, sin hablar con ella, sin conocerla, cuando habría sido lo más fácil del mundo hacer que se la presentasen.

«Pero aún lo es», pensó. Y esta reflexión produjo en su ser una oleada de gozo.

Otra vez se contuvo. No se desarraiga con tanta facilidad un hábito establecido. Comprendía intuitivamente que al fin había encontrado a su pareja; si lo analizaba, era un hombre enamorado, un hombre perdido que sufría una ilusión, un iluso. Pero ¿y la forma en que ella le había mirado? ¿Y ese aire de invitación que ni la más dulce modestia podía ocultar? Sentía una inmensa confianza en sí mismo; y también se sentía extrañamente seguro de ella.

La presencia de esa figura, ya adorada, entró con él en casa, incluso en su despacho, donde el doctor Owen Francis se sentó con varias cartas junto a la ventana abierta. El triste jardincito londinense revelaba su mísero rectángulo. Las lilas se habían marchitado, pero entraba un olor a rosas. El sol estaba justo detrás de los edificios de enfrente; y el jardín, cálido y suave, se hallaba envuelto en sombras estivales.

Leyó las cartas y las echó a un lado; sólo le interesó una, de Edward Farque, cuyo viaje a China había interrumpido la vieja amistad entre ambos. El trabajo de Edward Farque sobre arte y filosofía orientales —sobre la pintura y el pensamiento chinos en particular—, había tenido cierta resonancia. Era una autoridad. Iba a regresar por estas fechas; y su amigo sonrió con complacencia. «“El querido y poco práctico soñador”, como yo solía llamarle —murmuró—. ¡El caso es que ha triunfado!» Y mientras meditaba, la presencia sentada junto a él se acercó un poco más; aunque se volvió borrosa al mismo tiempo. No es que la hubiera olvidado —eso era imposible—, sino que, antes de abrir la carta del amigo, había tomado la decisión de conocerla.

La realidad situó en primer plano al recordado sustituto.

«Como quizá sepas por los periódicos [decía la carta complicada y familiar], vuelvo a Inglaterra después de lo que los plumíferos denominan mis diez años de exilio en Catay. He alquilado una casita en Hampstead por seis meses, y voy sentando cabeza. Ven a visitarnos mañana por la noche, y deja que te lo demuestre. Ven a cenar. Tenemos mucho de qué hablar: somos diez años más sabios. Sabes lo que me alegrará ver a mi censor y detractor de los viejos tiempos; pero permíteme añadir con franqueza que quiero hacerte unas cuantas preguntas de carácter profesional, o técnico más bien. Así que disponte a venir en calidad de doctor y de amigo. Estoy escribiendo, como anuncia puntualmente la prensa, un tratado sobre el pensamiento chino. Pero —¡no te asustes!— es sobre magia china sobre lo que necesito tu asesoramiento técnico [las dos últimas palabras sustituían a «sabiduría profesional», que habían sido tachadas], y el beneficio de tu inmensa experiencia. Así que ven sin tardanza, mi buen amigo; ¡y ven con hambre! Yo alimentaré tu cuerpo, y tú alimentarás mi intelecto.

»Un fuerte abrazo,

»Edward Farque.

»P. D. —¿No es una verdadera alegría la llegada de un amigo de tierras lejanas?»

El doctor Francis dejó la carta con una complacida risita de expectación; fue el matiz de la última frase lo que le divirtió. A pesar de ser una autoridad, Farque seguía siendo el mismo soñador quimérico y poeta de siempre. En otro tiempo citaba a Confucio de memoria. No había cambiado su letra firme pero ensortijada. La única novedad que observaba era el empleo de papel perfumado, ya que notaba una fragancia débilmente acre adherida a la hoja en cuarto mayor.

«Seguramente es costumbre china», concluyó, oliéndola con un gesto perplejo de desaprobación. Sin embargo, no tenía nada en común con esas bolsitas perfumadas que algunas damas utilizan demasiado profusamente, de manera que contaminan el aire de la calle a su paso, hasta una docena de yardas. Estaba familiarizado con toda clase de papeles perfumados utilizados en Londres, París y Constantinopla. Éste era diferente. Era delicado y penetrante, a pesar de su tenuidad, y agradable. Le gustaba; y contrariado por no poder determinarlo, olió la carta varias veces como si fuese una flor.

«Iré», decidió al punto, y escribió inmediatamente una nota aceptando. Salió a enviarla. Decidió prolongar su paseo por el parque, llevando consigo su preocupación principal: el rostro, los ojos, la figura. Iba ya componiendo la nota que iba a mandar a la señora Malleson, la dama que le había invitado al té; nota cuya complaciente respuesta iba a facilitarle el nombre, dirección y medios de presentación que ahora había decidido conseguir. Veía ya redactada esa nota con los ojos de la imaginación; sólo que, por alguna extraña razón, la veía con la letra ensortijada de Farque, en vez

de la suya propia, más elegante. La asociación de ideas y emociones explicaba este fenómeno. Dos nuevos e inesperados intereses habían entrado en su vida este mismo día, con media hora de diferencia. Lo que no podía explicarse tan fácilmente, sin embargo, era que destacasen tanto dos palabras de la ridícula carta de su amigo, en esa letra ensortijada, sobre las demás. Las veía resplandecer intensamente en su imaginación, mientras deslizaba su carta por la ranura del buzón rojo. Estas dos palabras eran: «magia china».

II

La cordialidad de la invitación de su amigo, y su propia excitación interior, le decidieron de repente a adelantar su visita veinticuatro horas. Pasar unas horas en Hampstead, en vez de quedarse a solas con sus pensamientos, le aclararía las ideas y le despejaría la cabeza. «Me vendrá bien», pensó, con una sonrisa, «una dosis de China. A Edward no le importará. Voy a telefonearle».

Abandonó el parque poco después de las seis, y se dejó llevar por su impulso. La conexión era mala: el teléfono zumbaba y crepitaba y hacía ruidos; era difícil hablar; no se oía bien. Por lo visto, el profesor no había regresado aún a casa. Francis dijo que iría de todos modos, si no importaba.

—Selá un honol —dijo la voz en su oído, al colgar.

Entró en su despacho y redactó la nota que debía conducir a la presentación que ahora era, al parecer, la meta principal de su vida. La forma en que le obsesionaba esa mujer de ojos negros y pestañeantes —reconocía con alegría— era extraordinaria. Se metió el borrador de la nota en el bolsillo con idea de reescribirla a la mañana siguiente; y durante todo el trayecto hasta Hampstead Heath caminó junto a él la graciosa figura cuyos ojos tenía constantemente presentes; aún sentía encendida la mejilla donde la boa de plumas de ella le había rozado. Edward Farque había quedado en segundo plano. De hecho, fue en el mismo umbral de la puerta, después de llamar al timbre, cuando se dio cuenta Francis de que debía serenarse. «Vengo a ver al viejo Farque», se recordó a sí mismo, con una sonrisa. «Tengo que mostrar interés por él y los suyos; y probablemente, durante una hora o dos, hablar de cosas chinas...», cuando se abrió la puerta silenciosamente, y vio ante sí a un chino, con una sonrisa de celestial bienvenida en su rostro amarillo.

—¡Ah! —dijo, con un sobresalto. No esperaba que saliera a atenderle un criado chino.

—Es un honol —el hombre inclinó la cabeza, dejándole paso.

El doctor Francis miró a su alrededor sin poder ocultar su asombro. Un gran ídolo dorado se encaró con él en el recibimiento: su reluciente figura destacaba en una especie de dorado palanquín en miniatura, con una sonrisa mitad altiva, mitad cruel.

De tamaño dos veces superior al ser humano, obstruía la entrada con un gesto tan natural que podía haberse adelantado a saludar sin causar demasiado asombro. Descansaba sobre un trono con cuatro gruesas patas en las que había labradas, vio el doctor, figuras de serpientes, dragones y monstruos mitológicos en general. Junto a él, a cada lado, había otros seres parecidos. Ni pudo identificarlos, ni intentó determinar su naturaleza. Los subsumió a todos en una sola palabra: China. Cuadros, armas, atuendos y tapices, campanas, gongos y figuras de todas clases y especies imaginables.

Profano en cosas chinas, el doctor Francis se quedó mirando en torno suyo en un estado de cierta perplejidad. Tenía la sensación de haber entrado en un templo chino; porque reinaba en la casa un tenue olor a incienso que era, cuando menos, muy poco inglés. En realidad, no había nada inglés a la vista. La estera del suelo, las balanceantes cortinas de canutillos de bambú que habían sustituido a las habituales puertas, las colgaduras de seda y los cojines decorados, los marfiles y los bronce, las pantallas cubiertas de fantásticos bordados, todo era chino. Hampstead desapareció de sus pensamientos. Hasta las lámparas eran a juego; lo mismo que los antiguos muebles lacados. El valor de cuanto veía, habría podido informarle un experto, era cuantioso.

—¿Le gusta? —preguntó la voz, a su lado.

Se había olvidado del criado. Se volvió bruscamente.

—Mucho; está maravillosamente decorada —dijo—. John ha hecho que se sienta usted en casa, ¿eh? —añadió con tacto, sonriendo; e iba a preguntarle cuánto tiempo habían necesitado para preparar así la casa, cuando sonó una voz en lo alto de la escalera. Era una voz que conocía: había una nota de cálida bienvenida en su tono profundo.

—¿No es una verdadera alegría, la llegada de un amigo de tierras lejanas, incluso de Harley Street...? —oyó; y al minuto siguiente estrechaba la mano de su viejo y querido amigo. La intimidad entre ellos había sido siempre de lo más sincera.

—Casi esperaba que llevases coleta —comentó Francis, mirándole con afecto de arriba abajo—, pero verdaderamente... ¡bueno, apenas has cambiado!

—Por fuera, no tanto, quizá, como el tiempo haría esperar —fue la feliz respuesta—; ¡pero por dentro...! —escrutó apreciativamente, a su vez, la corpulenta figura del doctor—. Lo mismo puedo decir yo de ti —declaró, reteniéndole la mano con fuerza—. Es una verdadera alegría, Owen —prosiguió con su voz profunda—; es una alegría para mí volverte a ver. Se vuelven a encontrar los viejos amigos... Creo que no hay nada en la vida que pueda compararse con eso, nada —dio otro apretón a su mano, antes de soltarla—. Ninguno de los dos —añadió, conduciéndole a una habitación del otro lado del recibimiento— somos fugitivos de la vida. Quiero decir que tomamos de ella lo que podemos.

El doctor sonrió ante la expresión poco inglesa, y entraron juntos a un cuarto de estar que era, también, más cámara interior de un templo chino que habitación de una

casa de alquiler en Hampstead.

—Hace sólo cinco minutos que me han dicho que ibas a venir, muchacho —iba diciendo el erudito, mientras su amigo miraba a su alrededor con un asombro cada vez mayor—; de lo contrario, habría preparado un recibimiento más acorde contigo. He estado fuera hasta última hora. Todo esto —hizo un gesto amplio con la mano— te sorprende, como es natural; pero la verdad es que llevo sólo unos días aquí, y la mayor parte de lo que ves lo han arreglado antes de mi llegada. De ahí que se vea todo aparentemente terminado. Digo «aparentemente» porque en realidad aún falta bastante para que quede efectivamente acabado. Aunque tan malo es pasarse —añadió— como no llegar.

El doctor le observó mientras escuchaba sus un poco largas explicaciones acerca de los diversos objetos que los rodeaban. Su amigo —confirmó su primera impresión— había cambiado poco durante el largo intervalo; notaba en él el mismo entusiasmo de antes, la misma alternancia de fuego y ensoñación en sus bellos ojos grises, el mismo humor y pasión alrededor de su boca, la misma espontaneidad de gestos, la misma voz fuerte. Sólo las arrugas de su frente se habían hecho más pronunciadas; y en su rostro hermoso, el aire meditabundo era más hondo también. Era el Edward Farque de siempre: estudioso, poeta, soñador y entusiasta, desdeñoso de la civilización occidental, despreciativo del dinero, generoso y honrado: un tipo de valía, un individualista.

—Te ha ido estupendamente bien, Edward, muchacho —dijo su amigo poco después, tras escuchar las maravillas chinas, terreno que quedaba algo fuera de su campo de conocimientos—. Nadie se alegra tanto como yo. He visto tus libros. No has echado de menos Inglaterra; ¿me equivoco? —preguntó.

—El filósofo no tiene patria, en todo caso —fue la respuesta, dicha con firmeza—. Pero confieso que allí he encontrado mi hogar —se inclinó hacia delante, con una más honda serenidad en su tono y su expresión. Y asomó a su cara, mientras hablaba, un halo de felicidad—. Mi corazón —dijo suavemente— está en China.

—Ya lo veo, ya lo veo —dijo el otro, consciente de que no podía compartir honradamente el entusiasmo de su amigo—. Y eres afortunado al poder vivir sin trabas donde se halla tu tesoro —añadió tras una breve pausa—. Debes de ser un hombre feliz. Pero tu pasión, probablemente, implica nostalgia; ¿no?

Farque le miró unos segundos con ojos centelleantes. «Sin duda recordarás el dicho persa —dijo—: “Ves beber a un hombre, pero no ves su sed”. Bueno —añadió, riendo feliz—, pues puede que me veas marchar dentro de seis meses, aunque no verás mi felicidad.»

Mientras hablaban, el doctor paseó la mirada por la habitación, maravillado aún del exquisito gusto en todo, el orden impecable, la perfecta conjunción de formas y colores. Quizá era una mujer la que lo había ordenado todo, se le ocurrió, al tiempo que volvía a ocupar el primer plano de su conciencia la figura que le obsesionaba. Su imagen había sido sustituida momentáneamente por cuanto oía y veía. Ahora volvió,

llenándole de gozo, de expectación y entusiasmo. Más adelante, cuando le tocase hablar, contaría a su amigo esta nueva, inimaginada felicidad que había irrumpido en él como un amanecer. Pero eso después; ahora todavía no. Recordó, también, con cierto presagio de aburrimiento, que aún faltaba para que le tocase el turno de descargar su propio corazón. Farque quería hacerle unas cuantas preguntas profesionales, por supuesto. Llevado, por su interés general y su asombro, había olvidado momentáneamente esa parte de la carta.

—La felicidad, sí... —murmuró, consciente de que había dejado vagar su imaginación, y agarrándose a la última palabra que había oído—. Como acabas de decir a tu extraña manera (no ha cambiado un ápice tu costumbre de hacer citas pintorescas, Edward, deja que te lo diga), uno no debe ser fugitivo de la vida; debe coger la felicidad cuando y como venga.

Lo dijo con alegría, acariciando interiormente su propio secreto; pero le sorprendió un poco la seriedad con que contestó su amigo: «Los dos —le llegó la voz profunda, reforzada por el fulgor de sus penetrantes ojos grises— hemos hecho progresos en la doctrina de la vida y la muerte —calló, observando al otro con una mirada evidentemente vuelta hacia sus propios pensamientos—. La Belleza —prosiguió a continuación, en un tono aún más grave— ha sido mi señuelo; el tuyo, la Realidad...».

—No es un halago para ninguno de los dos, Edward. Ésa es una afirmación demasiado radical —dijo el doctor. Cada minuto se estaba sintiendo más interesado en las especulaciones de su amigo. Había algo en las muestras que ofrecía que escapaban a su comprensión—. Explícate, viejo poeta-erudito. Recuerda que tengo una mente lenta y práctica, y no puedo seguir el curso de las sutilezas chinas.

—Tú has excluido la Belleza —fue la réplica sosegada—, mientras que yo he excluido la Realidad. Eso no es ni chino ni sutil. Es sencillamente la verdad.

—Una verdad un tanto general, ¿no? —rió Francis—. O más bien una simplificación.

Una intensa luz pareció iluminar el rostro del erudito. Fue como si de pronto se le hubiese encendido una lámpara interior. En ese mismo instante, se oyó el sonido suave de un gongo, procedente del recibimiento; tan suave fue que no se distinguieron un tañido de otro en la onda de vibraciones musicales que llegó a los oídos de Owen.

Farque se levantó, guiando a su amigo hacia el comedor.

—¿Qué dirías si... —susurró— hubiera combinado yo las dos? —y a su cara asomó una expresión de gozo que, por lo sorprendente y asombrosa, le llegó al otro al corazón. Era lo último en el mundo que esperaba oírle. Por un momento se preguntó si le había entendido correctamente.

—¡Por Júpiter...! —exclamó—. Edward, ¿qué quieres decir?

—Ya te lo contaré después de cenar —dijo Farque con voz misteriosa, y los ojos centelleantes aún de gozo interior—. Ya te he dicho que tengo unas cuantas consultas

que hacerte... de carácter profesional —y se sentaron alrededor de una mesa antigua y maravillosa, iluminada por dos lámparas colgantes de color verde jade, mientras el criado chino les atendía con los silenciosos movimientos y el hábil cuidado de su raza imperturbable y celeste.

III

Decir que el doctor Francis se aburrió durante la cena sería exagerar su estado de ánimo; aunque decir que medio se aburrió parece una verdad literal; porque, mientras se tomaba un filete y observaba a Farque manipular hábilmente su *chou chop suey* y su *chou om dong* con los palillos, una mitad suya estaba demasiado ocupada en su propio idilio para dejar que la otra prestase plena atención a la charla.

Había entrado en el comedor, no obstante, con una clara revivificación de lo que podríamos llamar su sentido instintivo e infalible de la diagnosis. Se lo había estimulado el último comentario de su amigo. Sentía sorpresa, curiosidad e impaciencia. De manera consciente o no, empezó a estudiarle maquinalmente con el mayor interés. Algo en el estado mental de Edward Farque, intuía, no se hallaba exactamente como debía. Había lo que podría llamarse una perturbación emocional evasiva. Empezó a preocuparse, y a vigilar.

Como es natural, hablaron de China y de temas chinos —porque el erudito respondía a pocas cuestiones más—; y Francis escuchaba con toda la comprensión y paciencia de que era capaz. Hasta ahora se había interesado poco por la belleza y el arte; tenía una mentalidad práctica y utilitaria. Ahora aprendió que todo el arte procedía de China, donde reinaba desde tiempo inmemorial una cultura sutil, madura, refinada: su sabiduría era más antigua que la egipcia. Cuando las razas occidentales se devoraban unas a otras, antes incluso de que se oyese hablar de Grecia, los chinos habían alcanzado un nivel de conocimientos y de logros que pocos conocían. Jamás, ni aun en los tiempos primeros, se habían forjado ilusorias concepciones antropomórficas de la deidad, sino que consideraban las cosas como expresiones de un todo único, a cuya inmensa actividad rendían culto reverentemente. Su desprecio de la carrera de Occidente en pos del saber, la riqueza, el maquinismo, era justificado, si había que creer a Farque. Parecía saturado de arte, filosofía y pensamiento chinos, y su natural preferencia por la raza celeste le había empujado a una actitud de indiferencia ante la vida que ahora era imposible desarraigar.

—Ellos se preocupan de las esencias, por así decir —aseguró—: distinguen la esencia de todo lo demás, y apartan lo superfluo, lo accesorio, lo no esencial. Sus representaciones pictóricas son una prueba. Ven conmigo —concluyó— y verás el *Paraíso Terrenal*, hoy en el Museo Británico. Es como Botticelli, pero mejor que lo que Botticelli pintó jamás. Fue pintado... —hizo una pausa para recalcarlo—

seiscientos años antes de Cristo.

El prodigio de esta civilización sosegada y antigua, un sentimiento de su profundidad, su sabiduría, iban calando en su oyente a medida que el entusiasmado poeta describía su hechizo e influjo sobre él mismo. Dejó deliberadamente que el encanto del paraíso del otro inundase su propio corazón despertado. Había muchas cosas que Francis habría podido esgrimir como crítica u objeción; pero prefirió guardarse para sí sus opiniones y dejar que su amigo vagase libremente por los laberintos de su evocación apasionada. Sabía muy bien que todos los hombres necesitan un sueño que los guíe a través de los desencantos de la vida, un sueño en el que poder refugiarse y encontrar la paz, el contento, la felicidad. El sueño de Farque era China. ¿Por qué no? Era tan bueno como cualquier otro; y un hombre como Farque estaba capacitado para adoptar el sueño que le apeteciera.

—¿Y sus mujeres? —preguntó finalmente, dejando que ambas mitades de su mente hablasen a un tiempo por primera vez.

Pero no estaba preparado para la expresión que asomó al rostro de su amigo ante esta simple pregunta. Ni para su clase de respuesta. Aunque en realidad, no fue respuesta. Fue sencillamente un ataque a todo tipo de mujer; a las blancas, a las inglesas en particular: a su vacuidad, su trivialidad, su falta de imaginación intuitiva, de gracia espiritual, de todo aquello, en una palabra, que podía hacer de la mujer una compañera del hombre, y un poco superior a los ángeles, además. El doctor escuchaba estupefacto. Dotado de demasiado sentido del humor para escandalizarse, estaba sin embargo desconcertado ante lo que oía; y un poco molesto, también. Amenazaba demasiado directamente a su tierno sueño.

Sólo con un gran dominio de sí logró reprimir su mal humor, y evitar decir palabras airadas que más tarde habría lamentado, y con las que podía haber hecho trizas la absurda teoría de su amigo. Se sentía herido personalmente, también. Nada le inclinaría ahora a confesarle su secreto. Esta salida le enfrió y le dejó desencantado. Pero tuvo otro efecto: enfrió su propio entendimiento. Se agudizó su sentido de la diagnosis. Adivinaba una *idée fixe*; posiblemente, una manía. Su interés aumentó de repente. Se puso alerta. Empezó a mirar a su alrededor con ojos cautos, y una sensación de inquietud, una vez pasada la irritación, despertó en su corazón amable y afectuoso.

Llevaban ya bastante rato sentados ante su oporto, y hacía mucho que el criado se había ido de la habitación. El doctor había intentado inútilmente cambiar varias veces de conversación, cuando de repente lo hizo Farque por su cuenta.

—Bueno —anunció—, voy a contarte algo —y Francis adivinó que al fin iban a pasar a las preguntas profesionales—. Recuerda que hay que compadecer a los vivos y separarse de los muertos. ¿Te acuerdas del viejo Shan-Yu?

En la memoria de Francis emergió el olvidado nombre, el pintoresco comerciante de Extremo Oriente de otros tiempos. «¿El viejo mercader que te enseñó tus primeras nociones de chino? Lo recuerdo vagamente, ahora que lo mencionas. Te hiciste muy

amigo de él, ¿no? Tenía un gran concepto de ti (¡ah, ahora me acuerdo!); te dio algo maravilloso en señal de gratitud, si no me falla la memoria.»

—Lo más valioso de cuanto poseía —prosiguió Farque, al tiempo que se hacía más profunda en su rostro una extraña expresión, una expresión de misterioso arrobamiento, por así decir, que Francis reconoció y que su cerebro alerta clasificó instantáneamente.

—¿Qué era? —preguntó con simpatía—. Me lo dijiste entonces; pero hace tanto tiempo que lo he olvidado en realidad. Era algo mágico, ¿no? —se quedó esperando atento a la respuesta de su amigo.

Farque bajó la voz casi hasta convertirla en un susurro devoto:

—El Perfume del Jardín de la Felicidad —murmuró, con una luz en los ojos, como si le produjera gozo el mero recuerdo—. Me dijo: «Quémalo en un incensario; asíralo luego. Entrarás en el Valle de los Mil Templos donde se halla el Jardín de la Felicidad; allí encontrarás a tu Amor. Tendrás siete años de felicidad con él, antes de que las aguas de la Separación fluyan entre vosotros. Te doy esto porque eres el único que ha apreciado la sabiduría de mi tierra. Sigue a mi cuerpo hacia el Sol naciente. Tú, un alma occidental en un cuerpo bárbaro, encontrarás tu destino».

La atención del doctor, tal es el poder del interés propio, se aguzó de manera asombrosa mientras escuchaba. Su propio idilio se encendió con fuerza. Su amigo —comprendió de repente— amaba a una mujer.

—Ven —dijo Farque, levantándose tranquilamente—; acompáñame a la otra habitación, y te enseñaré lo que sólo he mostrado a una persona en el mundo. Tú eres médico —prosiguió, mientras le guiaba a un diván tapizado de seda en la que unos dragones dorados devoraban soles carmesí; cerca del diván había suspendidos maravillosos caballos de jade—. Tú entiendes de la mente y de los nervios. Sabes explicar igualmente los estados de conciencia, y te son conocidos los efectos de las drogas —corrió las cortinas que hacían las veces de puerta, tendió a su amigo una caja lacada con cigarrillos y encendió uno él mismo—. Probablemente —añadió—, has estudiado también los perfumes, con su extraño poder evocador.

Se quedó de pie, en el centro de la habitación, con la luz verdosa sobre su rostro interesante y pensativo; y durante un segundo, Francis, al observarle con atención, vio asomar fugazmente un cambio en él, y desaparecer: se le estrecharon los ojos, y miró de soslayo; su piel adquirió un matiz amarillento bajo la luz de la lámpara de jade, se le aplastó un poco la nariz, se le pronunciaron los pómulos.

—Los perfumes no —dijo el doctor—. No sé nada de perfumes, aparte de su interesante efecto en la memoria. En eso no te puedo ayudar. Pero tú, sospecho —alzó la mirada con una invitadora simpatía que ocultaba debajo una atenta observación—, estoy seguro, podrás decirme algo sobre ellos.

—Quizá —fue la sosegada respuesta—, quizá; porque he oído el Perfume del Jardín de la Felicidad, y he estado en el Valle de los Mil Templos —habló con un rubor de alegría y unción casi religiosa.

El doctor esperó en suspenso, mientras su amigo se dirigía a un armario empotrado del otro lado de la habitación. Más que comprensivo, era algo mucho más raro: un liberal dispuesto a abandonar al punto toda idea preconcebida, con tal que se le mostrase el nuevo saber que requería ese holocausto. Ahora, sin embargo, tenía ideas muy definidas. «Bien, pregúntame lo que quieras —añadió—. Estoy enteramente a tu disposición, como siempre.» Notaba la excitación contenida de su amigo, que se delataba en cada palabra y mirada y gesto; una excitación intensa que, hasta ahora, nada de cuanto había visto u oído explicaba.

El erudito, entretanto, había abierto un cajón del armario y había sacado un cuidado paquetito, atado con una cinta de seda de color púrpura. Lo llevaba con tierno, casi amoroso cuidado, al regresar al diván, junto a su amigo.

—Esto —dijo en un tono, otra vez, entre respetuoso y reverente— contiene algo que debo enseñarte antes.

Lo desenvolvió lentamente, y sacó de su interior una bolsita de seda aún más pequeña, de intenso color anaranjado. Sobre ella había dos columnas verticales de escritura, pintadas en caracteres chinos. El doctor se inclinó hacia delante para examinarlas. Su amigo tradujo:

—«Perfume del Jardín de la Felicidad» —leyó en voz alta, señalando las letras de la primera columna con el dedo—, «Destructor de Hogares Honorables» —concluyó, leyendo la segunda; y pasó a desatar la bolsita de seda. Antes de abrirla del todo, no obstante, y de que apareciese a los ojos de ambos la pálida y troceada materia con aspecto de raeduras de colores, el olfato del doctor reconoció la extraña fragancia que ya había notado en la carta que había recibido de su amigo por la mañana. El mismo olor suave, penetrante, intensamente pungente, dulce y delicado, le llegó al cerebro. Le provocó en el acto una emoción profunda y placentera. Dado que lo había percibido la primera vez estando encendido de inesperado amor, con el pensamiento y el alma absortos en la mujer que acababa de dejar, revivió ahora ese estado delicioso y torturante de manera natural. El poder evocador del perfume es irresistible. Una más intensa simpatía hacia su amigo, y hacia lo que estaba a punto de oír, despertó espontáneamente en su interior.

Sin embargo, no mencionó la carta. Se inclinó tan sólo a oler mejor el fragante perfume.

Farque retiró instantáneamente el paquete, al tiempo que extendía una mano de advertencia: «Cuidado —dijo con gravedad—; ten cuidado, muchacho; a menos que quieras compartir el éxtasis y el riesgo que han sido míos. Para gozar del pleno efecto de estos polvos hay que quemarlos en un incensario e inhalar el humo; pero incluso oliéndolos así, como ibas a hacer tú ahora, corres peligro...».

—¿De qué? —preguntó Francis, impresionado por la extraordinaria tensión que notaba en la voz y el gesto del otro.

—De conocer el Cielo; pero, posiblemente, de conocerlo antes de tiempo.

IV

La historia que Farque reveló entonces tenía, desde luego, un extraño aroma celestial, un encanto que no era de este mundo gris; y el interés de su amigo, mientras escuchaba, iba aumentando a cada minuto, a la vez que aumentaba su perplejidad. Le observaba con atención, como experto, atento a descubrir alguna clave que le condujese a deducciones correctas; pero, pese a su experiencia y capacidad de penetración, no conseguía encontrar ninguna incoherencia, ningún punto débil, nada que delatase la menor desviación mental. Se le escapaba el origen y naturaleza de lo que ya había decidido que era una *idée fixe*, una manía. Este carácter inasible le molestaba e irritaba; había oído ya mil historias por el estilo; que ésta en particular le desorientase hería su orgullo. No obstante, afrontó la situación con toda honestidad: al final de la velada reconoció ante sí mismo haber estado desorientado. Cuando se marchó, sin embargo, lo hizo satisfecho, incluso olvidado de todo esto; porque un problema de más acuciante interés había reemplazado al primero.

—Fue a los tres años de estar allí —dijo Farque—, cuando tuve conciencia por primera vez de mi soledad. Me llegó de la manera más intensa. Mi obra, entonces, no había sido reconocida; los obstáculos y las dificultades habían ido en aumento. Me sentía fracasado; no había logrado terminar nada. Y me parecía que había sobrevalorado mi talento, que había tomado una dirección equivocada, y que, por consiguiente, estaba malgastando mi vida. Porque ten en cuenta que mi marcha a China representaba un cambio radical, y había quemado las naves. Esa sensación de soledad fue realmente devastadora.

Francis, ya impaciente, alzó la mano.

—Permíteme una pregunta —dijo—, y no volveré a interrumpirte.

—Adelante —dijo el otro con tranquilidad—. ¿Qué quieres saber?

—¿Seguías (bueno, somos viejos amigos) —se disculpó—, seguías siendo célibe, como siempre?

Farque pareció sorprenderse; luego sonrió: «Mis hábitos no habían cambiado —replicó—. Seguía siendo célibe, como siempre».

—¡Ah! —murmuró el doctor; y se arrellanó, dispuesto a escuchar.

—Y ahora pienso —prosiguió su amigo— que fue la falta de compañía lo primero que inclinó mis pensamientos hacia esa conciencia de frustración. El caso es que un atardecer, cuando regresaba a mi casita, me di cuenta de que mi imaginación se demoraba en recuerdos ingleses; pero sobre todo, lo confieso, en mi viejo preceptor chino, el fallecido Shan-Yu.

»Oscurecía; las estrellas iban surgiendo en el aire pálido del crepúsculo, y los huertos, al pasar ante ellos, se alzaban como espectros oscilantes de increíble belleza. El efecto de miles y miles de árboles inundando la vaga claridad de un anochecer de primavera con su marea de flores es casi preternatural. Parecen transparencias; el color que componen se extiende como un velo sobre el mismo firmamento. Crucé el

puentecito de madera que unía dos de estos huertos por encima de un riachuelo, y en las aguas oscuras observé un instante el reflejo combinado de las estrellas y las ramas en flor que se extendían sobre su quieta superficie. Me pareció demasiado exquisito para ser de este mundo, este mágico jardín de estrellas y flores centelleando débilmente en sus profundidades de cristal; y mi pensamiento, mientras lo contemplaba, se adentró de repente en la pequeña avenida que la memoria abrió hacia tiempos pasados. Recordé el regalo que Shan-Yu me hizo al morir. Me volvieron sus mismas palabras: el Jardín de la Felicidad en el Valle de los Mil Templos, con su promesa de amor, de siete años de felicidad, y la profecía de que seguiré su cuerpo hacia el Sol naciente para encontrarme con mi destino.

»Me llevé ese recuerdo a la solitaria casita que tenía en la colina. Mis criados no dormían allí. No tenía a nadie cerca. Me senté junto a la ventana con mis pensamientos; y como puedes adivinar, antes de que hubiese transcurrido mucho rato había desenterrado de entre mis cosas el paquete largo tiempo olvidado; extendí parte de su contenido en una pequeña bandeja de metal, encima de un incensario encendido, y me senté cómodamente delante, inhalando el humo leve y azulenco de exquisito y fragante perfume.

»Una brisa ligera entró por la ventana, temblaron los huertos lejanos, al pie de la colina: se elevaron, flotaron en la oscuridad y, casi en seguida, me descubrí en un quiosco de flores; un río azul se extendía centelleante bajo el sol, ante mí, serpeando por un valle encantador donde había grupos de árboles floridos entre mil templos diseminados. Empapado de luz y de color, el Valle dormitaba en medio de una belleza apacible que infundía lo que parecían ser anhelos imposibles, inalcanzables, en mi corazón. Deseé adentrarme en esas arboledas y templos, bañar mi alma en ese mar de tierna luz, y mi cuerpo en el frescor azul del río perezoso. Tenía que rendir culto en mil templos. Sin embargo, estos anhelos imposibles quedaron satisfechos en seguida. Al punto me descubrí en aquel lugar... al tiempo que por mi cabeza desfilaba lo que calculo que abarcaría siglos, si no eras. Estaba en el Jardín de la Felicidad, y su perfume maravilloso disipaba el tiempo y el dolor; no había fin que pudiese encoger el alma; ni principio, que es su estúpido extremo opuesto. Ni había soledad.

El que hablaba juntó sus manos delgadas, y cerró los ojos un momento en lo que evidentemente era un éxtasis de la más dulce memoria que un hombre puede conocer. Un ligero estremecimiento le recorrió el cuerpo, y se transmitió a su amigo, que estaba en el diván junto a él; a este amigo comprensivo, atento, amable, cuya mirada no se había apartado un solo instante del rostro del narrador.

—No estaba solo —prosiguió el erudito, abriendo los ojos otra vez, y sonriendo como por alguna honda alegría interior—. Shan-Yu bajó la escalinata del primer templo y me cogió de la mano, mientras las grandes figuras doradas del oscuro interior volvían la cabeza para mirar. Luego, exhalando el soplo de su antigua sabiduría en mi oído, me llevó por los senderos fragantes de ese jardín encantado, rindiendo culto conmigo en un centenar de altares inmortales; me llevaba, te lo

aseguro, al son de suaves gongos y dulces campanas, por arboledas olorosas y centelleantes riachuelos, entre un millón de flores espléndidas, hasta que, al pie de ese sol que jamás se pone, llegamos al corazón del Valle, bajo las iluminadas montañas donde manaba la fuente de un río. Entonces se detuvo, y señaló hacia el otro lado de la estrecha corriente. Y vi a la mujer...

—*La* mujer —murmuró para sí su oyente; aunque Farque no pareció notar la interrupción.

—Me sonrió y me tendió las manos; y mientras lo hacía, incluso antes de que yo pudiese manifestar mi gozo y maravilla en respuesta, vi que Shan-Yu había cruzado la estrecha corriente y había ido a su lado. Yo hice ademán de seguirle, con el corazón encendido de una dicha inefable. Pero Shan-Yu alzó la mano, al tiempo que echaban a andar juntos por la florida orilla, haciéndome seña de que les siguiese, aunque por mi lado.

»Así, al mismo paso, pero con el río centelleante y azul entre nosotros, remontamos su curso manso, a través del corazón de ese valle encantado, yo con las manos extendidas hacia la radiante figura de mi Amor, y ella con las suyas extendidas hacia mí. No se tocaban; pero nuestros ojos, nuestras sonrisas, nuestros pensamientos, se juntaban y se fundían en una unión de dicha no imaginada, de modo que yo no advertía la ausencia de contacto físico; ni mermaba en nada nuestra dicha maravillosa. Fue una unión espiritual; y nuestro beso, un beso espiritual. Ahí residía la gloria y sutileza del prodigio chino; porque fueron nuestras esencias las que se juntaron, y en tal unión no hay saciedad ni, del mismo modo, fin posible. El Perfume del Jardín de la Felicidad es una esencia. Estábamos en la Eternidad.

»El río, entretanto, se había ensanchado entre nosotros, con lo que mi Amor se alejó espacialmente de mí, se volvió más pequeña, menos visible y definida, aunque esencialmente más perfecta; y ni una sola vez hizo la distancia menos divinamente próxima nuestra unión. Desde mi orilla cada vez más alejada, percibía aún, al otro lado del agua centelleante y azul, su sonrisa, sus ojos, el ademán radiante de su ser; veía su reflejo exquisito en el río; y en medio de la música de aquellos gongos suaves y dulces campanas, llegó a mis oídos, como una melodía, la voz de Shan-Yu:

»—Me has seguido al Sol naciente, y has encontrado tu Destino. Contempla ahora a tu Amor. Has conocido el Jardín de la Felicidad en este Valle de los Mil Templos, y ahora tu alma inhala su perfume.

»—Me siento bañado —contesté— de divina felicidad. Para siempre.

»—Las Aguas de la Separación —su respuesta flotó como una campana— se van ensanchando entre vosotros.

Me acerqué más a la orilla, impulsado por el dolor de sus palabras, para coger a mi Amor y estrecharla contra mi pecho.

»—Pero yo quiero cruzar a donde está ella —exclamé; y vi que, al volverme, Shan-Yu y mi Amor se acercaban también al borde del agua, al otro lado del río. Comprendí que los dos obedecían a mi más ligero deseo.

»—Podrás conocer siete años de felicidad —cantó la dulce voz de Shan-Yu desde el otro lado de las desbordantes aguas—, si cruzas a donde ella está. Sin embargo, tienes que echar fuera al Destructor de Hogares Honorables que acecha en la sombra.

»Oí sus palabras; por primera vez observé que, en el resplandor de este sol radiante, no proyectábamos sombra alguna sobre el mar de flores que se extendía a nuestros pies, y... tendí los brazos hacia mi Amor por encima del río.

»—Acepto mi destino —exclamé—. Quiero tener mis siete años de dicha —y metí un pie en la corriente. A la vez que el agua fresca bañaba mi pie, mi Amor extendió las manos para detenerme y pedirme que me quedase donde estaba. Su gesto fue de aceptación, pero de advertencia también.

»No titubeé. Avancé hasta que el agua me llegó a las rodillas; y mi Amor vino a mi encuentro a la vez, con el río hasta la cintura, mientras extendíamos nuestros brazos el uno hacia el otro por encima de la superficie.

»El cambio sobrevino de repente. Primero Shan-Yu, detrás de la figura de ella, se desvaneció en el aire; el frío se había ido apoderando de la luz del sol; del agua se elevó una neblina que ocultó el Jardín y las colinas de atrás; se tocaron nuestros dedos, y la miré a los ojos: nuestros labios estaban a ras del agua... Y la habitación se hallaba oscura y helada a mi alrededor. Junto a mí tenía el incensario apagado. Se habían consumido los polvos, y no se elevaba humo ninguno. Me levanté despacio de la silla y fui a cerrar la ventana; porque el aire era frío.»

V

Al principio le fue difícil volver a Hampstead, y a los detalles de la vida cotidiana de su alrededor. Francis miró en torno suyo lentamente, liberándose poco a poco de la fascinación que las palabras de su amigo habían ejercido sobre su temperamento analítico. Los objetos que su mirada descubría en todas partes contribuyeron a esta transición. Aún perduraba la atmósfera china. Más aún: su efecto había aumentado, en todo caso. Los bordados de oro, los cuadros, los taburetes lacados y los armarios taraceados... sobre todo, las figuritas de jade verde que había en el estante, junto a él; todo esto, bajo la luz trémula de color oliva pálido que las lámparas difundían por todas partes, contribuyó a que su mente perpleja salvase el abismo que mediaba entre el Jardín de la Felicidad y la casa decorada de Hampstead Heath.

Durante varios minutos reinó el silencio entre los dos hombres. El doctor estaba muy lejos de querer lastimar la encantada fantasía de su viejo amigo. Porque lo calificó de fantasía; aunque algo en su interior le hacía vacilar. Así que permaneció callado. Quizá, en realidad, no sabía exactamente qué decir.

El propio Farque rompió el silencio. No se había movido desde que terminó su historia; permanecía inmóvil, con las manos fuertemente entrelazadas, los ojos

encendidos con el recuerdo de su imaginado y extraño gozo y el rostro arrobado y casi luminoso, como si aún vagase entre las arboledas del Jardín encantado e inhalase el perfume de su felicidad perfecta en el Valle de los Mil Templos.

—Dos días después —prosiguió de repente, con voz sosegada—, sólo dos días después, la encontré.

—¿La encontraste? ¿Encontraste a la mujer de tus sueños? —los ojos de Francis se abrieron desmesuradamente.

—La encontré, en carne y hueso —repitió Farque tranquilamente—, en ese pequeño puerto fluvial. Acababa de bajar de un vapor que venía de la costa. Los detalles carecen de especial interés. Naturalmente, me reconoció en seguida. Y naturalmente, yo a ella también.

Ante lo que oía, el doctor notó que su lengua se negaba a funcionar. De repente cayó en la cuenta de que su amigo se había casado. Recordó el toque femenino que revelaba la casa; recordó, también, por primera vez, que la carta de invitación a cenar decía «ven a *visitarnos*». Estaba sumido en el más absoluto asombro.

El efecto en él fue singular, quizá, aunque totalmente natural. Su corazón sintió ternura por su imaginativo amigo. Ahora podría hablarle de su extraño enamoramiento. La mujer que le había cautivado volvió a entrar furtiva en la habitación, y se sentó entre los dos. Recobró el habla.

—¿Te has casado, Edward? —exclamó.

—Ahora es mi mujer —fue la respuesta, con voz suave, feliz.

—¿Es ch... —no consiguió que le saliese la palabra— extranjera?

—Mi mujer es china —le ayudó Farque serenamente, con una sonrisa de felicidad.

Tan grande era la abstracción del otro en ese momento que no oyó los pasos en el corredor que había oído su anfitrión. Éste se levantó de repente.

—Ahí oigo que viene —dijo—. Me alegro de que haya vuelto antes de que te marches —se dirigió a la puerta.

Pero antes de llegar, se abrió y entró la mujer. Francis trató de levantarse; pero le pasaba algo. Su corazón perdió un latido. Algo, al parecer, se rompió dentro de él. Ante sí tenía a una joven inglesa, alta, graciosa, de ojos negros y radiantes de felicidad: la mujer de su propio idilio. Aún llevaba la boa de plumas alrededor del cuello. Era tan china como él.

—Te presento a mi mujer —oyó que decía Farque, presentándoles, mientras él hacía un esfuerzo para ponerse de pie, buscando febrilmente unas palabras de felicitación; las palabras normales y rutinarias que debía utilizar—. Estoy muy contento, muy contento —decía Farque (Francis le oía lejísimos; y su vista se volvía borrosa, también)—: mis dos mejores amigos en el mundo; mi camarada inglés, y mi mujer china —su voz denotaba absoluta fe y convicción.

—Pero ya nos conocemos —brotó la voz encantadora de la mujer, con los ojos, sonrientes de placer, fijos en el rostro de él—. Le he visto esta tarde, en el té de la

señora Malleson.

Y Francis recordó de pronto que los Malleson eran tan viejos amigos suyos como de Farque. «Y hasta me atreví a preguntar quién era —prosiguió la voz, que parecía llegar flotando de algún otro espacio, hasta sus oídos—. Hice que se fijara en mí. Por supuesto, Edward ya me había hablado de usted. Pero desapareció antes de que nos presentasen.»

El doctor murmuró unas palabras de cortesía, y esperó que fueran las adecuadas. Pero, de repente, le llegó la verdad como un golpe implacable. Había «oído hablar de él», del famoso psiquiatra. Su interés por él quedaba cruelmente explicado. Cruelmente para los dos: para él mismo, y para el amigo. Vio ante sí la ilusión de Farque. Un despertar a la realidad podía acarrear la dislocación de la mente. Además, *ella* sabía la verdad. Estaba implicada también; y su interés por él consistía en... consultarle.

—Llevamos siete años casados; precisamente se cumplen hoy —estaba diciendo Farque, pensativo, mientras les miraba—. Es curioso, ¿no?

—Mucho —dijo Francis, desviando su mirada de los ojos negros a los grises.

Y Owen Francis dejó la casa, poco después, en cierto modo satisfecho, y en cierto modo olvidado... olvidado de su propio problema, ya que otro de mayor interés había venido a sustituirlo.

«¿Para qué desengañarle? —pensó—. No tiene por qué saberlo. De todos modos, es inofensivo... puede decírselo a ella.»

Pero junto a esta reflexión le llegó la otra, extrañamente obsesionante, teniendo en cuenta el carácter de su mente: «Destructor de Hogares Honorables —fue la forma que adquirió, en palabras—; Magia china».

INICIACIÓN^[9]

HACE unos años, en un vapor del Mar Negro que se dirigía al Cáucaso, trabé conversación con un americano. Dijo que se dirigía a los campos petrolíferos de Bakú, y yo le contesté que iba a las montañas. Me miró un instante inquisitivamente. «¿Es su primer viaje?», preguntó con interés. Le dije que sí. Y nos pusimos a charlar; continuamos al día siguiente, y después al siguiente, hasta que nos separamos en Batoum. No sé por qué se explayó conmigo en particular. Normalmente, era un hombre reservado, callado. Veníamos viajando juntos desde Marsella; pero desde Constantinopla, tuvimos el barco prácticamente para nosotros solos. Lo que me sorprendía en él era su amor vehemente, casi apasionado, a la belleza natural: de los mares, de los bosques, del cielo; pero, sobre todo, a la belleza de las montañas. Era como una religión, en él. Su actitud taciturna ocultaba un profundo sentimiento poético.

Y me dijo que no siempre le había ocurrido así. Surgió una especie de amistad entre nosotros. Era un hombre de negocios neoyorquino —se dedicaba a la compraventa de divisas entre bancos—; pero era inglés de nacimiento. Había emigrado cuarenta años antes, y se había nacionalizado. Su habla era de lo más «americana», vulgar, y casi del Oeste. Decía que al principio las había pasado moradas en el Oeste, varios años. Pero de lo que más hablaba era de las montañas. Dijo que en las montañas había tenido una experiencia que le había abierto los ojos respecto a muchas cosas; sobre todo respecto a la belleza, que ahora lo era todo para él, y respecto a la... insignificancia de la muerte.

Conocía bien el Cáucaso, adonde yo me dirigía. Creo que por eso se sintió interesado por mí y mi viaje. «Allí —dijo—, experimentará usted cosas... y quizá descubra algunas de las que jamás había tenido idea.»

—¿Qué clase de cosas? —pregunté.

—Pues, en primer lugar —replicó con emoción y entusiasmo en su voz—, que vivir y morir carecen de importancia. Quiero decir, que si conoce la Belleza, y la Belleza entra en su vida, vivirá en ella y con ella por otros... incluso cuando haya muerto.

Es demasiado larga la conversación que siguió para consignarla aquí; pero dio pie a que me contara la experiencia que le abrió los ojos a la verdad de lo que decía. «La Belleza es imperecedera —afirmó—; de modo que si vive con ella, será imperecedero también.»

Aún perdura su historia vívidamente en mi memoria, tal como me la contó con su acento curioso. Pero, me confesó, la había escrito también. Y me dio su relación escrita, diciendo que era libre de transmitirla a otros si «me apetecía». La tituló «Iniciación». Es la siguiente:

I

Esto ocurrió en mi propia familia; porque Arthur era sobrino mío. Y el lugar fue un remoto valle alpino. No me parecía en absoluto una región donde pudieran ocurrir tales cosas, salvo que era católica; porque la «Iglesia», creo —me lo han asegurado, al menos, personas entendidas en la materia—, tiene sutiles principios paganos involuntariamente incorporados a su observancia de ciertos días festivos, así como a determinadas ceremonias. Todo eso es chino para mí, una forma de poesía o superstición; porque lo que a mí me interesa es la compraventa de divisas, para lo que tengo una oficina en el centro financiero de Nueva York, cerca de Wall Street; y ahora vengo a Europa sólo de vacaciones. Me encanta ver sus entrañables ciudades, viejas y mohosas, ir a la ópera, y recorrer en coche el país de Shakespeare o los lagos, volver a visitar Londres y París, en los hoteles Ritz... y regresar de nuevo a la ciudad más grande del mundo, donde desde hace años me va bastante bien. Repton y Cambridge, olvidadas ya hace mucho, tenían su interés. Estaban muy bien en aquel entonces. Pero ahora me encuentro «en marcha», con una sociedad lucrativa, y he dejado atrás todas esas bagatelas.

Mi hermanastro, en cambio —era mayor que yo y se quedó con la mejor industria química de la familia—, ha seguido el negocio en el Viejo Continente, y seguramente está ganando tanto como yo. Aprobó que yo aprovechara la oportunidad que se me ofrecía, y su única pena ahora es que su hijo Arthur le ha salido rana. Estaba de acuerdo en que las finanzas iban mucho mejor con mi carácter que los medicamentos y los productos químicos, aunque me advirtió que todas las finanzas americanas se basaban en la especulación, y que, por tanto, eran peligrosas. «Arthur va haciendo progresos —decía en su última carta—; algún día ocupará el puesto de director, que tú tendrías ahora si hubieses querido quedarte. Pero es un empollón.» Lo que quería decir, sabía yo, que Arthur era tonto. En todo caso, los negocios no iban con su manera de ser. Hace unos años, en que volví allá durante un mes de vacaciones para establecer contactos con los círculos bancarios ingleses, vi al muchacho. Tenía entonces quince años; era un joven delicado, con sueños de artista en sus grandes ojos azules, si mi memoria no me falla, pero con una maraña de pelo amarillo y un rostro de belleza clásica que habría enamorado a la mitad de las chicas de Nueva York, y habría puesto un manojo de herederas a su disposición, para cuando las necesitara.

Tengo un claro recuerdo de mi sobrino en esas fechas. Me sorprendió descubrir en él entereza y carácter, aunque mal orientados. Mostraba los mismos gustos que su abuelo. Podía haber sido, como él, un gran erudito, un poeta, un editor de viejos y maravillosos textos en ediciones nuevas. No pude sonsacarle mucho, salvo que «le gustaba bastante el negocio de la química», y tenía intención de complacer a su padre «estudiándolo a fondo», a fin de capacitarse para asumir más tarde su dirección. Pero jamás he olvidado la noche en que le sorprendí en el recibimiento mirando el retrato del abuelo con una especie de luz en su semblante, y sus grandes ojos azules

arrobados y tiernos (y húmedos, como con lágrimas); y me contestó, al preguntarle qué hacía: «¡Por eso sí que vaha la pena vivir! ¡Él devolvió la belleza al mundo!».

—Sí —dije yo—, supongo que sí. Pero no le reportó ningún dinero.

El muchacho me miró y sonrió. Hundió su mirada profundamente en mí, hasta donde, debajo del instinto lucrativo, subyace oculto un poeta; aunque un poeta mudo. «Sabe a qué me refiero —dijo—. Está en usted también.»

El cuadro era una copia —encargada por mi padre— del retrato con dedicatoria regalado a Balliol; «el abuelo» fue famoso en su tiempo por las traducciones que hizo de Anacreonte y de Safo; y también de Homero, si no recuerdo mal, así como por varios estudios y ensayos clásicos que escribió. Produjo un montón de material de ese género y alcanzó renombre con eso. Su *Vida de los Dioses* conoció cinco ediciones. Dicen —los grandes críticos de su tiempo— que era «un poeta que no escribía poesía, aunque la vivía apasionadamente en el espíritu de la Belleza clásica del viejo mundo»; y sé que fue un gran tipo a su manera y que hacía permanecer en vela a profesores y doctores. Por supuesto que nos sentimos orgullosos de él. Después de treinta años de trabajar con éxito en el mundo «de las divisas» de Nueva York, reconozco mi incapacidad para valorar todo eso, dado que me considero más en contacto con el espíritu mercantil y financiero de la época, con el progreso, el desarrollo y demás. Sin embargo, no me avergüenzo de los conocimientos clásicos del viejo, quien parece que fue bastante pagano, a juzgar por los testimonios que hemos conservado. De todos modos, Arthur mirando ese cuadro a oscuras, con los ojos medio húmedos de emoción y con la voz claramente temblona, es algo que jamás he olvidado. Despertó enormemente mi curiosidad. Removió dentro de mí algo que no habría reconocido como mío en Wall Street... algo que ardía.

Y la siguiente vez que le vi fue en el verano de 1910, en que vine a Europa a efectuar un recorrido de dos meses —dejé a mi mujer en Newport con los niños—; y al saber que estaba en Suiza, aprendiendo un poco de francés, necesario para el negocio, decidí pasar a ver cómo le iba y qué nuevas chaladuras se le habían metido en la cabeza. Había algo en Arthur que jamás podré olvidar. Cada vez que me venía su cara a la imaginación, me hacía pensar. Despertaba en mí una especie de ansiedad... como un anhelo de belleza, me parece que era. Me hacía soñar.

Le encontré en casa de un profesor inglés... un perro viejo aficionado a los vinos baratos del país, y con un interés pecuniario por el desarrollo turístico del pueblo. Probablemente, los chicos aprendían francés por la mañana; pero durante el resto del día eran libres para divertirse en lo que quisieran, sin la más ligera supervisión... siempre que los padres pagasen el recibo sin rechistar.

Esto satisfacía a todo el mundo; y con tal que los chicos regresasen con acento y vocabulario, todo estaba bien. En cuanto a mí, que había aprendido en Nueva York a ocuparme estrictamente de mis asuntos —el cambio lucrativo de divisas entre países—, no consideré necesario intercambiar cartas y opiniones con mi hermano..., ya que no había perspectivas de ganancia por ningún lado. Pero pude conocer a Arthur, y

encima tuve una rara experiencia personal. ¡Ah, saqué beneficio de aquello! Aún sigo sacando hoy grandes dividendos de esa inversión.

Tomé habitación en el mejor hotel del pueblo, un establecimiento de poca monta que se diferenciaba de las demás posadas sólo en los precios, aumentados por un cúmulo de decoración barata en el comedor, y fui a hacerle una visita sorpresa a mi sobrino, lo primero después de cenar. La casa del profesor estaba un poco alejada de la estrecha calle, entre campos donde había más flores que yerba, con un bosque a su espalda de viejos y hermosos árboles que ascendía varios miles de pies, hasta la nieve. La nieve, al menos, era visible, asomando por arriba, justo donde terminaba la franja oscura del bosque; pero en realidad, supongo que era un efecto de escorzo, y que entre los árboles y las extensiones de nieve se interponían grandes laderas y pastos. El sol poniente, oculto desde hacía rato para el valle, brillaba aún sobre esas ondulaciones blancas, de las que emergían los picos como los dientes de una sierra gigantesca. Imagino que subir hasta ellos supondría cinco o seis horas de denodado ascenso... sin nada que hacer una vez arriba. Suiza, de todos modos, parecía un país pobre, con su pequeña producción de relojes y vino agrio, y cada yarda cuadrada de la parte superior de las casas —en ángulo de sesenta grados— utilizada como henil. Al parecer, se mantenían de tarjetas postales, chocolate y turistas modestos; pero quizá estaba bien para aprender francés... y era barata, como Hoboken, para vivir.

Arthur no estaba; le dejé una tarjeta diciéndole que me encantaría que bajara a mi hotel a almorzar conmigo, al día siguiente. Como no tenía nada mejor que hacer, regresé andando por el camino del bosque.

Ahora bien, lo que me pasó en ese trozo de bosque de pinos oscuros es algo que no soy capaz de explicar por entero; supongo que se debió a la altura —el pueblo está a cuatro mil pies sobre el nivel del mar—, y al efecto del aire enrarecido en mi circulación. Lo más parecido a ese incidente, de toda mi experiencia, es el whisky de centeno: la rara chispa de locura, de confianza en uno mismo, una especie de euforia incontenible, y la sensación atropellada de ser una especie de dios de hojalata que produce una buena dosis de alcohol; se trata de un recuerdo de años atrás, entiéndame, cuando yo pensaba que era grandioso poseer el mundo y andar de juerga. Me pareció que caminaba en el aire; y había un olor en aquellos árboles que de repente me hizo... bueno, que alejó mis pensamientos de su cauce acostumbrado. Fue demasiado sublime y maravilloso para poderlo describir. Me había adentrado en el bosque y me había extraviado un poco. No era olor a jardín añoso. Para mí, olía como si alguien acabara de renovar y refrescar la tierra en ese instante: a musgo y a tanino, y un poco a quemado; algo, digamos, entre humo e incienso, con una clara fragancia de corteza de pino, cuando el sol la calienta después de la lluvia... y un olor a mar llegado allí por azar. Eso fue lo primero que noté; porque nunca había percibido una fragancia la mitad de agradable desde mis tiempos de campamento en la costa de Maine. Y me detuve a disfrutar de él. Tiré el cigarro para no mezclar las cosas y estropearlas. «¡Si pudiera envasarlo —me dije—, lo vendería a dos dólares la pinta en

todas las ciudades de la Unión!»

Y fue precisamente entonces, mientras estaba de pie, aspirándolo, cuando tuve la rara sensación de que alguien me observaba. Seguí completamente inmóvil. Alguien se acercaba. El sudor me corría por la espalda. Una especie de emoción infantil se apoderó de mí.

Estaba muy oscuro. No me sentía asustado exactamente; pero era un extraño en esa región y no sabía nada de las costumbres de las gentes de la montaña. Podía haber un puñado de sujetos acechando, de noche, a la espera de caer sobre algún turista con dinero encima. Sin embargo, de algún modo, no era ésa la clase de sensación que yo tenía; porque, aunque llevaba una Browning en la cintura, ni se me ocurrió la idea de sacarla. Era una sensación nueva; una especie de exaltación, de excitación, que hacía que se me ensanchase el alma de alegría, de felicidad. Una nube *pesada* parecía gravitar sobre mi espíritu; como esa satisfacción que me entra cuando cierro la puerta del despacho y salgo a disfrutar dos meses de vacaciones... con toda la euforia e irresponsabilidad. Fue tonificante. Sentí un ramalazo de juventud.

Me detuve, preguntándome qué diablos me ocurría, y medio esperando que de un momento a otro surgiese alguien de la oscuridad y se dejase ver; y al contener el aliento y no hacer movimiento alguno, se me hizo más fuerte la sensación. Creo incluso que resistí la tentación de ponerme a bailar, de dar una voz, como hacen los que han bebido. En vez de eso, sin embargo, me quedé completamente quieto. El bosque, a mi alrededor, estaba oscuro como la tinta; demasiado oscuro para distinguir los troncos, salvo en la parte de abajo, donde las luces del pueblo llegaban parpadeantes entre ellos; y la única manera de seguir el sendero era conservar el blando contacto de las agujas de pino, que eran más espesas que una alfombra de Bruselas. Pero no ocurrió nada, ni apareció nadie. Seguía teniendo la impresión de que era vigilado, sólo que no se oía el menor ruido por ningún sitio, salvo el fragor de una cascada que se propagaba por todo el valle. No obstante, había alguien cerca de mí, en la oscuridad.

No sabría decir cuánto tiempo estuve parado, pero debieron de ser lo menos diez minutos; y recuerdo que pensé que había tropezado con un embolsamiento de aire especialmente enrarecido, con gran contenido de oxígeno —oxígeno o algo por el estilo—, y que ésa era la causa de mi euforia. La idea era una tontería, no me cabe la menor duda; pero en aquel momento medio explicaba el fenómeno, para mí. Comprendí que era *natural*, en todo caso... y seguí andando. Tardé bastante en llegar al límite del bosque, y un sendero me llevó —tras un buen paseo, se lo aseguro— a la calle del pueblo otra vez. Me alegré de regresar, a la vez que lo sentí. Me puse a pensar en todo esto otra vez. Lo que me había asaltado de repente era una maravillosa sensación de belleza, de juventud, de dicha. Jamás en mi vida había experimentado nada parecido. ¡Y sin costarme un céntimo!

Bueno, pues estaba sentado fumándome un cigarro y tratando de encontrar una explicación —el vestíbulo se hallaba bastante lleno de gente fumando y leyendo el

periódico y demás—, cuando de repente alcé la vista y di un respingo tan violento que me mordí la lengua. ¡Tenía al abuelo delante de mi butaca! Le miré a los ojos. Le vi tan claro y sólido como al conserje que estaba de pie detrás de su mostrador, al otro lado del salón; y me corrió un escalofrío por la espalda que no se me olvidará por mucho que quiera. Me miraba a la cara, con la gorra en la mano, y me estaba hablando. Era el retrato de mi abuelo que había cobrado vida, sólo que más delgado y más joven; y en sus ojos había una especie de luz que era como de fuego.

—Perdone; usted es... tío Jim, ¿verdad?

Y entonces, con otra sacudida de mis nervios, comprendí.

—¡Arthur! Por todos los diablos. Vaya, vaya. Coge una silla, muchacho. Me alegra que me hayas encontrado. ¡Choca ésa! Siéntate —y le estreché la mano y empujé una silla hacia él. En mi vida me había sorprendido tanto. La última vez que le había echado la vista encima era un chiquillo. Ahora era un joven, y el vivo retrato del abuelo.

Se sentó, sin parar de toquetear su gorra. No quiso fumar ni tomar nada. «Muy bien —dije—, charlemos entonces. Tengo montones de cosas que contarte y montones de cosas que escuchar. ¿Cómo estás, muchacho?»

No contestó en seguida. Me miró de arriba abajo. Vaciló. Era hermoso como un joven dios griego.

—Dime, tío Jim —empezó poco después—: *eras* tú... el de hace un rato, en el bosque... ¿verdad? —la pregunta, hecha con tranquilidad, me sobresaltó.

—Acabo de venir cruzando por ese bosque de ahí —contesté, señalando en su dirección lo mejor que recordaba—, si te refieres a eso. ¿Por qué? *Tú* no estabas allí, ¿verdad? —me produjo una sensación de lo más rara, oírle preguntar eso. ¿Qué quería decir, en nombre de Dios?

Se echó para atrás en su silla con un suspiro de alivio.

—¡Ah!, si *eras* tú, entonces todo está bien. ¿Has visto... —preguntó de repente— algo?

—Nada en absoluto —contesté con sinceridad—. Estaba demasiado oscuro.

Me eché a reír. Me pareció adivinar a qué se refería. Pero no era yo la clase de tío que venía a fisgar. Recordé que la vida debía de ser bastante aburrida en este pueblo de montaña.

Pero él no entendió mi risa. No sabía a qué me refería.

Y se hizo un silencio entre los dos. Me di cuenta de que hablábamos lenguajes diferentes. Me incliné hacia él.

—Dime, Arthur —dije en voz baja—; ¿qué es, a qué te refieres? Confía en mí; no tengas reparo en decírmelo. ¿A qué te refieres con eso de... si he visto algo?

Nos miramos a los ojos. El vio que yo era de fiar, y yo vi... bueno, un montón de cosas, quizá; pero sobre todo que le caía bien y que me lo contaría más adelante, en su debido momento. Y por eso mismo me gustó aún más, también.

—Me refiero sólo —dijo despacio— a si has *visto* realmente... algo.

—No —dije con sinceridad—, no he visto nada; pero, por todos los dioses, algo sí he *sentido*.

Se sobresaltó. Yo me sobresalté también. Una expresión de asombro inundó su rostro hermoso y rubio. Pareció que se le encendían los ojos. Como si acabara de sacar un millón en algodón o en trigo.

—Sabía que eras de esa clase —susurró—. Aunque casi no me acordaba de tu cara.

—Entonces, ¿qué demonios era? —pregunté.

Su respuesta me hizo titubear un poco. «Era exactamente —dijo— ¡la Tierra!»

Y entonces, justo cuando las cosas se estaban poniendo interesantes y prometían buenos dividendos, enmudeció como una ostra. No dijo una palabra más. Me preguntó por mi familia y mis negocios, por mi salud, cómo había hecho el viaje, y toda esa serie de tópicos vulgares y corrientes. Me esquivó. Y no pude hacerle cambiar.

En América somos bastante espontáneos y abiertos, y no comprendemos la reserva. Pero este joven, con la mitad de años que yo, me tuvo a raya con la misma facilidad con que habría tenido yo a un cliente nervioso en mi propio despacho. Sencillamente, se negó a seguirme. Se mostró todo lo cortés y frío y distante del mundo, y si le presionaba a veces, fingía no comprender. Logré reconducirle al asunto del bosque tanto como lograría de mí un cliente que le dijese las previsiones de cambio al alza o a la baja... cuando yo mismo no las sé, pero no quiero que sepa que no las sé. Era encantador, era amable, entusiasta; incluso afectuoso. Se alegraba sinceramente de verme, de charlar conmigo, pero no pude sacarle nada que valiese un céntimo. Al final dejé de intentarlo más.

Y en el instante en que desistí, cedió él un poco... aunque sólo un poco.

—¿Te quedarás aquí algún tiempo, tío Jim?

—Ésa es mi idea —dije—; si puedo verte, y puedes enseñarme algo de por aquí.

Se echó a reír encantado. «Pues claro. Tengo tiempo de sobra. A partir de las tres de la tarde, estoy libre hasta... la hora que quiera. Hay montones de cosas que ver», añadió.

—Ven mañana, entonces —dije—. Si no puedes venir a comer, quizá puedas venir después. Me encontrarás esperándote... aquí mismo.

—Vendré a las tres —replicó, y me dio las buenas noches.

II

Volvió a la hora que había dicho, y me gustó su puntualidad. Le vi venir, contoneándose, por el camino polvoriento: alto, ancho de pecho, hombros algo subidos, y con la cabeza orgullosamente erguida. Parecía un joven atleta en plena

forma, pura raza todo él. Al mismo tiempo, tenía algo un poco demasiado refinado y delicado para un hombre, pensé. Supongo que era su vena poética, intelectual... la parte del abuelo, que afloraba. Esta vez no traía gorra. Su pelo rubio y espeso —que no se peinaba para atrás como los recaderos de Londres, sino con raya a un lado, aunque mal hecha— le iba a la perfección y le daba un cierto aire alocado.

—Bien —preguntó—, ¿qué te gustaría hacer, tío Jim? Estoy a tu disposición, y tengo libre toda la tarde hasta la hora de la cena, a las siete y media.

Le dije que me apetecía dar un paseo por el bosque. «De acuerdo —dijo—. Vamos. Te lo enseñaré.»

Me dirigió una rápida mirada, pero no dijo nada más. «Quisiera ver si siento algo esta vez —expliqué—. Quizá localicemos el mismo lugar.»

Asintió.

—Tú sabes dónde digo, ¿no? —pregunté—, puesto que me viste allí.

Dijo escuetamente que sí, y nos pusimos en marcha.

Hacía calor y el aire era escaso. Recuerdo que caminábamos cuesta arriba, y que noté la considerable diferencia de edad entre nosotros. Primero cruzamos unos prados —¡tan profusamente cubiertos de flores que me pregunté cuánta yerba podrían sacar de allí las vacas!—, y luego llegamos a un terreno salpicado de jóvenes y delgados alerces que parecían suaves como el terciopelo. No había sendero; era una ladera agreste. A mí me faltaba la respiración en los empinados zigzags; en cambio Arthur iba hablando con facilidad... y bastante bien, además: sobre la luz y la sombra, el colorido y la influencia de todo este paraje agreste de solitaria belleza en el espíritu. Todas estas cosas se las callaba en casa, donde se ocupaba del negocio. Eran sus válvulas de escape. Me di cuenta de eso. Era el artista el que hablaba. Parecía considerar que no existía otra cosa en el mundo que la Belleza: con «B» mayúscula todo el tiempo. Y lo sorprendente era que daba por supuesto que yo pensaba lo mismo. Se trataba de una argucia suya, halagarme de ese modo. «Daulis y el solitario valle cefisio», le oí decir; y unos momentos después —con una especie de reverencia en la voz, como de adoración—, pronunció en voz alta un nombre grande y musical: «¡Astarté!».

*El día es su rostro, la oscuridad su pelo;
y las horas matinales, la escalera dorada
por la que ella asciende hasta la Noche.*

—¡Serénate, muchacho! Hace años que tengo olvidados todos los clásicos —exclamé.

Se volvió a mirarme, encendidos sus grandes ojos y sin la menor señal de sudor en la piel.

—Eso no quiere decir nada —exclamó con su voz profunda y musical—. Tú lo conoces, o no habrías notado nada anoche en este bosque; ¡y no habrías querido venir

conmigo ahora!

—¡Cómo! —jadeé—. ¿Qué quieres decir?

—Has venido —prosiguió con tranquilidad— al único valle de este país artificial que tiene atmósfera. Este valle está vivo... sobre todo, este extremo. ¡Aquí existe la superstición, gracias a Dios! Hasta los campesinos saben cosas.

Aquí fue donde empezó a operarse en mí un extraño cambio, también.

Le miré. «Escucha, Arthur —objeté—. Yo no soy católico. Y no sé una palabra (al menos se me ha olvidado todo) de poesía, ni del mundo clásico, ni de tus dioses y tu pan... panteísmo, a pesar del abuelo...»

Su rostro se volvió como un rostro soñado.

—¡Chist! —dijo vivamente—. No le menciones. Hay en ti, igual que en mí, parte de él; y aquí escribió...

No oí el resto de lo que dijo. Me dominó un escalofrío. Recordé que este antepasado nuestro vivió años aislado en un bosque de montaña —utilizó ese escenario para sus escritos— donde declaraba haber descubierto a los dioses exiliados: haber descubierto sus espectros, su belleza, su esencia eterna... o algo igual de asombroso. Yo lo había olvidado por completo hasta ese momento. Me volvió todo de repente: un recuerdo de niñez.

Y como digo, me entró repelús... algo que estaba más cerca del pavor que ninguna otra cosa en el mundo. El sol, en el campo de margaritas amarillas y azules nomeolvides, iba palideciendo. El viento cálido del valle contenía un cierto matiz de nieve. Y avergonzado y asustado de mi pueril estado de ánimo, miré a Arthur con intención de acallararlo con mis bromas... Y entonces vi algo en sus ojos que me asustó de verdad.

Lo confieso. ¿Qué más da? Había una expresión en su rostro que me heló la sangre. Se me quedaron fríos los pies allí mismo. Me dominó. En él, detrás de él, junto a él —maldito si sé dónde; *dentro* de él, probablemente—, había un ser enorme que me volvía insignificante. Me anonadaba por completo.

Se disipó en un segundo, como un aletazo. Me recobré instantáneamente. No iba a consentir que un simple muchacho me viniera con estas jugarretas, intelectual o no. Porque el cambio que notaba en mí iba en aumento, y me encogía.

—Escucha, Arthur —dije otra vez, con toda claridad—, no sé qué te traes entre manos, pero... aquí hay algo raro que no acabo de entender. Yo sólo soy un hombre de negocios, y hace veinte años o más que perdí de vista la poesía y el mundo clásico...

Me miró con tal extrañeza que me callé, confundido.

—Pero, tío Jim —dijo con la misma tranquilidad que si hablásemos de mezclas de tabaco—, no tienes por qué alarmarte. Es natural que sientas el lugar. Tú y yo pertenecemos a él. Los dos *le* llevamos dentro. Tú estás tan orgulloso de él como yo, sólo que de diferente manera —y entonces añadió, con cierto desencanto—: Creí que te gustaba. No estabas asustado anoche. *Entonces* sentiste la belleza.

La adulación es mala cosa a cualquier hora. Verle observarme de ese modo superior y hablar con condescendencia a mi pobre mente mercantil... Bueno, se me ocurrió que estaba poniendo las cartas boca arriba un poco demasiado pronto. ¡Después de tantos años de vida financiera...!

De todos modos, me serené. «Sólo estaba bromeando, muchacho —reí—. Siento esa belleza tanto como tú. Lo que pasa, supongo, es que tú estás más acostumbrado a ella que yo. Vamos —añadí con energía, poniéndome de pie—. Sigamos, y veamos el bosque. Quiero encontrar ese lugar otra vez.»

Me agarró con mano de hierro, riendo al tiempo que tiraba de mí. ¡Caramba! Ojalá tuviese yo sus dientes, y los músculos de su brazo. Aunque también yo me sentía, en cierto modo, más joven... La juventud fluía cada vez con más vigor en mis venas. Había olvidado cuán dulce podían ser el viento y el bosque y las flores. Algo se derretía en mi interior. Porque era primavera, y el mundo entero cantaba como un sueño. La Belleza se estaba apoderando de mí. No sé. Empecé a sentirme fuerte y tierno y abierto a mil sensaciones maravillosas. La idea de las calles y las casas me parecía como la muerte...

Proseguimos la marcha sin hablar mucho; mi respiración era cada vez más fatigosa, y él seguía mirando a su alrededor como si esperase algo. Pero no nos cruzamos con ser vivo alguno; ni siquiera con un campesino: no había chalets, ni ganado, ni pastores, ni refugios para el ganado siquiera. Y entonces descubrí el valle a nuestros pies cubierto de bruma, y que habíamos estado subiendo durante un par de horas lo menos. «Vaya; anoche llegué a casa en veinte minutos» —dije. Él negó con la cabeza, sonriendo. «Te lo pareció —contestó—; pero en realidad tardaste mucho más. Eran mucho más de las diez cuando te encontré en el vestíbulo.» Medité un momento. «Ahora que lo pienso, tienes razón, Arthur. Aunque es curioso.» Me miró fijamente: «Te seguí todo el camino», dijo.

—¿Me seguiste?

—Y caminabas a buen paso. Fueron tus sensaciones las que hicieron que te pareciese tan corto el trayecto... Ibas cantando en voz baja y feliz como un fauno danzante. Fuimos detrás de ti, muy cerca, durante largo rato.

Creo que dijo «fuimos»; pero por una u otra razón, no le quise preguntar.

—Tal vez —contesté brevemente, tratando de recordar, sin inquietud, qué clase de cabriolas había hecho—. Sospecho que tienes razón.

Luego añadí algo sobre la soledad, y lo desierta que estaba toda la falda de la montaña. Y me explicó que los campesinos tenían miedo de ella, y la llamó Tierra de Nadie. Ningún pie humano la bajaba o la subía de fin de año a fin de año; jamás se segaba el heno; ningún ganado pacía por sus espléndidos pastos; ningún chalet se había construido siquiera a una milla del bosque por el que andábamos despacio. «Son supersticiosos —me dijo—. Como hace cien años, cuando él lo descubrió: había una pequeña cueva natural en el límite del bosque donde él solía dormir, a veces; luego te la enseñaré. Pero durante generaciones, toda esta ladera de la montaña

ha permanecido intacta. Jamás te tropezarás con ningún ser vivo por aquí.» Se detuvo, y señaló, por encima de nosotros, hacia donde se alzaba un bosque de pinos, en medio del aire, como una borrosa alfombra azul. «Mira, ésa es exactamente la morada de Ellos.»

Y una fuerza demoledora inundó todo mi ser. No puedo describirlo. Me empapó como una cascada. Pensé en Grecia, en el monte Ida, ¡y en mil canciones! Algo dentro de mí —fue como el chasquido de un obturador—, me anunció de repente que el «cambio» se había operado. Me sentí otro hombre; o más bien una parte profunda de mí había aflorado a la superficie. Mi mismo lenguaje lo puso de manifiesto.

Una calma alciónica se extendía por todo. Arriba, los picos se alzaban con nitidez cristalina; debajo de nosotros, el pueblo se hallaba envuelto en una mancha azulenca de humo y neblina, como si un gran dedo la hubiese extendido frotando suavemente sobre la tierra. La absoluta soledad cayó sobre mí como un golpe seco. Parecía que nos habíamos aislado totalmente del mundo de los seres humanos. Y empezó a invadirme calladamente, otra vez, el extraño júbilo de la noche anterior... Nos encontramos casi en seguida en la linde del bosque.

Ante nosotros se alzaba un muro de árboles espléndidos, inmóviles, como hechos de metal verde oscuro, con las ramas rígidas, y la multitud de troncos fundidos en la borrosidad azulenca de abajo. Me protegí los ojos con una mano, tratando de escrutar la solemne penumbra. El contraste entre el sol brillante de los pastos y esta región de espesas sombras me enturbiaba la vista.

—Parece la entrada a otro mundo —susurré.

—Lo es —dijo Arthur, mirándome—. Vamos a entrar. Cogerás asfódelo...

Y antes de que me diese cuenta, él me había cogido de la mano. Avanzábamos. Dejamos atrás la luz. El aire fresco cayó sobre mí como una sábana. El sol se hundió detrás del cielo, dejando un maravilloso resplandor azul en todas partes. Nada se movía. Pero en medio de la quietud se alzó una fuerza; una fuerza sin nombre, una fuerza que se oculta en los cimientos... en los cimientos inmutables, invisibles, eternos. ¿Cómo decirlo? Mi mente adquirió las dimensiones de un planeta. Nos hallábamos en las raíces de la vida... de donde brota esa *sustancia única* de forma indefinida que la mente proteica de los hombres trata de encerrar con tantos nombres efímeros.

—Cogerás asfódelo en los prados que hay a este lado del Erebus —salmodió Arthur—. El propio Hermes psicopompo nos guiará, y Malahide nos acogerá...

¡Malahide...!

Al oír pronunciar ese nombre, el nombre de nuestro sabio antepasado, muerto y enterrado hacía casi un siglo —la forma en que lo dijo—, me puso la carne de gallina. Me apoyé en un tronco, pensando huir. No me acudió ninguna palabra en ese momento, porque no sabía qué decir; pero al volverme para ver las laderas de verde brillante que acabábamos de dejar, descubrí sólo una multitud de árboles y sombras que se alzaban espesos como una cortina... como si hubiésemos caminado una milla.

Y tuve un sobresalto. No había salida. Los árboles se cerraban detrás como una marea.

—Todo va bien —dijo Arthur—; sólo tienes que mantener la mente abierta y el corazón encendido de amor. Al principio, su efecto es demoledor, pero pasará —vio que yo estaba asustado, porque me encogía de manera visible. Se colocó junto a mí, con su traje de franela gris, sus ojos brillantes y su pelambarrera, con aspecto más de columna de luz que de ser humano—. Es completamente normal y natural —repitió—: hemos cruzado la puerta, y Hécate, que guarda las entradas, nos dejará salir otra vez. No introduzcas la discordia con tu temor. Esto es un bosque de pinos, y los pinos son los árboles más viejos y simples: son auténticamente primitivos. Constituyen un canal abierto; en todo bosque de pinos donde no haya habido jamás una sola vida humana hallarás a menudo entradas donde Hécate es amable con seres como nosotros.

Me cogió de una mano —debió de notar que me temblaba; en cambio la suya era fría y fuerte, y parecía de plata—, y me internó en las profundidades de un bosque que me parecía infinito. Mi sensación fue de que no tenía fin, quiero decir. No sé qué me pasó. Me desapareció el miedo, y el júbilo vino a ocupar su lugar... Mientras avanzábamos por un terreno horizontal, o ligeramente ondulado, veía charcos de sol aquí y allá, por el suelo del bosque. Grandes haces de luz caían sesgados entre los troncos. Había movimiento en todas partes, aunque no lograba distinguir qué era lo que se movía. Una brisa deliciosa, perfumada, movía las ramas más bajas. No lejos de nosotros corrían aguas rumorosas. No conseguía ver figura alguna; sin embargo, había miembros, ropajes, cabelleras flotantes de vez en cuando, siempre más allá de los charcos de sol. Se disipó en mí, también, toda sorpresa. Yo estaba en el aire. La atmósfera de un sueño me envolvía; pero de un sueño de algo que flotaba fuera de mi mundo conocido, de un sueño labrado en oro y plata, de ojos brillantes, de manos graciosas que hacían señas, y voces que sonaban como campanillas musicales... Y los charcos de luz se hicieron más grandes, fundiéndose unos con otros, hasta que una claridad suave y delicada se extendió uniforme por todo el bosque. Entramos juntos en esa zona de luz. Entonces cayó algo de repente a nuestros pies, como arrojado por alguien: ¡dos maravillosos, resplandecientes ramos de flores como jamás había visto en mi vida!

—¡Asfódelo! —exclamó mi compañero, inclinándose a recogerlos y tendiéndome uno a mí. Se lo cogí con una complacencia que no lograba comprender—. Consérvalo —murmuró—; es señal de que somos bienvenidos. Ha sido Malahide quien los ha arrojado a nuestro paso.

Y al sonido de este nombre ancestral, pareció pasar un espíritu ante mi rostro, y se me erizó el cabello. Hubo una sensación de violento, desafortunado contraste. Un complejo cuadro adquirió presencia, y luego se desvaneció. ¿Qué era? Mi juventud en Inglaterra, música y poesía en Cambridge, y mi amor apasionado al mundo griego, que me duró dos años todo lo más, cuando los libroles de Malahide formaron parte de

mis estudios. Frente a eso, después, el agobio y monotonía del mundo de los negocios, la sórdida fealdad moderna, la amargura de una vida ambiciosa, forzada en exceso. Y de repente —más allá de ambas representaciones—, una Belleza resplandeciente y maravillosa que sembraba estrellas a mis pies y ceñía el mundo con una banda de oro.

Todo esto se me reveló al sonido de ese viejo nombre familiar. Surgió una alternativa. Una opción radical, elemental, pareció ofrecérseme a mí, a lo que yo acostumbraba llamar mi alma. Mi alma podía aceptarla, o dejarla...

Miré a Arthur, que se movía a mi lado como un haz de luz. ¿Qué me había ocurrido? ¿Cómo se había adentrado nuestro paseo, nuestra charla, nuestro ánimo, nuestro reciente y cotidiano modo de ver, nuestra normal relación con las cosas del mundo... como se había adentrado todo ello, en esta atmósfera? ¿Tan insensiblemente, tan fácilmente, de manera tan natural?

¿Valía la pena?

La pregunta —no la formulé yo— me llegó por sí sola. ¿«Qué» era lo que valía la pena? Mi vida presente, de vulgar y enojoso esfuerzo, por supuesto; mi vida urbana, con sus exiguas y poco remuneradoras ambiciones. ¡Ah!, me llamaba esta nueva Belleza, este sueño espléndido que comenzaba más allá de las dos escenas que acabo de citar... No lo deliberé, ni siquiera conmigo mismo. Pero comprendí. Se había operado un cambio en mí. El poeta sepultado y oculto desde hacía demasiado tiempo había surgido al aire, de repente, como un gran pájaro cantor.

Miré otra vez a Arthur, que se movía lentamente a mi lado, medio danzando casi en su gozo desbordante. «Espera a oír la llamada de Artemisa y los pasos de sus ninfas flotantes. Espera a que truene Orion arriba, y Selene, coronada con la luna creciente, llegue al cenit en su carro de blancos caballos. ¡Entonces no ofrecerá dudas la elección...!»

Una gran ave silenciosa, de suave plumaje marrón, cruzó por encima de nuestro camino con ruido de alas, deteniéndose un instante como a observar; luego desapareció con apagado rumor, en un remolino que hizo el viento. La ocultaron los grandes árboles. Era una lechuza. En ese mismo momento oí el rumor de unas aguas que corrían por el bosque con un tumulto de voces humanas, casi, y otro par de alas relucientes pasó fulgurante por encima de nosotros, girando hacia arriba en busca de cielo abierto... unas alas azul oscuro, puntiagudas.

—¡Sus favoritas! —exclamó mi compañero con un claro júbilo en la voz—, ¡Están todas aquí! ¡El ave de Atenea, y también Proene y Filomela! La lechuza, la golondrina... ¡y el ruiseñor! Itis y Tereo no están lejos.

Y el bosque entero, al decirlo, se llenó de movimiento; como si las calladas alas de esa gran ave hubiesen agitado el mar de antiguas sombras. Surgieron voces, también: voces vibrantes, rientes, como si las palabras de Arthur hubiesen despertado ecos que estaban a la espera de oírlas. Porque oí cantar dulcemente a lo lejos. Los nombres que él había pronunciado me dejaron perplejo. Pero ni siquiera yo, un

extraño en estas refinadas delicias, podía confundir la pasión del ruiseñor y el vuelo veloz de la ansiosa golondrina. Aquella furiosa explosión de música, aquella curva de vuelo fulgurante, eran inequívocas.

Y, sintiendo la necesidad de oír, tocar y percibir, golpeé un sólido tronco de árbol con la mano abierta. Se estaba rompiendo mi vínculo con lo conocido, con lo recordado. Deseaba una satisfacción corriente. Obtuve esa satisfacción; pero conseguí algo más también. Porque el tronco era redondo y suave y agradable. No era algo inerte lo que golpeé. De alguna manera, me puso en comunicación con la naturaleza inanimada. Y seguidamente, tuve deseos de oír mi propia voz, mi voz aguda, familiar, con el tono y gangleo que confiere el clima del Nuevo Mundo llamado americano:

—Oficina de cambio, ciudad de Nueva York. Me dedico a ese negocio, a la compraventa de divisas entre los bancos de dos países civilizados, uno de ellos viejo y decrepito, y el otro a la cabeza de toda iniciativa creadora...

Fue un esfuerzo, pero lo hice con firmeza. Sólo que sonó extraño, remoto, irreal.

—El bosque soleado, y una brisa entre las ramas —estas palabras siguieron inmediatamente, con dulzura, a las mías. Pero ¿quién, en nombre de Wall Street, las había pronunciado?

—Inglaterra está comprando oro —intenté otra vez—. Hemos recibido un telegrama reservado. Intervenid rápidamente. ¡*First National* está vendiendo!

¡Gran Hefaios, qué ridículo! Fue como decir: «Te arrancaré la cabellera si no me das de comer». Fue bárbaro, salvaje, de siglos pasados. Nuevamente surgió una voz que se impuso a la mía y la transformó en sintaxis vulgar. A mi alrededor, como una nube, se alzó cierta belleza embriagadora de la Tierra.

—¡Mira! Ahí llega la Noche con la oscuridad en sus párpados. Trae esos sueños que cada gota de rocío tiene en el amanecer. ¡Hija de Hipnos y de Thanatos...!

Pero ¿quién dijo esas palabras, también? Evidentemente, no había sido Arthur, mi sobrino, que estaba aprendiendo francés en un pueblecito suizo de montaña. Yo sentía... bueno, ¿qué sentía yo? ¡En nombre de la Bolsa y de Wall Street, qué era esta asombrosa capitulación de mis sentimientos!

III

Y al volverme para mirarle, hice un descubrimiento. No sé cómo explicarlo exactamente; jamás habían entrado tales maravillas en mi esfera de intereses. Aprecié en él varias cosas a la vez: era más alto, más esbelto, más agradable, pero sobre todo... —suena disparatado, al escribirlo— más sublime; ésa es la palabra, creo. Irradiaba cierto poder que se difundía como se difunde la primavera sobre un paisaje. Eternamente joven y glorioso; joven, quiero decir, como parece joven un campo de flores en primavera; y glorioso como parece glorioso el cielo al alba o al anochecer.

Algo grande brillaba a través de él como una tormenta, algo que seguiría en movimiento como sigue la Tierra, en perpetua renovación; algo de una vida gigantesca que, en el sentido humano, no podía envejecer jamás... algo que poseían los dioses antiguos. Pero su figura, en la medida en que lo era, era la del retrato familiar vuelto a la vida. Nuestro gran antepasado y Arthur eran un solo ser, y ese único ser era más grande que un millón de personas juntas. No obstante, era a Malahide a quien yo veía...

—Me dejaron en la tierra que yo amaba —dijo con una voz baja, penetrante, como el rumor del agua y el viento—, y descubrí la vida eterna. Ahora vivo eternamente en Su divina existencia. Participo de la vida que cambia, pero que jamás acaba.

Sentí que me elevaba como una nube mientras él hablaba. Una creciente belleza me apresó por completo. Si yo fuera capaz de explicarlo en sencillo lenguaje periodístico —el lenguaje que suele utilizarse en casa y en la oficina—, bueno, supongo que podría patentar un nuevo contenido de las palabras corrientes, un nuevo poder de expresión, que todas las iglesias y poetas y pensadores han estado tratando de lograr desde los albores del mundo. Me di cuenta de un hecho tan hermoso y simple que me pareció idiota no haber caído jamás en él hasta ese momento. Había leído algo al respecto, sí; pero ahora lo *sabía*. La Tierra, el inquieto universo entero, no eran en definitiva sino el producto visible de unos Poderes vivos —poderes espirituales, recuerde— que incluía a ese pequeño tipo de criatura bípeda particular que llamamos ser humano. Y estos Poderes, inscritos en la Naturaleza, eran los dioses. Lo que ocasionaba el «mal» era nuestro empeño en no escuchar su gran llamada, tremendamente violenta y dulce y hermosa. Era esa barrera entre nosotros y el resto de...

Mis pensamientos y sentimientos fueron barridos por la creciente oleada al precipitarse la «figura» sobre mí como un rayo de luna, derritiendo el último vestigio de oposición que me quedaba. Cogí mi cerebro, mi razón, y los arrojé lejos como inútiles mecanismos que, de pronto, comprendí que eran. En vez de ellos, vino... ¡Dios mío, cómo detesto decirlo!; porque sólo una conversación de niños podría acercarse siquiera a una milla de distancia; sin embargo, lo que yo necesito es algo más simple incluso que las palabras de un párvulo. Bajo un brazo llevaba yo el aliento de un bosque entero en el viento, y bajo el otro un centenar de prados surcados por susurrantes riachuelos con doradas caléndulas y nomeolvides en sus orillas. Sobre la espalda y los hombros tenía los montes brumosos cubiertos de rocío y la luz de la luna en sus anchos y colmados lechos. Espesamente enmarañadas en el pelo llevaba prendidas esas fuerzas dormidas que son las estrellas y los rayos del sol; aunque el sol estaba lejos, dulcificaba las corrientes de mi sangre con oro líquido. Mi pecho, mi cuello, mi cara, mientras avanzaba, tropezaban con los ríos del mundo y todos los vientos del cielo, disolviéndose en mí su fuerza y velocidad como se disuelve la luz en todo lo que toca. Y en mis ojos penetraban todos los colores

radiantes que forman el tejido de la Naturaleza cuando la toca el sol. Quiero decir, que la belleza del mundo que nunca muere se fundió con la belleza de mi alma... imperecedera.

Y esta «figura», derramándose sobre mí como una explosión de luna, dijo:

—Todos están en ti: el aire, el fuego y el agua...

—Y yo... mis pies, están en la *Tierra* —interrumpió mi propia voz, al tiempo que una fuerza se alzaba en su mismo sonido.

—¡La Tierra! —rió él, agigantándose. Se expandió. Parecía estar a todo mi alrededor. Parecía una raza entera de hombres. Mi vida andaba entre olas de inmensa sensación que brotaban de la montaña y el bosque, y luego volvían a ellos otra vez. Sentí vértigo. El miedo me dominó. Sujeté alguna parte de mí que estaba escapando a mi control y se escurría, orilla abajo, hacia un río profundo y negro que corría a mis pies. Apareció una barca oscura, cuya silueta se hacía aún más oscura en el timón. Subí a ella. Porque el árbol al que me había agarrado para salvarme era sólo aire. No la podía parar. Traté de gritar.

—Has cogido asfódelos —cantó la voz junto a mí—, y aún cogerás más...

Resbalaba y resbalaba; la velocidad aumentaba horriblemente. Luego me atrapó algo, como una rueda dentada, y me detuvo... Recordé mi trabajo en el centro financiero de Nueva York.

—¡Arthur! —grité—. ¡Arthur! ¡Arthur! —volví a gritar, lo más fuerte que pude. Tenía un horror frenético dentro de mí. Sentía como si nunca más fuera a ser como antes. ¡La muerte!

Oí su respuesta con su voz normal: «Manténte a mi lado. Yo sé el camino...».

Súbitamente, se redujo el escenario: volvieron los árboles. Yo caminaba por el bosque junto a mi sobrino, y la luz de la luna formaba manchas y pequeños haces plateados. Las copas de los pinos murmuraban bajo un viento que apenas se movía; y a través de una abertura, a nuestra derecha, vi el valle profundo, cerrado alrededor de las luces parpadeantes del pueblo. Esplendorosos y espectrales se extendían, allá arriba, los campos de nieve en el cielo, guardados por cumbres inmensas. Y Arthur me cogió del brazo... ¡Ah!, con fuerza esta vez. Por fortuna, no me hizo ninguna pregunta.

—Huele a mirra —susurró—; estamos muy cerca de las cosas antiguas e inmortales.

Dije algo sobre la resina de los árboles, pero él no prestó atención.

—Encerraba su cuerpo en un huevo de mirra —prosiguió, sonriéndome—; luego le prendía fuego, y surgía de las cenizas con la vida renovada. Una vez cada quinientos años...

—¿Quién hacía eso? —exclamé, sintiendo que perdía otra vez, gradualmente, mi individualidad. Y su respuesta me llegó como un golpe entre los ojos:

—Fénix. Lo llamaban ave; pero naturalmente, la verdadera...

—Yo tengo un seguro de vida en ella —exclamé; porque había nombrado a la

compañía que ya me llevaba cobradas bastantes primas anuales—; y pago...

—Tu vida está asegurada *aquí* —dijo él con sosiego, haciendo un gesto con la mano para indicar la Tierra—. Tu amor a la Naturaleza y tu afinidad con ella son la garantía de tu seguridad.

Me miró. Había una expresión maravillosa en sus ojos. Comprendí por qué los poetas hablan de estrellas y flores en un rostro humano. Pero detrás había otra expresión también. Su figura adquirió una extensión indeterminada. La silueta de Malahide volvió a mezclarse con la de él. Alargó una mano pálida, delicada para coger la mía. Algo se rompió dentro de mí.

Tuve conciencia de dos cosas: de la explosión de gozo que suponía la pérdida total de mi mismidad, y de la oleada de terror que representaba seguir siendo lo que era: un minúsculo, penoso y agobiado caso de vida individual. Otro puñado de ese espantoso asfódelo cruzó el aire y fue a caer delante de mí. Quedó en el suelo, a mis pies. Y Arthur —este Arthur cambiante y espectral— se inclinó a recogérmelo. Yo le di una patada, arrojándolo fuera de su alcance... acto seguido di media vuelta y eché a correr como si las Furias de ese mundo antiguo viniesen tras de mí. Corrí para lo que juzgaba que era «salvar la vida». No sé explicar cómo escapé de ese espeso bosque sin destrozarme el cuerpo contra los árboles. Huía de algo que deseaba y temía. Volaba dando salto tras salto. Cada árbol que pasaba se volvía y echaba a correr en mi persecución, hasta que tuve detrás al bosque entero. Pero conseguí salir. Llegué a terreno despejado. En el campo inclinado, bajo la clara luz de la luna llena, me desplomé jadeando. La Tierra retrocedió, debajo de mí, con un gran suspiro estremecido a mi espalda. Y ese rumor extraño, tumultuoso, recorrió la noche. Me quedé tendido bajo un cielo terso inundado de luna. Era yo mismo... pero lloraba. La Belleza, demasiado sublime para comprenderla, se me había escurrido entre los dedos. Había perdido a Malahide. Había perdido a los dioses de la Tierra... Sin embargo, había visto... y había sentido. No lo había perdido todo. Me quedaba algo que nunca volvería a perder...

No sé exactamente cómo sucedió, pero poco después oí a Arthur que decía: «Morirás de frío si sigues tumbado sobre esa yerba empapada»; y noté que su mano me agarraba y tiraba de mí para levantarme.

—Me siento más seguro sobre la tierra —creo que contesté.

Y entonces dijo él: «Sí, pero es una manera estúpida de morir... ¡de frío!».

IV

Así que me levanté, y bajamos juntos hacia las luces del pueblo. Yo iba bailando —¡lo confieso!—, y cantando también. Notaba en mí un torrente de gozo que superaba todo cuanto había experimentado en mi vida hasta entonces. No pensaba ni

vacilaba; no sentía timidez alguna: simplemente, daba rienda suelta a mi estado; y si hubiese tenido diez mil personas delante de mí, habría sido capaz de hacerles participar. Eso era lo que sentía: fuerza, confianza, y una especie de dicha incontenible. Creo que sé qué era, también. Lo digo con serenidad, con respeto... sin ambages. Había algo divino en mí, el poder de Dios que mueve la Tierra y fluye en la Naturaleza: ¡la Belleza imperecedera expresada en esas deidades naturales del Viejo Mundo!

Y el temor que había sentido no era sino desazón ante la pérdida de mi insignificante mismidad, miedo a desprenderme de ella: el encogimiento antes de la zambullida... lo que siente un joven cuando se enamora, y duda, y trata de reflexionar y de contenerse, y teme abrir sus puertas al enorme torrente y que le ahogue.

Ah, sí; me puse a pensar en todo eso mientras corríamos ladera abajo esa noche gloriosa. He leído algo en mis tiempos. Tengo la cabeza bien; sé qué significa desdoblamiento de personalidad, impulso subliminal y conversión... no se trata de ninguna nueva familia de dioses. Pero de alguna forma, estos fenómenos de psicólogos y filósofos no tuvieron ningún efecto en mí, entonces; porque yo había *experimentado* lo que ellos meramente *explican*. Y la explicación es mercancía barata. Las mejores cosas no se pueden explicar. Lo barato, en realidad, carece de valor.

Arthur me seguía con dificultad. Corríamos derecho hacia el este, así que la Tierra giraba con nosotros. Los tres corríamos al paso de ella: ¡fue terrible! La luz de la luna danzaba en las cumbres, y los campos de nieve ondeaban como ropajes extendidos, y los bosques se asomaban desde todas partes, lejos y cerca, observándonos, resonando como mil órganos. Había vientos desatados alrededor; se los podía oír silbar en los precipicios. Pero lo único importante que yo había conocido era... la Belleza; una belleza de la Tierra vieja y familiar; una belleza que ha permanecido conmigo desde entonces, y me ha proporcionado fuerzas y alegría, y ha sido una fuente de poder y deleite como jamás había sospechado yo que existiera.

Al descender a la atmósfera más densa del valle, me serené. El éxtasis se me fue disipando gradualmente. Aflojamos un poco la carrera. Las luces y las casas y la vista del hotel, donde la gente bailaba en un salón atestado, todo esto actuó como un papel secante sobre algo que había sido fluido.

Supongo que le parecerá bastante raro, pero cuando llegamos a la calle del pueblo, le cogí la mano a Arthur, se la estreché, le di las buenas noches y me fui a la cama; y dormí como un tronco hasta la mañana siguiente. Y desde aquel día, hasta hoy, no he vuelto a echarle la vista encima.

Quizá sea difícil de entender, o quizá no. Personalmente, lo puedo decir en cuatro palabras: tenía miedo de verle. Tenía miedo de que pudiese explicarlo. Tenía miedo de que pudiese justificarlo. Le dejé una nota —a la que no me contestó—, y me marché en el tren de la mañana. ¿Puede comprender eso? Porque si no es así, no ha

entendido el relato que le he hecho de la experiencia que Arthur me proporcionó. En fin, de todos modos... la dejaré así.

Arthur es ahora director de la fábrica de productos químicos de su padre; en cuanto a mí... bueno, a mí me va mejor que nunca en la compraventa de divisas entre bancos de Nueva York.

Pero al decir antes que sigo sacando dividendos de mi inversión en Suiza lo he dicho en serio. Y no se trata de «escenario». A todo el mundo le emociona el «escenario». Es una condenada forma de ver que supera todo eso. Son esos caprichosos trocitos de cielo azul en un día nublado: esos charcos azules en el cielo, justo sobre el campanario de la Trinity Church, cuando salgo de Wall Street y desemboco en Lower Broadway; es el susurro del viento marino entre los árboles de la Battery, el rumor de las olas cuando el transbordador enfila hacia Staten Island, y el sol centellea allá en la Bahía, o tiñe de perla el viejo East River. A veces, es la franja de nube en el oeste, sobre la orilla de Jersey del río Hudson, el primer lucero, la hoz de la luna detrás de los mástiles y los barcos. Pero por lo general, es algo más próximo, más grande, más simple que todas esas cosas. Es exactamente la certeza de que, cuando voy deprisa por las duras aceras de piedra, de un lado para otro, estoy caminando sobre la Tierra. Precisamente sobre eso: *¡sobre la Tierra!*

EL SACRIFICIO^[10]

I

LIMASSON era hombre religioso, si bien no se sabía de qué hondura y calidad, dado que ningún trance de supremo rigor le había puesto aún a prueba. Aunque no era seguidor de ningún credo en particular, sin embargo tenía sus dioses; y su autodisciplina era probablemente más estricta de lo que sus amigos suponían. Era muy reservado. Pocos imaginaban, quizá, los deseos que vencía, las pasiones que regulaba, las inclinaciones que domaba y amaestraba... no sofocando su expresión, sino transmutándolas alquímicamente en canales más nobles. Poseía las cualidades de un creyente fervoroso, y habría podido llegar a serlo, de no haber sido por dos limitaciones que se lo impedían. Amaba su riqueza, se esforzaba en aumentarla en detrimento de otros intereses; y en segundo lugar, en vez de seguir una misma línea de investigación, se dispersaba en múltiples teorías pintorescas, como un actor que quiere representar todos los papeles, en vez de concentrarse en uno solo. Y cuanto más pintoresco era un papel, más le atraía. Así, aunque cumplía su deber sin desmayo y con cierto afecto, se acusaba a sí mismo, a veces, de satisfacer un gusto sensual por las sensaciones espirituales. Este desequilibrio abonaba la sospecha de que carecía de hondura.

En cuanto a sus dioses, al final descubrió su realidad, tras dudar primero de ellos y luego negar su existencia.

Esta negación y esta duda fueron las que los restablecieron en sus tronos, convirtiendo las escaramuzas de diletante de Limasson en sincera y profunda fe; y la prueba se le presentó un verano a principios de junio, cuando se disponía a abandonar la ciudad para pasar su mes anual en las montañas.

Las montañas eran para Limasson, en cierto inexplicable sentido, casi una pasión, y la escalada le reportaba un placer tan intenso que un escalador normal apenas lo habría comprendido. Para él, era serio como una especie de culto; los preparativos para la ascensión, la ascensión misma sobre todo, requerían una concentración que parecía simbólica como un ritual. No sólo amaba las alturas, la imponente grandiosidad, el esplendor de las vastas proporciones recortadas en el espacio, sino que lo hacía con un respeto que rayaba en el temor. La emoción que las montañas despertaban en él, podría decirse, era de esa clase profunda, incalculable, que emparentaba con sus sentimientos religiosos, aunque estuviesen éstos realizados a medias. Sus dioses tenían sus tronos invisibles entre las imponentes y terribles cumbres. Se preparaba para esta práctica anual de montañismo con la misma seriedad

con que un santo podría acercarse a una ceremonia solemne de su iglesia.

Y discurría con gran energía el caudal de su mente en esa dirección, cuando le aconteció, casi la víspera misma de su marcha, una serie ininterrumpida de desgracias que sacudieron su ser hasta sus últimos cimientos, dejándole anonadado entre ruinas. Sería superfluo describirlos. La gente decía: «¡Ocurrirle una tras otra de esa manera! ¡Vaya una suerte negra! ¡Pobre diablo!»; luego se preguntaron, con curiosidad infantil, cómo lo sobrellevaría. Puesto que ninguna culpa tenía, estos desastres le sobrevinieron de manera tan súbita que la vida pareció saltar en pedazos, y casi perdió interés en seguir viviendo. La gente movía la cabeza, y pensaba en la salida de emergencia. Pero Limasson era un hombre demasiado lleno de vitalidad para soñar siquiera en autodestruirse. Todo esto tuvo un efecto muy distinto en él: se volvió hacia lo que él llamaba sus dioses, para interrogarles. No le contestaron ni le explicaron nada. Por primera vez en su vida, dudó. Un milímetro más allá, y habría caído en la clara negación.

Las ruinas en que se hallaba sentado, sin embargo, no eran de naturaleza material; ningún hombre de su edad, dotado de valor y con un proyecto de vida profesional por delante, se habría dejado anonadar por un desastre de orden material. El derrumbamiento era mental, espiritual; el ataque había sido a las raíces de su carácter y su temperamento. Los deberes morales que cayeron sobre él amenazaron con aplastarle. Se vio asaltada su existencia *personal*, y parecía que debía terminar. Debía pasar el resto de su vida cuidando a otros que nada significaban para él. No se veía ninguna salida, ninguna vía de escape, tan diabólicamente completa era la combinación de acontecimientos que anegaron sus trincheras interiores. Su fe se tambaleó. Un hombre apenas puede soportar tanto y seguir siendo humano. Parecía haber llegado al punto de saturación. Experimentaba el equivalente espiritual de ese embotamiento físico que sobreviene cuando el dolor llega al límite de lo soportable. Se rió, se volvió insensible; luego, se burló de sus dioses mudos.

Se dice que a ese estado de absoluta negación sigue a veces otro de lucidez que refleja con nitidez cristalina las fuerzas que en un momento dado impulsan la vida desde atrás, una especie de clarividencia que comporta explicación y, por tanto, paz. Limasson lo buscó en vano. Estaba la duda que interrogaba, la sonrisa que remedaba el silencio en que caían sus preguntas; pero no había respuesta ni explicación, ni, desde luego, paz. No había alivio. En este tumulto de rebelión, no hizo ninguna de las cosas que sus amigos le aconsejaban o esperaban de él: se limitó a seguir la línea de menor esfuerzo. Cuando llegó la catástrofe, obedeció al impulso que sintió sobre él. Para indignado asombro de unos y otros, se marchó a sus montañas.

Todos se asombraron de que en esos momentos adoptase tan trivial actitud, abandonando deberes que parecían de importancia suprema; lo desaprobaban. Pero en realidad no estaba tomando ninguna medida concreta, sino que iba a la deriva tan sólo, con el impulso que acababa de recibir. Estaba ofuscado de tanto dolor, embotado por el sufrimiento, atontado por el golpe que le había abatido, impotente,

en medio de una calamidad inmerecida. Acudió a las montañas como acude el niño a su madre: instintivamente; jamás habían dejado de traerle consuelo, alivio, paz. Su grandiosidad restablecía la proporción cada vez que el desorden amenazaba su vida. Ningún cálculo, propiamente hablando, motivó su marcha, sino el deseo ciego de una reacción física enérgica como la que comporta la escalada. Y el instinto fue más saludable de lo que él suponía.

Arriba, en el valle, entre picos solitarios, adonde se dirigió entonces Limasson, encontró en cierto modo la proporción que había perdido. Evitó con cuidado pensar; vivía temerariamente fiando en sus músculos. Le era familiar la región, con su pequeña posada: atacaba pico tras pico, unas veces con guía, pero más a menudo sin él, hasta que su prestigio como escalador sensato y miembro laureado de todos los clubs alpinos extranjeros corrió serio peligro. Por supuesto que se cansaba; pero también es cierto que las montañas le infundían algo de su inmensa calma y profunda resistencia. Entretanto, se olvidó de sus dioses por primera vez en su vida. Si en alguna ocasión pensaba en ellos, era como figuras de oropel que la imaginación había creado, estatuas de cartón piedra que decoraban meramente la vida para quienes gustaban de cuadros bonitos. Sólo que... él había dejado el teatro y sus simulaciones no hipnotizaban ya su mente. Se daba cuenta de su impotencia y los repudiaba. Esta actitud, empero, era subconsciente; no le otorgaba consistencia ni de pensamiento ni de palabra. Ignoraba, más que rechazaba, la existencia de todos ellos.

Y en este estado de ánimo —pensando poco y sintiendo menos aún—, entró en el vestíbulo del hotel, una noche después de cenar, y cogió maquinalmente el puñado de cartas que el conserje le tendía. No tenían ningún interés para él. Se fue a ordenarlas al rincón donde la gran estufa de vapor mitigaba el frío vestíbulo. Estaban saliendo del comedor la veintena más o menos de huéspedes, casi todos expertos escaladores, en grupos de dos o de tres; pero Limasson sentía tan poco interés por ellos como por las cartas: ninguna conversación podía alterar los hechos, ninguna frase escrita podía modificar su situación. Abrió una al azar: de negocios, con la dirección mecanografiada. Probablemente, sería impersonal; menos sarcástica, por tanto, que las otras, con sus tediosas y fingidas condolencias. Y, en cierto modo, era impersonal el pésame de un despacho de abogado: mera fórmula, unas cuantas pulsaciones más en el teclado universal de una Remington. Pero al leerla, Limasson hizo un descubrimiento que le produjo un violento sobresalto y una desagradable sensación. Creía que había alcanzado el límite soportable de sufrimiento y de desgracia. Ahora, en unas docenas de palabras, quedó demostrada de forma convincente su equivocación. El nuevo golpe fue demoledor.

Esta noticia de una última desgracia desveló en él regiones enteras de nuevo dolor, de penetrante, resentida furia. Al comprenderlo, Limasson experimentó una momentánea parálisis del corazón, un vértigo, un intenso sentimiento de rebeldía cuya impotencia casi le produjo náusea física. Era como si... se fuese a morir.

«¿Acaso debo sufrirlo todo?», brilló en su mente paralizada con letras de fuego.

Sintió una rabia sorda, un perplejo ofuscamiento; pero no un dolor declarado, todavía. Su emoción era demasiado angustiosa para contener el más ligero dolor del desencanto; era una ira primitiva, ciega, lo que se dio cuenta de que sentía. Leyó la carta con calma, hasta el elegante párrafo de condolencia, mecanografiado al final, y luego se la metió en el bolsillo. No reveló ningún signo externo de turbación: su respiración era pausada; se estiró hasta la mesa para coger una cerilla, y la sostuvo a la distancia del brazo para que no le molestase al olfato el humo del azufre.

Y en ese instante hizo un segundo descubrimiento. El hecho de que fuese posible sufrir más incluía también el de que aún le quedaba cierta capacidad de resignación y, por tanto, también un vestigio de fe. Ahora, mientras oía crujir la hoja de rígido papel en su bolsillo, observó cómo se apagaba el azufre, y vio encenderse la madera y consumirse por completo sus restos. Igual que la cabeza ennegrecida, el resto de la cerilla se encogió y cayó. Desapareció. Salvajemente, aunque con una calma exterior que le permitía encender su pipa con mano serena, invocó a sus deidades. Y otra vez surgió la interrogante con letras de fuego, en la oscuridad de su pensamiento apasionado.

«¿Aún me pedís esto... este último y cruel sacrificio?»

Y los rechazó por entero; porque eran una burla y un fingimiento. Los repudió con desprecio para siempre. Evidentemente, había concluido el teatro. Negó a sus dioses. Aunque con una sonrisa en los labios; porque ¿qué eran después de todo, sino muñecos que su propia fantasía religiosa había imaginado? Jamás habían existido. ¿Era, pues, la vertiente pintoresca, sensacionalista de este temperamento devocional, lo que los había creado? Ese lado de su naturaleza, en todo caso, estaba muerto ahora, lo había aniquilado un golpe devastador; los dioses habían caído con él.

Observando lo que quedaba de su vida, le parecía como una ciudad reducida a ruinas por un terremoto. Los habitantes creen que no puede ocurrir nada peor. Y entonces viene el incendio.

Dos cursos de pensamiento discurrían paralela y simultáneamente en él, al parecer; porque mientras por debajo bramaba contra este último golpe, la parte superior de su conciencia se ocupaba serena del proyecto de una gran expedición que iba a emprender por la mañana. No había contratado ningún guía. Como montañero experimentado, conocía bien la región; su nombre era relativamente familiar y en media hora consiguió tener arreglados todos los detalles, y se retiró a dormir tras pedir que le avisasen a las dos. Pero en vez de acostarse, se quedó en la butaca esperando, incapaz de levantarse, como un volcán humano que podía estallar con violencia en cualquier momento. Fumaba en su pipa con tanta calma como si nada hubiese ocurrido, mientras en sus ardientes profundidades seguía leyendo esta sentencia: «¿Aún me pedís este último y cruel sacrificio...?». Su dominio de sí, dinámicamente calculado, debió de ser muy grande entonces y, reprimida de ese modo, la reserva de energía potencial acumulada era enorme.

Con el pensamiento concentrado en este golpe final, Limasson no se había dado

cuenta de la gente que salía de la *salle a manger* y se diseminaba por el vestíbulo en grupos. Algún que otro individuo, de vez en cuando, se acercaba a su silla con idea de trabar conversación con él; luego, viéndole ensimismado, daba media vuelta. Cuando un escalador al que conocía ligeramente le abordó con unas palabras de excusa para pedirle fuego, Limasson no le dijo nada, porque no le vio. No se daba cuenta de nada. No notó, concretamente, que dos hombres llevaban un rato observándole desde un rincón del otro extremo. Ahora alzó la vista —¿por casualidad?— y advirtió vagamente que hablaban de él. Tropezó con sus miradas, y se sobresaltó.

Porque al principio le pareció que los conocía. Quizá los había visto en el hotel —le eran familiares—, aunque desde luego no había hablado nunca con ellos. Al comprender su error, volvió la mirada hacia otra parte, aunque consciente todavía de su atención. Uno era clérigo o sacerdote, su cara tenía un aire de gravedad no exenta de cierta tristeza; la severidad de sus labios era desmentida por la encendida belleza de sus ojos, que revelaban un entusiasmo noblemente regulado. Había una nota de majestuosidad en este hombre que intensificaba la impresión que causaba. Sus ropas la acentuaban aún más. Vestía un traje de *tweed* oscuro de absoluta sencillez. Toda su persona denotaba austeridad.

Su compañero, quizá por contraste, parecía insignificante con su traje de etiqueta convencional. Bastante más joven que su amigo, su cabello —detalle siempre revelador— era un poquito largo, sus dedos delgados, que esgrimían un cigarrillo, llevaban anillos; su rostro, aunque pintoresco, era impertinente, y toda su actitud sugería cierta insulsez. El gesto, ese lenguaje perfecto que desafía la simulación, delataba cierto desequilibrio. La impresión que causaba, no obstante, era gris comparado con la intensidad del otro. «Teatral», fue la palabra que se le ocurrió a Limasson, mientras apartaba los ojos. Pero al mirar a otra parte, sintió desasosiego. Las tinieblas interiores invocadas por la espantosa carta se alzaron a su alrededor. Y con ellas, sintió vértigo...

A lo lejos, la negrura estaba bordeada de luz; y desde esa luz, avanzando deprisa y con indiferencia como desde una distancia gigantesca, los dos hombres aumentaron súbitamente de tamaño: se acercaron a él. Limasson, en un gesto de autodefensa, se volvió hacia ellos. No tenía ganas de conversación. En cierto modo, había esperado este ataque.

Sin embargo, en el instante en que empezaron a hablar —fue el sacerdote el que abrió fuego—, todo fue tan tranquilo y natural que casi saludó con agrado esta distracción. Tras una frase a modo de presentación, se puso a hablar de cimas. Algo cedió en la mente de Limasson. El hombre era un escalador de la misma especie que él. Limasson sintió cierto alivio al oír la invitación, y comprendió, aunque oscuramente, el cumplido que ello implicaba.

—Si le apetece unirse a nosotros... si desea honrarnos con su compañía —estaba diciendo el hombre, con sosiego; luego añadió algo sobre «su gran experiencia» y su «inestimable asesoramiento y juicio».

Limasson alzó los ojos, tratando de concentrarse y comprender.

—¿La *Tour du Néant*? —repitió, nombrando el pico que le proponían. Rara vez atacada, jamás conquistada, y con un siniestro récord de accidentes, era precisamente la cima que pensaba acometer por la mañana.

—¿Han contratado guía? —sabía que la pregunta era superflua.

—No hay guía que quiera intentar esa escalada —contestó el Sacerdote, sonriendo, mientras su compañero añadía con un ademán: «pero no necesitaremos guía... si viene *usted*».

—Está libre, creo, ¿no? ¿Está solo? —preguntó el sacerdote, situándose un poco delante de su amigo, como para mantenerle en segundo término.

—Sí —contestó Limasson—. Estoy completamente solo.

Escuchaba con atención, aunque con una parte de su mente tan sólo. Percibió el halago de la invitación. Sin embargo, era como si ese halago estuviese dirigido a otro. Se sentía indiferente... muerto. Estos hombres necesitaban su habilidad corporal, su cerebro experimentado; y eran su cuerpo y su mente los que hablaban con ellos, y los que finalmente accedieron. Eran muchas las expediciones que se habían planeado de esa forma, pero esa noche notó cierta diferencia. La mente y el cuerpo sellaron el acuerdo; en cambio su alma, que escuchaba y observaba desde otra parte, guardaba silencio: al igual que sus dioses rechazados, le había dejado, aunque permanecía cerca. No intervenía; no le advertía; incluso aprobaba; le susurraba desde lejos que esta expedición encubría otra. Limasson estaba perplejo ante el desacuerdo entre la parte superior y la parte inferior de su mente.

—A la una de la madrugada, entonces, si le parece bien... —concluyó el de más edad.

—Yo me ocuparé de las provisiones —exclamó el más joven con entusiasmo—; y llevaré mi cámara telefotográfica para la cima. Los portadores pueden llegar hasta la Gran Torre. Una vez allí, estaremos ya a seis mil pies; de manera que... —y su voz se apagó a lo lejos, mientras se lo llevaba su compañero.

Limasson le vio marcharse con alivio. De no haber sido por el otro, habría rechazado la invitación. En el fondo, le era indiferente. Lo que le había decidido finalmente a aceptar fue la coincidencia de ser la *Tour du Néant* el pico que precisamente pensaba atacar *solo*, y la extraña impresión de que esta expedición encubría otra; casi, de que estos hombres ocultaban un motivo. Pero desechó tal idea; no valía la pena pensar en ello. Un momento después se fue a dormir él también. Tan sin cuidado le tenían los asuntos del mundo, tan muerto se sentía para los intereses terrenales, que rompió las otras cartas y las arrojó a un rincón de la estancia... sin leer.

II

Una vez en su frío dormitorio, se dio cuenta de que la parte superior de su mente le había dejado cometer una tontería, se había metido como un colegial en una situación poco prudente. Se había enrolado en una expedición con dos desconocidos, expedición para la que normalmente habría escogido a sus compañeros con el mayor cuidado. Más aún, iba a ser el guía: habían recurrido a él por seguridad, mientras que los que disponían y planeaban eran ellos. Pero ¿quiénes eran estos hombres con los que iba a correr graves riesgos físicos? Los conocía tan poco como ellos a él. ¿Y de dónde le venía, se preguntó, la extraña idea de que en realidad esta ascensión había sido planeada por alguien que no era ninguno de ellos?

Tal fue la idea que le cruzó por la mente: y tras salirle por una puerta, le volvió rápidamente por otra. Sin embargo, no la tuvo en cuenta más que para notar su paso entre la confusión que en ese momento era su pensamiento. En efecto, nada había en el mundo que le importase un comino. Mientras se desvestía para acostarse, se dijo: «Me llamarán a la una... pero ¿por qué voy a ir con esos dos, con tan descabellado plan...? ¿Y quién ha trazado el plan...?».

Parecía que se había generado espontáneamente. Había surgido con toda facilidad, naturalidad y rapidez. No ahondó más en la cuestión. Le daba igual. Y por primera vez, prescindió del pequeño ritual, mitad adoración mitad plegaria, que siempre ofrendaba a sus deidades al retirarse a descansar. No los reconoció.

¡Cuán absolutamente rota estaba su vida! ¡Qué vacía y terrible y solitaria! Sintió frío, y se echó los abrigos encima de la cama, como si su aislamiento mental tuviese un efecto físico también. Apagó la luz junto a la puerta; y cruzaba la habitación a oscuras, cuando le llegó un rumor que procedía de debajo de su ventana. Eran voces hablando. El rugido de una cascada las volvía confusas; sin embargo, estaba seguro de que eran voces; y reconoció una de ellas, además. Se detuvo a escuchar. Oyó pronunciar su propio nombre: «John Limasson». Cesaron. Permaneció un momento de pie, temblando sobre el entarimado, y luego se metió bajo las pesadas ropas. Pero en el mismo instante de arrebujarse, empezaron otra vez. Se levantó y corrió a escuchar. El poco viento que soplaba pasó en ese momento valle abajo, arrastrando el rugido de la cascada; y en ese momento de silencio le llegaron fragmentos claros de frases:

—¿Y dice que han bajado al mundo... y que están cerca? —era la voz del sacerdote, sin duda alguna.

—Llevan días pasando —fue la respuesta: una voz áspera, profunda que podía ser de campesino, en un tono como de temor—; todos mis rebaños andan desperdigados.

—¿Está seguro de los signos? ¿Los conoce?

—El tumulto —fue la respuesta, en tono mucho más bajo—. Ha habido tumulto en las montañas...

Hubo una interrupción, como si hubiesen bajado la voz para que no les oyesen. A continuación le llegaron dos fragmentos inconexos, el final de una pregunta y el principio de una respuesta.

—¿... la oportunidad de toda una vida?

—Si va por su propia voluntad, el éxito es seguro. Porque la aceptación es... —y al volver el viento, trajo consigo el fragor de la cascada, de manera que Limasson no oyó nada más...

Una emoción indefinible se agitó en su interior al regresar a la cama. Se tapó las orejas para no oír nada más. Sintió un inexplicable desfallecimiento de corazón. ¿De qué diablos estaban hablando esos dos? ¿Qué significaban esas frases inconexas? Tras ellas había un grave, casi solemne significado. Ese «tumulto en las montañas» era de algún modo siniestro; de tremenda, pavorosa sugerencia. Se sintió inquieto, desasosegado; era la primera emoción que se agitaba en él desde hacía días. Su débil despertar le disipó el embotamiento. Había conciencia en ella —sentía un vago hormigueo—; aunque era algo mucho más profundo que la conciencia. Las palabras se hundieron en algún lugar oculto, en una región que la vida aún no había sondeado, y vibraron como notas de pedal. Se perdieron retumbando en la noche de las cosas indescifrables. Y, aunque no encontraba explicación, presintió que tenían que ver con la expedición de la mañana: no sabía cómo ni por qué; habían pronunciado su nombre; luego, esas frases extrañas... nada más. En cuanto a la expedición en sí, ¿qué era sino algo de carácter impersonal que ni siquiera había planeado él? Tan sólo su plan adoptado y alterado por otros... ¿cedido a otros? Su situación, su vida personal, no tomaban parte en él.

La idea le sobresaltó un momento. ¡Carecía de vida personal...!

Luchando con el sueño, su cerebro jugaba al juego interminable del desasimientamiento sin ganar un solo tanto, mientras que la parte soterrada de su mente observaba y sonreía... porque sabía. Luego, de pronto, le invadió una gran paz. Era debida al agotamiento, quizá. Se durmió; y un momento después, al parecer, tuvo conciencia de un trueno en la puerta y de una voz que gruñó con rudeza: «*s ist bald ein Uhr, Herr! Aufstehen!*».

Levantarse a esa hora, a menos que se tengan muchas ganas, es una empresa sórdida y deprimente; Limasson se vistió sin entusiasmo, consciente de que el pensamiento y el sentimiento estaban exactamente como los había dejado al acostarse. Seguía con la misma confusión y perplejidad; también con la misma emoción solemne y profunda, removida por las voces susurrantes. Sólo un hábito largamente practicado le permitió atender a los detalles, asegurándose de que no olvidaba nada. Se sentía pesado, oprimido, presa de una especie de ansiedad; llevó a cabo la rutina de los preparativos gravemente, sin el menor atisbo del gozo acostumbrado; todo era maquinal. Sin embargo, sentía discurrir, a través de él, la vieja sensación familiar de ritual, debido a la práctica de tantos años; de esa purificación de la mente y el cuerpo para una gran Ascensión: como los ritos iniciáticos que en otro tiempo habían sido para él tan importantes como para el sacerdote que se acercaba a adorar a su deidad en los templos antiguos. Ejecutó la ceremonia con el mismo cuidado que si le observase un espectro de su desvanecida

fe, haciéndole señas desde el aire como antes... Ordenada cuidadosamente su mochila, cogió su pico de junto a la cama, apagó la luz y bajó la crujiente escalera de madera en calcetines, no fuese que sus pesadas botas despertasen a los durmientes. Y aún le resonaba en la cabeza la frase con la que se había dormido... como si la acabaran de pronunciar:

«Los signos son seguros; han estado pasando durante días... se han acercado al mundo. Los rebaños andan desperdigados. Ha habido tumulto... tumulto en las montañas.» Había olvidado los demás fragmentos. Pero ¿quiénes eran «ellos»? ¿Y por qué la palabra le helaba la sangre?

Y a la vez que resonaban las palabras en su interior, Limasson sentía también el tumulto en sus pensamientos y sentimientos. Había habido tumulto en su vida, y se habían desperdigado todas sus alegrías... alegrías que hasta aquí habían alimentado su vida. Los signos eran seguros. Algo descendió sobre su pequeño mundo, pasó... lo rozó. Sintió un aletazo de terror.

Fuera, en la oscuridad fresca de la madrugada incipiente, le esperaban los desconocidos. Pareció, más bien, que llegaban a la vez que él, con igual puntualidad. El reloj del campanario de la iglesia dio la una. Intercambiaron saludos en voz baja, comentaron que el tiempo prometía mantenerse bueno, y echaron a andar en fila por los prados empapados, hacia el primer cinturón de bosque. El porteador, un campesino de rostro desconocido y sin relación alguna con el hotel, abría la marcha con un farol. El aire era maravillosamente dulce y fragante. Arriba, en el cielo, las estrellas brillaban a miles. Sólo el rumor del agua que caía de las alturas y el ruido regular de sus botas pesadas quebraban el silencio. Y recortándose contra el cielo, se alzaba la enorme pirámide de la *Tour du Néant* que pretendían conquistar.

Quizá la parte más deliciosa de una gran ascensión es el principio, en la perfumada oscuridad, mientras se halla lejos aún la emoción de la posible conquista. Las horas se alargan extrañamente; la puesta de sol de la víspera parece haber tenido lugar hace días; el amanecer y la luz parecen cosa de otra semana, parte de un oscuro futuro como las vacaciones de los niños. Es difícil comprender que este frío penetrante previo al amanecer, y el inminente calor llameante, pertenecen al mismo hoy.

No sonaba ningún rumor mientras subían trabajosamente por el sendero zigzagueante, a través de los primeros mil quinientos pies de bosque de pino; ninguno hablaba; todo lo que se oía era el golpeteo metálico de los clavos y los picos contra las piedras. Porque el fragor del agua, más que oírse, se sentía: golpeaba contra los oídos y la piel de todo el cuerpo a la vez. Las notas más profundas sonaban ahora debajo de ellos, en el valle dormido; y las más estridentes arriba, donde tintineaban con fuerza los ríos recién nacidos de las pesadas capas de nieve...

El cambio llegó delicadamente. Las estrellas se volvieron un poquitín menos brillantes, adquirieron una suavidad como de ojos humanos en el instante de decir adiós. El cielo se hizo visible entre las ramas más altas. Un aire suspirante alisó todas

sus crestas en la misma dirección; el musgo, la tierra y los espacios abiertos difundieron perfumes intensos; y la minúscula procesión humana, dejando atrás el bosque, salió a la inmensidad del mundo que se extendía por encima de la línea de árboles. Se detuvieron, mientras el porteador se inclinaba a apagar su farol. Había color en el cielo de oriente. Se juntaron más los picos y los barrancos.

¿Era el Amanecer? Limasson apartó los ojos de la altura del cielo donde las cumbres abrían paso al día inminente, y miró los rostros de sus compañeros, pálidos, macilentos en esta media luz. ¡Qué pequeños, qué insignificantes parecían, en medio de este hambriento vacío de desolación! Los formidables crestones huían hacia atrás, guiados por tercetos picos coronados de nieves perpetuas. Delgadas líneas de nubes, extendidas a medio camino entre lomo y precipicio, parecían el trazo del movimiento; como si viese la tierra girando mientras cruza el espacio. Los cuatro, tímidos jinetes sobre gigantesca montura, se aferraban con toda el alma a sus titánicas costillas, mientras subían hacia ellos, de todos lados, las corrientes de alguna vida majestuosa. Limasson llenaba los pulmones con bocanadas de aire enrarecido. Era muy frío. Eludiendo los pálidos, insignificantes rostros de sus compañeros, fingió interés por lo que hacía el porteador: miraba fijamente al suelo. Pareció que transcurrieran veinte minutos, hasta que apagó la llama, y ató el farol a la parte de atrás del bulto. Este amanecer era distinto de cuantos había visto.

Porque, en realidad, Limasson iba todo el tiempo tratando de ordenar las extraordinarias ideas y sentimientos que le habían dominado durante la lenta ascensión por el bosque, y la empresa no parecía tener mucho éxito. Su impresión era que el Plan, trazado por otros, se había hecho cargo de él; y que había dejado sueltas las riendas de su voluntad y sus intereses personales sobre su marcha firme. Se había abandonado despreocupadamente a lo que viniese. Sabedor de que era el guía de la expedición, dejaba sin embargo que fuese delante el porteador, pasando él a ocupar su puesto, detrás del más joven y delante del sacerdote. En este orden habían marchado, como sólo marchan los escaladores expertos, durante horas, sin descansar, hasta que, en mitad del ascenso, se había operado un cambio. Lo había deseado él, e instantáneamente se había producido. Pasó delante el sacerdote, en tanto su compañero, que andaba tropezando constantemente —el más viejo caminaba firme, seguro de sí mismo—, se situó en la zaga. Y desde ese momento, Limasson fue más tranquilo; como si el orden de los tres tuviese alguna importancia. Se hizo menos ardua la empinada ascensión, de asfixiante oscuridad, a través del bosque. Limasson se alegró de llevar detrás al más joven.

Porque se había reforzado su impresión, mientras avanzaban en silencio, de que esta ascensión formaba parte de alguna importante Ceremonia; idea que, de manera casi solapada, se le había ido haciendo insistente. Sus propios movimientos y los de sus compañeros, especialmente la posición que ocupaba cada uno respecto del otro, establecían una especie de intimidad que se asemejaba a la conversación, sugiriendo incluso la pregunta y la respuesta. Y su desarrollo entero, aunque representó horas

por su reloj, le pareció más de una vez que había sido en realidad más breve que el paso fugaz de un pensamiento, de manera que lo vio dentro de sí... gráficamente. Pensó en un cuadro multicolor pintado sobre una banda elástica. Alguien estiraba la banda, y el cuadro se dilataba. O la aflojaba, y el cuadro se encogía rápidamente, reduciéndose a una mota estacionaria. Todo sucedió en una simple mota de tiempo.

Y el pequeño cambio de posición, aparentemente trivial, dio lugar a que esta impresión singular actuase, y concibiese en el estrato inferior de su mente que esta ascensión era un ritual y una ceremonia como en tiempos antiguos, cuyo significado, sin embargo, se acercaba ahora a la revelación... por primera vez. Sin lenguaje, esto fue lo que comprendió; ninguna palabra habría podido transmitirlo. Comprendió que los tres formaban una unidad, aunque reconocían en cierto modo que él era el principal, el guía. El jadeante porteador no tenía sitio allí, porque esta primera etapa en medio de la oscuridad era sólo un preámbulo; y cuando comenzara la verdadera ascensión, desaparecería, y el propio Limasson pasaría a ser el primero. Esta idea de que todos participaban en una Ceremonia se hizo firme en él, con el asombro adicional de que, aunque se le había ocurrido muchas veces, ahora lo hizo con plena comprensión, conciencia y veracidad. Vacío de todo deseo personal, indiferente a una ascensión que en otro tiempo habría hecho vibrar su corazón de ambición y deleite, comprendió que subir había sido siempre un rito para su alma y de su alma, y que de su puntual cumplimiento le vendría poder. Era una ascensión simbólica.

No dilucidaba todo esto con palabras. Lo intuía; sin criticarlo en ningún momento. O sea sin rechazarlo ni aceptarlo. Le llegaba suave, solemne, solapadamente. Penetraba flotando en él mientras subía, aunque de manera tan convincente que comprendía que había debido de cambiar su posición relativa. El más joven iba en un puesto demasiado destacado, o al menos el que no le correspondía... antes de tiempo. Luego, tras el cambio misteriosamente efectuado — como si todos reconociesen su necesidad—, aumentó esta corriente de certidumbre, y se le ocurrió la grande, la extraña idea de que toda la vida es una Ceremonia a escala gigantesca, y que ejecutando los gestos con puntualidad, con exactitud, podría alcanzarse... el conocimiento. A partir de ese instante, adoptó una gran seriedad.

Esto discurría con toda certeza en su mente. Aunque su pensamiento no adoptaba la forma de pequeñas frases, su cerebro, sin embargo, proporcionaba mensajes detallados que confirmaban esta asombrosa lucubración con el símil e incidente que la vida diaria podía aprehender: que el conocimiento emana de la acción; que hacer una cosa incita a enseñarla y a explicarla. La acción, además, es simbólica; un grupo de hombres, una familia, una nación entera empeñado en esos movimientos diarios que son la realización de su destino, ejecuta una Ceremonia que está en relación directa con la pauta de acontecimientos más grandes que son doctrina de los Dioses. Que el cuerpo imite, reproduzca —en un dormitorio, en el bosque, donde sea— el movimiento de los astros, y el significado de estos astros penetrará en el corazón. Los movimientos constituyen una escritura, un lenguaje. Imitar los gestos de un

desconocido es comprender su estado de ánimo, su punto de vista... establecer una grave y solemne intimidad. Los templos están en todas partes, porque la tierra entera es un templo; y el cuerpo, Casa de Realeza, es el más grande de todos. Comprobar la pauta que trazan sus movimientos en la vida diaria *podría* equivaler a determinar la relación de esa ceremonia particular con el Cosmos, y así adquirir poder. El sistema entero de Pitágoras, comprendió, podía ser enseñado mediante movimientos, sin una sola palabra; y en la vida diaria, incluso el acto más corriente y el movimiento más vulgar forman parte de alguna gran Ceremonia: de un mensaje de los dioses. La Ceremonia, en una palabra, es lenguaje tridimensional, y consiguientemente, la acción es el lenguaje de los dioses. Los Dioses que él había negado le estaban hablando... pasaban en tumulto por su vida asolada... ¡Y era su paso lo que efectivamente causaba esa desolación!

De esta forma críptica, condensada, le llegó la gran verdad: que él y estos dos, aquí y ahora, participaban en una gran Ceremonia cuyo objetivo último ignoraba todavía. Fue tremendo el impacto con que cayó sobre él esta verdad. Se dio cuenta plenamente al salir de la negrura del bosque y entrar en la extensión de luz temprana y temblorosa; hasta este momento, su mente se había estado preparando tan sólo; en cambio ahora sabía. El innato deseo de rendir culto que había tenido toda su vida, la fuerza que su temperamento religioso había adquirido durante cuarenta años, el anhelo de tener una prueba, en una palabra, de que los Dioses que en otro tiempo había reconocido existían efectivamente, le volvió con esa violenta reacción que el rechazo había generado.

Se tambaleó, de pie, donde se hallaba detenido...

Luego, al mirar a su alrededor, mientras los otros redistribuían los bultos que el porteador dejaba ahora para regresar, reparó en la asombrosa belleza del momento y el lugar, sintiendo que penetraba en él como por los mismos poros de su piel. Desde todas partes, esta belleza se precipitaba sobre él. Una sensación maravillosa, radiante, alada, cruzó por encima de él, en el aire silencioso. Un estremecimiento de éxtasis sacudió todos sus nervios. Se le erizó el cabello. No le era en absoluto desconocido este espectáculo del mundo de las montañas despertando de su sueño de la noche estival; pero jamás se había encontrado así, temblando ante su exquisito y frío esplendor, ni había comprendido su significado como ahora, tan misteriosamente *dentro de él*. Un poder trascendente dotado de sublimidad cruzó esta meseta alta y desolada, muchísimo más majestuoso que la mera salida del sol entre los montes que tantas veces había presenciado. Había Movimiento. Comprendió por qué había visto insignificantes a sus compañeros. Otra vez se estremeció, y miró a su alrededor, afectado por una solemnidad que contenía un profundo pavor.

Había naufragado, se había hundido la vida personal; pero algo más grande seguía en marcha. Se había fortalecido su frágil alianza con un mundo espiritual. Comprendió su pasada insolencia. Sintió miedo.

III

La pelada meseta sembrada de piedras enormes se extendía millas y millas a derecha e izquierda, gris en el crepúsculo del alba reciente. Detrás de él descendía el espeso bosque de pinos hacia el valle dormido que aún retenía la oscuridad de la noche. Aquí y allá había manchas de nieve que brillaban débilmente a través de la bruma tenue que empezaba a levantar; entre las piedras saltaban multitud de riachuelos cantarines de agua helada empapando una yerba rústica que era el único signo de vegetación. No se veía ninguna clase de vida; nada se agitaba, ni había movimiento en ninguna parte, salvo la niebla callada y rastrera, y su propio aliento, que le barría la cara como si fuese humo. Sin embargo, en medio de la portentosa quietud, *había* movimiento: esa sensación de movimiento absoluto que da como resultado la quietud —Limasson tuvo conciencia de él debido a la quietud—, tan inmenso, de hecho, que sólo la inmovilidad era capaz de expresarlo. Así, puede hacerse más real la carrera de la Tierra a través del espacio en el día más tranquilo del verano que cuando la tempestad sacude los árboles y las aguas de su superficie; o gira la gran maquinaria a tan vertiginosa velocidad que parece quieta a la engañada función del ojo. Porque no es por medio del ojo como este solemne Movimiento se da a conocer, sino más bien merced a una sensación global percibida con el cuerpo entero como su órgano receptor. Dentro del anfiteatro de enormes picos y precipicios que cercaban la meseta y se apiñaban en el horizonte, Limasson percibió la silueta tendida de una Ceremonia. Los latidos de su grandeza llegaban incontenibles hasta dentro de él. Su vasto designio era conocible porque ellos habían trazado —aún estaban trazando— su réplica terrena en pequeño. Y el pavor aumentó en su interior.

—Esta claridad es falsa. Todavía falta una hora para que amanezca de verdad —oyó que decía el más joven alegremente—. Las cimas aún son fantasmales. Disfrutemos de esta sensación, y aprovechémosla lo más que podamos.

Y Limasson, volviendo de pronto de su ensoñación, vio que las cumbres y torres se hallaban efectivamente sumidas en espesa sombra, débilmente iluminadas aún por las estrellas. Le pareció que inclinaban sus cabezas tremendas y bajaban sus hombros gigantescos. Que se juntaban, dejando fuera el mundo.

—Es verdad —dijo su compañero—; y la nieves de arriba aún tienen el brillo espectral de la noche. Pero sigamos deprisa, ya que llevamos poco peso. Las sensaciones que sugieres nos entretendrán y nos debilitarán.

Tendió una parte de los bultos a su compañero y a Limasson. Lentamente, siguieron adelante, y les cercaron las montañas.

Y entonces se dio cuenta Limasson de dos cosas, al cargar con el bulto más pesado y abrir la marcha: en primer lugar, comprendió de repente qué destino llevaban, aunque aún se le ocultaba el propósito; y segundo, que el haberse marchado el porteador antes de que comenzase la ascensión propiamente dicha significaba en

realidad que el verdadero objetivo no era la ascensión en sí. Y también, que el amanecer consistía más en la disipación de los velos de su mente que en la iluminación del mundo visible debida a la proximidad del sol. Una espesa oscuridad envolvía este enorme y solitario anfiteatro por el que avanzaban.

—Veo que nos guía bien —dijo el sacerdote, unos pies detrás de él, caminando con decisión entre las rocas y los arroyos.

—Pues es extraño —replicó Limasson en tono bajo—; porque el camino es nuevo para mí, y la oscuridad, en vez de disminuir, es cada vez mayor —le pareció que no elegía él las palabras. Hablaba y caminaba como en sueños.

Más atrás, el más joven les gritó en tono quejoso:

—Van ustedes demasiado deprisa, no puedo mantener esa marcha —y volvió a tropezar, y se le cayó el pico entre las rocas. Parecía que se agachaba continuamente a beber el agua helada, o apartarse a gatas del sendero para comprobar la calidad y espesor de los rodales de nieve—. Se están perdiendo todo el encanto —gritaba repetidamente—. Hay mil placeres y sensaciones en el camino.

Se detuvieron un momento a esperarle; llegó cansado y jadeante, haciendo comentarios sobre las estrellas desvanecientes, el viento sobre las cimas, las nuevas rutas que deseaba explorar por *couloirs* peligrosos, sobre todas las cosas, al parecer, salvo sobre el asunto entre manos. Se le notaba una cierta ansiedad, esa especie de excitación que agota toda energía y consume toda la fuerza de los nervios, augurando un probable derrumbamiento antes de ser alcanzado el arduo objetivo.

—Sigue atento a la marcha —replicó severamente el sacerdote—. En realidad, no vamos deprisa; eres tú, que te vas distrayendo sin motivo. Lo cual nos cansa a todos. Debemos ahorrar energías —y señaló de manera significativa la pirámide de la *Tour du Néant* que descollaba por encima de ellos a increíble altitud.

—Estamos aquí para divertirnos: la vida es placer, sensaciones, o no es nada —gruñó su compañero; pero había una gravedad en el tono del de más edad que disuadía de discutir y hacía difícil oponerse. El otro se acomodó su carga por décima vez, sujetando el pico con un ingenioso sistema de correas y cuerda, y se alineó detrás de ellos. Limasson reanudó la marcha nuevamente... y empezó a clarear por fin. Muy arriba, al principio, brillaron las cumbres nevadas con un tinte menos espectral; una delicada coloración rosa se propagó suavemente desde oriente; hubo un enfriamiento del aire fresco; luego, de pronto, el pico más alto, que se alzaba con unos mil pies de roca por encima del resto, surgió a la vista nítidamente, medio dorado, medio rosa. En ese mismo instante disminuyó el vasto Movimiento del escenario entero; hubo una o dos ráfagas terribles de viento, en rápida sucesión; un rugido como de avalancha de piedras retumbó a lo lejos... y Limasson se detuvo en seco y contuvo el aliento.

Porque algo había obstruido el camino delante de él, algo que sabía que no podía sortear. Gigantesco e informe, parecía formar parte de la arquitectura del desolado escenario que le rodeaba, aunque se alzaba allí, enorme en el amanecer tembloroso,

como si no perteneciese a la llanura ni a la montaña. Había surgido de repente donde un momento antes no había habido sino aire vacío. Su imponente silueta cobró visibilidad como si hubiese brotado del suelo. Limasson se quedó inmóvil. Un frío que no era de este mundo le dejó petrificado. A unas yardas de él, el sacerdote se había detenido también. Más atrás, oyeron los pasos torpes del más joven y el débil acento de su voz; un tono inseguro, como del hombre que se siente anulado por un súbito terror.

—Nos hemos apartado del sendero, y no sé por dónde voy —sonaron sus palabras en el aire quieto—. He perdido el pico... ¡pongámonos la cuerda...! ¡Atención! ¿Han oído ese rugido? —luego oyeron un ruido como si gatease a tientas, avanzando despacio.

—Te has cansado demasiado pronto —contestó el sacerdote con severidad—. Quédate donde estás y descansa, porque no vamos a continuar. Éste es el sitio que buscábamos.

Había en su tono una especie de suprema solemnidad que por un momento desvió la atención de Limasson del gran obstáculo que le impedía el paso. La oscuridad iba levantando velo tras velo, no gradualmente, sino a saltos, como cuando alguien apaga una mecha con torpeza. Entonces se dio cuenta de que no tenía delante sólo una Grandiosidad, sino que a todo su alrededor se alzaban otras parecidas, algunas mucho más altas que la primera, formando el círculo que le rodeaba.

Entonces, con un sobresalto, se recobró. Le volvieron el equilibrio y el sentido común. No era rara, a fin de cuentas, la broma que la vista le había gastado, ayudada por el aire enrarecido de las alturas y el hechizo del amanecer. El esfuerzo prolongado del ojo para distinguir el sendero en una luz incierta hace que se equivoque fácilmente en su apreciación de la perspectiva. Siempre sufre una ilusión al cambiar repentinamente de foco. Estas sombras oscuras en círculo no eran sino baluartes de precipicios aún distantes cuyas murallas gigantescas enmarcaban el tremendo anfiteatro hasta el cielo.

Su cercanía era mero efecto de la oscuridad y la distancia.

El impacto de este descubrimiento le produjo una momentánea indecisión y perplejidad. Se enderezó, alzó la cabeza, y miró a su alrededor. Los peñascos, le pareció, retrocedieron instantáneamente a sus sitios de siempre; como si se *hubiesen* acercado; hubo un tambaleo en los riscos más altos; oscilaron terriblemente, luego se recortaron inmóviles contra un cielo ya vagamente carmesí. El fragor que Limasson oyó, que muy bien podía haber sido el tumulto de la carrera precipitada de todos ellos, no era en realidad sino el viento del amanecer que chocaba contra sus costados, arrancando ecos de alas irritadas. Y los flecos de bruma, rayando el aire como trazos de rápido movimiento, se enroscaban y flotaban en los espacios vacíos.

Se volvió hacia el sacerdote que había llegado junto a él.

—Qué extraño es —dijo— este principio del nuevo día. Se me ha ofuscado la vista un momento. Pensé que las montañas se alzaban justo en mitad de mi camino. Y

al mirar ahora, me ha parecido que retrocedían a toda prisa —su voz sonó baja, perdida en el aire atento.

El hombre le miró fijamente. Se había quitado el gorro, acalorado por la ascensión, y contestó, al tiempo que aleteaba una débil sombra en su semblante. Una levísima oscuridad se lo envolvió. Fue como si se le formara una máscara. El rostro ahora velado había estado... desnudo. Tardó tanto en contestar que Limasson oyó cómo su mente afilaba la frase como si fuese un lápiz.

Habló muy despacio. «Se mueven, quizá, al moverse Sus poderes; y Sus minutos son nuestros años. Su paso es siempre tumulto. Entonces se produce desorden en los asuntos de los hombres, y confusión en sus espíritus. Puede que haya ruina y zozobra; pero del naufragio surgirá una cosecha fuerte y fresca. Pues como un mar, pasan Ellos.»

Había en su semblante una grandeza que parecía sacada maravillosamente de las montañas. Su voz era grave y profunda; no hizo ademán ni gesto alguno; y en su actitud había una rara firmeza que transmitía, a través de sus palabras, una especie de sagrada profecía.

Largas, atronadoras ráfagas de viento pasaron a lo lejos entre los precipicios mientras hablaba. Y en el mismo instante, sin esperar al parecer una réplica a sus extrañas palabras, se inclinó y comenzó a deshacer su mochila. El cambio del lenguaje sacerdotal a este menester práctico y vulgar fue singularmente desconcertante.

—Es hora de descansar —añadió—, y hora de comer. Preparémonos —y sacó varios paquetes pequeños y los colocó en fila en el suelo. Limasson sintió que le aumentaba el temor mientras observaba; y con él, un gran asombro. Porque sus palabras parecían presagiosas; como si dijese, de pie en el enlosado de algún Templo inmenso: «¡Preparemos un sacrificio...!». De las profundidades donde había estado oculta hasta ahora, le llegó a la conciencia una idea clave que explicaba todo el extraño proceder: el súbito encuentro con estos desconocidos, la impulsiva aceptación de su proyecto para la gran ascensión, la actitud grave de ambos como si se tratase de una Ceremonia de inmenso designio, el engaño desconcertante de la vista y, finalmente, el lenguaje solemne del hombre de más edad que confirmaba lo que él mismo había considerado al principio una ilusión. Todo esto cruzó por su cerebro en espacio de un segundo... y con ello, el intenso deseo de dar media vuelta, retroceder, echar a correr.

Al notar el movimiento, o adivinar quizá la emoción que lo produjo, el sacerdote alzó los ojos rápidamente. En su voz hubo tal frialdad que pareció como si hablara este escenario de glacial desolación.

—Demasiado tarde se te ocurre regresar. Ya no es posible. Ahora estás a las puertas del nacimiento... y de la muerte. Todo lo que podía ser estorbo, lo has arrojado a un lado valerosamente. Sé ahora valiente hasta el final.

Y mientras oía estas palabras, Limasson tuvo de repente una nueva y espantosa

visión interior de la humanidad, un poder que descubría de manera infalible las necesidades espirituales de otros, y por tanto de sí mismo. Con un sobresalto, se dio cuenta de que el más joven, que les había acompañado con creciente dificultad a medida que subían más arriba... no era sino una sombra de realidad. Como el porteador, no era sino un estorbo que retardaba la marcha. Y volvió la mirada para reconocer el paisaje.

—No lo encontrarás —dijo su compañero— porque se ha ido. Nunca, a menos que le llates débilmente, le volverás a ver, ni querrás oír su voz.

Y Limasson comprendió que, en el fondo, este hombre no le había gustado en ningún momento por su teatral afición a lo sensacional y lo efectista; más aún, que incluso lo detestaba y despreciaba. Podía haberle visto caer, y consumirse de hambre, y no habría movido un solo dedo para salvarle. Y ahora era con este hombre maduro con quien tenía que resolver un asunto espantoso.

—Me alegro —replicó—; porque al final debe de haber confirmado mi muerte... ¡nuestra muerte!

Y se acercaron al pequeño círculo de alimento que el sacerdote había dispuesto sobre el suelo rocoso, unidos por un íntimo entendimiento que colmaba la perplejidad de Limasson. Vio que había pan, y que había sal; también había un pequeño frasco de vino tinto. En el centro del círculo había un fuego minúsculo hecho con ramitas de rododendros silvestres que el sacerdote había recogido. El humo se elevaba en forma de delgada hebra azul. No revelaba siquiera un temblor, tan profunda era aquí la quietud del aire de la montaña; pero a lo lejos, entre los precipicios, corría el fragor de las cascadas, y detrás, el rugido apagado como de picos y campos de nieve barridos por un tronar continuo que rodaba en el cielo.

—Están pasando —dijo el sacerdote en voz baja—, y saben que estás aquí. Ahora tienes la ocasión de tu vida; porque, si aceptas por propia voluntad, el éxito es seguro. Te encuentras ante las puertas del nacimiento y de la muerte. Ellos te ofrecen la vida.

—¡Sin embargo... les negué! —murmuró para sí.

—Negar es invocar: les has llamado, y han venido. Todo lo que te piden es el sacrificio de tu pequeña vida personal. Sé valiente... ¡y dásela!

Cogió el pan mientras hablaba, y, cortándolo en tres pedazos, colocó uno delante de Limasson, otro delante de sí mismo, y el tercero sobre la llama, que lo ennegreció al principio, y luego lo consumió.

—Cómetelo, y comprende —dijo—; porque es el alimento que hará revivir tu vida languideciente.

A continuación hizo lo mismo con la sal. Luego, alzando el frasco de vino, se lo llevó a los labios, ofreciéndoselo después a su compañero. Tras haber bebido los dos, aún quedaba la mayor parte del contenido. Alzó el recipiente devotamente con ambas manos hacia el cielo. Se quedó estático.

—A Ellos ofrendo, en tu nombre, la sangre de tu vida personal. Por la renuncia que tú consideras la muerte, cruzarás las puertas del nacimiento a la vida de la

libertad. Pues el último sacrificio que Ellos te piden es... éste.

E inclinándose ante las cumbres distantes, derramó el vino sobre el suelo rocoso.

Durante un rato que Limasson no fue capaz de calcular —tan terribles eran las emociones de su corazón—, el sacerdote permaneció en esta actitud de adoración y obediencia. Cesó el tumulto de las montañas. Un absoluto silencio descendió sobre el mundo. Parecía una pausa en la historia íntima del universo. Todo esperaba... hasta que volvió a levantarse. Y al hacerlo, se disipó la máscara que durante horas se había extendido sobre su semblante. Sus ojos miraron severamente a Limasson. Éste le miró a su vez... y le reconoció. Estaba ante el hombre que mejor conocía del mundo: él mismo.

Había acontecido la muerte. Había acontecido, también, esa recuperación espléndida que es el nacimiento y la resurrección.

Y el sol, en ese instante, con la súbita sorpresa que sólo las montañas conocen, asomó nítido sobre las cumbres, bañando de luz inmaculada el paisaje y la figura de pie. En el vasto Templo donde se arrodilló, como en ese otro Templo interior y más grande que es la verdadera Casa de Realeza de la humanidad, se derramó la Presencia culminante que es... la Luz.

—Porque así, y sólo así, pasarás de la muerte a la vida —cantó una voz melodiosa que ahora reconoció también, por primera vez, como inequívocamente suya.

Fue maravilloso. Pero el nacimiento de la luz es siempre maravilloso. Fue angustioso; pero el parto de la resurrección, desde el principio de los tiempos, ha estado acompañado por la dulzura del intenso dolor. Porque la mayoría se halla aún en estado prenatal, nonato, sin tener conciencia clara de una existencia espiritual. Andan a tientas, forcejeando en el seno materno, perpetuamente dependientes de otros. Negar es siempre una llamada a la vida, una protesta contra la perpetua tiniebla y en favor de la liberación. Sin embargo, el nacimiento es la ruina de todo aquello de lo que se ha dependido hasta entonces. Viene entonces ese estar solo que al principio parece un desolado aislamiento. El tumulto de la destrucción precede a la liberación.

Limasson se puso de pie, se enderezó con dificultad, miró a su alrededor, desde la figura ahora junto a él hasta la cumbre nevada de esa *Tour du Néant* que nunca escalaría. Volvió el rugido y trueno del paso de Ellos. Las montañas parecían tambalearse.

—Están pasando —susurró la voz junto a él, y dentro de él también—; pero te han conocido, y tu ofrenda ha sido aceptada. Cuando Ellos se acercan al mundo, siempre hay naufragios y desastres en los asuntos humanos. Traen desorden y confusión a la mente del hombre; una confusión que parece final, un desorden que parece amenazar con la muerte. Porque hay tumulto en Su Presencia, y un caos que parece hundimiento de todo orden. Después, de esta inmensa ruina, surge la vida con un nuevo proyecto. Su entrada es la dislocación, el desarreglo su fuerza. Ha tenido lugar el nacimiento...

El sol le deslumbró. Aquel rugido distante, como un viento, pasó junto a él y le

rozó la cara. Un aire helado, como de una estrella fugaz, suspiró sobre él.

—¿Estás preparado? —oyó.

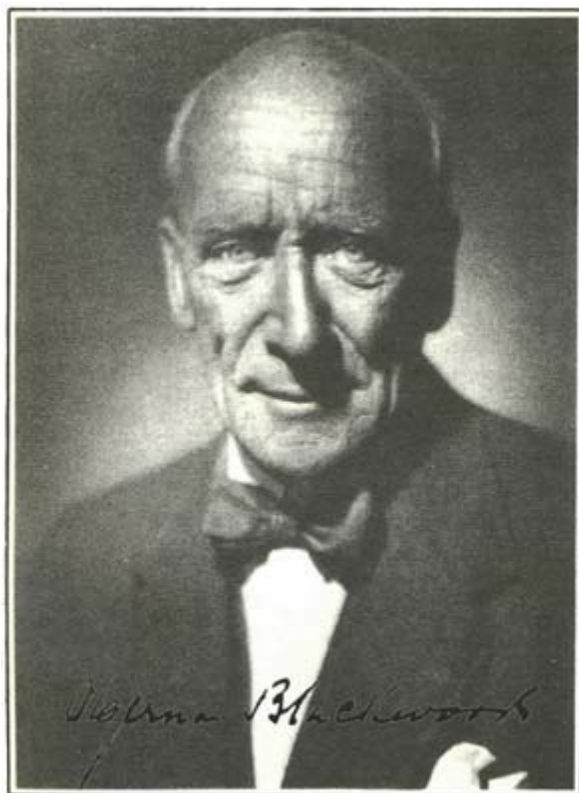
Volvió a arrodillarse. Sin un gesto de vacilación o renuencia, desnudó su pecho al sol y al viento. Un relámpago descendió veloz, instantáneo, y le llegó al corazón con infalible puntería. Vio el destello en el aire, sintió el ardiente impacto del golpe, incluso vio brotar el chorro y caer en el suelo rocoso, mucho más rojo que el vino...

Jadeó unos momentos con dificultad, se tambaleó, sintió vértigo, se desplomó... y un instante después, tan rápido sucedió todo, tuvo conciencia de que le sujetaban unas manos, y le ayudaban a ponerse de pie. Pero estaba muy débil para sostenerse solo. Le llevaron a la cama. El conserje, y el hombre que le había abordado para pedirle fuego cinco minutos antes tratando de entablar conversación, estaban uno junto a sus pies y el otro junto a su cabeza. Al cruzar el vestíbulo del hotel, vio que la gente miraba; su mano estrujaba las cartas sin abrir que le habían entregado poco antes.

—En realidad, creo que... me las puedo arreglar solo —dijo, dándoles las gracias—. Si me dejan, puedo andar. Me he mareado un momento.

—Es el calor del vestíbulo —empezó a decir el caballero con voz sosegada, comprensiva.

Le dejaron de pie en la escalera, observándole un momento para ver si se había recuperado del todo. Limasson subió sin vacilar los dos tramos hasta su habitación. Se le había pasado el mareo momentáneo. Se sentía totalmente recuperado, fuerte, confiado, capaz de mantenerse de pie, capaz de andar, capaz de escalar.



ALGERNON BLACKWOOD (1869-1951) fue uno de los artífices fundamentales de la gran revolución que experimentó el cuento de miedo a comienzos de este siglo. De familia aristocrática y ultracalvinista, desde muy joven se rebeló contra las creencias de sus mayores interesándose por las religiones orientales y el ocultismo, por lo que su padre lo envió a Canadá, donde se vio obligado a desempeñar los más variados oficios para sobrevivir. Buscando mejorar su situación se trasladó a Nueva York, y a finales del siglo pasado regresó a Inglaterra donde empezó a publicar cuentos en revistas a partir del éxito de «A Haunted Island» (1899). Su obra es copiosa y variada: aparte de varias novelas fantásticas y un par de piezas teatrales, escribió a lo largo de más de 50 años alrededor de ciento cincuenta relatos —la mayoría inspirados en lances reales de su vida— agrupados en casi una veintena de volúmenes, entre los que destacan *The Empty House* (1906), *The Listener* (1907), *John Silence: Physician Extraordinary* (1908), *The Lost Valley* (1910), *Pan's Garden* (1912), *Ten Minute Stories* (1914), *Day and Night Stories* (1917), *The Wolves of God* (1921), *Tongues of Fire* (1924) y *The Dance of Death* (1927).

Notas

[1] Título original: «The Lost Valley». <<

[2] Título original: «The Man Whom the Trees Loved». <<

[3] Título original: «The Trod». <<

[4] Título original: «Ancient Sorceries». <<

[5] Título original: «The Pikestaffe Case». <<

[6] Título original: «The Decoy». <<

[7] Título original: «The Empty Sleeve». <<

[8] Título original: «Chinese Magic». <<

[9] Título original: «Initiation». <<

[10] Título original: «The Sacrifice». <<